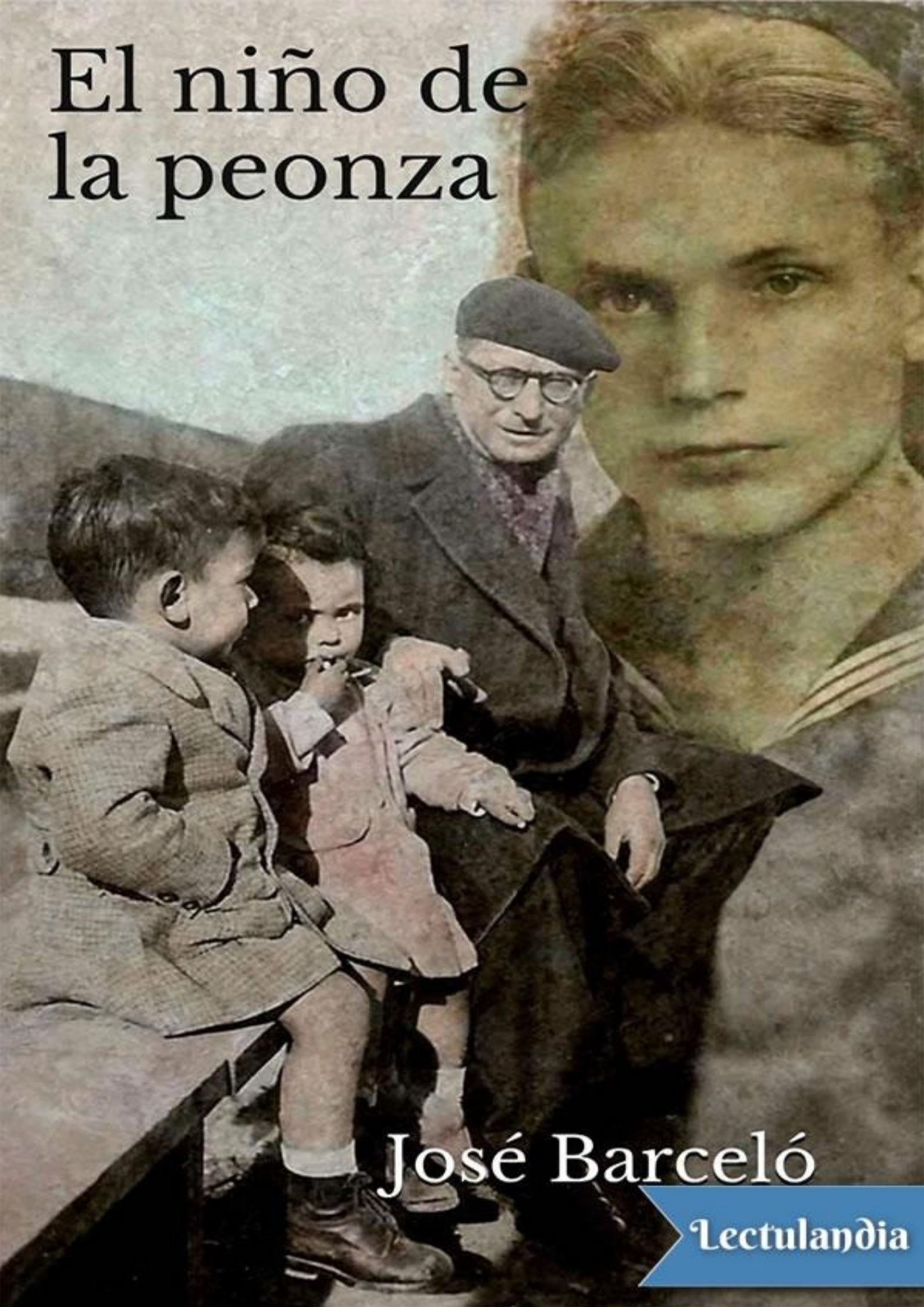


El niño de la peonza



José Barceló

Lectulandia

En la pequeña aldea de Affeln, en Renania del Norte, Alemania, los hermanos Hermann y Hubert Sasse ven pasar su niñez con aparente normalidad, pero es la década de los años treinta y Alemania se prepara para un periodo trágico en la historia de Europa.

La vida del joven Hubert corre paralela a la historia del ciudadano alemán Josef Kaufer Zeller, un antiguo entrenador de fútbol que llega a un pequeño pueblo de pescadores, en España, para comenzar una nueva vida. Pero el bienestar no es más que pura apariencia. Josef se verá forzado a participar en la Guerra Civil Española. En aquellos años de duro combate vivirá un sinfín de experiencias que le llevarán a pensar en el porqué del atroz comportamiento de los hombres. Al finalizar la guerra, Josef regresa a casa para encontrar la pequeña población que le acogió, sumida en la destrucción.

Llega 1940, y con apenas 19 años y en plena II Guerra Mundial, Hubert se ve obligado a vencer los miedos propios de un niño para ingresar en la Kriegsmarine, para posteriormente embarcar en la nave de guerra U-755.

Allí descubrirá la verdadera dimensión de una guerra especialmente cruel y absurda, que llevará al joven a ocultar a los demás su propio miedo a perder su humanidad.

Finalmente, los caminos de ambos hombres se unirán por un capricho del destino, y sus vidas quedarán entrelazadas para siempre.

Basada en hechos reales.

Lectulandia

Jose Barceló

El niño de la peonza

ePub r1.0

Titivillus 23.05.15

Título original: *El niño de la peonza*

Jose Barceló, 2013

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis hijos, Ana y José,
pues todo esto fue por ellos.

Esta historia ocurrió, en verdad.

1

14 de abril de 2013

I

Todo comenzó con una fotografía. Una vieja y olvidada fotografía que había esperado más de medio siglo en el interior de un amarillento sobre de correos, en el oscuro cajón de un mueble.

En ocasiones me viene a la memoria aquella fotografía, o los miles de fotografías que esperan en olvidados cajones, mientras sus historias susurran en la oscuridad, aguardando a que alguien se interese por ellas. Esperando pacientemente a que alguien se enamore de las vivencias que esconden y se decida a contarlas. Es lo que sentí al ver aquella fotografía.

Supongo que aún habrán de pasar algunos años para que acaben diluyéndose en mi mente los sentimientos y emociones de aquel día. Incluso creo posible y lógico que, mientras viva, guarde en un rincón de mi memoria lo que sentí el día que conocí a Marta.

Mi reloj señalaba las 09:00 de la mañana. En aquel viaje me acompañaban mi hijo José, de cinco años, y Ana, mi esposa. Una niebla espesa nos esperaba al dejar la autopista; incluso algunas gotas de lluvia se dejaron caer, resbalando por el parabrisas del auto. Pensé que era un día horrendo para conocer a alguien.

Aquella nubosa mañana había quedado con Marta Kaufer, una mujer a la que únicamente conocía por dos llamadas de teléfono. De ella solo sabía su dirección y el hecho de que fuera la única conexión entre un suceso del que yo tenía conocimiento y que había ocurrido en 1943, en plena Segunda Guerra Mundial, y la fecha en que tomé la decisión de embarcarme en esta locura, el año 2013.

Tras las presentaciones, pasamos a la sala de invitados de aquella impresionante casa de estilo neoclásico. Aquella mujer hizo entonces algo que también recordaré siempre, le entregó a mi hijo una gran bolsa de golosinas que él recibió como si se tratase de un preciado tesoro. Marta sonrió, mientras alegaba que así estaría entretenido, pues tenía mucho que contarme. Aquella mujer comenzó a mostrarme un sinfín de documentos que, el que esto cuenta, revisó con emoción.

Aquellos documentos no eran simples papeles, aquellos ajados documentos conectaban el presente con el pasado y tenían un indudable protagonista, uno de los principales pilares que sostenían esta humilde historia, pues sin su intervención, sin la decisión que tomó un día de aquel remoto año 43, nada de lo que se cuenta aquí tendría sentido. Aquel protagonista era Josef Kaufer Zeller, su padre.

Aquella mañana, Marta depositó en mis manos un ovillo que esperó pacientemente durante 70 años a ser desmadejado. Aquella dulce joven de 72 años me ofreció el extremo de un hilo del que desde entonces fui tirando con la impaciencia de un colegial.

Pero entre aquellos documentos aún me quedaba por contemplar el que era su más preciado tesoro, entre aquellos papeles se encontraba un sobre del que extraje la preciosa fotografía de un joven que debía rondar los 19 años, fechada en 1941. Un joven de rostro olvidado, como tantos otros. Un rostro que destilaba nostalgia y belleza. Aquel joven era Hubert Sasse, oficial del submarino U-755 de la Marina de Guerra Alemana.

Cuando aquel marino me miró desde aquella vieja fotografía, percibí algo muy difícil de expresar. Cuando sentí entre mis dedos aquel descolorido retrato que él llevó consigo todos aquellos años, aquella imagen que debió tocar con sus manos en infinidad de ocasiones, fue como entrar en contacto con él a través del tiempo. En aquel preciso instante supe que tenía que contar esta historia. No tengo ningún problema en admitir que mis manos fueron presa de un inesperado temblor y la imagen estuvo en serio peligro de caer al suelo. Aquella mañana hicimos otra visita, al cementerio viejo, pero este no es el momento de contarlo.

Regresamos a casa, e intenté reanudar mi vida habitual, intentando en vano volver a la normalidad, pero una parte de mí siguió ligada a aquel joven de la foto. No podía apartar de mi mente la melancólica historia de Hubert Sasse. Durante el día soñaba despierto, oía susurros, estaba ausente. La gente a mi alrededor me hablaba, pero sus diálogos se evaporaban antes de llegar a mí.

II

6 de octubre de 1946

La ducha rápida y un buen afeitado le dejaron más o menos presentable, teniendo en cuenta que no había pegado ojo en toda la noche. Entró en el servicio y encendió las luces. Se acercó al lavabo y se echó agua fría en la cara, para intentar despejarse.

No tenía nada claro lo que le diría a aquella familia que vivía en la cercana aldea de Affeln. No podía evitar pensar en la profunda sensación de pérdida que protagonizaría su día a día.

Josef Kaufer Zeller se vistió, se enfundó en su gabardina beige y se colocó su sombrero fedora. Recogió su maleta y salió de su compartimento para dirigirse al vagón restaurante a desayunar cualquier cosa antes de llegar a su destino.

El aire frío de octubre se colaba por la ventanilla entreabierta del coche comedor. El chirrido de las ruedas del tren le indicó que había llegado a su destino, mientras el cielo de un gris oscuro, amenazaba tormenta.

La estación término de Neuenrade, en Renania del Norte, República de Alemania, se desplegaba ante sus ojos mientras él intentaba aclararse las ideas. El tenue resplandor de los faroles barría el adoquinado de la zona de espera del andén. De pronto, se desató el aguacero que se avecinaba y la cálida lluvia levantó un frío vapor por el suelo de la estación. En un instante se abrieron multitud de paraguas.

Josef Kaufer se quedó allí, quieto un momento. Se protegió debajo de un tejadillo, mientras veía alejarse el tren y secaba con un pañuelo las gotas de lluvia de sus lentes. Pensó que le sería fácil cambiar de opinión, irse de allí, coger otro tren y seguir viaje. Pero algo le decía que seguramente, más tarde se arrepentiría. Posiblemente era una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer en su vida. En su interior deseaba con todas sus fuerzas que el tiempo se detuviera, para no tener que hacer lo que venía a hacer. Se podría acabar el mundo allí mismo, y posiblemente le traería sin cuidado.

Se acercó a la salida principal, una puerta de doble hoja. Un grupo de soldados británicos se paseaban por el andén mientras fumaban y charlaban con la gente. A Josef se le hizo extraño ver a aquellos jóvenes tan lejos de sus hogares.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, el estado de Renania del Norte-Westfalia había sido ocupado por militares británicos.

Desconcertado, metió la mano en el bolsillo izquierdo de la americana, palpando el bolsillo izquierdo en busca de un sobre. Lo sacó, extrajo de él una nota con una dirección y la observó: Affeln, Birnbaum. Kaufer se sentía perdido.

Entró en el pequeño restaurante de la estación, donde mostró al camarero la dirección que andaba buscando. El joven sonrió, mostrando unas generosas caries en la mayor parte de la dentadura.

—¡Ah, es muy fácil! —contestó—. Tiene que coger el autocar en la parada de aquí enfrente, que le llevará a Affeln, el siguiente pueblo.

Había dejado de llover cuando Kaufer cruzó aquella calle ancha de adoquines azules, hasta llegar a la parada. El tejado goteaba mientras esperaba junto a varios viajeros. Luego el transporte llegó y él subió.

Escasas gotas de lluvia terminaban de caer, golpeando la ventanilla del autocar que, tras él, levantaba una nube de agua. El viejo vehículo zigzagueaba por aquella vieja carretera, sorteando los baches, cuando giró pesadamente en una curva y al fin apareció el pueblo.

Affeln era una pequeña aldea de apenas 40 casas y 700 habitantes en el noroeste de la región de Sauerland y estaba formada por un pequeño racimo de viviendas y casas-granja de blancas paredes y preciosas techumbres de oscura pizarra, a cuatro aguas, a la holandesa. Los primeros colonizadores que llegaron a aquella región habían adoptado el estilo de construcción “de media viga” popular en Europa, el cual tenía un marco de vigas abrazadas relleno de mampostería de piedra o ladrillo. Con el paso del tiempo, los colonos modificaron el método para incluir un primer piso de piedra, un segundo piso y un sistema de techo de vigas o troncos.

Las amplias calles estaban tachonadas de oscuros adoquines que cobraban un colorido especial en otoño, con la caída de las hojas. Josef bajó en la parada, caminando calle abajo. En el centro del pueblo destacaba la iglesia románica llamada de San Lamberto.

Mientras seguía andando, pasó junto a un café a un lado de la calle. Más adelante observó lo que parecían antiguos locales comerciales, ya en el olvido, a juzgar por los rotos cristales de las ventanas. Los descoloridos letreros sobre las puertas hacían alusión a las antiguas funciones de los locales. En uno de ellos apenas se podía leer: Früchten.

De pronto se percató del olor. El aroma a pan recién hecho le llegó desde una pequeña panadería unos metros más adelante. La campanilla de la puerta tintineó cuando entró en el local, atraído por el aroma a harina. El tendero, un joven muy educado con el cabello castaño alzó la vista desde el mostrador, mientras atendía a una mujer que llevaba una gran bolsa repleta de Christstollen, una especie de panes rellenos con frutos secos que se servían como postre, especialmente en Navidad.

—Buenos días, señora Berlepsch.

—Buenos días muchacho. ¿Tienes algo para mí?

—Si, aquí tiene los dulces que me pidió.

—¡Gracias Strauss! Y dale saludos a tu madre, muchacho.

—¡Gracias señora Berlepsch! —contestó el joven.

Josef compró algunas cosas que el joven Strauss colocó en una bolsa de papel. Tras pagar, salió del local, no sin antes preguntar al simpático joven por la dirección que buscaba.

—¡Tiene que salir del pueblo por la carretera principal que va a Eiringhausen! Tendrá que andar un par de kilómetros y en la primera granja a mano derecha pregunte por la familia Sasse.

Straus salió a la puerta del establecimiento para observar a aquel elegante y educado desconocido que preguntaba por los Sasse. No tenía aspecto de ser del gobierno.

Josef Kaufer quedó prendado ante aquella visión, inmensos campos de cereales se perdían en el horizonte, ligeramente difuminados por una neblina que permanecía a ras de suelo.

Entre aquel ondulante mar de tonos amarillos ocre, llamaban la atención pequeños núcleos de hayas rojas junto a espesos bosques de coníferas, que se elevaban a lo alto, como queriendo alcanzar los primeros rayos del sol de la mañana.

Josef caminaba por la pequeña carretera, con la chaqueta sobre el hombro y la maleta en la mano. Cerca de los cauces de los ríos abundaban pequeños grupos de robles y abedules, con sus bellos tonos. Entonces apareció la granja, a lo lejos.

2

17 de abril de 2013

I

Hay momentos en la vida en que no podemos evitar que los hechos ocurran. Podemos dejarlos pasar, como si simplemente fuéramos actores sin poder de decisión, y dejar que otros sean los protagonistas. O podemos decidir si queremos tomar parte en ellos, y hacerlo. El día en que regresé a casa con la fotografía de Hubert Sasse, decidí involucrarme, y tomé la firme determinación de narrar esta historia, y sabía que debía contarla tal y como ocurrió. Tenía la firme convicción de que ninguna historia es totalmente exacta, y que nadie posee el poder de contar lo que realmente sucedió, por lo que tenía asumido que esta sería una versión limitada, relativa y, en el mejor de los casos, posible, de los hechos.

Tenía el propósito de sacar a la luz de manera ordenada y cronológica la historia de Hubert, abarcando toda su trayectoria, aún antes de su ingreso en la Kriegsmarine, cuando apenas era un niño. No quería narrar una historia inventada, con personajes ficticios; simplemente porque Hubert no lo merecía. Quería ser fiel a la realidad, y para ello debía conocer a su familia, a sus padres y hermanos. Pero sabía que los obstáculos con los que tropezaría serían prácticamente insalvables. Obstáculos que en otro tiempo, sin los actuales adelantos, se hubieran considerado ciertamente insondables.

Entre los documentos de Marta se encontraba una carta, remitida desde Alemania en 1982. Aquella carta me proporcionaba tan solo un nombre y un apellido. Además de una dirección en aquel país del que apenas conocía nada. El remitente estaba a nombre de Mathilde Erner, desde Birnbaum, en Affeln. Cabía la posibilidad de que aquella mujer ya no residiera en aquella dirección. Incluso podía ocurrir que ya hubiera muerto. La probabilidad de localizar a las personas que compartieron su vida con Hubert Sasse se me antojaba algo parecido a un milagro, principalmente por los setenta años transcurridos tras la II Guerra Mundial. Me equivocaba, naturalmente, porque entonces el milagro ocurrió.

Aquel hilo que fui hilvanando pacientemente me llevó a encontrar, tras muchas dificultades, a la familia de Hubert en la actualidad, en Alemania. Aquel día la fotografía del joven viajó, gracias a la magia de Internet, a través de Europa para volver a casa. Una Europa muy cambiada, muy diferente a la que había cuando se hizo aquel retrato del joven marino.

Más de medio siglo después, Mathilde pudo contemplar a su joven hermano,

como si el tiempo transcurrido se hubiera desvanecido de un plumazo, y la anciana lloró de felicidad. La hermana de Hubert tenía ahora 86 años, además de una lúcida memoria en la que guardaba los dulces momentos que pasó junto a él. Entonces llegó lo más difícil para mí, intentar explicar a aquella familia mi intención de relatar la vida sencilla de Hubert. En buena medida yo podía ser considerado como un intruso en sus vidas.

María Luise Erner, la nuera de Mathilde se convirtió en la voz de la anciana y se volcó en este proyecto con gran ilusión. Entonces, yo no podía imaginar el arduo trabajo que me aguardaba en los meses siguientes, pero el hecho de haber hecho feliz a la hermana de Hubert, ya merecía todo el esfuerzo.

Marta y María Luise se habían convertido sin quererlo en lo más semejante a dos hadas que habían impregnado de magia los últimos meses. Como los engranajes de mi particular máquina del tiempo.

Una maravillosa máquina que me permitió viajar a la España de los años 30 y 40, a la España de la Guerra Civil y de la posterior represión franquista. Una máquina que me permitió viajar a la Alemania de la preguerra, y del posterior conflicto mundial.

Los recuerdos que Mathilde guardaba de aquella época, me permitieron conocer al resto de la familia de Hubert, y me dieron acceso a la parte humana de aquel joven que formó parte de la tripulación de uno de los temibles U-Boots que asolaron los mares del mundo durante la II Guerra Mundial. Recuerdos abstraídos por el tiempo que me ayudaron a conocer a aquel joven, sus ilusiones para afrontar la vida, sus sueños, e incluso sus anhelos e inquietudes. Y porque no, conocer a aquel niño que jugaba a la peonza frente a la iglesia de la aldea de montaña donde nació, allá por los albores de la guerra que sumió a Europa en la oscuridad. Fueron tiempos difíciles aquellos, durante la ascensión al poder de Adolf Hitler. Pero en aquella escondida aldea de montaña las noticias llegaban con dificultad, y la familia de Hubert vivía en una aparente normalidad, entre las tareas de la granja y el bullicio de los pequeños.

II

Julio de 1927

Aquella mañana, Theresa Sasse preparó el desayuno de los menores de sus tres hijos. El mayor, Hermann, estaba en el establo con su padre y Elizabeth, la pequeña, se estaba terminando de vestir.

Aquella mujer fuerte no necesitaba muchas palabras para decir lo que pensaba y lo que sentía. Sus manos y su rostro, tallados por el trabajo en el campo, hablaban por ella. Era una mujer acostumbrada al frío, al hielo y a las dulzuras y sinsabores de la vida.

Theresa era baja y robusta, de cara redonda y afable. De mejillas coloradas y pelo recogido en un pequeño moño. Sus ojos azules eran sumamente vivaces. Lucía una prominente barriga, pues el sexto integrante de la familia Sasse, estaba en camino.

Theresa asomó por la escalera que desembocaba en el piso superior y en los dormitorios de los pequeños.

—¡Hubert! ¡Elizabeth! ¡bajad a desayunar!

Desde que mamá creyó que ya no era necesario tener la cuna de Hubert junto a su cama, él y Hermann dormían en la misma habitación, un pequeño cuarto donde había dos camas con dosel y cuya ventana daba a la parte trasera de la casa.

Cada noche, Theresa los acostaba, les colocaba bien la almohada y salía de la habitación. Entonces, recién cerrada la puerta, intentando hacer el menor ruido posible, las almohadas volaban a través de la oscuridad de la habitación. Eran verdaderas batallas campales en las que uno de los dos hermanos acababa tomando la iniciativa, saltando a la cama del otro y tomando posesión de ella. Entonces se enzarzaban en auténticos combates cuerpo a cuerpo, en los cuales, los chirridos de la cama acababan por delatarles. Al momento se oían pasos y seguidamente se hacía la luz.

—¡Vamos muchachos! —susurraba su padre—. Como venga vuestra madre se va a enfadar.

Y entonces, en contadas ocasiones, su padre sonreía con malicia.

—¡Aunque, pensándolo bien!

Entonces se lanzaba sobre los pequeños, que lo esperaban entre aterrados y gozosos, dando comienzo a una encarnizada batalla. Aquello siempre acababa mal para los tres, cuando al poco rato, Theresa aparecía ante la puerta con los brazos en jarras.

Frente a la puerta de entrada que llegaba hasta el piso superior había un gran ventanal, tapado con una pesada y gruesa cortina de un marrón claro, que no permitía la entrada de la luz.

El pequeño Hubert, de seis años, apareció bajando los escalones de dos en dos, mientras se enfundaba los holgados pantalones, que en otro tiempo habían pertenecido a su hermano.

Llevaba una camisa blanca de manga larga que hacía resaltar el tostado de su piel, adquirido por el trabajo al sol. En su mano derecha, su inseparable soldadito de estaño policromado.

—¡No nos marcharemos hasta que desayunes! —dijo su madre—. ¡Estás muy delgado!

El pequeño se sentó en el banco de madera junto a la larga mesa rectangular situada en el centro de la estancia. Más allá estaban los fogones de la cocina, que se alimentaban con leña o carbón. En la pared de enfrente se hallaba una enorme chimenea con una especie de cadena que colgaba en su centro, sosteniendo un gran caldero. Una puerta daba al patio, encerrado entre una empalizada de postes de

madera; desde la cocina, era el paso obligado para llegar al establo.

Hubert era un niño de estatura mediana y extremadamente delgado.

En su rostro destacaba una nariz estrecha y alargada sobre unos labios finos. El cabello de una tonalidad rojiza, ligeramente acaramelada, era corto y peinado con la raya al costado izquierdo. Pero lo más llamativo eran sus ojos, pequeños y del color de la miel. Unos ojos que mostraban ciertos atisbos de melancolía, aunque Hubert siempre estaba riendo. Su sonrisa resultaba simpática y cautivadora, y mostraba una hilera de bien formados y blancos dientes.

Elizabeth entró en aquel momento por la puerta de la cocina, con las mejillas sonrosadas como caramelos. La pequeña, de cuatro años, tenía el cabello rubio y rizado, peinado con flequillos que caían a los lados. Los ojos eran de un azul profundo, y una hermosa tez blanca como el nácar.

—Hubert, ¿ya has terminado de desayunar? —dijo Theresa.

—Tienes que traerle a mamá uno de los sacos de patatas del establo, ¡y llévate a tu hermana con papá!

El olor acre que desprendía el estiércol, impregnaba el establo. Hubert entró con Elizabeth de la mano, para encontrar a su hermano mayor preparándose para ordeñar a una de las vacas. Él le saludó mientras Hermann cogía un cubo de cinc y un pequeño y viejo taburete de madera de tres patas. Lo situó en el costado de uno de los rumiantes y se sentó en él. Colocó un cubo justo bajo de las ubres y cogió con ambas manos dos de ellas, iniciando el ordeñado.

Su hermano le llevaba un año y sus ojos eran pequeños, vivos y alegres. De cabeza redonda y pómulos prominentes. Su rostro denotaba un carácter amable y bonachón. Hermann tenía los ojos azules y sus cabellos castaños estaban siempre enredados. La vaca en su afán por ahuyentar a las molestas moscas, sacudía el rabo a diestro y siniestro, alcanzando a Hermann en un par de ocasiones en el rostro.

Los dos pequeños se pusieron en cuclillas junto a él, contemplando como la leche caía en el recipiente. En aquel instante, la figura solitaria de Anton Sasse apareció por la puerta. Cogió una pala y se dispuso a amontonar todo el estiércol depositado durante los últimos días, para luego echarlo al estercolero fuera del corral. Hubert inclinado bajo la res, alzó la cabeza y miró a su padre.

—¡Hola papá!

—¡Ah! ¡Buenos días, Hubert! —contestó Anton—. Papá no te había visto, ahí agachado.

—¡Vaya!, ¿y quién es esa cosita rubia que está a tu lado?, ¡no creo conocerla!

Anton apoyó la pala contra la pared, puso una rodilla en el suelo y abrió los brazos. La pequeña Elizabeth salió disparada en busca de su padre.

Su aire grave, revelaba que se trataba de un hombre de edad madura. Anton había sido un hombre guapo de joven, y aún conservaba algo de aquel atractivo. Decían que Hubert se le parecía mucho.

De rostro alto y estrecho, con una fina barbilla. La nariz era ligeramente alargada,

y los labios finos. Su frente era despejada, y el cabello era lacio. Tenía una mirada triste, como ausente, lo que le daba un aire nostálgico. Llevaba una preciosa pipa tirolesa, con la cazoleta de raíz de brezo tallada con hermosos ornamentos. Como todo gran fumador, coleccionaba varias de aquellas elegantes pipas, guardadas en sus estuches de madera originales.

Anton levantó la pequeña tapa metálica que cerraba la cazoleta y volvió a encenderla, aspirando el humo, sin tragarlo, degustándolo entre el paladar y la nariz. El fumador de pipa no quemaba el tabaco, lo saboreaba. Anton giró sobre sus talones y miró al pequeño Hubert.

—Oye, papá, ¿cuándo podré ordeñar yo también? —preguntó Hubert con interés.

—Cuando quieras, papá te enseña. Pero creo que aún eres pequeño. Además... ¿No ibas con mamá al pueblo?

—¡Oh!, ¡sí!, ya no lo recordaba —dijo Hubert.

El pequeño recogió el saco de patatas y se lo cargó al hombro, saliendo pesadamente en dirección a la casa.

Theresa salió fuera y preparó algunas verduras de su huerto. Llevaba varias docenas de huevos en una pequeña cesta que colgó del manillar de una bicicleta. Aquella Diamant era algo vieja, sin embargo los neumáticos estaban todavía en buen estado de uso. Probablemente era una de las marcas más antiguas del país, pues las fabricaban desde 1885. Aquella bicicleta de paseo tenía un portaequipajes tras el asiento sobre el que el pequeño se sentaba cuando acompañaba a su madre al pueblo.

Hubert llegó acarreando el pequeño saco de patatas que dejó en el suelo, para salir corriendo de vuelta a la casa. Regresó a la cocina y tomó su soldadito de estaño que había quedado sobre la mesa. Aquel viejo y pequeño soldado le acompañaba a todas partes.

Theresa acomodó las patatas y las legumbres en la cesta que llevaba sobre el farol y llamó a su hijo:

—¡Vamos Hubert!, ¡se nos hará tarde!

El pequeño se encaramó por la alta valla de tablas, mientras su madre le regañaba.

—¿Por qué crees que se inventaron las puertas, muchacho?

Las Tierras de la granja se extendían en una zona llamada Birnbaum, a lo largo de una colina junto a densas arboledas y núcleos de coníferas. El lado norte de la casa daba al camino y tenía cuatro ventanas altas. Era una sencilla casa de madera de dos plantas, y la parte baja tenía aspecto de granero.

Theresa aprovechaba los sábados para ir a realizar algunas compras al colmado del señor Schmidt en Affeln, a pocos minutos de allí. El dependiente estaba encantado de realizar pequeños trueques con la señora Sasse. Huevos y algún que otro artículo, por azúcar, especias o incluso sal. A pesar de estar a punto de dar a luz, aún le sobraban energías para encargarse de las compras y la mayoría de tareas de la

casa. El único problema se lo daba su prominente barriga a la hora de pedalear.

El pequeño subió de un brinco al portaequipajes. Theresa se recogió pesadamente las faldas, montó en la bicicleta, e inició el pedaleo. Madre e hijo se alejaron en dirección al pueblo, por la carretera asfaltada.

El manso silencio de la mañana solo era roto por el limpio sonido del timbre de la bicicleta, ¡clinc, clic! Theresa llevaba un deshilachado sombrero de paja cuya ala le proyectaba la sombra suficiente. El pequeño se cogía con fuerza a su madre, mientras asomaba su cabecita por el costado, observándolo todo con curiosidad.

De pronto, Theresa notó las frías manitas del pequeño sobre su abdomen, y preguntó:

—¿Pero?, ¿qué haces, Hubert?

—Mathilde tiene frío —obtuvo por respuesta.

El pequeño había metido las manos por debajo de su blusa, mientras le daba a entender su razonamiento.

—Así le doy calor —añadió. El embarazo de Theresa había sido toda una revelación para el pequeño Hubert. Según él, sería una niña y había decidido que Mathilde era un bonito nombre, o incluso, el nombre más bonito del mundo.

—¿Y todo eso se te ha ocurrido a ti solo? —preguntó su madre, sin esperar contestación.

—¡Demonio de niño!

Theresa tenía a su hijo por un idealista, incluso un soñador, y no era que aquello fuera malo. El problema radicaba en que en ocasiones no separaba el mundo de los sueños del real. Anton decía que aún era un crío, que ya maduraría, pero ella sabía que en aquellos tiempos tan difíciles no había cabida para los soñadores. Su hermano era el mayor de casa, y se notaba. Hermann tenía un carácter autoritario con sus demás hermanos, pero conciliador al mismo tiempo. A pesar de sus siete años era un niño de maduro temperamento, y como era lógico, le encantaba hacer cosas de mayores.

El trayecto hasta Affeln transcurrió entre explicaciones del pequeño. Según él, cuando ocasionalmente colocaba la oreja sobre la barriga mamá, podía escuchar lo que Mathilde le decía.

Mientras su madre se sonreía, el pequeño le dejó claro que los mayores no podían oírla porque siempre estaban hablando alto y nunca tenían un momento para pararse a escuchar.

Hubert sacó de pronto las manos, sujetándose para no caerse, y su madre preguntó:

—¿Y ahora?

—¡Mamá!, ¡Mathilde se ha dormido! —contestó Hubert con aire displicente.

Theresa se maravillaba de las ocurrencias de su hijo, al tiempo que pensaba como le explicaría aquello a su marido. Para entonces ya se estaban acercando al pueblo, y el tañido de la campana de la iglesia, que llamaba a la misa de la mañana, sonó

débilmente a lo lejos.

III

—¡Todos! ¡Con fuerza!

Los niños en la playa contenían la respiración. Los hombres clavaron los talones en la arena, comenzaron a empujar, y sus rostros y espaldas se tensaron. Los pequeños fijaron su mirada en la sobrecargada barcaza. No se movía.

—¡Todos! ¡Más fuerte!

Aquella orden resonó en el Grao de Burriana. Los dos grandes toros ayudaban a arrastrar la barcaza repleta de cajas de naranjas desde la orilla. Apenas asomaban el hocico del agua, mientras Salvador, “el bouero”, les fustigaba, medio subido al lomo del más grande. Andrés Monfort cerró sus verdes ojos y tiró junto a los demás de la cuerda del top, erguido sobre la cubierta de la embarcación, que crujió y se zarandéo, sin moverse a penas.

—¡Así! ¡Por San Blas!, así. ¡Con más fuerza!

Los dos grandes bueyes mugían, como si les fuera la vida en ello. La madera siguió crujiendo, mientras el gentío en la playa solo prestaba atención a la barca, que ya se mecía, lentamente, muy lentamente.

—¡Más! ¡Todos juntos! ¡Con fuerza!

De repente las maromas se destensaron. Todos los hombres miraron a la barcaza, que se mecía al capricho de las olas, mientras fondeados a lo lejos, los grandes vapores esperaban su carga.

Andrés Monfort era un atractivo joven. Su mentón era corto y hundido en un gran cuello. Llevaba el torso desnudo y mostraba una espalda ancha y brazos musculosos, por el duro trabajo en el mar. Era el típico joven que no le tenía miedo a nada.

Pero el mundo estaba cambiando. En realidad, todo a su alrededor lo estaba haciendo. La forma de vida que había conocido desde siempre, la que había aprendido de su padre y de su abuelo, estaba a punto de desaparecer. Todos aquellos hombres miraban con recelo, a lo lejos, las obras del nuevo puerto.

Desde 1923, la piedra necesaria para su construcción llegaba por ferrocarril desde la cantera de San Sebastián, en La Vilavella. El dique de Levante, con su dársena, comenzaba a ser una realidad. Pronto los barcos podrían llegar a él y recibirían su carga a pie de muelle. Todos aquellos hombres dejarían de ser necesarios y deberían buscarse nuevas formas de subsistir. Algunos lo harían en el campo, y otros se emplearían en alguna fábrica. Pero Andrés Monfort amaba el mar y no pensaba separarse de él, aunque le partía el alma pensar que su hijo recién nacido pudiera pasar penurias.

El Grao era un antiguo barrio marinero situado a unos 3 kilómetros al este de la

aldea de Burriana, en Castellón, España. Allí se alineaban en calles estrechas las antiguas barracas de pescadores con sus encaladas fachadas, arracimadas y paralelas al mar.

A mediados del siglo XIX un nuevo cultivo, los cítricos, había comenzado a ganar terreno a los tradicionales de vid, o cereales. Grandes embarcaciones fondeaban en la playa del Grao para la carga de los productos con destino a los puertos del sur de Francia. Desde principios de siglo, una media de 350 buques fondeaban frente a la costa burrianense, ya que entonces la población no disponía de muelle. Aquellos humildes poblados marítimos habían experimentado un gran auge comercial y por ello, muchos comerciantes de la zona fijaron sus residencias frente al propio mar.

Grandes carros tirados por varios caballos transportaban las cajas de fruta hasta el Grao, donde se descargaban en almacenes situados frente a la playa. Allí la mercancía de cada comerciante era recibida por un factor, que disponía de una colla de hombres que descargaban las cajas de los carros. Entonces los *trossos* cargaban las barcazas en tierra, varadas en la orilla de la playa. Cuando las condiciones del viento o del oleaje lo permitían, se efectuaba el modo de carga llamado *carrega en surá*, que consistía en entrar con la caja de naranjas al hombro y depositarla en la lancha, en el agua.

Aquellos grandes botes podían albergar hasta 60 cajas y para ayudarse a varar y desatracar las barcazas se utilizaban el top, un ancla fondeada en el mar que con su cabo entrando por la proa de la barcaza permitía tirar de ella para ayudar a desatracarla. Pero la principal fuerza de arrastre hacia el mar provenía de un par, o incluso de tres grandes bueyes unidos por una yunta.

Los enormes animales se adentraban más y más en el mar, de modo que los hombres que los conducían debían mantenerse a flote agarrados a sus cuernos. Entre azotes y juramentos, las enormes bestias se adentraban en el agua encadenadas a la barcaza, enseñando a menudo tan solo los ojos y los grandes cuernos, tirando mientras los hombres de tierra empujaban la barcaza. Lentamente y entre gritos, los bueyes y los hombres conseguían que la barcaza comenzara a flotar, siendo recibida por los *bañadors* que desenganchaban a los animales. Los barqueros empuñaban los remos y con mucha precaución conducían la preciada carga hasta el barco.

Cuando las embarcaciones se acostaban a los mercantes, lo hacían con lentitud. Eran operaciones delicadas, incluso con la mar tranquila, y los barqueros eran los responsables ante el propietario por cualquier accidente o merma que sufriese la mercancía.

En cuanto los *factors* estuvieron de acuerdo, toda la colla se puso en movimiento para la descarga de los siguientes carros. Los *trossos*, en grupos de diez hombres, se adentraban en los almacenes donde se hallaba la mercancía para la siguiente barcaza. Mientras los bueyes se adentraban en el agua para ser enganchados. Los hombres de los *trossos* apretaban los dientes, andando encorvados con las cajas sobre los hombros; las descargaban y volvían a por la siguiente, mientras murmuraban al cielo.

3

Octubre de 1929

I

La laguna estaba rodeada de árboles que se alzaban erguidos, o se inclinaban recostados sobre el de al lado. Inmensos bosques de extrema espesura, tanta que parecían impenetrables. Pequeños torrentes bajaban de lo alto hasta desembocar en el río Brüninghauser. El terreno se elevaba desde el arenoso perímetro del lago, hasta dominar el prado y el tramo de río.

Hubert bajó la vista hacia el agua oscura, del color de los guijarros, y contempló las carpas que cruzaban, planeando pegadas al fondo del lago.

Aquel pequeño y serpenteante arroyo bajaba por el valle hasta pasar cerca de la granja de los Sasse, corriendo por entre los frondosos bosques hasta llegar junto a los muros del castillo de Brüninghausen. Allí se ensanchaba, formando un pequeño lago cuya agua había alimentado en otros tiempos la noria de un viejo molino.

Los pequeños solían ir con su padre desde que les compró aquellas bonitas cañas de pescar, pero en aquella ocasión fueron solos.

El majestuoso edificio era conocido como “La Casa de la Torre”, y lo formaban dos imponentes casas torre de cuatro plantas con inclinados tejados a dos aguas, conectadas entre sí mediante una sección central que se abría al valle gracias a balcones con arcos de estilo barroco, dando acceso a todas las alas gracias a una gran escalinata y formando una elegante fortaleza residencia. Lo rodeaba una especie de foso que conectaba con la laguna y las altas fachadas estaban cubiertas de elegantes ventanales que los dos hermanos usaban de blanco para lanzarles piedras.

Algunos documentos mencionaban aquel edificio desde 1311, perteneciente al feudo del arzobispo de Colonia von Köln Brunnenchusen, y había sido el antiguo hogar de los Señores de Ohle. Carl Philipp von Wrede lo había heredado en 1702, manteniéndolo en manos de la familia desde entonces, aunque por aquellos tiempos se encontraba deshabitado y en estado de abandono.

Tras media hora escasa de dedicación a la pesca, su hermano había vuelto la mirada hacia el castillo, y convenció al pequeño Hubert para ir a echar un vistazo.

El edificio mostraba sin reparos el silencioso e inexorable paso del tiempo, y la intrusión de los pequeños no parecía afectarle lo más mínimo. Una bandada de cuervos alzó el vuelo desde lo alto del tejado, y planeando, desaparecieron entre la espesura del bosque. Los chiquillos les siguieron con la mirada mientras rozaban las copas de los árboles. En la parte trasera había un pequeño pórtico, desvencijado y

arrancado de sus goznes.

Hermann tomó su vieja linterna de la mochila e hizo la intención de entrar, pero su hermano le tiró de la manga.

—¿A dónde crees que vas? —dijo Hubert—. ¿No iras a entrar ahí?

—¡Venga no seas gallina! —contestó Hermann—. No va a pasar nada, solo echaremos un vistazo. Además, tal vez haya un tesoro.

—¡No seas bobo! —replicó Hubert—. ¿Cómo va a haber un tesoro?

Los niños cruzaron el portón y se encontraron en lo que, en otros tiempos, debió ser la cocina. Varias sartenes y cacerolas seguían allí, colgando de las paredes junto a un gran horno oxidado, bajo una chimenea de campana tapizada de humo. Muchos de los azulejos de las paredes habían sucumbido al tiempo y se hallaban desparramados por el suelo.

Tras otra puerta, se encontraron en un angosto pasillo que les llevó a lo que parecían ser las dependencias del servicio.

Parecía una casa dormida, apagada y polvorienta. El suelo estaba cubierto por los excrementos de innumerables generaciones de ratas. Hubert giraba nerviosamente la vista hacia todos lados, creyendo que en cualquier momento aparecería una grotesca criatura, acechándoles, agazapada en un oscuro rincón.

En el *hall*, una gran escalera giraba sobre su eje una y otra vez, subiendo hasta quedar diluida en la oscuridad.

—¡Hola! —gritó Hermann desde la enorme escalinata de piedra. El tiempo transcurrió sin obtener respuesta, y el pequeño repitió:

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

El eco de las bóvedas del alto techo repetía las palabras y los juramentos de los pequeños. El olor acre a humedad lo impregnaba todo a través de largos corredores oscuros. En algún punto de la gran casa, un reloj dio la hora, resonando de modo fantasmal. Hubert se acercó a su hermano. Su cuerpo estaba rígido, producto del miedo.

Atravesaron frías estancias cubiertas de sábanas, donde el polvo cubría los muebles que no habían sido protegidos. En el gran salón del castillo, una hermosa e imponente chimenea mostraba varias fotografías ajadas por decenios de olvido. En una se podía ver a cuatro niños, sentados con las piernas extendidas. Uno de alrededor de cuatro años miraba con fijeza a la cámara, mientras a su lado, los otros dos ya eran unos muchachos. La cuarta protagonista de la vieja foto era una hermosa niña que con las manos se alisaba la falda.

Hubert supuso que aquellos pequeños ya no vivirían allí. Junto a la chimenea, un gran espejo con el marco dorado, reflejaba a los hermanos Sasse.

Llegaron a un largo pasillo de paneles de roble donde se sucedían un sinfín de puertas cerradas y antiguas fotografías de personas y paisajes. El papel de las paredes, que debía haber sido precioso, con elegantes ornamentos victorianos, ahora estaba apagado por el tiempo. El suelo estaba ocupado por una gruesa alfombra que

amortiguaba el sonido de sus pisadas. Los dos niños caminaban muy pegados, mientras iluminaban con la linterna que arrancaba reflejos de los pomos de cobre de las puertas y lámparas.

Allí estaba el reloj de pared que les había asustado al llegar. Sus pesas de latón colgaban de cadenas doradas, mientras su péndola corría de un lado al otro.

A Hubert le extrañó que funcionara y su hermano contestó que alguien debía de darle cuerda. Su gran esfera estaba ocupada por una pequeña araña, que había hecho de ella su hogar. Al fin, en el otro extremo, el corredor torció a la derecha, siguiendo hasta el final de un oscuro pasillo. Allí llegaron a una puerta entreabierta, que parecía invitarles a cruzarla.

Desde el interior de la habitación asomaba un haz de luz que se agrandó cuando Hermann se dispuso a abrir la puerta por completo. Pero algo se lo impedía. Aferró el oxidado picaporte con los dedos, dispuesto a empujar, y entonces, miró al suelo y dio un paso atrás, a punto de caer de espaldas.

Entrecerró los ojos y exclamó:

—¡¡Dios mío!! ¡no es posible!

Hubert reculó, enfadado con su hermano. Frunció un poco los labios y maldijo:

—¡No me gastes bromas!

Una sonrisa brilló brevemente en los labios de su hermano mayor, para desvanecerse al instante.

—¿Has visto lo que yo? —preguntó Hermann. Desde donde estaba, Hubert no alcanzaba a ver el interior de la habitación.

—Asómate —dijo, dejándole paso.

Hubert asintió y echó un vistazo a través de la puerta. Al hacerlo se dio cuenta de que varios juguetes se amontonaban contra ella, impidiéndole abrirla. El niño los corrió a un lado con el pie y se asomó para quedar asombrado ante la mayor cantidad de juguetes que había visto nunca. Los dos hermanos permanecieron bajo el umbral de la puerta, mientras observaban el suelo de aquella habitación, tapizado de cientos y cientos de juguetes.

Los dos pequeños no daban crédito a los que veían. La única forma en que pudieron entrar fue apartándolos a su paso con los pies, avanzando con cautela en medio del desorden.

—¡Debían ser de los niños que vivían en el castillo, los de la foto! —dijo Hermann mientras dirigía la vista en todas direcciones.

Las telarañas se habían adueñado de la habitación. Una de gran tamaño se elevaba en un rincón, mientras alrededor de su entrada en forma de embudo se hacinaban decenas de cadáveres de moscas. Hermann cogió un palo olvidado en el suelo para apartar las telarañas que colgaban del techo.

Cientos de juguetes de hojalata se hacinaban unos sobre otros, para acabar formando una extraña mezclanza: trenes de cuerda, aviones, autogiros, autobuses y bólidos. Algunos en buen estado, otros rotos. Soldados decapitados y tranvías sin

ruedas. Hermann se agachó a recoger una preciosa motocicleta con sidecar. Un soldado de hojalata en uniforme asía con fuerza el manillar, mientras a su lado el sidecar estaba vacío. El pequeño se puso a buscar al soldado que debió ocuparlo, removiendo entre los juguetes.

—¡Una peonza! —oyó que decía su hermano tras él. El niño extendió la palma de su mano abierta, mostrando una pequeña peonza de madera de encina, que debía ser muy antigua. Tenía la parte superior horadada y en dicho agujero llevaba una especie de llave en forma de anillo.

—Es un Kreisel —dijo Hermann—. ¿El palo, dónde está el palo?

Hubert recogió el palo que su hermano había utilizado para apartar las telarañas.

—Le falta el cordel. —Hermann le mostró un pequeño orificio al final de aquel palo, en el que se ataba el hilo que hacía girar el Kreisel.

—¡Cógela para ti si te gusta!, y cuando lleguemos a casa te enseñaré a hacerla girar.

—Pero... los juguetes son de los niños de la foto, no debemos... —dijo Hubert, dudando.

—¡Vamos!, solo uno cada uno —contestó Hermann—. Y yo cogeré la motocicleta, aunque aún no he encontrado al soldado del sidecar. El pequeño se puso a revolver entre los juguetes en busca del soldado extraviado, mientras su hermano objetaba:

—Podríamos venir a jugar siempre que queramos, pero no nos llevaremos nada más, ¿de acuerdo?

Al final, el deseo de los pequeños se vio cumplido y encontraron el mayor tesoro que pueda desear un niño, ¡una habitación repleta de juguetes!

Allí mismo prometieron no decirles nada a sus hermanas, lo último que necesitaban era que su padre se enterara de que habían entrado en el castillo sin permiso. Aquel sería su secreto, además, las niñas siempre lo acababan estropeando todo.

II

Las incursiones de los dos hermanos al castillo continuaron durante el resto del otoño. Aunque cada vez se fueron espaciando más en el tiempo.

Theresa se extrañaba de que los pequeños solían volver con las manos vacías, con la excusa de que no había peces. Pasaban mañanas enteras correteando por las dependencias y bajaban las escaleras montados a horcajadas sobre las barandillas.

Un día estaban en el desván, en la última planta. Era una gran habitación con techo bajo que recibía la luz proveniente de las ventanas del tejado. Revolvían viejos baúles, cuando de pronto, desde fuera se oyó el ruido sordo del motor de un

automóvil. Hermann pensó que nadie iba allí desde hacía siglos. Al poco la puerta se abrió de golpe y oyeron voces.

El pequeño se deslizó hacia la escalera, se tendió en el suelo del rellano y atisbó entre los resquicios de la barandilla, hacia abajo. Varios hombres entraron y comenzaron a charlar, mientras el mayor de los hermanos Sasse intentaba entender algo de lo que decían.

—¡Se han parado! ¡no! ¡están subiendo! —susurró.

Los muchachos se quedaron sin aliento. Oyeron pisadas en la escalera que parecían acercarse por momentos, y entonces sin esperarlo, las voces volvieron a alejarse. Los niños permanecieron escondidos durante una eternidad, hasta que los extraños se hubieron marchado.

—¿Quiénes eran? —preguntó Hubert.

—Estaban visitando el castillo, creo que eran compradores. Alguien querrá arreglarlo y quedarse a vivir.

Al poco tiempo, los hermanos volvieron una vez más, y encontraron que la puerta trasera de la cocina había sido reparada. Se quedaron allí, sentados en el suelo del jardín, mientras asimilaban que su aventura en La Casa de la Torre había terminado.

III

20 de diciembre de 1930

Pequeñas gotas de lluvia caían desde los tejados hasta el suelo, martilleando suavemente sobre las aceras. Varios niños jugaban al Kreisel junto a la iglesia románica de San Lamberto, en la pequeña aldea de Affeln. Eran los últimos días de 1930. Durante los días anteriores había nevado bastante, pero la nieve se había ido fundiendo. Hacía mucho frío, y aunque estaba lloviznando, a los niños les traía sin cuidado.

San Lamberto se construyó con piedra de canteras cercanas, hacia 1240. La sacristía y el pórtico fueron añadidos en 1903 y la torre campanario se reconstruyó tras el incendio de 1914. Poseía una bella cubierta barroca en campana invertida y la luz llegaba al interior del campanario a través de alargadas ventanas de medio punto, mientras los coros laterales recibían la luz por unas ventanas románicas.

Hubert, era el más pequeño del grupo, y tenía las rodillas hincadas sobre los adoquines del pavimento.

Los niños afilaban la punta metálica de sus peonzas sobre la abrasiva superficie de los grandes sillares, junto a la portada de la iglesia. De esta forma mantenían la punta siempre en buen estado, ya que por el uso contra el suelo la punta acababa volviéndose roma. Como consecuencia de ello, las peonzas no giraban bien.

Al frotar sobre la piedra se formaban unas características acanaladuras verticales

de aspecto fusiforme. Hubert se había apropiado de una especialmente larga y profunda, a la izquierda y un poco más apartada de las demás. Al pequeño le gustaba aquel surco en particular. En muchas ocasiones, cuando terminaba de afilar su peonza solía quedar distraído, como ausente, mientras recorría con su dedo el largo fusiforme.

Los trompos de sus amigos eran más gruesos y eran conocidos como Peitschenkreisel, además poseían una pequeña cola del grueso de un dedo. En el cuerpo de los trompos se envolvía un cordel que se sujetaba en su otro extremo entre los dedos, para posteriormente lanzarlos con fuerza y hacerlos girar.

Hubert llevaba aquella peonza que encontró en la Casa de la Torre, junto a su hermano. Hermann le enseñó a usarla y desde entonces no se separaba de ella. Aquel Kreisel era muy antiguo y en el agujero superior se insertaba la llave en forma de anillo por donde se introducía un extremo del cordel, la punta del otro extremo iba atada al largo palo.

Hubert se preparó para lanzarla mientras la sostenía con la mano izquierda. Con la otra sujetaba el palo, y abriendo con rapidez los brazos, se descinó la cuerda en un momento, sacando a la peonza de la llave y haciéndola girar sobre su punta de hierro contra el mojado pavimento.

La peonza comenzó a girar, con un fuerte zumbido. En aquel preciso instante la campana tocó las doce del mediodía.

Hubert se levantó como una exhalación al tiempo que apretaba con la mano su Kreisel, obligándola a detener su giro.

—¡Tengo que ir con mamá! —exclamó, despidiéndose de sus amigos mientras comenzaba a correr en dirección al colmado del señor Schmidt.

El pequeño sorteaba a la gente que andaba por la acera mientras sujetaba el largo palo bajo el brazo y se introducía su peonza en el bolsillo.

Su madre solía dejarle jugando frente a la iglesia, mientras hacía las compras, para a medio día regresar juntos a la granja, aunque aquel día era sábado y había venido toda la familia al pueblo.

Hubert sorteaba los charcos de agua que se agrupaban sobre los adoquines de la calle, junto a los bordillos de la acera. En el interior de un café, hombres y mujeres con vestidos elegantes se sentaban a las mesas, tomando Glühwein, una bebida típica de las fechas navideñas a base de vino tinto caliente, hierbas aromáticas y azúcar, mientras reían alegremente. Siempre que pasaba por aquella calle, Hubert miraba a través de los ventanales del local, observando con la nariz pegada al cristal.

Aunque el niño no lo sabía, aquel día el buen humor de la gente se bebía, entre otros motivos, a que un joven Adolf Hitler, al frente del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, había arrasado en las elecciones que habían tenido lugar el pasado 14 de septiembre, con el propósito de elegir a los miembros del Parlamento.

El pequeño se encontraba cerca del colmado, pero aún le daba tiempo de admirar los comercios. Había tiendas con llamativos escaparates, protegidos por voluminosos

toldos de colores. Puestos de frutas y verduras con enormes y desgastados cajones. Estos estaban inclinados, los unos ligeramente sobre los otros, como mostrando con orgullo su contenido. Había todo tipo de género: coles, zanahorias, coliflores e incluso mazorcas de maíz. En otros cajones apenas cabían las lechugas, los calabacines y las judías.

En ocasiones, Hubert se detenía ante aquellos puestos, cerraba los ojos y aspiraba sus aromas. Pero aquel día no tenía tiempo para entretenerse, tenía una misión, el mismo cometido de casi todos los días que pasaba ante una tienda en particular.

¡La tienda del panadero Strauss!... la tienda con los mejores toldos de toda la calle. Grandes y voluminosos toldos italianos de capota de color azul marino.

Sus armazones, que habían sido pintados varias veces, permitían que fueran plegados sobre la pared. La escasa altura a la que se encontraban del suelo provocaba que los adultos no pudieran pasar bajo ellos, por lo que se apartaban, esquivándolos al andar por la acera. Pero él sí, él podía pasar bajo ellos.

Hubert se aproximaba a la carrera a aquellos grandes toldos que jalonaban la tienda como centinelas. Al llegar a la altura del primero, saltaba lo suficientemente alto como para golpear su lateral con la palma de la mano, produciendo un ruido sordo, mientras proseguía su carrera esperando llegar a la altura del siguiente... y, volvía a saltar, golpeando nuevamente mientras se aproximaba al que le seguía. Aún recordaba cuando de pequeño no llegaba a ellos por mucho que saltara. “¡Algún día llegaré!”...pensaba entonces.

En aquel preciso instante se oyeron gritos que parecían provenir del interior de la tienda de Strauss. ¡De repente!, ante la puerta del establecimiento apareció el panadero, recogiendo el largo delantal blanco mientras lanzaba un sinfín de improperios.

—¡¡Sasseeeee!! ¡¡pequeño granuja!! —gritó mientras salía apresuradamente hasta plantarse en medio de la acera, esperando en vano a dar caza al pequeño que con insistencia golpeaba todos los días sus preciados toldos.

Strauss siguió vociferando y haciendo aspavientos con sus grandes brazos cubiertos de ensortijado vello. Hubert se giró a observarlo mientras proseguía su carrera sin la más mínima intención detenerse.

El panadero era regordete y tosco como sus Körnerbrötchen, aquellos redondeados panes de semillas y especias. En su rostro predominaban unas voluminosas y sonrosadas mejillas y sobre estas los ojos estaban enmarcados por unas grandes y pobladas cejas. Cubierto su cuerpo de harina, a Hubert le pareció algún grotesco personaje de los cuentos de los hermanos Grimm que en tantas ocasiones le había contado su madre.

El panadero volvió al interior del local mientras le venía a la mente cuando tiempo atrás desmontó los dichosos toldos para pintar los armazones. Semanas después los volvió a montar y pensó que aquel granuja ya no se acordaría de ellos, pero nada más lejos de la realidad.

Hubert llegó a la puerta del colmado, situado en una pequeña plazoleta. Allí estaba la carreta de su padre, pero cuando estaba a punto de entrar algo extraño llamó su atención.

Al final de la pequeña plaza había mucha gente, demasiada. Un centenar de personas se apretujaban unas contra otras vociferando mientras discutían entre sí. Entonces los vio. Pequeños camiones repletos de militares cruzaban el pueblo rápidamente en dirección a la frontera con Francia.

—¡Los Franceses! ¡Ya se marchan esos bastardos! —gritaba la gente con gestos de inequívoca alegría.

Algunas mujeres estaban vociferando mientras gesticulaban con los brazos en alto. Un grupo de niños se agolpaban encaramados sobre el alfeizar de una ventana, intentando ver mejor. Entonces lo recordó. Su madre le había comentado hacía unos días que por fin, las tropas francesas de ocupación se marchaban. Todos los destacamentos abandonaban sus cuarteles y puestos de control.

Con la pérdida de la Primera Guerra Mundial por parte de Alemania, durante el tratado de Versalles en 1919, se creó la Comisión de Reparaciones de Guerra. Entre otras cláusulas se contemplaba el pago de 132.000 millones de marcos alemanes por las reparaciones de guerra, una suma que Alemania de ninguna manera se podía permitir pagar.

Otra de las cláusulas contemplaba la ocupación de Renania hacia el este, hasta el río Rin y al oeste, en lugares como Colonia. Dichas zonas serían ocupadas por las tropas aliadas durante un plazo máximo de 15 años.

Pero ante la imposibilidad de que Alemania pudiera hacer frente a los pagos, en 1929 se redactó el llamado Plan Young por el cual Alemania se comprometía a entregar cantidades anuales para dichas reparaciones de guerra a través del Banco Internacional de Pagos, con sede en Basilea. Los abonos serían incrementados gradualmente durante los primeros 36 años. Se fijaba una anualidad incondicional, que Alemania no podía eludir pagar, de 660 millones de marcos y su pago quedaba asegurado mediante una hipoteca sobre los ferrocarriles estatales alemanes. El plan fue aceptado por Alemania en agosto de 1929 e inmediatamente Edouard Herriot, el primer ministro francés, como muestra de buena fe, ordenó la evacuación anticipada de las últimas tropas de ocupación en Renania.

Aquel 20 de diciembre de 1930 los últimos destacamentos franceses abandonaban la región.

Algunos de aquellos soldados iban literalmente colgados fuera del camión, sobre el portón trasero, mientras con ambas manos se asían fuertemente a las barras del armazón sobre el que iban colocadas aquellas descoloridas y mugrientas lonas que cubrían la parte trasera. Hubert había visto muchas de aquellas camionetas Renault MY 1 con las curiosas manivelas en la parte delantera. En alguna ocasión había observado como aquellos “Französisch” hacían girar la manivela para ponerlos en marcha. La delgadez de los neumáticos y las reducidas dimensiones de la cabina les

daban un ridículo aspecto, lo que era motivo de escarnio al verlos pasar. Aquello llevó a la invención de más de un mote entre la población, a modo de burla.

El rugir de los motores junto al chirriar de los neumáticos sobre el adoquinado de la calle producían un ensordecedor ruido, por lo que el pequeño se llevó las manos a los oídos. En aquel momento se le cayó el palo de la peonza. Al agacharse a recogerlo una mano se posó en su espalda.

—¡Mira mamá! —dijo el pequeño Hubert al ver a su madre tras él—. Los soldados, la gente dice que los soldados se marchan.

—¿A dónde se marchan, mamá, a dónde? —preguntó el niño con insistencia.

—Vuelven a sus casas, cariño, a sus casas —contestó su madre mientras tiraba de él. Theresa cargaba con una niña pequeña. Helfriede había nacido hacía apenas un año.

—Vamos hijo este no es lugar para un niño, vamos con los demás.

El pequeño cruzó la calle de la mano de su madre, que volvió al interior del colmado mientras él permanecía junto al carro, indagando con la mirada a su alrededor. Los sonidos cotidianos de las gentes del pueblo al realizar sus tareas le llenaban de curiosidad. Varios jóvenes acarreaban árboles de Navidad, recién cortados en los bosques locales.

Hubert apartó la nieve pegada al cristal de la puerta y observó desde fuera el interior de la tienda. Varias mujeres realizaban sus compras mientras varios niños, felices y sonrientes, correteaban entre ellas, entreteniéndose y jugando.

El pequeño observó las estanterías, repletas de arreglos navideños y guirnaldas para las puertas. En el escaparate se apretujaban las velas, candelabros y figuras de paja o de madera, mientras en otro estante había té, miel, especias y calcetines tejidos a mano.

Hermann apareció por la puerta llevando un decorado pan recién salido del horno y un montón de pasteles de Navidad. Tras su madre apareció Mathilde, que tomó la mano de su hermano.

Desde pequeña había sido muy espabilada, incluso se podría decir que era lista como una ardilla. Ya había cumplido los tres años, y Hubert se había empeñado en enseñarla a montar en bicicleta, aunque su madre aseguraba que aún era muy pronto. Mathilde era morena, y llevaba el pelo largo. Tenía las cejas finas, como dibujadas al carboncillo. Los ojos verdosos y alegres, y la nariz casi perfecta. La pequeña se quitó el gorro que llevaba atado a la cabeza y se dejó el pelo suelto, que le cayó hacia atrás, sobre los hombros. El viento movía su cabellera color nogal.

Anton salió de la tienda y se acercó al caballo, ofreciéndole un terrón de azúcar con la palma abierta. Sasse había adquirido aquel viejo carro de un familiar que lo tenía abandonado en el granero. Lo adecentó y le dio una nueva vida. Era un coche abierto, de cuatro ruedas y de caja alargada. Los asientos estaban situados paralelos a los ejes, y el pescante era alto.

Anton arreó al Noric color alazán y la destartada carreta emprendió el camino.

El maltrecho asiento de cuero oscilaba ligeramente, mientras el coche traqueteaba por la carretera, rodeado de grupos de abetos y robles. Algunos de ellos estaban cubiertos del manto blanco del invierno. Era un paisaje hermoso. Hubert lo observaba todo, dejándose llevar por la sublime belleza de la naturaleza. Sus ojos revelaban una inusitada curiosidad a pesar de su corta edad.

Tres años después, el 30 de enero de 1933, Adolf Hitler sería nombrado Canciller y le faltaría tiempo para iniciar una represión sistemática contra sus opositores políticos. El Partido Socialdemócrata sería declarado ilegal y todos sus bienes incautados.

El 1 de abril del mismo año, los nazis llevarían adelante la primera acción contra los judíos. Las tropas de asalto, los “Camisas Pardas” se plantarían amenazadores frente a los comercios y pintarían en amarillo y negro la estrella de David en miles de puertas y ventanas.

El 7 de abril el gobierno nazi promulgaría la Ley para la Restauración del Funcionariado Público Profesional, buscando excluir a quienes consideraran opositores del estado nazi: judíos y opositores políticos. Como consecuencia, los empleados de la función pública serían obligados a demostrar su descendencia aria, documentando la religión de sus padres y abuelos. De no poder hacerlo, serían excluidos de la función pública.

El 2 de mayo todos los sindicatos serían disueltos y sus dirigentes detenidos, algunos enviados a campos de concentración, y el 14 de julio, el NSDAP sería declarado el único partido político legal en Alemania. Hitler conseguiría así el poder absoluto por encima del anciano presidente de la república Hindenburg, y durante la fatídica “Noche de los Cuchillos Largos” aprovecharía el caos reinante para eliminar a todos los miembros de la oposición que pudieran presentar batalla en unas elecciones o en una lucha por el poder. Aquella noche serían asesinados políticos comunistas y liberales, además de judíos, homosexuales, periodistas y activistas de su mismo partido con opiniones contrarias.

En todas partes, la gente recelaba de cualquier extraño. Cualquiera se cuidaba de hablar y con quien lo hacía, incluso se tenía cuidado con lo que se leía y hasta los locales que se frecuentaban, pues cualquiera podía ser un soplón nazi. Hitler prepararía así el terreno para su sueño imperialista, seduciendo a una nación entera a cometer el crimen más grande de la historia.

IV

La niña se paró de puntillas y dio dos o tres pasos inseguros, hasta que perdió el equilibrio y cayó con las palmas de las manos abiertas sobre los adoquines. Berta estaba en la plaza del “Pla” de Burriana, frente a la iglesia del Salvador. Anocheecía y

la luz de las farolas era suave, de un color tenue. El cielo se había cubierto, y quizás estallara una tormenta en cualquier momento.

La pequeña sujetaba con fuerza la mano de su padre. Ya había cumplido los tres años, y se mantenía despierta en aquella fecha señalada. A las doce se celebraba la misa del gallo. Tenía lugar la conmemoración cristiana del nacimiento del Niño Dios.

La mayoría de las ventanas que daban a la plaza dejaban ver a través de los cristales pequeñas lámparas de aceite que alumbraban en todos los hogares. En las calles de alrededor, la gente apretaba el paso mientras se dirigían a la iglesia, al tiempo que el repicar de las campanas les llamaba a la misa de medianoche.

Aunque estaba demasiado oscuro para apreciar los detalles, aquel templo le produjo a su padre una gran impresión. Estaba construido en piedra caliza amarilla y la fachada principal, orientada hacia el norte, mostraba dos grandes pórticos barrocos del siglo XVII.

En la cabecera del edificio surgían una serie de elegantes contrafuertes que acababan estrechándose sobre los muros. En el extremo oeste del edificio se alzaba la torre del campanario. Nacía exenta a la nave, desde el suelo. Mostraba una sólida planta cuadrangular en el primer cuerpo, mientras el resto de la estructura era octogonal.

Josef Kaufer advirtió al instante que aquella torre era enorme. Al principio, la catedral le pareció fea y desproporcionada pero luego, al contemplarla con más atención, paseando con la niña de la mano, comenzó a descubrir en ella una sencilla belleza.

Se aproximaron a la iglesia y observó el pórtico de entrada más cercano a la torre. El cuerpo inferior estaba flanqueado por pedestales sobre los que arrancaban columnas con el fuste decorado con estrías y motivos alegóricos.

El cuerpo superior mostraba una hornacina enmarcada por columnas y pilastras, mientras que el tercer cuerpo tenía un óculo oval sobre el que se disponía una línea de cornisa, muy del estilo barroco.

De pronto, se desató el aguacero que se avecinaba y la lluvia levantó un frío vapor por encima de los adoquines de la plaza. En un instante se abrieron cientos de paraguas negros. Kaufer había olvidado el suyo, aunque en realidad no le gustaban.

Cuando empezaron a caer goterones, dudó; pero Berta le tiró de la mano y su padre la cogió en brazos, corriendo juntos a través del parque hacia la puerta de la iglesia, cruzando ante los automóviles.

Kaufer sostenía con su mano derecha el sombrero negro, en equilibrio sobre su cabeza mientras corría, con gestos de esfuerzo. Aquellos ademanes hicieron sonreír a Berta y, al verla reír, también él se rio, y entonces, riendo juntos buscaron cobijo en la iglesia.

Aquel hombre irradiaba una personalidad turbadora, mientras avanzaba con determinación por la nave. La gente se hacía a un lado ante aquel hombre alto de abrigo oscuro, tocado con un sombrero y llevando en brazos a aquella niña de largas

trenzas, endomingada con su vestido azul y botines.

Kaufer era un atractivo joven de apenas 31 años. Esbelto, de cabello oscuro y de rostro severo. La frente alta, la nariz arqueada y el mentón prominente.

Su porte exhalaba autoridad. A Berta le daba la impresión de ir acompañada por un gigante, un hombre que podía abrirse paso en medio de cualquier tumulto con que se tropezara.

La iglesia le pareció un sitio maravilloso. Berta nunca había visto, cosa igual. Al entrar les recibió el olor del incienso. Aquella fragancia inundaba el templo por completo.

La pequeña señaló hacia el techo y balbuceó:

—¡Bonito!

—Si, cariño —respondió su padre.

Kaufer bajó a la niña al suelo. El interior del templo era inmenso y la cabecera estaba cubierta por una bóveda de crucería de ladrillo. Giró la cabeza hacia el lado oeste de la nave y contempló el inmenso órgano que allí se alzaba; era el más hermoso que jamás había visto, con sus grandes tubos cilíndricos agrupados como haces de cañas, elevándose a lo alto, como queriendo llegar al cielo.

El cura inició la lectura del evangelio, centrándose en la narración del nacimiento del hijo de Dios en Belén. Los sonidos del órgano inundaron la nave por entero, mientras Josef quedaba abstraído en sus pensamientos, en los últimos acontecimientos de su vida.

Hacía unos días que Josef Kaufer Zeller había llegado a Burriana. Se había instalado junto a su hija en una casa del pueblo, para comenzar una nueva vida. Aquel alemán había llegado a España en los años veinte para labrarse un futuro como jugador de fútbol en el Gimnástico de Valencia.

Transcurridos algunos años, pasó a ser entrenador en el C. D. Castellón, en 1923. Su forma de entrenar levantó una tempestad de comentarios. Favorables unos, terriblemente maliciosos otros. Pero Kaufer demostró que valía. Sus “cachorros”, entrenados como caballos, fueron campeones aquel mismo año. Pero tras la trágica muerte de su esposa, tuvo que elegir entre convertirse en un gran entrenador o ser un padre para su hija Berta.

A lo largo de aquellos años comenzaron a surgir importantes rutas comerciales transcontinentales que intentaban suplir la alta demanda europea de naranjas y mercancías, incluso de artículos de lujo. El incipiente comercio entre España y Europa era ya una realidad, un comercio directo. La mayor parte de las mercancías se embarcaban en puertos valencianos, hasta llegar a las ricas ciudades europeas.

España era el primer exportador mundial de naranjas y él tenía muchos contactos en Alemania. Pronto se inició en el complejo mundo de las transacciones comerciales, aprendiendo los rudimentos de la profesión. Desde el puerto de Burriana salía entre el veinte y el treinta por ciento del volumen total de los cítricos exportados por España, y él tomó la decisión de irse a vivir a aquel pueblo bañado por el

Mediterráneo. A partir de entonces se dedicaría por entero a su nuevo negocio y al cuidado de su hija.

Terminaron los oficios y padre e hija se pusieron de nuevo en marcha, recorriendo en silencio el camino hacia la salida. Había dejado de llover y caminaron de la mano de vuelta a casa.

Después de aquella hermosa visión, Berta no podía conciliar el sueño. Se pasó una hora dando vueltas y cambiando de lado en la cuna, que crujía sin cesar. Su padre la contempló, asomando su cabecita sobre la barandilla. Se levantó y la trajo con él a la cama.

Aquella era una noche especial, y a ciencia cierta no tenía muy claro quién de los dos necesitaba más compañía.

Su padre la observó en silencio con sus largas trenzas de aquel color castaño oscuro. Con su carita alargada y aquellos ojos vivaces y negros como la noche que le escrutaban en la oscuridad. Maldijo al destino que dejó a aquella niña sin su don máspreciado, su madre. En ocasiones le asaltaban las dudas sobre su capacidad para criar a aquella muñequita él solo. Pero aquellas dudas sombrías se disipaban cuando contemplaba su pequeño rostro en la penumbra de la habitación, como estaba haciendo en aquel momento. Entonces aprovechaba aquella intimidad para llorar. No se durmieron, hasta el amanecer.

V

La camarera iba y venía, atendiendo a la clientela, en la pastelería de “Pablo Julián”. La vida de un domingo por la mañana alrededor de la plaza del Pla continuaba siendo placentera. Era un pequeño local con motivos de madera y un aspecto un tanto señorial. Las vitrinas de cristal exponían sus deliciosas pastitas, pastelitos y bombones, llegando prácticamente hasta el fondo de la cafetería.

El jardín de la plaza mostraba árboles caducifolios que durante el otoño cambiaban de color. Multitud de hojas amarillentas caían formando dibujos que envolvían de melancolía el entorno.

Tres jóvenes estaban sentadas a una mesa cuadrada de mármol, junto a la entrada. Era una fría mañana, y a pesar de las protestas de Carmen Feliu, la puerta del local permanecía entreabierta.

Belén, con gafas de cerca, estaba sentada contra la pared, así podía ver quién entraba y quién salía. Presumía de conocer a todo el mundo en el pueblo. A pesar de ser la hija del guardaagujas y vivir junto a la estación, apartada del núcleo de la población, hacía lo imposible por estar al corriente de quién llegaba al pueblo. Disfrutaba con las bromas y los chismes y le encantaba charlar con la gente.

Carmen era una robusta joven de unos veintipocos años. Llevaba abrigo y falda

de color café y un sombrero a la última moda, decorado con un gran lazo azul. Su padre era el maestro del pueblo y ella pronto heredaría el oficio, aunque no le hacía demasiada gracia tener que aguantar a un puñado de mocosos, encerrada en un cuartucho, un día tras otro.

La tercera de las jóvenes era María Asunción Granell, alta y encantadora. Grandes ojos, nariz regular y boca madura. Llevaba un elegante sombrero rojo, decorado con dos lazos, y un pequeño bolso de lamé. Asunción era hija de una acomodada e importante familia de comerciantes del pueblo. Carmen extrajo la pitillera del bolso, cogió un cigarrillo y se lo llevó a la boca, lo encendió y el olor del humo se mezcló con el aroma de los pasteles.

La mesa de al lado estaba vacía, pero lo estuvo por poco tiempo. Un frío soplo de aire asomó cuando se abrió nuevamente la puerta del local.

Un hombre joven y elegante entró, llevando de la mano a una niña y en la otra un periódico. Miró a su alrededor, dio unos pasos, vaciló y, por fin, vino a sentarse a la mesa de al lado. La pequeña permaneció allí sentada, mientras el que debía ser su padre se acercó al mostrador y pidió.

La camarera trajo a la mesa un café y una elegante copa de helado de frutas. Ante aquella visión la niña reía con la boca llena y le brillaban los ojos oscuros. A su izquierda, un mostrador dejaba ver una gran variedad de tartas y bombones.

El joven se quitó el abrigo, dejando ver un traje gris hierro. Dejó sobre la silla un sombrero fedora y abrió el periódico. La pequeña tomó el vaso fuertemente, y con la cuchara empezó a comer sin decir palabra, ensimismada en su tarea.

El joven, tomaba pequeños sorbos de café al tiempo que, de tanto en tanto, levantaba los ojos de su periódico y recorría con la mirada el plácido rostro de la niña.

Asunción la observaba, con su cabello oscuro recogido en dos trenzas que le caían a ambos lados del rostro. Iba vestida de fiesta, con un suéter color miel y un lazo anudado a la cintura.

Belén miró por encima de sus gafas, estirando el cuello para observar mejor a aquel joven.

—¿No sabéis quién es? —dijo de pronto, con un gesto de autoridad.

—Es Von Kaufer, el famoso entrenador —siguió diciendo con la mano cerca de la boca, como queriendo atenuar su voz.

—Su esposa falleció, y él ha dejado el fútbol para dedicarse a su hijita. Creo que es Alemán, o Austríaco. Tengo entendido que se ha establecido aquí, en el pueblo, para dedicarse al comercio.

La cuchara de Berta chirriaba sobre el fondo de la vacía copa, intentando dar caza al último resto de fruta. Se la comió, y bajó al suelo.

La pequeña comenzó la exploración de aquella estancia, avanzando tambaleante y

ayudándose de los respaldos de las sillas. Asunción guardó su pañuelo en el bolso, y al alzar la vista descubrió a la niña que las observaba con curiosidad desde el otro lado de la mesa. La pequeña se quedó mirando los vivos colores de los elegantes sombreros de las jóvenes. Se acercó y no tardó en apoyar la manita en las rodillas de Carmen, manteniendo el equilibrio.

Kaufer alzó la vista del periódico y se levantó, azorado.

—¡Disculpen, señoritas! —dijo—. No, no Bertina, no puedes molestar a las señoritas.

—¡Al contrario! —dijo Belén, de manera displicente. Le invitamos a que también usted nos acompañe..., señor Kaufer, porque... ¿es usted Von Kaufer, el entrenador de futbol?, ¿verdad?

—¿Me conoce? —preguntó él, sorprendido y mostrando una cordial sonrisa—. Hace ya mucho tiempo de eso. Ahora este pequeño demonio es mi principal ocupación.

Kaufer dijo que no quería molestar, mientras hacía ademán de llevarse a la niña, pero las jóvenes insistieron.

El comerciante tendió su mano y acercó una silla para tomar asiento, mientras la pequeña Berta se agarraba al borde de la mesa. Asunción le tendió los brazos para cogerla, y la pequeña se acercó entusiasmada. La joven sintió un intenso placer al tener a aquella niña sobre sus rodillas.

Las demás soltaron una risilla nerviosa al decirle a su amiga que la niña le quedaba bien en su regazo. Asunción se ruborizó, y Carmen siguió.

—¿A que le queda bien, señor Kaufer?

A Asunción le dieron ganas de estranglarla. Su amiga se sobresaltó al recibir un puntapié por debajo de la mesa.

—Llámenme José, por favor.

Asunción preguntó a la pequeña cuantos años tenía. Ella respondió irguiendo fuertemente el pulgar, el índice y el corazón, mientras sujetaba los restantes dedos con la otra mano.

La niña alargó los brazos hacia su padre y Asunción devolvió a Berta al regazo de Josef, que se inclinó sobre el hombro de la bella joven..., y sucedió algo extraño. Solo duró un segundo, y no fue un estremecimiento o un sobresalto, ni un temblor o emoción. Su rostro se acercó a pocos centímetros de las ondas rizadas y perfumadas de su cabello y, cuando instintivamente alzó la mirada, sus ojos turbados se cruzaron con los de la joven.

Era la primera vez que Josef Kaufer veía a María Asunción Granell, y aquellos segundos fueron el comienzo de un estado de ensueño, de un sentimiento impetuoso y exaltado que apenas comprendió. Así despertó de repente en la vida de aquel hombre sencillo un sueño embriagador, como una flor de jardín cuidadosamente mimada. Ya no pudo apartar la mirada de aquella joven.

1 de agosto de 1936

I

No importaba si era por el día o durante las largas noches. Los hombres de la FAI patrullaban las calles en sus coches pintados de negro, a la búsqueda de nuevas víctimas. Entraban en las casas y detenían a cualquier sospechoso de intimar con el bando contrario e incautaban sus pertenencias. No era la primera vez que los patrulleros se presentaban en la casa de los Granell a detener a José Kaufer Zeller. Sabían que aquel joven cortejaba a la hija, y si no estaba en la elegante casa que había adquirido en la calle Menéndez Pelayo, aquel era el lugar donde debían buscarle.

Ya lo habían detenido el pasado 30 de julio, pero el padre de su novia, hombre de recursos, había conseguido que le soltaran. Pero aquella vez era distinto, traían una orden de detención firmada por el Gobernador, acusándole de supuesto instructor Militar del Requeté y la Falange de Burriana.

El camión frenó en seco ante la vivienda y tras aporrear la puerta, apresaron al alemán y le sacaron a la fuerza. Granell les plantó cara y entonces uno de aquellos hombres le estampó en las narices el documento que les daba derecho a llevárselo.

El golpe de estado del 17 y 18 de julio de 1936, llevado a cabo por una parte del ejército contra el Gobierno de la Segunda República, había desencadenado en una Guerra Civil. En la zona republicana, grupos de revolucionarios pusieron en marcha una feroz represión contra aquellos a los que veían como sus enemigos de clase.

Aquella forma de actuar incluía tanto a empresarios, como a industriales, terratenientes o políticos de la derecha. Aquella persecución pasaba también por los miembros y bienes de la iglesia católica.

En Burriana, aquellas milicias locales tenían entre sus acciones el arresto de numerosos vecinos acusados de derechistas o de comulgar con el golpe de estado. Campaban a sus anchas sin que el gobierno republicano pudiera impedirlo.

La noche anterior habían saqueado la iglesia de El Salvador y rompieron todos los retablos e imágenes. Al amparo de la noche sacaban de sus casas a aquellos que consideraban posibles colaboradores de los militares sublevados, de ideología católica y de derechas, y los subían a coches y camiones para conducirlos al cementerio o al Collado de Artana para fusilarlos. Eran meses difíciles en los que la vida cotidiana estaba marcada por la escasez en las tiendas, y los apagones nocturnos para evitar los bombardeos aéreos.

Josef se entristecía al pensar en que había acabado todo aquello. Muchos de

aquellos grupos eran simples bandas criminales con afán de lucro personal, que se amparaban bajo la cobertura de los partidos y sindicatos para alcanzar sus objetivos individuales.

Se avergonzaba ante la conducta delictiva de aquella gente que, sin ninguna duda, actuaban con ánimo de enriquecerse; y a él le tenían por un buen objetivo para sus planes. En los últimos años se había afianzado como un comerciante de renombre en la zona.

Innumerables viajes al extranjero le habían convertido en un gran conocedor de los puntos estratégicos de los mercados fruteros. Pero él atribuía parte de su éxito a la negociación puerta con puerta con los agricultores. Le gustaba ir a los almacenes y dialogar en persona. A ello se sumaba su gran conocimiento del mercado alemán.

Kaufer fue conducido a la iglesia de La Sang, reconvertida en una lúgubre prisión. Le llevaron a un rincón de la sacristía, donde una puerta abierta daba paso a un angosto corredor. El comerciante estaba asustado, y su temor aumentaba al ver que al final del pasillo se oían voces. Por fin llegaron a una pequeña habitación, le empujaron dentro y cerraron de golpe la puerta. Girando sobre sí mismo, Kaufer vio en la penumbra que no estaba solo. Sus carceleros le habían requisado sus lentes pero aún pudo reconocerles.

—¿Ustedes también aquí?

La habitación estaba ocupada por varios hombres, entre los que reconoció a Juan Adelantado, a Manuel Granell, y a Vicente Enrique.

—¡Creo que van a fusilarnos, Kaufer! —dijo el anterior alcalde Vicente Enrique. Al pronunciar aquellas palabras inequívocas, la expresión de su rostro no tenía nada de risueña.

—Yo tengo una hija —sentenció Kaufer—. ¡Y por Dios que voy a salir de aquí!

Los prisioneros le abrazaron, mientras Kaufer paseaba la vista por aquel cuarto. Las paredes rezumaban humedad, mientras un fuerte olor dominaba la pequeña estancia. En el centro, tirado en el suelo, el único objeto que había era un mugriento colchón.

Durante los días siguientes fueron interrogados varias veces. Las noches eran largas y terribles. Todos sabían lo que significaba el rechinar de la cerradura que abría la puerta de hierro de alguna de las habitaciones contiguas. Al oír aquel ruido, como movidos por un resorte, se quedaban todos en pie contra la pared, con el corazón paralizado.

Sabían que el que era llamado no volvía más. Kaufer oyó a algunas mujeres gritar en un departamento contiguo. No podía entender el sentido de aquellos actos, ni el motivo de todo aquel odio.

14 de agosto de 1936

Después de dos semanas de tenerlos incomunicados, algo cambió. Se oyeron voces al final del pasillo. Kaufer pegó el oído a la puerta, pero a pesar de sus esfuerzos por oír lo que decían, estuvo largo tiempo sin comprender ni una sola palabra del confuso murmullo.

Finalmente elevaron las voces, y entonces pudo distinguir una o dos palabras, entremezcladas con varios gritos de desaprobación.

—¡No, no y no! ¡y basta ya! —pudo entender—. Si tenemos que soltarlo, se le suelta.

De repente, estalló una violenta discusión y varios gritos. Y luego, el silencio.

Entonces, sin previo aviso, se oyó chirriar la cerradura y la puerta se abrió de pronto.

—¡Aleman!, ¡sal! —gritó uno de los guardias. Todos sus compañeros de celda clavaron la mirada en Kaufer, y no pudieron evitar abrazarse a él.

—¡Venga!, ¡venga!, dejáros de remilgos —volvieron a decir los carceleros, mientras sacaban a Kaufer.

La pequeña y oscura habitación a donde le llevaron estaba presidida por un gran armario fichero tras el que se adivinaba una mesa repleta de papeles. Kaufer llegó a poder observar un cartón clavado con alfileres en la pared. Estaba atestado de nombres, algunos de los cuales habían sido tachados; aquella visión le estremeció. Entonces vio sus papeles sobre la mesa.

—¡Joder!, no sé cómo te las arreglas —dijo el que supuso que mandaba—. Debes tener un ángel de la guarda, o algo así. El cónsul de Alemania se ha enterado de que te teníamos aquí, y le ha faltado tiempo para comenzar a telefonar al gobernador.

—Ya es la segunda vez que nos visitas y la segunda vez que tengo que firmar tu acta de liberación. ¡Con las ganas que tenía de llevarte a dar un paseo!, ¡y de descerrajarte un tiro en medio de la frente!

—Vamos a hacer una cosa —siguió diciendo—. Como dice ese cabrón de cónsul tuyo, eres ciudadano alemán. Y según le ha dicho al gobernador, no te podemos tocar un pelo sin exponernos a un conflicto internacional.

—Pero a mi entender, ellos están allá, con sus cosas y su burocracia, y yo estoy aquí. Por lo tanto de mis cosas mando yo.

—¡Te doy dos días para sacar tu apestosa cara del pueblo! Si a partir de entonces sigues por aquí, daré por entendido que buscas enfrentarte a mí, y volveré a buscarte. Y la próxima vez no tendrás tanta suerte. ¡Porque, por mi puta madre, que entonces no habrá quién te salve!

—¡Devolvedle sus cosas! —dijo, mientras abandonaba el despacho—. ¡Dos días, alemán! Dos días...

Kaufer no pronunció una palabra, recogió sus documentos y salió. Una vez fuera, quedó deslumbrado por el sol, mientras le venían a la memoria los que quedaban

dentro, pero no podía hacer nada por ellos, aún.

III

Kaufer llegó a casa de los Granell sin previo aviso. Estaba desierta, por lo que decidió acercarse a la suya. Al girar la esquina las observó a lo lejos.

Asunción salía por el portal en aquel momento, con Berta de la mano. Giró la llave en la cerradura, volvió a coger la mano de la pequeña y se dieron la vuelta para comenzar a andar. Entonces lo vieron venir desde el otro extremo de la calle.

La alegría la embargó sin poder contenerla. Después del miedo sentido los días pasados, comenzó a llorar, y a reír, tan fuerte que las lágrimas resbalaban por sus manos y su rostro.

Josef también empezó a reír, mientras corría hacia las dos mujeres de su vida. Ella salió a su encuentro. Se abrazaron y se besaron, mientras sus lágrimas se mezclaban. Entonces su padre cogió a Berta y la levantó en lo alto. La niña rio y los tres desandaron el camino hacia la casa.

Al entrar, Josef observó que la vivienda tenía un aspecto apagado y frío. Todos los muebles estaban cubiertos con sábanas, y extrañado, preguntó. Asunción le explicó que todos en el pueblo estaban marchando, y ella estaba a punto de hacerlo cuando le vio llegar. En realidad, el pueblo estaba prácticamente desierto. La situación se había vuelto insostenible, las milicias campaban a sus anchas y realizaban toda clase de tropelías.

Se hallaban sentados en la salita, en dos butacas tapizadas con bellos estampados de motivos victorianos, junto a unas cortinas de color crema, uno frente al otro, con sus rostros iluminados por la luz de la lámpara. Josef le explicó que le ordenaron que dejara el pueblo, que incluso se marchara del país. Y que en un par de días volverían.

Ella le pidió que le acompañara, se esconderían con los demás en el Grao, hasta que todo aquello pasara. Kaufer juntó sus manos con las de ella mientras la pequeña Berta observaba con seriedad, como si intuyera que allí fuera a suceder algo importante. Asunción no esperaba lo que vino a continuación.

—¡Casémonos! —dijo él, mirándola a los ojos.

—¿Qué? —susurró ella—. ¿Cómo has dicho?

—Cásate conmigo, mañana mismo. Así no podrán obligarme a marchar.

—No puedo..., no de este modo, escondiéndonos.

—Esperemos a que todo esto pase, después seré tu esposa.

—¡Pero no sabemos lo que va a pasar! —exclamó él—. ¿Qué vas a hacer?

—Me esconderé con mis padres en el Grao, y tú deberías volver a Alemania hasta que pase toda esta locura.

Él miró a su pequeña, y Asunción se ofreció a quedarse con ella. En la situación

en que se encontraba el país, no era seguro que un hombre anduviera por ahí con una niña a cuestas. Berta se sentó en su regazo y su padre la abrazó. Inspiró la fragancia que emanaba de su cabello, olía a inocencia. Intentó retener aquel olor en la memoria, para poder recordarlo cuando estuviera lejos.

Miró a Asunción mientras intentaba contener las lágrimas, que al fin corrieron libres. Pensó que estaba siendo un mal padre para su pequeña, entrando y saliendo de las cárceles republicanas, y ahora marchando lejos.

Sabía que no podía pedirle a Asunción que le acompañara, que lo dejara todo y se fuera con él, los tres juntos, muy lejos de allí. Ella nunca abandonaría a sus padres. Antes de que pudieran decir nada más, escucharon ruidos de motores. Josef se asomó por la ventana para llegar a ver pasando a lo lejos, dos vehículos de la FAI.

Kaufer preparó un macuto con ropa y se caló una boina, mientras le aconsejaba que esperase a la noche para marchar, incluso pensó que sería más seguro que alguien viniera a por ellas. Asunción lo retuvo unos segundos más entre sus brazos, mientras le decía que lo conocía muy bien y que no le perdonaría que hiciera ninguna insensatez. Le pidió que pusiera mar de por medio entre él y aquella barbarie, que ellas estarían bien.

Cuando salió a la calle, el sol caía a plomo sobre los adoquines. A mediodía, aquella ciudad antaño alegre y festiva, había adquirido un aspecto fantasmal, donde la poca gente que se aventuraba a salir lo hacía corriendo entre los escombros de las calles, mientras lanzaban miradas a un lado y a otro. A varios pasos de la casa, Kaufer se detuvo a observar a aquellos dos seres. Entonces Berta hizo algo que él recordaría mientras viviera.

—¡Papá! ¡No te olvidarás de mí!, ¿verdad? —gritó la niña.

La pequeña despedía a su padre, desconsolada, cuando él desanduvo el camino y la levantó en el aire, abrazándola con fuerza.

—¿Cómo podría olvidaros nunca?, ¡mi amor!

Kaufer la devolvió al suelo, se dio la vuelta, y comenzó a recorrer la calle conteniendo una inmensa rabia. De camino a la estación no conseguía sacarse de la cabeza a las dos mujeres que dejaba atrás.

IV

La mañana siguiente, en la estación de Valencia, Kaufer preguntó para ir al puerto. Tomaría un barco y marcharía a su patria, y una vez allí, pensaría con calma que hacer. No estaba dispuesto a esperar sentado, mientras en España tenía lugar una guerra que podía ser larga.

El tranvía se sacudía sobre los rieles, al tiempo que la ciudad se aparecía bulliciosa y desconcertante. Pronto se aparecieron tras los edificios, cientos de

mástiles entre las chimeneas de los vapores. Más allá, grandes grúas se alzaban al cielo, como ciclópeos guardianes preparados para la defensa de la ciudad.

El conductor hizo un aviso, y Kaufer se apeó. En la calle frente al puerto había una especie de pequeño mercado, con tenderetes callejeros en los que se vendían toda clase de artículos.

Cruzaba entre los puestos, cuando oyó que alguien le decía:

—¿Qué hay, camarada?

Fingió no oírles y siguió andando.

Oyó unos murmullos y Kaufer creyó entender que uno de los hombres decía “parece sospechoso”.

—¡Alto!, ¡policía revolucionaria!

Josef dobló por el callejón y desapareció de la vista de la patrulla de control. Cruzó la calle y entró en el puerto. Tenía que subir a aquel barco. Se acercó a la ventanilla y pidió un pasaje para Alemania.

—Ese barco sale en media hora para Hamburgo —dijo el expendedor.

—¡Perfecto!

—¡Se deja el cambio! —dijo el hombre, pero Kaufer ya había echado a correr a grandes zancadas, mientras apretaba el billete en la mano. Alcanzaba a ver a los pasajeros encaramados a la barandilla, y el vapor de la chimenea.

—¡Allí está! —Oyó gritar a sus espaldas.

Kaufer se giró en el instante justo para recibir un puñetazo en plena cara. Se estampó de espaldas contra la pared y cayó de rodillas al suelo.

—¿Dónde creías que ibas, eh? —gritó uno de los patrulleros de la FAI.

Los cuatro hombres iban apretujados dentro del auto. En Valencia helaba. A las siete y media de la mañana la ciudad estaba lívida y el viento corría a ras del suelo. Las calles de la ciudad estaban desiertas, mostrando la destrucción de los bombardeos.

López, con aire malhumorado, giraba la cabeza, observándolo todo. Los postigos permanecían cerrados y varios transeúntes que paseaban se cambiaron de acera al ver aquel auto acercarse. Cerca de su destino, dos porteras se metieron adentro al verlos venir.

Kaufer escuchó que al que le había golpeado le llamaban “el Asturiano”, de mandíbula fuerte, envuelto en un recio abrigo y con un sombrero en la cabeza. Jugeteaba con unas esposas, mientras pegado al labio inferior, mantenía en equilibrio un cigarrillo, cuyo humo exhalaba hacia la cara del detenido.

López, de pequeña estatura, era el más bajo y delgado de los tres. Tenía una perla en un ojo y exhibía un revólver. El conductor se llamaba Fidel y era bajo, moreno, y con ojos grandes y negros.

—¿Qué hacemos con este? —preguntó el de las esposas—. Podríamos perdernos por algún camino, dar un paseo, ¡y quién sabe!

López gruñó, quitándole el cigarrillo de los labios y abriendo la portezuela, porque ya habían llegado al antiguo Seminario Conciliar de la calle Trinitarios.

—No quieras pasarte de listo —añadió.

Cruzaron el umbral y de allí llegaron a un vestíbulo, y más tarde a un claustro soberbio. Entraron bajo un arco y subieron una escalera.

Sentaron a Kaufer en una silla del semioscuro primer piso, donde la poca luz que había entraba por unas ventanas arquitrabadas de piedra. Josef paseó la vista por aquella especie de galería, donde dos puertas simétricas daban paso al claustro con columnas que habían cruzado al llegar, alrededor del cual se articulaba todo el edificio.

Pensó que en un descuido de sus captores podría saltar por una de aquellas ventanas, pero con casi total seguridad, se rompería las piernas, por lo que desechó la idea. Aún no se había puesto cómodo, cuando el Asturiano pasó tras él, propinándole un puntapié que le hizo tambalearse en la silla.

Josef sabía que los milicianos del bando republicano utilizaban varios de aquellos edificios repartidos por toda la ciudad para detener, interrogar y ejecutar a sospechosos de simpatizar con el bando contrario. Por lo general, se les conocía por el nombre de chekas, y eran conocidas por la calle donde se encontraban, o bien por el nombre de quien las dirigía.

López se sentó cerca del detenido y ojeó su pasaporte.

—¡Vaya!, ¡pero si es alemán!

Se levantó y cruzó una puerta de dos hojas y, tras ella, entró en un despacho moderno y bien iluminado. Al cerrarse la hoja, la penumbra volvió a cernirse sobre la galería.

Se escuchó que aquel hombre llamaba por teléfono. Kaufer pudo entender con claridad que aquel fulano estaba pidiendo consejo a alguien. Entonces escuchó el nombre: Leo.

Kaufer se quedó lívido. Sabía que el tal Leo dirigía una cheka en la avenida Nicolás Salmerón, donde delincuentes habituales se dedicaban a saquear los pisos y asesinar a personas de buena posición social. El cónsul de Alemania le había comentado en una ocasión que allí, dos rusas llamadas Berta Sonin y una tal Nora, martirizaban a los detenidos. También le habían comentado que el tal Leo no era otro que Rosenberg, el embajador de Rusia.

El Asturiano daba vueltas alrededor de Kaufer, sonriéndole con malicia, cuando López salió ojeando los papeles. El jefe apoyó una mano firme y fría sobre el hombro de Josef y dijo:

—¡Vaya!, ¡eres un tío con suerte!

—¡Soltad a este desgraciado!, ¡Leo no quiere buscarse más problemas de los que ya tiene con el alemán!

Josef supuso que se referían al cónsul de Alemania Schellert.

—¡¿Lo dirás de broma?! —gritó el Asturiano, encarándose con su jefe—.

¡Maldita sea!

Entonces se acercó como una exhalación y rodeó el cuello de Kaufer con su antebrazo.

—¡Te mato!. ¡Vaya si te mato, cabrón!

Aún no había parpadeado, cuando notó el frío cañón del revólver de su jefe junto a su ojo derecho.

—Voy a contar hasta tres —escuchó—. Uno, dos...

Entonces dejó de hacer presión, mientras dirigía la mirada a López, como un perro de presa que se disculpara ante su amo.

Josef sintió la necesidad de abandonar la ciudad de inmediato. De haber tenido dinero, se habría largado sin pensárselo. Pero se lo habían quedado todo y no tenía para el billete, por lo que cruzó penosamente la ciudad en dirección al Consulado de Alemania.

Tres días después, un vehículo identificado como adscrito al Consulado llegó a toda velocidad al puerto de Valencia. La puerta del auto se abrió y tres hombres salieron del interior. Con paso apresurado cruzaron la zona de tránsito y se encaminaron hacia la pasarela de un buque que hacía sonar la sirena, mientras los marineros soltaban las amarras. Un oficial de guardia revisó su documentación y se apartó para dejarles paso.

Solo el rumor que producía el ir y venir de los pasajeros en cubierta se superponía el rítmico pitido de la bocina del vapor, mientras realizaba la maniobra de desatraque.

Aquellos tres hombres se asomaron a la barandilla, mientras parecían despedirse de lo que dejaban atrás. El Consulado de Alemania había tramitado con el Gobierno Republicano la evacuación a su tierra natal. El más alto de los tres se limpiaba las lentes con un pañuelo. Llevaba una boina ladeada, caída al lado izquierdo. Aquel hombre rezaba en silencio para que Asunción Granell y Berta Kaufer estuvieran a salvo. Al cabo de diez minutos caminaba pesadamente por la cubierta en compañía de aquel par de funcionarios del Consulado que parecían muy felices de poder salir de allí cuanto antes.

9 de junio de 2013

I

El segundo viaje a casa de Marta llegó transcurridos unos meses. Fuimos a devolverle los documentos que me había prestado en la primera visita, meses atrás, incluida la fotografía de Hubert. Aquel día se empeñó en que nos quedáramos a comer, y conocimos a un gran hombre, su esposo Pedro.

Creí que aquel sería el último viaje; que tras devolverle los documentos, tardaría en volver a ver a aquella mujer. Pero nada más lejos de la realidad. Tomamos asiento en aquella acogedora salita y ella se acomodó a mi lado, con un gran sobre entre sus manos. De él extrajo varios sobres más, donde se clasificaban un gran número de papeles, planos, documentos, y cartas de la Guerra Civil Española. Todos propiedad de su padre, Josef Kaufer. Entre ellos se encontraba un pequeño librito con las cubiertas de piel oscura, que ella me entregó.

—Quiero prestarte algo —dijo—. Es un objeto muy preciado para mí. Con esto podrás conocer mejor a mi padre.

Se me ocurrieron muchas cosas que decir, pero las palabras no salieron al exterior. Tomé aquel diario con el nerviosismo con que un amante de la historia sostiene un tesoro, con la veneración que merece un preciado objeto. Abrí la cubierta con emoción y gratitud, y con el temor de dañar aquellas frágiles hojas. Como si en realidad aquello no fueran páginas escritas, como si fuera una voz que llegaba a mí desde muy lejos, en el tiempo.

Pronto comprobé que aquel era el diario que su padre había comenzado a escribir el 24 de diciembre de 1936, cuando llegó al puerto de Pasajes, desde Alemania. La última página tenía fecha del 29 de junio de 1939, recién terminada la Guerra Civil.

Todo estaba allí, el comienzo de la contienda, los sueños, la enfermedad de Berta, y el recuerdo diario a los suyos desde el frente. Incluso la toma de Burriana por el Ejército Nacional y su vuelta a casa tras el derrumbamiento del campanario.

Él seguía vivo en aquellas páginas. La persona que fue Josef Kaufer Zeller.

Aquella mañana tuve la curiosa sensación de que, sin esperarlo, comenzaba a formar parte de aquella familia, y de la historia que se desencadenó entre Hubert Sasse y Josef Kaufer, en 1943. A media tarde regresamos a casa con la gratitud que me inspiraba el hecho de que ella me hubiera confiado su tesoro. Los días siguientes los pasé perdido entre las páginas de aquel humilde manuscrito donde una procesión de historias y sucesos parecían surgir con voz profunda desde un pasado desconocido

para mí y que Josef se encargó de plasmar con la pluma, para que pasado el tiempo, emergieran de la niebla que los ocultaba.

II

24 de diciembre de 1936

Mientras el barco arribaba al puerto de Pasajes, a Josef Kaufer se le ocurrió la posibilidad de que el recibimiento en España no fuera como él esperaba. Se armó de valor por si tenía que llevarse una desilusión.

Las expectativas que abrigaba propiciaron que el nerviosismo hiciera presa en él. Apoyado en la barandilla, sacó una pequeña libreta con tapas de cuero que se convertiría en su diario, y dedicó un momento para tomar unas cuantas notas de lo vivido los últimos días.

A su llegada a Alemania, meses atrás, le esperaba un telegrama en el que Asunción le informaba de que todos estaban bien, y además le comentaba algo que entristeció a Josef, el día 23 de agosto, una semana después de su salida de la prisión de La Sang, sus compañeros de celda fueron fusilados.

Aquel puerto estaba ubicado en la desembocadura de la ría de Pasajes, aislado del oleaje del Mar Cantábrico y comunicado con este mediante un estrecho canal natural. La bocana del puerto era relativamente estrecha.

Desde la cubierta paseaba la vista, mientras recordaba su despedida de Asunción, cuatro meses atrás. Esperaba que le perdonara por no cumplir su promesa de permanecer en Alemania, a la espera del fin de la guerra. Pero él no había sido nunca hombre de estar con los brazos cruzados. No iba con su talante el esperar que los demás solucionaran los problemas por él.

El pueblo de Pasajes se asentaba cobijado entre los montes Ulia y Jaizquíbel y estaba formado por cuatro barrios situados en torno a la ría. Josef desembarcó para quedar inmerso en el bullicio del puerto pesquero, abriéndose paso a través del gentío y entre carretas de pescado. Aquella mañana se puso a disposición del comandante Militar para alistarse en el Ejército Nacional. Aquel hombre le envió a la Comandancia General, en San Sebastián, y a media tarde se presentaba en el Cuartel del Requeté.

Allí se preparó a pasar las que supuso, serían las Navidades más tristes de su vida, lejos de los suyos.

Josef se hospedó en un hotel que había sido requisado por el ejército para alojar a todos los voluntarios que iban llegando desde todas partes. Observaba desde el ventanal los jardines de la ciudad, en un día húmedo. El aspecto tormentoso no invitaba a salir mucho más lejos de algo que le pudiera resguardar de la lluvia. La calle principal era el perfecto escenario para coger un buen resfriado. El militar

observó la terraza cubierta de un café, a pocos metros de allí. No sabía exactamente cuál era el motivo que le llevo a salir y cruzar sobre aquella avenida asfaltada de hormigón. Pero lo hizo, yendo a sentarse en un banco del pequeño parque cercano a las mesas de la terraza de aquel restaurante. Pidió un café y volvió tras sus pasos al pequeño banco.

Aquel café le sentó muy bien aquella tarde fría. Permaneció allí sentado con aquella taza caliente entre las manos, lo que le sirvió para volver a recordar a los suyos.

Intentó tomar alguna idea de a donde querría poder escapar para perder de vista aquella locura en que se había convertido España. Pasó un par de días en aquel café, en compañía del capellán del Tercio de Requetés del Alcázar, José María Lamamié de Clairac y Alonso. A pesar de su juventud, pues apenas frisaba los 25 años, aquel joven mostraba un alto nivel intelectual, y a Josef le encantó compartir varios momentos con él, intentando arreglar el mundo junto a dos humeantes tazas de café.

El día 31 salía hacia el frente de Teruel para incorporarse al Tercio de Santiago. Durante el trayecto, el tren recibió fuego de ametralladoras por parte del enemigo, sin mayores consecuencias. El primer día del estrenado año de 1937, Josef se levantó temprano para ir a la Iglesia. Allí conoció a parte de su unidad, hombres sencillos que no tenían muy claro por qué estaban allí.

La noche del día 2 de enero embarcó en un camión con varios nacionales pertrechados con sus Mauser 1893, y al amanecer se detuvieron en Villastar, una pequeña aldea a orillas del río Turia y a diez kilómetros de Teruel. Allí sintió por primera vez la sensación de estar en el frente. Cientos de soldados cruzaron ante él descargando suministros, mientras grandes cajas de armamento eran almacenadas en varios cobertizos.

Una Compañía de tanques Trubia A4 atravesaba la población entre el ronquido de sus motores, mientras levantaban una densa polvareda a su paso. Aquellos vehículos incorporaban una torreta especial diseñada en dos mitades articuladas, las cuales podían operar independientemente, cada una armada con una ametralladora. Teóricamente, si una ametralladora se encasquillaba, el vehículo disponía aún de otra para poder defenderse.

A medio día recibió la orden de ingresar en la plana mayor, y las siguientes jornadas las dedicó a recorrer los diferentes frentes.

El día 15, el recién nombrado alférez Josef Kaufer Zeller, fue puesto al mando de la 2.^a Compañía de Ametralladoras, compuesta por unos 63 hombres. Habían tomado posiciones en las laderas de la Muela de Villastar, una mole rocosa que superaba los 1000 metros de altitud. La compañía pasaría varias semanas de instrucción con las ametralladoras Hotchkiss Mle 1914 de calibre 7 mm.

Josef conocía la merecida fama de aquellas armas, por algo fue la ametralladora

estándar del Ejército francés durante la Primera Guerra Mundial. Aunque pesada, era resistente y fiable.

El cañón tenía cinco grandes aletas circulares que ayudaban a su enfriamiento y retrasaban su sobrecalentamiento. El cilindro de gases situado bajo el cañón tenía un pistón regulable que podía ajustarse hasta la cadencia de 450 disparos por minuto. La Hotchkiss estaba formada por 32 piezas y no tenía tornillos o pasadores, haciéndola fácil desarmar y mantener. Todos los componentes de la ametralladora estaban hechas de forma que era imposible equivocarse al ensamblarlas. Aquella arma era fácil de alimentar por un equipo de tres sirvientes. Los peines portaban 24 proyectiles, que eran eyectados automáticamente tras haber sido disparado el último, dejando el cerrojo abierto. La introducción de un peine lleno en la ametralladora soltaba el cerrojo y el fuego continuaba.

III

28 de enero de 1936

La lluvia fría caía formando pequeños torrentes sobre el suelo arenoso. El ruido sobre el techo del barracón era ensordecedor. Kaufer suspiró y miró a través de un orificio que hacía de ventana. Apenas se podía ver a algunas decenas de metros la línea de frente que se extendía más allá, envuelta en una neblina baja.

Llevaba varios días sin parar de llover. Josef aprovechó para escribir en su diario y dedicar prolongados recuerdos a los suyos. Arrebujado en su manta, observaba los copos de aguanieve, cayendo con similar pereza a la que invadía su ánimo. Los oficiales acudían a su barracón, donde se reunían a charlar, mientras esperaban que el enemigo moviera pieza.

La lluvia paró finalmente, avanzada la noche. Josef se levantó con el alba y abandonó el refugio. Alzó los prismáticos a los ojos, los enfocó y examinó las alambradas que los republicanos habían instalado en tierra de nadie, en la otra orilla del río Turia. El enemigo les observaba también, en silencio. Kaufer regresó al refugio y se dedicó a observar las fotografías aéreas tomadas días antes, nada había cambiado.

Aunque aquel rudimentario cuartel de invierno estaba próximo a Villastar y demasiado desprotegido junto al río, era muy probable que quedara como definitivo. Se dedicaron los días siguientes a reforzar el sistema de trincheras y el puesto de mando con muros de mampostería. En cuanto a las tiendas de campaña, se repararon en lo posible para evitar las incontables goteras en días de lluvia. La provisión de alimentos, en ocasiones se retrasaba, y cuando llegaba solía hacerlo en malas condiciones.

Dos días después recibió la orden de bajar de su posición al centro de mando.

Cuando llegó lo enviaron a la sección de Radio de Campaña. Aquella noche se encargaría de traducir el discurso radiado que Adolf Hitler dirigiría desde Alemania a los hombres del Ejército Nacional. Entre los asistentes aquella noche, conoció al coronel Domingo Rey d'Harcourt, al mando de la guarnición de Teruel.

IV

28 de agosto de 1937

El subsector de Villel se extendía entre la ladera oeste de La Muela de Villastar y el cerro llamado Las Hoyuelas. El día anterior se habían ocupado Los Altos de Marimezquita, batiendo el pueblo y la carretera que llevaba a Villastar.

Los hombres de Josef se encontraban a una buena distancia para acometer un asalto a las Hoyuelas. La 57.^a Brigada Mixta Republicana, al mando del comandante de infantería José Velasco Barcia, avanzaba por la margen izquierda de la carretera, dispuestos también para la toma del cerro. Josef Kaufer guiaba a la 2.^a Compañía de ametralladoras directamente hacia varios de los batallones del flanco izquierdo enemigo que estaban consiguiendo acceder a Las Hoyuelas. Una vez que se batieran en retirada, lanzarían su asalto sobre la ladera, intentando la conquista de la cima.

La primera parte de la batalla se celebró entre barrancos y torrenteras. Josef era consciente de su inferioridad numérica, considerando una temeridad enfrentarse con el enemigo en campo abierto, por lo que optó por la táctica de guerrillas, a base de un pequeño e imprevisto ataque para desaparecer a continuación sin dejar rastro.

A la hora concertada se lanzó un ataque de distracción consistente en grupos de asalto del pelotón de reconocimiento junto a varios carros de combate. Los Trubia A4 tenían la misión de atraer el fuego enemigo, y se trasladaron por la carretera de Villel. Los hombres de Josef avanzaron hacia los primeros *búnkers* de la línea enemiga, tomándolos a bayoneta calada. El ataque había tenido éxito y el grueso de las tropas ya estaba en marcha sobre Las Hoyuelas. Pero en aquel momento Josef y los suyos estaban a escasos 200 metros de las trincheras republicanas y el fuego se hizo cada vez más denso y preciso, a medida que el enemigo ganaba terreno y la distancia disminuía.

La trinchera en la que se resguardaron estaba siendo sometida a fuego de mortero que, de momento, caía tras ellos. Tenían que salir de allí.

Josef y los demás retrocedieron sobre los riscos de la sección sur del cerro, bajo un pesado y preciso fuego enemigo. Pronto advirtió que los batallones republicanos que habían conseguido llegar a Las Hoyuelas estaban muy bien situados frente a ellos y que el fuego provenía de varios puntos. Josef llamó a sus hombres y cargaron ladera arriba.

De repente, una ametralladora Maxim frente a ellos abrió fuego e hirió a dos de

sus hombres, mientras dos balas le destrozaban a Josef la hebilla del cinturón, sin herirle. Aunque el resto de la 2.^a Compañía de ametralladoras ya ascendía hacia la cima, él y los demás habían quedado entre dos fuegos.

Kaufer se arrastró hacia el nido de ametralladora con una granada de mano, con su pelotón cubriéndole bajo una intensa cortina de fusilería.

Los proyectiles rebotaban en las rocas a su alrededor, cuando Josef se colocó bajo un promontorio que protegía la posición enemiga. Arrojó la granada y gritó a su pelotón que avanzase. Los hombres saltaron y cargaron sobre el nido de ametralladora para constatar que todos habían muerto.

Cargaron aquella vieja Maxim y corrieron hacia el siguiente promontorio. A su retaguardia el grueso de las tropas republicanas les pisaba los talones y ante ellos, un par de nidos de ametralladoras les seguían cortando el paso. Los republicanos fueron ganando posiciones, hasta que los hombres de Josef pensaron que iban a morir aquel día.

Entonces, la llegada de la 2.^a Compañía de ametralladoras cambió las tornas. Los dos nidos fueron asaltados y se inició una feroz persecución en la que las tropas republicanas se disgregaron, perdiendo la infantería sus líneas de combate y replegándose hasta la margen izquierda del barranco de Fuensanta, hacia el sur de Villel.

Al día siguiente Josef llegó a caballo hasta el barranco. Este bajaba muy crecido por las continuas lluvias que habían caído la semana anterior. Ambos bandos habían decidido fortalecer sus posiciones a ambos lados del cauce, cavando trincheras paralelas a sus márgenes.

Enfrente, los republicanos observaban en silencio a aquel hombre que paseaba a caballo entre las posiciones. El comandante Velasco salió de su tienda para fijarse en él, le habían hablado de aquel alemán que tantos quebraderos de cabeza estaba causando.

—¡Eh! ¡alemán! ¡hijo de puta! —gritó Velasco.

Josef se paró para observar a aquel hombre.

—¡Ven aquí, con nosotros, y te colmaremos de riquezas!

Josef siguió su camino, mientras era observado desde la otra margen del barranco.

Aquel día, el Ejército Republicano puso precio a su cabeza. A partir de entonces, aquel alemán estaría en el punto de mira de cualquier francotirador republicano apostado sobre algún promontorio.

Días después y a consecuencia de la pérdida de la posición de Las Hoyuelas por los republicanos, el comandante Velasco sería destituido.

V

15 de diciembre de 1937

Josef Kaufer salió gateando de la trinchera, y sin pensarlo, echó a correr por la tierra de nadie. La noche se abatía sobre el lugar, convirtiendo aquel bosque en algo tenebroso y lúgubre. Árboles sin edad de gigantescos troncos, y ramajes siniestros que se descolgaban hasta el suelo, entrechocando con un sonido espantoso, como manos grotescas.

Formaban una tupida cubierta a través de la cual no entraba la luz del sol, produciendo una absurda mezcolanza entre el amanecer y el anochecer. La humedad era tan intensa que le costaba respirar, pero tenía que encontrarla, tenía que encontrarlas a las dos.

Innumerables senderos cruzaban ante él, perdiéndose en el profundo espesor del bosque.

Corrió, contra el viento que intentaba abatirlo levantando arbustos secos que arrancaba del suelo y lanzaba contra él, mientras los sonidos del bosque lo envolvían. Pero Josef no podía abandonar, tenía que encontrarlas.

En el lugar más recóndito del bosque, ante él, apareció lo que parecía un pantanal, de aguas negras y pútridas. Allí, en el centro, las vio. Asunción llevaba a Berta de la mano, y las dos estaban cubiertas hasta las rodillas de aquel lodo siniestro. Asunción vestía toda de negro, mientras intentaba proteger a la niña, ¿pero de qué?

Berta estaba pálida y extremadamente delgada. Las dos se encontraban de espaldas, mirando en otra dirección, y no le veían. Josef comenzó a andar hacia ellas, hundiéndose hasta la cintura. Intentó avanzar con todas sus fuerzas, pero estaban demasiado lejos de él. Deseaba llegar, pero como solía pasar en los otros sueños que había tenido, sus manos, intangibles, resbalaban en el lodo, impidiéndole avanzar. Entonces, las dos se volvieron hacia él. Sus labios se movían, pero él no podía distinguir las palabras que de ellos salían. Un manto de niebla putrefacta surgía del suelo boscoso, cubriendo las oscuras aguas del pantano, ascendiendo lentamente.

De repente, de entre la negrura de aquel hediondo vapor surgió una presencia. Josef no le veía, pero percibió un sonido susurrante, sabía que había alguien allí. Aquella presencia llamó a la pequeña. Asunción intentó protegerla con todas sus fuerzas, pero la niña sintió que la llamaban y se soltó, avanzando a través del pantano, alejándose mientras Asunción intentaba llegar a ella, gritando. Josef también intentó gritar pero cuando estaba a punto de hacerlo, el temor desapareció, y fue reemplazado por una oleada de ternura y pena.

Entonces despertó sobresaltado, tratando de recomponer los retazos del sueño antes de que se diluyera en su memoria. Durante un instante permaneció inmóvil, luego se incorporó en su catre, enrolló la delgada manta, la dejó a los pies y se vistió.

Observó sus botas de caña alta, empapadas de la noche anterior, metió los pies en ellas y suspiró.

Hacía un mes que Josef había llegado a Orihuela del Tremedal con un pelotón a caballo. Aquel día de pleno invierno partieron sobre las seis de la madrugada, sin víveres ni abrigo, en una penosa marcha por la inmensa llanura cubierta de nieve que duró dos días.

En el centro de la columna, varias mulas iban pertrechadas con el armamento. Fue una dura prueba para hombres y caballos. Aquella aldea se encontraba a 62 kilómetros de Teruel, la capital provincial; en el límite con la provincia de Guadalajara. A su llegada, la población les recibió entre vítores, mientras las mujeres repartían alimentos entre los soldados.

Al día siguiente quedaron incomunicados, rodeados de montañas de nevadas cumbres. Las patrullas que se aventuraban en la nieve, volvían con heridos, debido a las minas republicanas sepultadas bajo la nieve. El pelotón de Josef pasó las navidades entre pequeñas escaramuzas, mientras él siguió teniendo aquellas pesadillas que le producían incertidumbre, y recibiendo escasas y desalentadoras noticias del exterior.

Dos días más tarde, el 17, la Muela de Villastar caía en manos del enemigo, y el 19 las tropas republicanas llegaban a los arrabales de Teruel. A partir de entonces las operaciones militares dentro de la ciudad se desarrollaron con una conquista calle por calle, con gran cantidad de bajas civiles. Para el día de navidad los republicanos ya se habían hecho con la mayor parte de la capital, y finalmente las tropas franquistas al mando del coronel Rey d'Harcourt se rendían el 8 de enero a los republicanos. Rey fue juzgado por traición a la República y quedó encarcelado en Barcelona.

Pero Teruel iba a durar poco tiempo en manos de los republicanos. El 17 de febrero, el general Yagüe cruzó el río Alfambra y avanzó hacia el sur por la margen derecha, aislando la ciudad desde el norte. Al día siguiente el Cuerpo de Ejército de Galicia del general Aranda atacó por el sur. Entonces, los dos generales franquistas iniciaron un movimiento envolvente sobre la ciudad.

Al comienzo del día 20 quedaron amenazadas por ambos lados las comunicaciones con Valencia por carretera y ferrocarril, y los republicanos, conscientes de la amenaza, lanzaron fuertes contraataques a lo largo de toda la línea del frente para detener la ofensiva, pero no pudieron evitar que el 21 de febrero quedase totalmente cercada Teruel. Al anochecer de aquel día, el cerco estaba completamente cerrado y las tropas republicanas quedaban sitiadas sin suministros.

No fue hasta la mañana del 22 de febrero, cuando los hombres de Josef recibieron la noticia de la entrada en Teruel de las tropas nacionales, sin apenas encontrar resistencia republicana. Al llegar a la pequeña capital de provincia, los soldados y mandos nacionales apreciaron la devastación de la ciudad con cientos de

edificaciones destruidas. En contraste con otras victorias, allí no hubo una entrada triunfal, ni alegría por parte de los vencedores.

La batalla de Teruel había sido una dura prueba para el Ejército Popular de la República y de su capacidad para organizarse y efectuar operaciones militares solventes frente a un enemigo mejor armado y más profesional. Teruel sería la primera y única capital de provincia conquistada por los republicanos, y lo fue por muy poco tiempo y a un precio demasiado elevado para la República.

Al final, Teruel se convirtió en una batalla de desgaste donde ambos bandos consumieron hombres y recursos para la posesión de aquella pequeña ciudad de provincias. Para Franco, abandonar Teruel suponía un desprestigio político que no estaba dispuesto a permitir, a pesar de que aquella plaza no tuviera ningún valor militar o estratégico. Después de todo, desde diciembre su principal objetivo era la conquista de Madrid.

VI

Se puso su gorra y se frotó la cara con tierra húmeda. Subió una pequeña hondonada y rodeó el parapeto en la oscuridad, por el punto en el que una trinchera de comunicación hacía intersección con la trinchera frontal. Josef corrió medio agachado por la colina, mientras se acercaba a la primera línea de alambradas del enemigo. A medida que se aproximaba, la línea de protección se fue haciendo visible.

Ambos bandos solían enviar gente a hacer rondas nocturnas, por lo general oficiales. Llegó tan cerca que podía escuchar a dos centinelas republicanos discutir por un cigarrillo. Se agachó al máximo, con el rostro a unos centímetros del suelo. La fría temperatura le empañaba las lentes. Las rodillas le dolían en aquella postura forzada. Avanzó por el lateral de los postes que sujetaban la alambrada y volvió sobre sus pasos.

Durante el día, los francotiradores y los observadores hacían que el movimiento fuese peligroso. Por ello, las trincheras estaban más activas durante la noche, cuando la cobertura de la oscuridad permitía el movimiento de las tropas y de los suministros, el mantenimiento y la expansión del alambre de espino y el reconocimiento de las defensas enemigas. Las incursiones en tierra de nadie intentaban detectar patrullas enemigas, así como indicios de un posible ataque.

Al llegar a la línea nacional bajó la hondonada, y entonces escuchó que alguien gritaba.

—¡Alto! ¿Quién, va?

Josef no respondió, y el centinela volvió a preguntar, dos veces más. Kaufer siguió sin contestar.

Entonces, siguiendo las ordenanzas, el joven disparó su fusil.

Kaufer se tiró al suelo y hundió la cara en el fango, mientras la bala le pasaba rozando. Entonces varios soldados del destacamento se acercaron a la carrera. Josef apareció de entre las sombras para ver al muchacho que le había dado el alto. El joven palideció al comprobar que había disparado a un oficial. Josef se acercó, y ante el asombro de los demás, felicitó al centinela.

6

7 de julio de 1938

I

Un control de carreteras entre Barcelona y Castellón podía convertirse en una barrera infranqueable. Cuando se encontraba cerca de la capital de la comarca, estaba anocheciendo. A ambos lados de la carretera se apostaban grandes reflectores para rastrear el cielo en busca de aviones enemigos, mientras desde la lejanía llegaba el estruendo de cañones. Varios camiones cargados de soldados pasaron a su lado, peligrosamente cerca de su auto, levantando una densa polvareda.

Tenía que llegar a su pueblo, como fuera, no le importaba el precio que tuviera que pagar. Avanzaba tras un convoy de vehículos militares que se movilizaban durante un trecho, para tras unos pocos kilómetros, volverse a detener.

De joven, Juan Granell Pascual había cursado estudios de Ingeniería, pero acabó interesándose por la política y en las elecciones generales españolas de 1933, con apenas 40 años, fue elegido diputado por la provincia de Castellón. Por ello, aunque era natural de Burriana, residía durante largas temporadas en Madrid.

Una larga fila de gente caminaba pesadamente por la cuneta, abandonando la capital. Mujeres, niños y ancianos. Todos habían salido el día anterior de Castellón. Algunos con un voluminoso saco al hombro, otros arrastrando pequeños carretones cargados de enseres y pertenencias. Mostraban la mirada perdida, la ropa sucia, increíblemente rota y remendada. Varios niños pasaron junto a Granell, dedicando durante un lapso de tiempo una corta mirada de indiferencia al hombre elegante sentado al volante del auto con la capota bajada. El político los observó mientras se alejaban, con los zapatos desgarrados e informes, algunos incluso descalzos. España llevaba dos años de guerra civil y como en todas las guerras, la población se estaba llevando la peor parte.

En marzo, las tropas franquistas habían entrado de forma imparable en la provincia de Castellón. El 4 de abril, la IV División de Navarra había ocupado varias poblaciones, partiendo en dos el territorio de la República. La zona costera de la carretera Valencia-Barcelona sería durante la primavera, testigo de violentos combates en los que la superioridad numérica y la decisiva intervención de la aviación italiana y la Luftwaffe alemana desbordaron la capacidad defensiva de los republicanos. Durante mayo y junio los bombardeos aéreos se habían vuelto más cruentos y devastadores.

Un grupo de soldados vistiendo uniformes indescifrables le dieron el alto. Los

soldados italianos de la CTV, con el dedo en el gatillo de sus ametralladoras, parecían ansiosos por disparar, pero algunos de aquellos jóvenes mostraban tanto miedo como él.

Granell reconoció inmediatamente a aquellos soldados del Corpo Truppe Volontarie, con aquellos cascos modelo Adrian. Supuso que aquel escuadrón debía formar parte de la fuerza italiana de combate formada por 50.000 soldados enviados por la Italia fascista de Benito Mussolini a España, en apoyo al bando sublevado. También la Alemania nazi de Hitler había enviado a 6.500 hombres que componían la unidad de voluntarios de la Luftwaffe, que una vez en territorio español recibió el nombre de Legión Cóndor.

La Unión Soviética era el principal aliado del bando republicano, aportando carros de combate, cientos de aviones, piezas de artillería antiaérea y terrestre, además de cientos de pilotos y marinos profesionales.

Tras entrar en Castellón, las tropas Nacionales habían avanzado hacia Valencia, cruzando el río Mijares y ocupando Burriana aquel mismo día. Aquella pequeña población había quedado seriamente afectada por los avatares de la guerra. Los fuertes bombardeos y la inminencia de la ocupación llevaron a gran parte de la población civil a refugiarse en alquerías y casas de campo. Durante la noche del 4 al 5 de julio, la 203.^a Brigada del ejército republicano había volado durante su retirada, la torre campanario, destruyendo además la techumbre de la iglesia. La destrucción se había adueñado del centro de la ciudad. El político partió al día siguiente hacia Barcelona para desde allí bajar por la carretera de la costa, en poder de los nacionalistas.

Aquellos militares italianos entendieron a duras penas que aquel demente quería pasar, que tenía que llegar a Burriana. Se miraron entre ellos, estallando en carcajadas, mientras hacían comentarios jocosos que él no llegó a entender. Uno de ellos se alejó para dar parte a un superior. Un alférez se volvió, cruzando una mirada con Granell. El hombre tenía el cabello castaño y una barba de varios días, irregular. El oficial se acercó mientras seguía observando al político.

—¿Qué quiere ir adónde? —preguntó el oficial—. ¿Pero es que no ve que esto es un frente de guerra? Granell le explicó quién era él y sus motivos para querer llegar a Burriana.

—¡No le puedo dejar ir solo! —volvió a decir el oficial—. La aviación republicana sigue protegiendo la retirada de esos malditos republicanos y entrar en Castellón es una locura.

—Yo que usted, daría la vuelta y me iría por donde ha venido.

El oficial se volvió para marcharse, mientras maldecía para sus adentros.

Granell tenía claro que no había llegado hasta allí para nada y caminó tras el oficial, cogiéndolo del hombro.

—¿Es que no me ha entendido? —volvió a gritar aquel alférez.

—No me voy a mover de aquí hasta que pueda continuar.

—¡Es usted cabezota!, ¿eh?

—De acuerdo —dijo, mientras paseaba la vista, como intentando buscar una solución.

—Ve esos camiones, pues van a Villarreal. Mandaré que le acompañen varios soldados y desde allí podrá continuar solo. El oficial dio varias órdenes y unos soldados recogieron sus armas y se encaminaron hacia el auto del político.

—¿Quiere usted que conduzca? —preguntó un sargento, mientras saltaba dentro del auto.

El ruido del motor ahogó la respuesta, mientras los soldados pensaron que solo a un loco se le ocurriría viajar por una zona de guerra en un descapotable. Aquel Hispano-Suiza T26 había aguantado estoicamente el viaje desde Madrid hasta allí sin demostrar flaqueza.

Granell dijo que el coche formaba parte del parque móvil para los agregados al ministerio.

Cuando alcanzaron su primer destino, a unos 9 kilómetros del último control, era media tarde. Castellón había sido arrasado. Llamaban la atención las heridas de bala en los edificios. La ciudad había sido bombardeada por aire por los Savoia Marchetti SM 79 italianos y por los Junkers JU 52 de la Luftwaffe, en el bando nacional, pero también lo había sido por mar. Con anterioridad, el 26 de diciembre de 1937, el crucero nacional Canarias lanzó sus proyectiles desde una zona próxima al Grao de Castellón y estos caían con gran estrépito sobre la ciudad. Para proteger a la población se empezaron a construir diversos refugios antiaéreos.

La plaza que antes ocupaba la Concatredal de Santa María, incendiada en los primeros días de la contienda, se apareció a ellos convertida en un sembrado lleno de cadáveres.

Hubo muchas más víctimas inocentes, sobre todo cuando salieron de la capital, en dirección a Villarreal. El largo viaje de llegada les llevó a través de infinitos campos de naranjos.

Una compañía de tanques T-26 avanzaba lentamente, atravesando Villarreal, mostrando a su paso un pueblo en ruinas. Aquellos tanques ligeros soviéticos eran suministrados por el ejército rojo a los republicanos, pero muchas de aquellas unidades fueron capturadas por los nacionales, siendo utilizados por estos contra sus antiguos amos. Granell avanzaba tras los blindados, mientras contemplaban boquiabiertos el paisaje que venía a su encuentro, varias casas se ofrecían a los hombres, asoladas hasta los cimientos. Después de varios kilómetros de lento avance, los carros de combate se desviaron de la carretera para detenerse en un puesto de control.

Granell se despidió de sus improvisados escoltas y continuó viaje, mientras se escuchaba alguna ametralladora lejana en las manos enloquecidas de algún soldado. A lo lejos comenzó a divisar Burriana, impregnada de columnas de humo que se perdían en la tímida claridad del amanecer.

Llegar al centro de la población se convirtió en una tarea imposible, varias viviendas se habían convertido en una montaña de escombros, impidiendo el paso. Comenzaba a anochecer cuando un grupo de militares intentaban apartar varios automóviles que habían sido usados como barricadas.

Granell dejó el vehículo para proseguir a pie, mientras observaba varios montones de escombros y viejos muebles que habían sido usados para cortar la calle y que estaban siendo retirados por los nacionales. Se levantó en aquel instante una ligera brisa, como intentando limpiar la calle de sombras y cenizas. Entonces llegó a la Plaza del Pla, y quedó perplejo ante aquella visión, contemplando una parte de las consecuencias de aquella explosión pavorosa. Granell quedó mudo, porque aquel era uno de aquellos días en que las palabras se quedaban sin aliento, desplomadas junto a la sinrazón, inválidas para reflejar lo que allí había sucedido. La dantesca explosión había borrado las fachadas de los edificios colindantes a la iglesia. Los árboles que antes florecían en el paseo mostraban sus troncos aún humeantes, carentes de vida. Algunas contraventanas de las viviendas colgaban peligrosamente de una sola bisagra, balanceándose mecidas por la brisa.

En el lugar que antes ocupaba la esbelta torre campanario, ahora había un grotesco muñón de apenas 12 metros, asomando sobre una montaña de escombros.

—¿Pero dónde demonios están las campanas? —se preguntó Granell en voz baja.

—Acabamos de encontrar una —oyó que contestaban a sus espaldas. El hombre al que vio acercarse era un conocido suyo, Juan Feliu, un empresario al que consideraba un amigo.

—Los franquistas acaban de nombrar una Comisión Gestora que quieren que presida yo, en calidad de Alcalde —volvió a decir Feliu—. Ya hemos comenzado a retirar los escombros, pero es una ardua tarea que nos llevará varias semanas, incluso meses.

—Una de las campanas ha caído cerca del domicilio del sacristán, pero las demás, no han aparecido aún —siguió diciendo.

La más grande, la llamada “Campana del Nostre Senyor”, de cerca de 1600 kilos no había aparecido aún.

Los dos hombres rodearon aquel caos para adentrarse en la iglesia. En su interior se podía ver el cielo. Las bóvedas y la cubierta de la nave estaban a sus pies, en el suelo. Todo estaba cubierto de escombros entre vigas verticales, apuntando al cielo. El Retablo del Altar Mayor, se les apareció destrozado, irreconocible. Granell se despidió de su amigo entre lágrimas, para acercarse a su casa.

La vivienda familiar de los Granell Pascual estaba a mitad de la calle San Jaime y había sufrido un prolongado abandono después de que él se trasladara a Madrid. Una descuidada pero elegante puerta castellana de doble hoja mostraba un viejo cristal deslustrado, y unas bonitas contraventanas enmarcaban los ventanales. Con mano temblorosa giró la llave y su rostro dibujó un gesto de asombro al entrar. La sala de estar ocupaba la mayor parte de la planta baja, con una vieja mesa en el centro y la

pequeña chimenea a un costado.

El polvo envolvía la vivienda, mientras el político paseaba las estancias en evidente estado de abandono. Entonces, de pronto la vio a través de la puerta que daba al patio. La “Campana de Nuestro Señor” yacía abatida en el patio interior de la vivienda. Sobrecogido, se sentó en una vieja silla para contemplar aquella mole, rota en pedazos y semienterrada en el suelo de tierra, tras lo que debió ser un terrible impacto. El antiguo ingeniero calculó la distancia existente entre donde estaba ubicado el campanario y su casa, y no podía explicarse que aquella campana tan pesada hubiera volado hasta parar allí, a más de 250 metros de distancia. Dio gracias a que la gran campana hubiera caído en el corral porque si lo hubiera hecho sobre el tejado de la vivienda, el destrozo habría sido de proporciones incalculables. Allí estaba la campana más grande de la torre. En aquel momento, en la oscuridad de la noche, en su mente comenzó a germinar una idea, un deseo.

II

17 de julio de 1938

Las ruedas traqueteaban sobre los desiguales adoquines de la calle. A pesar de la destrucción, Josef reconoció vagamente las familiares calles grises y la plaza del Pla, con su jardín en el centro. En cuanto tuvo noticias de la liberación de Burriana, pidió varios días de permiso para viajar a ver a los suyos.

El camión que lo transportaba desde la estación se detuvo y él se apeó de un salto, caminando a través de la multitud y sorteando los escombros dispersos por el pavimento. Quedó boquiabierto al ver su preciada iglesia sin el campanario. Varias decenas de hombres acarreaban los escombros, mientras otros desmontaban los restos de los edificios colindantes, ayudados con cabestrantes manuales y picos. Tres mujeres transportaban los escombros pesadamente, en carretillas. Entonces decidió marchar de allí y giró la esquina caminando hacia la calle Menéndez Pelayo.

Notaba en su rostro el calor del sol de mediodía, cuando la observó a lo lejos.

Asunción Granell iba vestida con unos pantalones, una sucia blusa de colores y una chaqueta de lana sin abrochar, desgredada y enarbolando una pala. El sudor le corría por la frente, resbalando por sus mejillas hasta el cuello. Aún así estaba radiante. La calle se mostraba repleta de gente. Los vecinos se ayudaban unos a otros en la limpieza de los escombros. Varios sillares de grandes dimensiones procedentes del campanario habían sido despedidos por la explosión, llegando hasta allí convertidos en proyectiles que lo destrozaron todo a su paso. Uno de aquellos bloques de piedra había impactado contra la reja de una de las ventanas de su casa.

Berta la ayudaba, mientras con sus pequeñas manos recogía los cascotes que depositaba en el carretón. Entonces, ante la extrañeza de Asunción, la niña quedó

petrificada, mirando en dirección opuesta, al final de la calle.

—¿Papá? —dijo entonces la niña.

El corazón de Asunción dio un vuelco y giró la cabeza en dirección hacia el callejón, con un gesto expectante en el rostro. Un militar las observaba desde la distancia, al principio de la calle. Llevaba pantalones bombachos y una boina de color rojo, donde se adivinaba una estrella de un tono amarillo brillante. El hombre las miraba a través de sus lentes. Sujetaba al hombro un saco mientras comenzó a andar en su dirección, despacio, como si disfrutara de aquella visión, como si no tuviera ninguna prisa en que acabara. Entonces le reconoció, el hombre que venía hacia ellas era Josef Kaufer, su José.

Asunción contempló a aquel hombre con ternura, al tiempo que las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas, mezclándose con la suciedad que las cubría. Aquella mirada a lo lejos, mostraba a un hombre de bien que anhelaba una vida sencilla. Su mayor deseo era crear una familia con la mujer que amaba. Por ello se enamoró de él. Era un hombre decente y de buenos sentimientos.

Al ver la delgadez y las ojeras que marcaban su rostro, supuso que habría sufrido mucho desde que se vieron la última vez, hacia ya dos largos años.

Asunción dio unos pasos temblorosos hacia adelante, y entonces echó a correr, dispuesta a fundirse en un abrazo con el hombre que venía hacia ella. Cuando llegaron el uno junto al otro, Josef apretó a Asunción contra él, levantándola del suelo. Ella pasó los brazos alrededor de su cuello, y lo besó. Entonces la pequeña Berta llegó junto a ellos. Su padre la levantó en volandas mientras la llenaba de besos, y de repente y con una pasmosa seriedad, dijo:

—Ya te dijo papá que no te olvidaría, mi amor.

III

La noche vestida de oscuridad cubrió el cielo y pequeñas atracciones de feria cobraron vida. La plaza del Pla intentaba recuperar la normalidad. Las autoridades habían preparado una verbena para recibir a los soldados que estaban llegando a Burriana desde el frente. Todo era luz, música, risas, gritos y conversaciones animadas. Se había preparado un pequeño baile en la plaza, con varios puestos de venta ambulante. El día anterior, casi todos los muchachos del pueblo estuvieron colaborando con los organizadores del pequeño festejo, ayudando a colgar los adornos de tiras de colores que cruzaban las calles que acababan su recorrido en la plaza. Por entonces, la mayoría de los vecinos habían regresado al pueblo.

Los Granell organizaron una sencilla fiesta para celebrar el pequeño permiso de que disfrutaría Josef. Él se sintió agradecido por el detalle, pero en realidad hubiera preferido no ser el centro de atención y poder disfrutar de la tranquilidad de ver que

todos estaban bien y a salvo, aunque le encantó volver a ver a los viejos amigos, entre los que se encontraba Juan Granell. El diputado le puso al corriente de su llegada al pueblo. Y la impresión que le produjo encontrar una gran campana en el patio trasero de su casa.

Cuando finalizó la cena, Josef y varios invitados se acercaron a la plaza, entre el bullicio y las puertas de las casas abiertas de par en par, como si la guerra estuviera ya lejos de allí, como si no hubiera ya nada que temer.

Él lucía un elegante traje a rayas, con chaqueta cruzada con doble botonadura y anchas solapas. El conjunto se completaba con una camisa de cuello americano, corbata oscura y pañuelo blanco de bolsillo. Caminaba de la mano de Asunción. Ella vestía una falda de tubo en terciopelo de seda plisada. Una chaqueta tres cuartos en crepé y unas sandalias con tacón y tiras de vivos colores que dejaban ver los talones y los dedos a la vista. De la otra mano, Josef llevaba a Berta.

La niña vestía una falda de jaretas horizontales con volantes en la zona inferior, mientras el cuerpo llevaba varias jaretas verticales, con un remate en ondas en el cuello. Las mangas formaban volantes a juego con la parte inferior de la falda. Ceñía su cintura un precioso cinturón bordado en crochet, con una gran lazada por detrás, mientras la espalda iba abotonada. La niña aprovechaba cuando pasaban ante alguna tienda para observar con detenimiento su reflejo en el cristal del escaparate.

Tan pronto llegaron a la plaza, Josef compró varios dulces para su hija. Berta sonrió al tomar su algodón de azúcar mirando de soslayo a su alrededor. La plaza lucía preciosa, adornada con las tiras de guirnaldas de papel que la brisa agitaba.

Varios grupos de militares bailaban alegremente. Josef y Juan Granell charlaron durante horas, mientras su amigo le interrogaba sobre su estancia en la cheka de Valencia. Más tarde, se sumaron a la tertulia varios amigos y conocidos, entre los que se encontraban Mossén Elías, el párroco, y Vicente Piqueres, el amigo y maestro ebanista que había realizado la carpintería de la nueva casa.

Bien entrada la noche, Josef y Asunción se despidieron de los demás y regresaron al hogar.

Berta dormía en su habitación, mientras ambos continuaron charlando hasta altas horas de la madrugada, rodeados por el bullicio de la calle que comenzaba a recuperar su normalidad perdida. Asunción le comentó que al día siguiente a la ocupación, habían comenzado los registros y la incautación de documentos. Los franquistas habían actuado en la Subdelegación Marítima y en los locales de las Juventudes Libertarias. También habían realizado detenciones en la sede del Círculo Socialista y en los locales de Unión Republicana e Izquierda Republicana, además de efectuar registros en el Ayuntamiento. Ya habían llegado noticias de fusilamientos en masa, tras juicios sumarísimos sin ninguna garantía.

El general Franco había prometido que quien no tuviera las manos manchadas de sangre, no tendría nada que temer de la justicia, y muchos de los que huyeron, excombatientes y miembros de partidos y sindicatos del Frente Popular, estaban

volviendo confiados a sus localidades de origen. Josef esperaba que el general mantuviera su promesa y no comenzaran las represalias contra los vencidos.

Josef observaba a Asunción; estaba radiante. Había pensado comentarle aquellos sueños tan extraños que le mortificaban desde hacía meses, pero en aquel instante decidió no hacerlo.

Una hora después, Josef entró a hurtadillas en la habitación de Berta para ver como se encontraba su hija. Permaneció un buen rato contemplándola en la semioscuridad, iluminada por la tenue luz de la luna que atravesaba la ventana. Hasta se atrevió a acariciarle un mechón de pelo sin llegar a despertarla. Con el paso de los años, su hija había desarrollado un gran parecido físico con su difunta esposa, por lo que no soportaba mirarla durante mucho tiempo seguido.

IV

25 de septiembre de 1938

Se tocaba diana a las seis de la mañana. El campamento adquiría de pronto una vida ruidosa, entre los gritos de los soldados y el tintineo de los platos y los vasos de estaño. Se ordenaban en dos filas, a partir de un enorme caldero de café y un gran cajón colmado de mendrugos de pan con manteca, mientras esperaban pacientemente la distribución del desayuno. A las siete se pasaba lista y los hombres subían al monte armados de pico y pala. Josef había sido enviado al sector de Lebrancón, en la provincia de Guadalajara, donde se había iniciado la construcción de una carretera desde aquella pequeña aldea hasta la de Cuevas Minadas. La construcción de la pista recayó en él. Josef se encargaba de la contabilidad y del avituallamiento de los hombres, mientras el trazado recaía en un topógrafo que estaba a sus órdenes.

Varios hombres trabajaban colocando barrenos sobre el firme y otros machacaban la piedra, mientras la carretera avanzaba con lentitud y sigilo, como una gran serpiente.

Hasta entonces, los hombres habían trabajado a lo largo de la llanura, y la tierra a nivel hacía imposibles los errores. Pero desde allí en adelante la pista tuvo que sortear los cerros y descender al valle del río Gallo. Era necesario planear el trazado cuidadosamente. Esto les llevó tres largas semanas, durante las cuales Josef se adaptó, sin darse cuenta, a la rutina diaria.

El último de los extraños sueños había tenido lugar el siete de enero de aquel mismo año, por lo que hacía varios meses que aquellas pesadillas habían dejado de mortificarle.

Josef amanecía al tajo a caballo, un nervioso alazán de crines espesas, y llevando el fusil en bandolera. En las primeras horas de la mañana, parejas de soldados de caballería hacían un recorrido de reconocimiento entre las posiciones, para intentar

dar caza a los francotiradores republicanos. Aquellos hombres con fusiles de precisión se apostaban en lo alto de los cerros para intentar entorpecer en la medida de lo posible la construcción de aquella carretera. Un tiro afortunado les hacía partícipes del final de la vida de un enemigo y de la disminución en el número de hombres para la terminación de la pista. Además, aquel maldito alemán estaba continuamente en sus puntos de mira, pero aún no habían conseguido darle caza.

A la izquierda se sucedían las montañas de calizas y areniscas rojizas, mientras a la derecha se alineaban los cortes arrancados a la roca por el río Tajo. Verticales y encajonadas arameras por las que fluían pequeños arroyos de orillas cubiertas de sabinas, enebros, quejigos y encinas. El último tramo de la pista discurría por un valle que no era más que el lecho de una torrentera donde se vertían las aguas de las montañas en la época de lluvias. El firme quedaba en alto, y enfrente se levantaban varios cerros que cortaban el fondo del arenal.

Después de una marcha de varias horas asfixiantes por el calor y el polvo blanquecino levantado en la arena por las patas de los mulos, llegaron al pie de Cuevas Minadas. Un arroyo trazaba un semicírculo alrededor del cerro donde se asentaba el pueblo, cuya cresta era plana, como si un gigante hubiera arrancado su cumbre. En aquella llanura se encontraba la nueva posición. Era una extensión de terreno rodeada de alambre de espino oxidado y roñoso donde se amontonaba una Compañía de infantería y una batería de 75 mm, protegidos por un círculo de diez mil sacos terreros. Dentro, les recibieron tiendas de lona polvorientas y dos pequeños cobertizos de madera y mampostería.

V

Josef se encontraba de nuevo en Lebrancón. El 11 de octubre se había vuelto a hacer cargo de la Compañía de ametralladoras y se dedicaba a tiempo completo a intensas jornadas de instrucción.

El amanecer llegó con una niebla helada, envolviendo el campamento en la tristeza. Algunos hombres habían hecho una hoguera para intentar entrar en calor. La línea republicana, a casi un kilómetro de distancia, quedaba en la otra margen del río Tajo. Josef regresó al barracón para tomar un escaso desayuno que constaba de pan duro y jamón curado en aquellas frías tierras. Era una mañana triste, que dedicó a pensar en los suyos. Asunción llegó a su memoria, y después tuvo un recuerdo para su hija. Desearía estar junto a ellas ante la chimenea, viendo las ascuas consumirse, escuchando sus voces aterciopeladas, mientras hablaban de cualquier cosa. Lo que dijeran era lo de menos.

Un cabo entró en el cobertizo y dijo:

—Le llaman por teléfono, señor. Es del cuartel general, al parecer ha recibido un

telegrama.

Josef se sorprendió, ya que toda su correspondencia seguía llegando a Villastar, y alguien se había tomado muchas molestias en localizarle en aquel escondido rincón del alto Tajo. Preocupado salió del cobertizo y se dirigió hacia una construcción de mampostería donde se hallaba el puesto de mando.

Se agachó para entrar y levantó un viejo teléfono de campaña.

—Kaufer al aparato.

—Buenos días, alférez —dijo una voz ronca que él no conocía.

—Cabo Herrera al aparato. Le llamo desde el puesto de mando de Villastar y tengo un mensaje urgente de su casa. Es un telegrama que llegó desde Burriana ayer mismo.

—¿Qué dice el mensaje, cabo?

—El mensaje dice que su hija está muy enferma, señor —volvió a decir la voz al otro lado de la línea.

Kaufer se sentó sobre un cajón de madera. Los sueños..., por fin entendía la razón por la que llevaba tanto tiempo teniendo aquellos malditos sueños.

—¿Sigue ahí, señor? —preguntó el cabo Herrera.

—Sí, sí —dijo Josef—. Muchas gracias por hacerme llegar el mensaje, cabo, es muy importante para mí.

—Espero que todo vaya bien, señor —intentó decir Herrera desde Villastar, pero el alférez Kaufer ya había colgado.

Josef apoyó las manos temblorosas en el borde de la mesa mientras las lágrimas se agolpaban en sus ojos, pero estaba decidido a no llorar.

VI

A las diez y media del día siguiente, y tras una noche de viaje sin descanso, Josef entraba en Burriana. Había sido un largo viaje en el que sus miedos se apoderaron de él. El pueblo se abrió para recibirle entre escombros y casas en ruinas, pero él no tuvo tiempo de ver nada. Asunción no confiaba en que pudiera conseguir un pequeño permiso para desplazarse a casa, y se sorprendió al verle llegar. Él también se extrañó del ambiente triste que envolvía la vivienda.

Los frasquitos de medicinas acaparaban la mesita en la habitación de la pequeña. Berta estaba postrada en la cama con su cabeza hundida en un almohadón. Josef cogió su mano cálida y la acercó a su mejilla. La niña tomó la suya y comenzó a besarla, acercándola a su rostro.

Berta había contraído Tuberculosis, y durante todo aquel mes su salud había empeorado. Por las noches apenas dormía, envuelta en la colcha, sudando acurrucada en la cama; y durante el día se sentía dominada por una inmensa debilidad. Las

continuas náuseas le impedían comer, por lo que la niña perdía peso sin remedio.

Josef se sintió culpable porque fueran otras personas las que ocuparan su tiempo en el cuidado de su hija. Maldijo aquella guerra que le impedía dedicarse por completo a ella, asimilando con más tiempo y detalle su crecimiento. Consideraba que aquello no era vida para ninguno de los dos, y creyó que tal vez debía haber marchado con la pequeña a Alemania hasta el fin de la guerra.

El doctor le había recetado unos medicamentos que en el mejor de los casos llevarían a la niña a una notable mejoría, pero que debido a sus efectos secundarios, tendrían nefastas consecuencias en su esqueleto. Además, les aconsejó que debían descansar, aunque era conveniente que tomara aire puro, por lo que Josef aprovechó aquellos días para dar largos paseos por la playa con su hija en brazos.

La brisa mecía sus cabellos, mientras el agua de la orilla acariciaba sus pies. Berta era feliz con aquellos paseos por la orilla del mar. Deseó que su padre no tuviera que marchar de nuevo.

Josef aprovechó aquellos días para meditar y hablar consigo mismo sobre lo que esperaba del futuro. Tras darle muchas vueltas, supuso que su vida estaba en un momento de transición, y deseó que la guerra terminara cuanto antes. Volvió al frente una semana después, pero sus pensamientos ya no volverían a estar donde debían.

VII

26 de enero de 1939

Eran las 06:15 de una noche fría y despejada, cuando Josef llegó con treinta y cinco Requetés voluntarios al Vado Salmerón, un lecho bajo lleno de fango que cruzaba el río Tajo. El negro barro se apareció amasado por pies de hombres, huellas de vehículos y patas de caballos. Los republicanos habían construido un pequeño puente allí cerca y el alto mando temía que estuvieran preparando un asalto a sus líneas. Para evitar sorpresas, Josef había recibido la orden de volar aquel puente. Los hombres avanzaron semiagachados por la línea de la orilla.

Al final del recodo del río se encontraban los republicanos. El único sonido que les acompañaba era el rumor de la corriente. Josef inspeccionó el territorio circundante. Al sur el río se ensanchaba, fluyendo entre marismas, mientras al norte la orilla estaba salpicada de grupos de pinos y pequeñas arboledas. A cien metros al oeste se encontraba el puente, y tras él se veían varias trincheras. Armados con fusiles y una ametralladora, se lanzaron hacia el puente bajo la protección de la noche.

Josef ordenó a sus hombres que permanecieran tras las rocas, mientras él se adelantaba hasta el puente para echar un vistazo. No pensaba arriesgar las vidas de

sus muchachos si podía evitarlo. Entonces, el puente apareció ante él. Aquella sencilla estructura de vigas de hierro se apoyaba sobre dos pilares centrales, en medio del río. Pero el enemigo había retirado varias secciones del firme que daba a la orilla donde se encontraba él.

Josef maldijo en silencio, aquello imposibilitaba el llegar hasta los pilares del puente y colocar las cargas explosivas. Separó el alambre espinoso que corría paralelo al puente e intentó pasar a través de él sin enredarse. Se acercó a la orilla, para comprobar que el excesivo caudal le dificultaba llegar a nado hasta los pilares del puente.

Se preparaba para volver atrás, cuando un repentino ruido le hizo mirar hacia el norte.

Nunca antes había visto tanto movimiento de tropas en los meses que llevaba vigilando aquella orilla. Varias piezas de artillería eran arrastradas hacia un claro, mientras les seguía un camión cargado, supuestamente, con munición pesada. Entonces apareció un grupo de hombres empujando una gran ametralladora que colocaron a la derecha del camino, tras el parapeto de una pequeña trinchera.

Josef trepó sobre un lado del camino para ver a varios camiones que aparecieron de pronto. Con rapidez, descendieron de ellos lo que a él le parecieron dos Compañías al completo, a juzgar por los cerca de doscientos hombres que comenzaron a sentarse contra los troncos de los árboles del bosque aledaño a la orilla. Les vio perfectamente gracias a la luz de la luna, echados sobre un costado. La luz les daba de lleno en la cara, mostrando sus gorros de campaña echados a un lado. Aquello tenía que formar parte de una cadena de posiciones fortificadas que debían extenderse entre las montañas de la margen izquierda del río.

Le dio la impresión de que aquellos hombres se estaban preparando para un ataque inminente.

Con precaución, volvió sobre sus pasos y tomó la decisión de retirar sus fuerzas, ordenando volver a Lebrancón. Desmontaron la ametralladora, se colgaron los fusiles a la espalda y comenzaron a retroceder. Josef volvió a dirigir la vista hacia el puente, mientras maldecía, después se sumó a sus hombres en la retirada.

Llegaron a su campamento sobre las 11.00 de aquella mañana y Josef se apresuró a llamar al cuartel general para informar del movimiento de tropas y del inminente ataque. Se sentó frente a la máquina de escribir y comenzó a redactar un informe. Una vez terminó, se lavó, comió algo y volvió a salir con tres hombres hacia el Vado Salmerón.

Su reloj marcaba las 13:00 horas, cuando llegaron frente al puente. El efecto sorpresa otorgó ventaja a los dos Messerschmitt Bf-109E-1 de la Legión Cóndor y pertenecientes al Jagdgruppe 88.

Los dos cazabombarderos habían despegado desde el aeródromo de Santo Tomé,

en Segovia. Volaban muy bajos, mientras el ruido lejano se convertía en un fuerte zumbido que ahogó los demás sonidos, envolviendo el valle en un estruendo ensordecedor. Los republicanos levantaron las cabezas, pero tuvieron tiempo para poco más. Esperaron en tensión desde los refugios la caída de las bombas. Los cazas descargaron 4 bombas de 50 kilogramos cada una, entre el puente y el punto donde estaban destacados los republicanos, al mismo tiempo que barrían la posición con sus 2 ametralladoras MG 131 de 13 mm.

Un silbido estremecedor anunció la caída de las bombas y el tronar de las explosiones se mezcló con el eco que devolvían las colinas, convirtiendo aquel recodo del río en un manicomio infernal.

Sobre las 13:15 un fulgor blanco estalló en el cielo, absorbiendo la luz del sol.

Josef había alcanzado la orilla del vado cuando saltó el puente. Hubo un estrépito endemoniado, mientras el centro de la estructura se levantó por los aires, describiendo una gigantesca ola.

La violencia de las explosiones le dejó sin aliento, mientras varios sectores del puente comenzaron a caer lentamente. La mayor parte de la estructura se precipitó al río. Las grandes columnas y largueros repletos de remaches caían al agua para desaparecer bajo la superficie. La rotura de los puntales que sujetaban la estructura a las orillas proyectó restos de fragmentos y remaches en todas direcciones, con una fuerza que los convertía en verdaderos proyectiles. Cuando todo terminó, Josef levantó la cabeza y observó lo que quedaba del puente. Toda la sección central había desaparecido. El camino y el lecho del río estaban sembrados de restos retorcidos, mientras el humo comenzó a saturar el aire.

El pequeño bosque donde antes habían estado las dos compañías enemigas era ahora pasto de las llamas, y en el campamento enemigo todo eran gritos y confusión.

Josef se limpió las gafas con un pañuelo, con parsimonia. Frotó a conciencia. Las miró al trasluz con un gesto de satisfacción y se las puso. Recogió su fusil, se lo echó al hombro y junto a sus hombres, comenzó a subir la cuesta en dirección al bosque. Aún se oía el rumor de los Messerschmitt alejándose, cuando desató el caballo. Montó y hundió las espuelas en los flancos de su montura, precipitándose camino arriba, con la sola compañía del martilleo de los cascos.

Dos días más tarde, Josef recibía un telegrama desde San Sebastián, en el que se le comunicaba su ascenso al grado de teniente del Tercio de Requetés de Santiago.

El mes siguiente lo dedicó a hostigar al enemigo en el Vado Salmerón con varias de sus ametralladoras Hotchkiss y fusiles ametralladores. Finalmente serían enviados a bordo de camiones hacia Teruel.

A su llegada a la capital se enteró de la muerte del coronel Domingo Rey d'Harcourt. Al inicio de la Ofensiva de Cataluña fue llevado por soldados republicanos hacia la frontera con Francia. La mañana del 7 de febrero de 1939 le

condujeron hasta un área situada poco antes del paso fronterizo, siendo ejecutado junto a otros cuarenta y dos prisioneros junto al cauce del río Muga.

A finales de marzo comenzaron a llegar los primeros rumores sobre el fin de la guerra, que se daría por terminada el 1 de abril de 1939 con el último parte de guerra firmado por Francisco Franco, declarando su victoria.

Dos días después, Josef salía con sus hombres hacia Valencia para participar en el Desfile de la Victoria por las calles de la capital. Josef lucía la Medalla de Campaña, dos Cruces Rojas y dos Cruces de guerra. Aquel mismo día pedía ser licenciado del ejército, pero se lo denegaron, y aún tuvo que esperar varios meses, recibiendo la notificación el trece de julio. Por fin volvía a casa.

7 de agosto de 1939

I

El monótono traqueteo de los vagones le producía sueño. La carbonilla que desprendía la pequeña máquina se introducía en los coches de segunda clase, abiertos, con banquetas de madera y sin vidrios. A diferencia de estos, los de primera iban cerrados, con asientos recubiertos de piel y con vidrieras y cortinillas. Llevaba además, varios vagones de mercancías y de correo.

Aquel pequeño tren de vía estrecha era conocido popularmente con el sobrenombre de “La Panderola” y se había construido hacia 1888 para cubrir las necesidades del tránsito de personas y mercancías en una zona del Mediterráneo en la cual las vías de comunicación no reunían las condiciones y características de los tiempos modernos.

Josef había subido en la estación de trenes de Castellón y terminaría su trayecto en la parada de Burriana. Tras muchas dificultades había conseguido telefonar a casa, avisando de su llegada. Pese a los años transcurridos, aún guardaba en la retina la imagen del viejo tren pintado de verde, trepando renqueante entre los campos, cuando llegó por primera vez a Burriana con su pequeña Berta. Aquel lejano día también les acompañó el crujir metálico y el rechinar de las ruedas.

Asunción miraba hacia las vías con cautela. Estaba patrullando por la pequeña estación de Burriana con Berta de la mano. La niña se encontraba algo mejor y se había empeñado en ir a recibir a su padre.

Había mucha gente en el apeadero, y las paredes estaban cubiertas con varios carteles de bienvenida para los militares que volvían a casa.

Tratándose de una sencilla estación de tranvía, era un bonito y esbelto edificio de grises paredes, de techo muy alto y sostenido por grandes vigas. Un pequeño reloj dorado colgaba de dos cadenas, junto a la pared. Grandes ventanales de cristales semiopacos intentaban romper la penumbra que dominaba el interior del edificio.

No era el mejor lugar para una niña enferma de tuberculosis, pero la pequeña había insistido con lágrimas en los ojos, y ella no pudo negarse. Asunción observó la muchedumbre, cada uno con su historia particular, ajenos a la incertidumbre que la embargaba a ella. Le dio la impresión de que una distancia insalvable la separaba de aquella gente a su alrededor, pero al mismo tiempo les suponía en una situación muy semejante a la suya, esperando a los maridos e hijos que volvían de la guerra, lo cual la tranquilizaba.

El empleado de la parada sacó su reloj de pulsera del bolsillo y lo consultó, luego giró la vista hacia el de pared, e hizo una pequeña corrección en el suyo.

El tren llegó a la estación, mientras el vapor de la locomotora se arremolinaba a lo largo del andén. Berta se cubrió la boca con un pañuelo al tiempo que una gran emoción se apoderaba de ella, escudriñando entre la multitud que descendía. Una larga hilera de fatigados viajeros se apeaban para comenzar a deambular por el andén. Varios militares saltaron de los vagones para fundirse en abrazos con sus familiares. En aquel momento la puerta de uno de los vagones se abrió y una figura de uniforme y extremadamente enjuta salió y esbozó una sonrisa mientras sostenía la puerta.

Asunción creyó desmayarse. Kaufer se bajó, siguió andando a través del andén, y finalmente se detuvo ante ellas. Estaba delgado y cansado de tanta guerra, pero en su mirada se podía ver una pasión infinita. Por un instante la miró sin decir palabra. La emoción fue excesiva y ella rompió a llorar. Josef la estrechó fuertemente entre sus brazos. Entre los dos estaba Berta.

—¿Cuándo vuelves a marchar? —preguntó Asunción.

—¡He venido para quedarme! —respondió—. Y nunca más volveré a irme.

Entonces él preguntó con voz entrecortada:

—¿Y ahora? ¿te casarás ahora conmigo?

—¡Sí! —respondió Asunción con un susurro.

La niña se abrazó a ellos y los tres marcharon a casa.

II

20 de mayo de 2013

Cuando tomé la decisión de emprender esta aventura, las personas de mi entorno me preguntaban el por qué, que necesidad tenía de indagar en el pasado de unas personas a las que no conocía de nada. Yo siempre respondía del mismo modo: “porque supongo que soy un soñador”. Porque cuando tuve en mis manos aquella descolorida fotografía, creció en mi la irrefrenable necesidad de conocerles, de saber.

En varias ocasiones me he sorprendido a mi mismo imaginando el momento en que Mathilde Erner recibió la fotografía de su hermano, después de tantos años. En mi mente se forjaba la imagen del viejo retrato asomando en la impresora de Maria Luise. Imagino su sorpresa ante un correo electrónico venido desde un país lejano.

Mathilde llevaba unos años postrada en una silla de ruedas. Sentada ante la ventana, vio llegar a Maria Luise con aquella imagen. Entonces debió girar la cabeza para mirar la joven que le acababa de regalar un trozo de su pasado. Supongo que no le hizo falta conocer los detalles. Luego llegarían las explicaciones a todo aquello. Las imagino a las dos guardando silencio. Imagino a Mathilde aguantando la mirada mientras sus pupilas hacían lo mejor que sabían, mirar y llorar.

Era medio día del día 20 de mayo, cuando recibí un *e-mail* de los Erner. Aquella mañana Maria Luise me envió viejas fotografías familiares. En una de ellas se podía ver al hermano de Hubert, con su bondadosa mirada. Aquel día pude poner rostro a Hermann Sasse, vestido con el uniforme de la Wehrmacht, con su gorra de campaña ladeada. Desde otra imagen me observaba un joven Hubert, de uniforme. Aparecía sentado junto a sus padres en el jardín de la granja, durante un permiso. Anton, su padre, sonreía a la cámara mientras fumaba en su pipa. Theresa, al igual que su marido, mostraba felicidad por la vuelta a casa de su hijo. El joven dejaba ver una extrema delgadez.

En otro de los retratos se podía ver a las tres hermanas que completaban la familia: Elizabeth, Elfriede y Mathilde. Aquellas jóvenes bellas, como la obra perfecta de la naturaleza, y mimadas por la fortuna de ser mujeres en una época en que los hombres marchaban al frente para no volver.

No recuerdo con exactitud en qué momento tuve la sensación de que la novela se estaba construyendo sola, pero así era. Yo me limitaba a llevar las palabras al teclado y a observar como la familia Sasse tomaba forma. Aquellas viejas imágenes mostraban a una familia de la Alemania rural de aquellos tiempos, humilde y unida. Antiguas fotografías en blanco y negro que esperaban entre las páginas de viejos álbumes, o en algún mueble ajado, a reconstruir el pasado y la memoria de los familiares de Hubert. Amarillentos retratos que atravesaron los insondables pasillos del tiempo hasta mí, para mostrarme a las personas que compartieron su vida con él. Los meses siguientes fueron pasando, mientras los *e-mails* seguían llegando, ayudándome a comprender y a dar forma a la familia que fueron los Sasse en los lejanos años 40, durante la II Guerra Mundial.

III

2 de septiembre de 1939

El joven Hubert solía ser el más madrugador de la granja. Todas las mañanas, con puntualidad marcial, se plantaba ante el espejo del baño, y procedía a inspeccionar su mentón en busca de algún pelo que por casualidad, se hubiese dignado asomar, buscando algún rastro de un incipiente bigote.

En alguna ocasión, su padre había esbozado una sonrisa al sorprender a los dos chiquillos encaramados de puntillas sobre el lavabo, mirándose con atención en el espejo y discutiendo quién sería el primero en afeitarse. Su hermano había comenzado a hacerlo al principio del verano, a pesar de que en realidad no lo necesitaba. Pero Hermann disfrutaba mortificando a su hermano menor, y recordándole continuamente que él ya era un hombre, que se afeitaba como papá. Hubert solía quedar embelesado, observando a su hermano mientras este se dedicaba

a sus cuidados matinales, empujando el cuello con seriedad ante el espejo.

Con la mano izquierda sujetaba un tazón de madera lleno de jabón de lavanda y con la diestra la brocha indispensable. Tras el minucioso ceremonial en que dedicaba una mirada compasiva a su hermano, pasaba la navaja plateada a lo largo de sus mejillas cubiertas de espuma. Seguidamente se empolvaba, y salía del baño con indiferencia, mientras impregnaba el piso de arriba con aquella fragancia.

Poco quedaba de aquel muchacho que fastidiaba repetidamente al panadero Strauss y jugaba con los amigos a la peonza frente a la iglesia del pueblo, pero a pesar de sus 18 años recién cumplidos, Hubert seguía siendo un niño. Su mundo transcurría con total normalidad entre los estudios, las tareas de la granja y aquellos maravillosos días de pesca junto a su hermano. No le interesaban para nada las chicas, a diferencia de Hermann, que de repente, comenzó a seguirlas con la vista, con cara de bobo, cuando iban algún día al pueblo. Además estaba aquella voz tan rara que se le había quedado hacía unos años. Pero sin embargo, el joven sentía una gran admiración por su hermano mayor.

Siempre recordaría aquel día antes de Navidad, tres años atrás. En Affeln era una costumbre arraigada el celebrar el tiempo de Adviento. Los cuatro domingos previos al inicio de las fiestas navideñas se encendía una vela en los hogares y se iba añadiendo otra más en las semanas posteriores. Mamá se había quedado sin velas y envió a los dos hermanos a Affeln a comprar algunas. Hermann estaba en el interior de la tienda mientras el pequeño vigilaba la bicicleta.

En la acera de enfrente, junto a la iglesia, Franz Bauer estaba haciendo de las suyas una vez más. Aquel grandullón tenía cogido del cuello de la camisa a Arnold Lehner, mientras lo levantaba del suelo. Los rodeaban varios chiquillos que no se atrevían a intervenir, pero Hubert no soportaba las injusticias, y se le ocurrió la brillante idea de hacer de caballero defensor. Además, Arnold era amigo suyo.

Bauer era el matón del pueblo y tenía la misma edad que Hubert, aunque le sacaba una cabeza de altura. El pequeño Sasse cruzó la calle para enfrentarse a él, y al verlo venir, al gordinflón le cambió la cara inmediatamente con un gesto furioso. Hubert no creía que a nadie se le pudiera enrojecer tanto el rostro. Aún no sabía que pasó aquel día, pero si recordaba que acabó en el suelo con aquel bestia sentado sobre su abdomen, mientras le mantenía con los brazos en cruz, pegados al suelo. Bauer le propinó un sonoro puñetazo en la cara, y entonces ocurrió.

Una sombra apareció como de la nada y lo siguiente que vio fue a Bauer volando literalmente por los aires, hasta aterrizar tras los setos que crecían junto a la acera, y allí estaba su hermano Hermann. El grandullón quedó descolocado. Nunca nadie antes le había plantado cara, ningún chico del pueblo se había atrevido a enfrentarse a él.

De vuelta a la granja, Hubert escondía el rostro a su madre, dándole la espalda, pero al fin, aquel ojo morado le delató. Estuvo todo aquel mes de Navidad castigado con sacar el estiércol del establo, tarea que se solía repartir entre los dos hermanos.

Hermann aprovechaba para acercarse al establo cuando su padre se ausentaba, y tras quitarle la pala de las manos, le decía a su hermano:

—¡Vamos, vete, ya lo sacaré yo hoy!

Aquel castigo, en el fondo, mereció la pena. Hubert aún sonreía al recordar que desde aquel día, Bauer se cambiaba de acera apresuradamente cada vez que se topaba por la calle con los hermanos Sasse. Aquella admiración que sentía por su hermano solo se veía ensombrecida en las ocasiones en que, por mucho que protestara, heredaba la ropa que ya le quedaba pequeña a Hermann.

Hubert recogió los huevos muy temprano, como todos los sábados, y entró en casa por la puerta trasera que daba a la cocina. Antes de hacerlo sumergió las manos en un barril que recogía el agua de la lluvia y se lavó.

Su padre y su hermano ya estaban sentados a la mesa, desayunando mientras discutían. Hermann marchaba temprano todas las mañanas, pues llevaba un año trabajando en una carpintería. Así ayudaba a la economía familiar, además de aprender el oficio de ebanista.

Helfriede y Mathilde ocupaban el otro extremo de la mesa mientras Elizabeth seguía en la habitación por un resfriado que la tenía guardando cama desde hacía varios días. El muchacho se sentó a la mesa mientras su madre le llevaba una rebanada de pan casero y un tazón de Buttermilch. A Hubert le encantaba el sabor un poco agrio de aquella leche de mantequilla, ligeramente espesa.

Anton abrió un pequeño paquete, extrajo un pellizco de tabaco, lo desmenuzó con los dedos y lo dejó caer dentro de su pipa. A continuación acomodó el tabaco con el atacador, pero sin apenas apretar, tan solo aplanando la superficie. Luego tomó un segundo pellizco y lo introdujo de la misma manera, pero presionando el tabaco un poco más. El tercer paso fue idéntico, quedando la pipa llena en su totalidad, pero aplastó una vez más el tabaco, con algo más de fuerza. Prendió una cerilla y paseó la llama por la superficie del tabaco mientras realizaba suaves y repetidas inspiraciones. El tabaco se rizó, y volvió a apretarlo con pequeños toques del atacador. Entonces, mientras el aroma del tabaco impregnaba la estancia, volvió la atención a su hijo, y continuó con la discusión.

—El año pasado Adolf Hitler decía que estaba furioso con los checoslovacos, porque estaban matando a los alemanes que vivían allí —dijo Anton a su hijo—. Y exigió a los ingleses la anexión del territorio de los Sudetes.

—¿Y crees que hizo mal, por querer proteger a su pueblo? —preguntó Hermann, sentado frente a su padre.

—No, por supuesto que no, pero debes admitir que si esa era su única pretensión, no hubiera firmado un compromiso de paz con los ingleses, para después firmar un tratado de no agresión con Stalin.

—¿Quieres decir que Hitler desea la guerra? —preguntó su hijo—. ¿Es lo que insinúas?

—Hitler tiene una gran ambición de territorios, y no va a parar, la prueba la tienes

con lo que pasó ayer.

Helfriede y Mathilde escuchaban la conversación con atención, aunque no entendían nada. “¿Quién sería el tal Adolf del que hablaban?”. Ya habían oído aquel nombre en Affeln hacia unos días, cuando fueron al pueblo con mamá. Al parecer, debía ser alguien muy importante, incluso tal vez había visitado el pueblo y ellas no se habían enterado. ¿Por qué nadie les contaba nunca nada?

—De todas formas, la guerra no puede durar más de unos pocos meses —dijo Theresa, tomando parte en la discusión. Anton miró a su esposa con preocupación.

—¡Pues yo creo que esos polacos necesitan un escarmiento! —gritó Hermann, levantando el tono de voz—. ¡¡No pueden hacer lo que les venga en gana y esperar que nos quedemos de brazos cruzados!!

—¡Eh, mocosos, no grites en la mesa! —le recriminó su madre—. Además, que sepas que tu padre ya ha vivido una guerra y recuerda muy bien lo que pasó después, nadie se acordó de nosotros.

Anton recordó su juventud, cuando el 1 de julio de 1914 participó en la Batalla del Somme contra los británicos que intentaron reducir la presión que los alemanes ejercían sobre Francia. Aquel día hubo centenares de miles de bajas. Aún le parecía escuchar los graznidos de los cuervos, revoloteando, atraídos por la pestilencia que desprendían los miles de cadáveres que tapizaban el campo de batalla. Las trincheras no eran tales, se habían convertido en fosas comunes llenas de cuerpos sin vida. Pero no era nada fácil para él explicarle aquello a aquel impetuoso joven, sentado al otro lado de la mesa.

—Hitler asegura que Francia e Inglaterra no intervendrán —dijo el padre—. Que no les interesa meterse en una guerra por unos pocos territorios.

—¡Pero él sabe perfectamente que esto no será una escaramuza de unos meses! —añadió—. Esto será mucho más. Además, ¿qué te hace pensar que si ganáramos la guerra, alguien se acordaría de nosotros aquí, en este rincón olvidado?

—¿Qué ganaremos nosotros con todo esto?

—¿Pero, que es lo que pasó ayer? —preguntó al fin Hubert, intrigado—. ¿De qué estáis hablando?

—Ayer se declaró la guerra contra Polonia —dijo su padre—. Al parecer, guerrilleros polacos atacaron los cuarteles de los guardabosques en Pitschen, en la frontera. He bajado esta mañana temprano al pueblo y se decía que también atacaron una emisora en Gleiwitz. Esta mañana la Luftwaffe ha bombardeado Wielun.

—¿Y eso que tiene que ver con nosotros? —siguió Hubert—. Es algo que está ocurriendo muy lejos de aquí.

—Además..., hace dos días llamaron a tu hermano a filas —sentenció su padre.

—¡¿Cómo?! ¡¿Que se va a la guerra?! —gritó Hubert—. ¡No se puede ir! ¿Quién nos ayudara entonces con la granja? Además:

—¿Hace dos días?, ¿cuándo pensabais decírmelo? —Hubert empujó la silla con los pies mientras se incorporaba, y muy enfadado, salió.

—¡Anton, hubieras podido esperar a mañana! —le regañó Theresa—. Además habíamos decidido decírselo con calma, no así, de sopetón. Hubieras podido ser más sutil.

Anton masculló algo entre dientes, mientras argumentaba:

—¡Se tenía que enterar de todos modos!, además, ya es hora de que aprenda como es el mundo de ahí fuera.

—¿Qué crees que pasará el año que viene? —siguió—. ¿O dentro de año y medio?, lo llamarán a él, ¿o acaso no lo habías pensado? —Theresa miró fijamente a su marido, con preocupación.

—No digas tonterías, Anton, ¿año y medio?, esto concluirá antes. El año que viene habrá terminado la guerra, será cosa de unos meses, a lo sumo.

Anton Sasse miró fijamente a su esposa, y luego, con seriedad, con la mirada ida hacia ningún sitio, volvió a cargar su pipa.

La realidad fue bien distinta. Reinhard Heydrich, la figura más oscura dentro de la élite nazi, puso en marcha un retorcido plan para justificar la invasión de Polonia. Los ataques a los cuarteles de los guardabosques en Pitschen, y a la emisora en Gleiwitz, no fueron lo que parecía. Hombres de las SS mandados por Heindrich se disfrazaron con uniformes polacos, escenificando una farsa que les vino como anillo al dedo. Ya tenían una excusa para la invasión.

A las 4:40 de la madrugada del 1 de septiembre, la Wehrmacht, las fuerzas armadas unificadas de la Alemania nazi, lanzaron la “Operación Fall Weiss”. El General von Keuchler, al mando de ocho divisiones de infantería, una división de caballería y una división Panzer del Grupo de Ejército del sur, junto al General von Kluge, al frente de veinte divisiones del Grupo de Ejército del norte, entraron a sangre y fuego por el norte de Polonia, al tiempo que el General von Runstedt cerraba una gigantesca tenaza por el suroeste, al mando de treinta y cinco divisiones de infantería, cuatro divisiones Panzer, dos o tres divisiones de montaña y la famosa Legión Cóndor, con veteranos de la Guerra Civil Española.

El resto del día, Hubert estuvo distante, no quiso oír hablar del tema. Todo se arreglaría y su hermano no tendría que marchar, seguro. Su padre hablaría con el tal Adolf Hitler y le diría que su hijo no podía ir a la guerra, que era necesario en la granja; y aquel hombre del pequeño bigote que había visto gritando a la multitud desde la portada de algún periódico lo comprendería.

IV

El silencio dominaba la estancia mientras desayunaron. Nadie dijo nada. Hubert se vistió como los demás, con la ropa del domingo para ir a la parroquia, mientras le consumía una ira que no era capaz de contener.

Nunca se había separado de su hermano en todos aquellos años, y ahora aquel fulano, el tal Hitler, aparecía para decir como tenían que hacerse las cosas. Además, ¿para que necesitaba más territorios? Alemania era suficientemente grande; él no había estado nunca en la frontera con Polonia. Alemania era tan grande que él no había visto en su vida el mar.

La nave de la Iglesia de San Lamberto era una estancia encalada en tonos grises y un hermoso color ocre. Aquel templo, como la mayoría, olía a tiempo, al incienso de los siglos. A Hubert le gustaba ir, le daba paz y serenidad, menos aquel día. Un pasillo central separaba las dos baterías de bancos. Era media mañana y los fieles estaban entrando cuando llegó la familia Sasse. Anton y Theresa tomaron asiento junto a sus hijos, cuando el párroco comenzó con el oficio.

Hubert observó el altar, presidido por el magnífico retablo flamenco de la Virgen del Rosario. Aquella talla del gótico tardío fue realizada hacia 1520 por el Gremio de San Lucas, en Amberes. Mostraba en el centro escenas de la vida de Cristo, María y San Lamberto. En las alas se hacía referencia al rey Olaf II de Noruega, a San Lamberto, al Niño con Santa Ana y a Santa Lucía.

El órgano comenzó a tocar, mientras impregnaba la estancia de un manto sonoro que semejava una danza de gratitud por la obra de Dios. El joven Sasse escuchaba aquella melodía que pareció envolverle. Cerró los ojos mientras creyó ver los pájaros en los bosques, los caminos silvestres, o la orilla de un lago. Le pareció sentir el viento en el rostro, la lluvia mojándole. Estaba cautivado por aquella melodía; si en el cielo había algún sonido, debía ser aquel.

Anton Sasse giró la vista cuando vio aparecer a Strauss por su izquierda, y sus miradas se cruzaron durante un segundo. El panadero llevaba su gorra entre las manos, mientras en silencio, se sentó en el banco de la primera fila. Sasse lo encontró extraño, pues le conocía desde siempre. Llevaba la ropa de trabajo, y no le había gustado su expresión al pasar junto a él. Desde primera hora de la mañana hacía el reparto de pan por varias aldeas, llegando hasta Amecke, incluso los domingos; no era normal verle allí.

—¡Que el Dios de la paz os santifique y que vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sean conservados para la venida de nuestro Señor Jesucristo! —dijo el párroco al término de la oración—. La gracia del Señor sea con todos vosotros. Id en paz.

La gente comenzó a levantarse para salir. Anton no le quitaba ojo de encima, cuando vio que Strauss se levantaba con todo su corpachón, haciendo una señal al cura. El panadero se acercó y le dijo algo por lo bajo, al oído.

Entonces el sacerdote llamó la atención de todos, mientras Straus se frotaba las manos con nerviosismo. Se produjo un breve murmullo de sorpresa entre los fieles.

—¡Mierda! —murmuró Anton por lo bajo. Theresa le fulminó con la mirada, pero su marido seguía mirando hacia el altar, donde se encontraban Straus y el cura.

—Esto... —comenzó Strauss mientras tosía para aclararse la garganta—. Todos me conocéis, y también sabéis que hago el reparto por varias aldeas. También

conocéis, algunos, a mi hermana Helga. Vive en Balve y allí regenta un comercio, donde la he visitado esta mañana. Su cuñado es Friedrich Flick, un industrial de Kreuztal. Es miembro del NSDAP y estos días está en la sede del partido, en Múnich.

—Pero, habla ya, hombre —se escuchó entre la gente.

—Perdón, estoy un poco nervioso —dijo el panadero—. Al parecer, Friedrich Flick ha llamado a su hermano para comunicarle que esta mañana temprano Alemania ha recibido un ultimátum por parte de Inglaterra y Francia, exigiéndole la retirada de su ejército de Polonia.

El templo se quedó de pronto en silencio, nadie se movía.

—Esto ha ocurrido esta mañana temprano, porque a las once horas se ha recibido la declaración de guerra por parte de Inglaterra —tras una pausa, siguió diciendo—. Estamos en guerra con Inglaterra.

Toda la congregación lo observó, en silencio.

—¡Joder! —maldijo nuevamente Anton Sasse. Miró a los ojos a su esposa. Theresa escuchaba a Strauss con atención. Ya era la segunda palabra malsonante que salía de su boca en la casa de Dios aquella mañana, pero no le importó.

—¡¿Cómo puedes estar tan seguro?! —gritó alguien desde la grada.

—¡Yo he estado en Neuenrade esta mañana y no he oído nada! —gritó otro—. ¿Es segura esa información?

—¡Calma, calma!, no olvidéis donde nos encontramos —habló el párroco—. Nada de palabras groseras ni levantar la voz.

—¡Hacía años que no veía llorar a mi hermana!, y si ella lo dice, yo la creo —sentenció Strauss. Su mirada barrió las de los congregados, cruzándose nuevamente con la de Anton. El panadero bajó y cruzó el pasillo, compungido, mientras un murmullo se adueñaba de la nave. Llegó a la puerta de doble hoja y la abrió, saliendo a la calle.

A las 17 horas de aquella misma tarde, Francia declarararía también la guerra a Alemania.

V

Hubert dejó la mochila y su maletín de pesca en el suelo, junto al de Hermann, y buscó una zona llana sobre el muro que encauzaba el agua hacia el antiguo molino. Su hermano le notó triste y sombrío. Durante todo el trayecto desde la granja hasta la Casa de la Torre no había pronunciado una palabra.

Los dos hermanos solían aprovechar los momentos de ocio para hacer a pie los tres kilómetros y medio que había desde la granja, para pasar las mañanas pescando en el río Brüninghauser.

Hermann sacó su caña de pescar con mosca de su maletín, la ensambló y colocó

el carrete, pasando el sedal por las guías. Pasó un pequeño plomo por el final de la línea de pesca y colocó un anzuelo pequeño y muy fino en el extremo del hilo. Seguidamente tensó el sedal para comprobar el nudo y la elasticidad del anzuelo.

Hubert no había abierto su maletín de pesca. Se había tendido a la sombra, echado boca arriba observando las hojas marchitas de los robles, cayendo con suavidad. Le gustaba sentir la tierra contra la espalda. Levantó la mirada al cielo, entre las ramas, y luego cerró los ojos. La hayas daban una pincelada cálida al otoño, mientras la luz de la mañana se filtraba entre el ramaje y las hojas.

Hermann cogió su bote de lombrices, desenroscó la tapa y sacó una, gruesa y resbaladiza. La cogió fuertemente y la sujetó mientras empujaba la punta del anzuelo a través de la cabeza del anélido y hacia abajo. Empujó la punta del anzuelo hasta atravesar al gusano y tejió con él a lo largo de su cuerpo, dejando la cabeza junto al ojo del anzuelo. Tomó la caña por el mango, colocando la base del carrete entre sus dedos medios. Extendió su dedo índice hasta tocar la cubierta de la canilla, abriendo el asa del carrete con su otra mano.

Buscando un punto en el horizonte y tomándolo como referencia, balanceó la caña hacia adelante y hacia atrás; y lanzó, siguiendo con la mirada el recorrido del cebo hasta llegar al agua. El impacto con la superficie produjo ondas circulares que crecieron hacia afuera, rompiendo la quietud del lago. Entonces metió el mango de la caña en un orificio del suelo.

—¡Eh, Hubert!, ¿no te apetece pescar hoy?

Hermann notó la seriedad en el rostro de su hermano, cuando se sentó a su lado, pero sin abrir el maletín.

—Mira, has estado esquivo conmigo estos días —dijo—. Debes comprender que no tengo ningún deseo de marchar. Ya has visto que están movilizándolo a todo el mundo. Cualquiera con edad suficiente es llamado a filas sin contemplaciones. Si me negara a ir sería perseguido y encarcelado de por vida.

Hubert seguía en silencio, sin decir nada. A su hermano le pareció ver un brillo húmedo en sus ojos.

—¿Vendrás mañana a despedirme, verdad?

Su hermano menor lo fulminó con la mirada.

—¡¿Mañana?!, pero, ¿ya te vas, tan pronto?

—¡Venga, no seas crío! —dijo Hermann.

—¡¿Crío, yo?! —le espetó Hubert, lleno de ira—. ¿Que yo soy un crío? Yo no soy el que se larga a recorrer mundo dejando a papá con toda la carga que supone la granja.

—Hubert, padre se las podrá apañar solo, y en el pueblo no le faltará quién le ayude. Además, si la guerra se alarga, en un año te podrían llamar a ti.

—¡¿A mí?! ¡Yo no voy a ir a ninguna parte! —gritó Hubert fuera de sí—. ¡No soy tan egoísta como tú!

—¿Cómo puedes pensar que sería capaz de dejar a papá solo? —volvió a gritar.

—¡Eres un mocoso egoísta! —gritó también Hermann.

De repente, Hubert se levantó y sacando la caña de Hermann de su agujero, la lanzó todo lo lejos que pudo con rabia, cayendo a varios metros, en el agua. Acto seguido recogió su maletín y comenzó a marchar con pasos largos.

—¡¡Hubert!! ¡Maldita sea!

Hermann se adentró en el lago, viendo que la orilla se inclinaba con suavidad. Los pantalones se le pegaron a las piernas. Sus zapatos hallaron la grava. El agua estaba tan fría que le impresionó. De repente el agua le llegó a la cintura, cuando vio la caña en el fondo, ante él. El muchacho la recogió, mojándose casi por completo, mientras mascullaba “¡¡maldito crío!!”. Entonces se giró, para ver que su hermano ya no estaba. Hermann salió del agua y se quedó de pie en el prado, chapoteando, con el agua resbalándole por los pantalones y saliéndole de los zapatos. Se acercó a los troncos y se sentó en uno. No quería forzar sus emociones.

Hermann llegó a casa a mediodía. Su madre le vio aparecer desde el porche de la cocina, empapado y fatigado tras la vuelta desde la casa de la torre.

—¿Pero, que te ha pasado?! —preguntó Theresa—. ¡Estás calado hasta los huesos!

—¡Ah!, nada, Hubert ha tirado mi caña al río —contestó mientras comenzaba a desvestirse.

—¿No se lo ha tomado nada bien, verdad?

—No, para nada, es un cabezota —contestó—. ¿Sabes si ya ha vuelto?

—Oh sí, ya lo creo, le he visto cruzar por el jardín y entrar en el granero, refunfuñando y maldiciendo.

Hermann salió de la cocina por la puerta trasera para bordear el perímetro de la cerca hasta llegar al establo. Al entrar se percató de que la escalera que usaban para subir al pajar, no estaba.

—¡Hubert!, ¡eh, Hubert! —gritó—. Venga, sé que estás ahí.

—¡Lárgate! —obtuvo por respuesta desde arriba. Herman salió del establo y volvió a casa. Era hora de comer.

A media tarde su madre se acercó hasta la puerta del establo y se detuvo allí, recorriendo con la mirada la planta superior donde se almacenaba la paja, sin lograr verle.

—Hubert, mamá te deja un plato de comida aquí abajo, tienes que comer algo. Escucha, mañana a las ocho sale el tren de Hermann. Vamos a ir todos a despedirle. Tienes que venir, tu hermano querrá despedirse de ti.

Theresa no obtuvo respuesta, aunque sabía que su hijo estaba allí arriba. Desde pequeño se subía al establo cuando se enfadaba por cualquier cosa, o simplemente

cuando quería estar solo. Incluso, en ocasiones, pasaba la noche entera allí arriba.

VI

La larga columna avanzaba en la noche, entre la nieve. Los cerca de dos mil hombres iban escoltados por la caballería rusa. La larga fila estaba formada por soldados alemanes de infantería, aunque también habían cientos de civiles. La columna no se detenía por nada, por lo que los prisioneros se hacían las necesidades encima, sin detenerse.

A los que caían exhaustos al suelo los obligaban a levantarse a golpes de látigo, sin bajarse del caballo. El que no se levantaba era exterminado a sablazos, aquellos perros no merecían malgastar una bala. De vez en cuando se escuchaban disparos en la noche helada, cuando algún compañero se desplomaba en la nieve incapaz de caminar más. Tras varios días de marcha, decenas de cadáveres quedaban olvidados a ambos lados del camino.

Hermann Sasse cargaba a un compañero herido en una pierna. No se permitía aminorar el ritmo de la marcha y sabía que si lo dejaba en el suelo le darían muerte sin pestañear. Ante él se perdía en la distancia una interminable hilera de cadáveres vivientes, sucios y con las miradas desorientadas.

El compañero que precedía a Hermann ya no aguantaba el sufrimiento. Se colapsó, se detuvo un instante y quedó arrodillado en la nieve a la espera de que un algún soldado del Ejército Rojo le golpeará con la espada y finalizara su dolor. Sin embargo, dos prisioneros de la fila que le conocían le levantaron mientras le daban esperanzas. Sasse les escuchó mientras le hablaban de Alemania, de su hogar, al cual querían volver. Aquellas palabras le devolvieron el ánimo.

No había refugios disponibles para pasar las noches, de modo que los prisioneros dormían juntos sobre la nieve. Muchos se despertaban para encontrar a sus camaradas muertos y congelados junto a ellos. Las mañanas no traían consigo ninguna mejora, sino el horror de una nueva marcha.

Al día siguiente les cargaron en un tren, en vagones de mercancías que apestaban a muerte. La gente se amontonó en el suelo como animales, mientras eran apretujados a culatazos y puntapiés. Un campesino se sentó junto a Hermann mientras mostraba los pies descalzos, apenas cubiertos con trapos. Entonces se cerró la puerta corrediza del vagón con un gran estrépito, quedando casi a oscuras.

La gente gemía en la penumbra, cuando los guardianes debieron de perder la cordura, por algún motivo. Bruscamente se volvió a abrir la puerta con estruendo y un soldado lanzó una ráfaga de disparos de ametralladora hacia el interior del vagón. La gente gritaba aterrada, escondiéndose los unos tras los otros. Algunos de los más fuertes tiraron de los más débiles, usándolos como escudo. En aquel instante no

importó si eran niños o mujeres. El campesino que iba descalzo se incorporó, y presa del pánico, saltó del vagón. A Hermann le dio la impresión de que todo sucedía a cámara lenta.

Aún no había tocado el suelo, cuando uno de los soldados le descerrajó tres tiros a quemarropa con su pistola. Después, con el mismo tremor con que se había abierto, la puerta se volvió a cerrar, entre un festival de carcajadas que no cesaban.

De pronto, Hubert despertó sudoroso. Había tenido un mal sueño, un horrendo sueño. La larga marcha por la nieve, el vagón de tren. El sol entraba por la puerta del granero y finos rayos de luz penetraban por algunos agujeros del techo del cobertizo.

—¡¡Dios mío, Hermann!¡, ¡el tren! —exclamó.

Hubert saltó desde arriba sin poner la escalera, mientras se preguntaba atormentado que hora sería, su hermano marchaba a la guerra, y no podría perdonarse que le ocurriera nada malo sin haber hecho las paces con él. Rodeó el patio hasta llegar a la puerta de la cocina.

—¡Cerrado!, ¡estúpido, soy un estúpido! —gritó—. ¡Maldita sea!

Corrió hacia el establo para ver que el carro no estaba.

—¡La estación!

Hubert corrió a la parte trasera en busca de la bicicleta, mientras recordaba que toda la familia habría ido a despedir a Hermann a la estación de Neuenrade. La vieja Diamant salió despedida por el camino, a toda velocidad.

Recordó que hasta Affeln eran dos kilómetros escasos, más los casi seis que habían hasta Neuenrade. En aquel momento se dio cuenta de que todo carecía de importancia, la guerra, que su hermano hiciera falta en la granja, incluso su estúpido enfado del día anterior. Debía llegar a tiempo para despedirse de él, de lo contrario no se lo perdonaría a sí mismo.

Tenía el cuerpo agitado por un temblor cuando llegó a la calle principal de Affeln. Giró por la calle, dejando la Iglesia a su derecha, mientras miraba el reloj de la torre por el rabillo del ojo.

—¡Las siete y treinta y cinco!, ¡puedo conseguirlo!

La bicicleta corría a toda velocidad, mientras parecía levitar sobre el firme de la carretera. Hubert deseaba con todas sus fuerzas que la vieja bicicleta aguantara el esfuerzo. Rezaba en silencio que no tuviera un pinchazo o que se le saliera la cadena. “¡Ahora no, por Dios!”.

La estación de Neuenrade era un sobrio y fiel exponente de la arquitectura ferroviaria alemana. Oscuros maderos contrastaban con el blanco de la fachada. Las jambas y

dinteles de las puertas y ventanas estaban contruidos en piedra de sillería de un tono claro y la techumbre de pizarra adquiría un tono gris oscuro con la luz del Sol.

A primera hora de la mañana, la estación apareció inundada de gente. La gran mayoría eran familias que despedían a sus hijos. Las madres lloraban, mientras algunas agitaban sus pañuelos.

—¿Nos escribirás, verdad?! —preguntó Theresa a su hijo.

Las lágrimas recorrían sus mejillas, sin poder contenerse. Elizabeth mostraba la nariz enrojecida por el resfriado de los días pasados, mientras junto a su hermana Helfriede se agarraban a su madre con fuerza. Anton Sasse intentaba mantener la compostura, consiguiéndolo a duras penas. Mahilde se apretaba a él con fuerza, mientras alargaba su manó en busca de la mejilla de su hermano mayor.

—¡Todo el mundo arriba! —grito un oficial desde la puerta de un vagón.

Hermann besó a sus padres y hermanas entre lágrimas y subió al vagón. Lo recorrió sin perder de vista a los suyos, a través de las ventanillas. Dejó su equipaje y se sentó para saludar con la mano. En el andén, la familia Sasse se había convertido en un ovillo, abrazados juntos. La estación se llenó de gritos de madres e hijos, del humo de la locomotora y silbatos de partida.

El tren arrancó entre una gran humareda mientras avanzaba con esfuerzo. Hermann se acomodó en su puesto, mientras comprobaba por enésima vez que tenía todos los documentos en el bolsillo de arriba de su chaqueta. Volvió a echar el último vistazo a través de la ventanilla para ver a los suyos, a lo lejos. Estaban todos menos él, faltaba su hermano.

Cuando Hubert llegó a Neuenrade, le dolían las piernas, como nunca lo habían hecho. Respiraba el aire frío atropelladamente, como si no hubiera suficiente oxígeno para él. Entonces oyó los pitidos del tren a lo lejos. Sorteó peligrosamente a varios transeúntes que cruzaban la calle principal, cerca de la estación. Creía que el corazón le iba a estallar. Desfallecido, resbaló peligrosamente en la cuneta al doblar hacia la estación.

Los Sasse estaban viendo alejarse el tren, cuando oyeron gritos entre la multitud que ocupaba la parada. Theresa se volvió para acertar a ver a un joven que, montado en una bicicleta, cruzaba como una exhalación por el andén, sorteando a varios grupos de personas.

—¡¡Hubert!! ¡Demonio de chico! —dijo Anton.

El joven condujo su bicicleta junto a la vía, intentando dar alcance al tren, que adquiría velocidad, abandonando la estación. Consiguió colocarse junto a los últimos vagones, a duras penas, mientras buscaba entre las ventanillas el rostro de su hermano.

—¡¡Hermaaan!! ¡¡Hermaaaaan!! —gritaba con desesperación—. ¡¡Hermaaan!!

Herman bajó su bolsa del portaequipajes para guardar su gorra, cuando oyó a los pasajeros que ocupaban el asiento contiguo.

—¡Dios mío!, ¡mira ese joven! —gritó una señora, mientras se asomada a la

ventanilla—. ¡Ese muchacho de la bicicleta se va a matar!

Cuando Hermann oyó aquello, reaccionó.

—¿Joven? ¿Bicicleta?... ¡¡Hubert!!

Cuando se asomó por la ventanilla el corazón le dio un vuelco. Allí estaba su hermano, corriendo peligrosamente junto al tren.

—¡¡Hubeeeert!! —gritó levantando los brazos—. ¡¡Hubert!!

—¡Cuidaré de todooooo! —gritó su hermano—. ¡Lo sientoooo!

El joven Sasse detuvo la bicicleta exhausto, mientras se despedía de su hermano levantando los brazos.

El tren siguió su camino hasta perderse de vista, doblando una de las colinas. Hubert dejó la bicicleta, que cayó al suelo, inútil, y se sentó sobre un fardo de lonas junto a varios pertrechos del cambio de agujas.

Contempló la extensión de colinas, a lo lejos, donde se comenzaban a difuminar las desperdigadas casas del pueblo, y a continuación recorrió junto a la bicicleta la vía férrea hasta el andén.

Los Sasse estaban allí, abrazados juntos, como formando un único ser. Hubert llegó junto a ellos y bajó la vista hacia el suelo de piedra marrón clara, del color de los guijarros de la vía. Su padre le pasó el brazo sobre los hombros, y partieron.

VII

El 7 de septiembre, Josef Kaufer y Asunción Granell contraían matrimonio en la maltrecha iglesia del Salvador. Fue una boda sencilla, entre familiares y amigos de la pareja. No se lanzó arroz a los contrayentes, simplemente porque no había. Aquella mañana, el viento agitó el pequeño velo de la novia.

Pasaron pocos días, hasta que Josef recibiera noticias del mundo del deporte. España intentaba caminar hacia la normalidad y la gente volvía a los estadios de fútbol. Rafael Valls tomó las riendas de la Unión Deportiva Levante-Gimnástico. Aquel club había nacido hacía pocos meses, de la fusión entre el Levante FC y el R. Gimnástico FC.

Durante la guerra civil, el campo del Levante había sido destruido, pero seguía teniendo a sus jugadores. En contraste, el Gimnástico contaba con su campo, el Estadio de Vallejo, pero había perdido a la mayoría de sus jugadores en la contienda.

Como resultado, Valls decidió contar con Josef como entrenador. Asunción le animó a aceptar. Berta se encontraba bastante mejor, además, aquello le ayudaría a olvidarse de la guerra que tanto le había marcado. El 25 de octubre, Josef Kaufer era nombrado entrenador del club.

10 de abril de 1940

I

La insistencia del timbre hizo que Josef se asomara a la ventana de su despacho, en la planta de arriba. Había un vehículo militar ante la casa y varios soldados se hallaban frente a la puerta.

Josef bajó a abrir con resignación, como si, sin saber porqué, los hubiera estado esperando. Un par de soldados se presentaron y preguntaron por el teniente desmovilizado Josef Kaufer, a lo que él asintió. Aquellos militares le entregaron una notificación de la Delegación Provincial de Excombatientes en la que se le ordenaba presentarse en la Comandancia Militar de Burriana para dar constancia de su paradero y situación. Josef acompañó a aquellos hombres a la Comandancia, donde se le informó de su obligación de presentarse semanalmente para dar fe de su permanencia en España.

Su insistencia en dejar la vida militar no había gustado nada entre sus superiores y a partir de aquel momento querían saber en todo momento el paradero de aquel alemán, y en la medida de lo posible, tenerlo controlado. Aquellos por los que había arriesgado la vida, aquellos en los que había creído, ahora le daban la espalda, incluso según su propia impresión, le trataban como a un sospechoso.

Josef y Asunción disfrutaban las mieles del primer año de su reciente matrimonio, pero la felicidad duró bien poco. El carácter de Josef se resintió, mientras su esposa intentaba, a escondidas, buscar una solución. Asunción viajó a Valencia y consiguió tener una entrevista con el cónsul Schellert. Aquel hombre sentía un gran aprecio por su compatriota, y escuchó con sorpresa las explicaciones de aquella mujer.

Schellert dio prioridad a aquel asunto e hizo varias llamadas a la sede del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, en Múnich, Alemania.

Josef intentó hacer una vida normal, con su empresa de exportación de cítricos y disfrutando de la vida en común con Asunción. Por fin podía dedicar tiempo a su hija. La llevaba a dar largos paseos e intentaba tenerla cerca siempre que podía. La enfermedad de la pequeña tenía sus altibajos y la vida de la familia Kaufer Granell discurría plácida, con el único problema de tener que presentarse en la Comandancia todas las semanas. Pronto tendría que realizar un viaje por negocios, y al informar de ello, los militares quisieron saber todos los detalles de dicho viaje. Josef cogió un enfado monumental. Incluso pensó seriamente en suspender aquel viaje.

Habían pasado dos meses, cuando Josef se presentó en la Comandancia Militar de Burriana como llevaba haciendo regularmente. Un oficial con gesto de disculpa le informó de que ya no tendría que volver a presentarse nunca más. Él preguntó la razón, pero el militar solo pudo contestar que él recibía órdenes y que no sabía nada de los detalles. Varios meses después, en una visita al Consulado de Alemania, Schellert le puso al corriente del desenlace de todo aquel lío. Josef preguntó al cónsul por la persona que le había informado de su situación. Schellert le dijo medio en broma que eso no era de su incumbencia, y que como cónsul, era su obligación el velar por los ciudadanos alemanes bajo su cuidado.

El mismísimo Robert Ley, Jefe de Organización del Partido Nazi, había llamado a Franco para exponerle la situación. El agravio que el régimen del dictador estaba infligiendo a un ciudadano alemán que había participado en la guerra civil con gran honor, podía llegar a oídos de Hitler, y aquello podía no hacerle ni puñetera gracia. Aquel día, la persecución contra la persona de Josef Kaufer acabó, pero no ocurrió lo mismo con muchos de sus vecinos.

En Burriana, el exconvento de La Merced había vuelto a funcionar como cárcel. Josef veía pasar los camiones repletos de detenidos frente a su casa, para adentrarse en el antiguo convento. Aquello no era por lo que él había luchado. Sabía de primera mano las duras condiciones en las que se estaba allí dentro, durmiendo pies contra cabezas, en el frío suelo de los mismos pasillos. Josef había oído que los domingos les reunían a todos en el patio para escuchar el oficio religioso, con dos ametralladoras apuntándoles.

Desde el 1 de abril de 1939, el Estado Español se convirtió en una descomunal prisión. Recién terminada la guerra comenzaron a funcionar campos de internamiento y concentración en múltiples sitios: cines, plazas de toros, iglesias, conventos, o escuelas. Los mismos lugares usados por los republicanos para su particular represión eran usados entonces por los franquistas para su política penitenciaria, que no tenía otra función que la represión y humillación de los vencidos y de sus familias en busca de una total degradación.

La puesta en marcha de la nueva maquinaria policial y judicial comenzaba con una denuncia, que podía proceder de cualquier persona, conocida o desconocida, sin necesidad de probar sus acusaciones. Bastaba con pensar de modo diferente, o hablar más de la cuenta en cualquier reunión, o en el bar, con una copa de más.

Los consejos de guerra sumarísimos aceleraban los trámites y reducían las posibilidades de defensa del acusado. La instrucción del sumario solía ir acompañada de torturas y los inculpadados debían firmar la confesión en una situación desesperada. Tras ficticios juicios rápidos se comunicaba la condena y los acusados volvían a la prisión, donde pasaban a la galería de condenados a muerte, donde permanecían totalmente incomunicados.

Comenzaban entonces las gestiones desesperadas de los familiares para conseguir avales o influencias que llevaran a la libertad del recluso. El director de la prisión era

informado un día antes de la orden de ejecución y se trasladaba al condenado a capilla. Las ejecuciones tenían lugar al amanecer.

Hacia finales de aquel año se hacinaban en la cárcel de La Merced 1600 personas. La insuficiente alimentación, la insalubridad, la carencia de medicinas y las palizas, llevaron a la muerte a muchas personas allí mismo. Tras la derrota y el exilio, varios vecinos de Burriana a los que Josef conocía fueron enviados a Alemania y acabaron sus vidas en los campos anexos al campo de concentración nazi de Mauthausen. Internados junto a otros 10.000 republicanos españoles, ninguno sobrevivió más de doce meses al internamiento. Todos tenían menos de 40 años.

II

Aquel mismo mes de abril en los astilleros de Wilhelmshaven, en la bahía de Jadebusen, al norte de Alemania, diferentes secciones de varias unidades U-Boot del Tipo VIIC estaban siendo ensambladas. La construcción naval había adoptado nuevos métodos de producción que consistían en la distribución del trabajo en los talleres, en la denominada “Organización en Islas de producción”.

En cada parte de la fábrica se construía una sección de la nave, y cada una salía completamente terminada. La sección n.º 8 de proa llevaba incluidas las cámaras de torpedos, al igual que las secciones n.º 3 que llegaban a la última isla con los motores del futuro U-Boot ya en su interior. En la última isla de producción se ensamblaban dichas secciones y se daba paso al montaje de los sistemas interiores. Grandes sumergibles de sesenta y siete metros de longitud tomaban forma mientras un ejército de operarios se afanaban en sus puestos. Los U-Boots ocupaban ordenadamente la totalidad de las gigantescas naves y entre ellos un entramado de tarimas formaba una especie de segundo suelo, un grandioso andamio donde se producía un incesante ir y venir de operarios.

Grandes regueros de óxido recorrían la superficie de los cascos de los sumergibles, dándoles el aspecto de grandiosos peces prehistóricos varados en una playa. Uno de ellos, en la grada de la segunda fila, con el número de obra 138, estaba recibiendo la puesta a punto de uno de sus descomunales motores diésel MAN M6V en la sección n.º 3. Las llamas de los soldadores rompían la oscuridad, mostrando con su claridad, en la penumbra, una parte de la nave. Más atrás nacían también otras llamas, y así el sumergible quedaba iluminado momentáneamente por las luces tambaleantes. De los costados asomaban los timones de profundidad, como aletas de un gigantesco tiburón.

Hacia el centro del gigante, abultadas hinchazones se desprendían de la barriga hacia izquierda y derecha: eran las cámaras de inmersión, soldadas al submarino como si fueran extravagantes monturas. Todo en la nave tenía formas redondeadas,

asemejándolo a un ser de las profundidades oceánicas encerrado en sí mismo y construido según reglas estrictas de la ingeniería naval.

Estas nuevas naves eran superiores a sus hermanas pequeñas, los Tipo VII-B. Los nuevos sumergibles habían alargado un metro su eslora total para dar cabida a los nuevos sistemas de Sonar Activo, el S-Gerät. Además, se había mejorado la capacidad de combustible y la flotabilidad negativa. En contraposición se les instalaron los mismos motores que sus hermanos pequeños, por lo que verían reducidas las velocidades de crucero e inmersión.

Enero de 1941

I

Un joven corría por la calle principal de Affeln en una vieja bicicleta, sorteando los flecos y pequeños mechones de nieve que quedaban junto a los bordillos de la acera. La vieja Diamant de Hubert tenía casi tantos años como él. Ya no se adivinaba de qué color fue en sus orígenes. Aquella bicicleta de paseo tenía un portaequipajes tras el asiento sobre el que él se sentaba cuando de pequeño acompañaba a su madre al pueblo. El pequeño farol delantero ya no funcionaba, al contrario que el timbre, que el joven hacía sonar ruidosamente.

Era un frío día de finales de enero de 1941 y a juzgar por la sonrisa que cruzaba su rostro y el especial brillo que reflejaba su mirada, saltaba a la vista que Hubert no sentía el frío. Además, cualquiera notada que algo le consumía por dentro, algo que no podría aguantar mucho tiempo sin compartir.

—¡Eh, muchacho! —gritó el panadero Straus desde la puerta de su tienda—. ¿A dónde vas con tanta prisa? ¡Cualquier día de estos te vamos a recoger de dentro de algún sembrado!

—¡Buenos días, señor Strauss! —respondió el muchacho mientras se detenía junto al obeso panadero.

—¡Me voy, Señor Strauss! —dijo—. He sido reclutado en la Kriegsmarine. Ya tengo todos los documentos y en unos días debo presentarme en una base naval, en una ciudad llamada Gotenhafen. Creo que está en Polonia. Me han informado de que allí hay una escuela de Submarinos.

—¿Submarinos? —preguntó Strauss—. ¿Te marchas a la Unterseebootslehr división?

—¡Me voy, tengo que darles la noticia a mis padres! —gritó el muchacho mientras salía disparado en su bicicleta.

—Otro que se nos va —comentó el panadero en voz baja, negando con la cabeza mientras volvía al interior de su tienda. Todos los meses reclutaban a más muchachos jóvenes de las aldeas o del campo para enviarlos al frente.

Hubert pedaleaba en dirección a Birnbaum, mientras pensaba en la emocionante aventura que le esperaba en un futuro inmediato. Contribuiría a defender a Alemania, como hacían la mayoría de sus amigos de Affeln, como hacía su hermano.

Ya no quedaba nada de aquel joven que había cogido un buen berrinche cuando se enteró de que Hermann partía al frente, aunque aún conservaba algo de aquella cara

aniñada y de mirada cándida. Seguía mirando de modo tierno, como lo hacía de niño.

Hubert Sasse se había convertido en un hombre alto y de formas atléticas. De piel blanca, de rostro alto y estrecho, con fina barbilla y mentón prominente. Su nariz era recta y ligeramente alargada, y acababa en unos labios finos, como en un rictus, dándole una semejanza con los dioses teutones. Su frente, despejada, terminaba en unas cejas rectas, separadas y con una finura que se acababa difuminando. El cabello, lacio y de una tonalidad parecida al oro viejo, lo llevaba corto y peinado con la raya al costado izquierdo. Pero lo más llamativo eran sus ojos, pequeños, ligeramente rasgados y de un vivo color miel, tono parecido al de sus cabellos. Aunque aquella mirada triste, melancólica, aquella mirada seguía siendo la de aquel niño que jugaba al Kreisel con sus amigos en las adoquinadas calles de su pueblo.

Siempre había sido un joven poco hablador, más bien, callado; él era de los que preferían escuchar a los demás. Su padre había retrasado todo lo posible su llamamiento a filas, alegando que sin él no podría con la granja, incluso el alcalde había intercedido por él, pero al fin, su nombre aparecía en los carteles de movilización de tropas.

Su madre pasó toda la noche llorando a causa de su partida. Lo sabía porque él tampoco pudo conciliar el sueño, excitado por la inesperada aventura en que se iba a embarcar. En la oscuridad del hogar podía escuchar sus sollozos y las quedas palabras de consuelo que le dirigía su padre.

Se levantaron un par de horas antes del amanecer. Theresa sirvió el desayuno sin dejar de llorar; y llorando le entregó un chaquetón de piel forrado de lana que había comprado para él en el colmado. Los rigores del invierno en Polonia eran muy intensos. Luego le abrazó y le besó. Como toda buena madre le suplicó que tuviera mucho cuidado y le aseguró que mantendría constantemente encendido un cirio en el altar de San Lamberto. Su padre estrechó su mano y tras una pausa se levantó de la silla y le dio un abrazo.

—Que Dios te proteja, hijo mío —dijo Anton Sasse, mientras le brotaban lágrimas de los ojos.

Hubert no había visto nunca llorar a su padre. Siempre había creído que los padres no lloraban, o por lo menos, el suyo no lo hacía. Ni siquiera lo había visto llorar el día de la partida de Hermann. Aquella mañana, Hubert no quiso que fueran a la estación a despedirlo.

Agarró el macuto que había sobre la mesa y salió de la granja sin echar la mirada atrás. Caminó a pie hasta Affeln, y de allí tomó el autobús hasta la estación de Neuenrade.

II

Febrero de 1941

El tren avanzaba despacio, lentamente, a punto de detenerse en otra estación. Grandes copos aterciopelados descendían delicadamente hasta el suelo, pareciendo vacilar un instante.

Hubert estaba recostado en su asiento, junto a una gran mochila repleta de ropa y algunos enseres. Su cabeza, apoyada en la pared, mirando por la ventanilla la nieve que caía pausadamente sobre las vías. Parecía como si los copos se quedasen inertes en el aire para, al fin, posarse lentamente en el suelo.

“Estación de carga de Neuseddin” —leyó en un cartel.

En aquel momento el tren se detuvo con un suave estrépito, mientras alrededor resonaban los pitidos de las locomotoras.

Hubert desvió la vista de la ventanilla y se retrepó en el asiento, mirando a su alrededor. El vagón en el que se encontraba estaba repleto de jóvenes reclutas. Algunos comenzaron a asomar por las ventanillas del coche preguntándose si estarían mucho tiempo parados, pues cada vez lo hacían con mayor frecuencia. Normalmente paraban en pequeñas estaciones donde permanecían unos momentos esperando con impaciencia para después, tras recibir a nuevos reclutas, reanudar el camino.

Entonces, ante la portezuela del vagón apareció un oficial con cara de pocos amigos, lo que motivó que se hiciera el silencio. Hubert observó a aquel hombre. Se frotaba las manos intentando, en vano, entrar en calor; y maldiciendo por el frío.

El oficial vestía un abrigo que le llegaba hasta las rodillas. Unos pantalones bombachos claros sobresalían de las botas de caña alta, negras y perfectamente lustradas. Llevaba la cabeza cubierta con una gorra clara de oficial. Los muslos abombados del pantalón se arrugaban ante su firme caminar. Mientras todos le observaban golpeó repetidamente los pies contra el lateral de uno de los asientos para deshacerse de la nieve adherida a sus botas. La nieve quedó en el suelo, mezclada con el barro que cubría el suelo del vagón.

—Caballeros, los que quieran, pueden bajar a estirar las piernas —dijo—. Esperamos un convoy que viene desde el sur y volveremos a proseguir la marcha.

Algunos de los jóvenes se decidieron a bajar y Hubert lo hizo tras ellos. La niebla de la mañana no dejaba ver el final del tren, que se desvanecía a lo lejos.

La estación de Neuseddin era un inmenso complejo formado por un impresionante entramado de vías. Un gran número de operarios se afanaban, enganchando los vagones a grandes locomotoras. Hubert quedó ensimismado observando aquellas cabezas tractoras que resoplaban sin descanso, tirando penosamente de un sinfín de vagones. Entre aquellas locomotoras llamaron la atención del joven varias BR44, con sus elegantes levantahumos. De su fabricación se encargaba la marca Berliner Maschinenfabriken desde 1926, y eran utilizadas para arrastrar los pesados trenes de carga de material militar por las principales líneas de Alemania, aunque también se usaban para el transporte de pasajeros.

Grandes penachos de humo negro se elevaban a borbotones hacia el cielo desde

las chimeneas de aquellas grandes máquinas. Todo aquel humo se elevaba sobre la estación, impidiendo la entrada de la luz del Sol, dándole un fantasmal aspecto.

La estación se encontraba situada sobre una gran planicie delimitada por frondosos bosques que no dejaban ver más allá. Pegada a ella se encontraba la pequeña ciudad que le daba nombre.

Neuseddin había emergido hacia 1915 a orillas del lago Seddiner, en los bosques de Kunersdorfer, como un área residencial para los trabajadores del ferrocarril. Su estación de carga se había convertido en un importante punto neurálgico donde se centralizaban los envíos de armamento y medios humanos desde todo el territorio.

Inesperadamente, el tren comenzó a avanzar lentamente, con ritmo furioso y entrecortado. Hubert, junto al grupo que había bajado con él, esperaron a que el convoy llegara a su altura para subir a bordo de un salto.

El joven llegó al asiento que había ocupado anteriormente, donde se encontraba su mochila, comprobando con sorpresa que había sido ocupado por un muchacho, por lo que decidió recoger su petate y cambiarse de sitio.

—¡No, por favor! —dijo el joven que ocupaba el puesto de Hubert mientras dejaba un sitio para él—. ¿Estabas aquí sentado?

Sasse respondió afirmativamente mientras recuperaba su antiguo asiento. Entonces apareció ante su rostro una gran mano, mientras el soldado que le había cedido su antiguo asiento se presentaba.

—¡Hola, soy Josef Bauriedl! —dijo, mientras esbozaba una gran sonrisa.

—Sasse, Hubert Sasse —obtuvo como respuesta. Entretanto la enorme mano de Bauriedl envolvía la suya con fuerza.

Pronto los dos jóvenes entablaron una conversación mientras el tren tomaba un cambio de raíles para desviarse a la derecha, por lo que dedujeron que no pasarían por Berlín, que se divisaba a su izquierda, difuminándose en la lejanía.

Hubert observaba a Josef mientras el joven hablaba sin parar y de forma afable. Bauriedl había nacido en Schnaittach y era un muchacho grande y corpulento a pesar de tener tan solo 18 años. Al lado de cualquiera, Bauriedl parecía un gigante. Se parecía a los forzudos de los circos que viajaban por las pequeñas ciudades. Sobre su ancha espalda se sostenía una gran cabeza cuyo rostro denotaba sin duda, un noble carácter. Aunque, de todas formas, su apariencia no invitaba a meterse con él.

Josef llevaba el peinado corto y ligeramente ondulado, con la raya en medio. El brillo y el olor de sus negros cabellos no dejaban lugar a dudas. Hubert reconocía el característico olor de Gath & Chaves. Aquella cara colonia se fabricaba en Buenos Aires, y durante los duros años que se estaban viviendo no era nada fácil de encontrar en Alemania. Aquella apreciación, junto al impecable aspecto de Josef le hicieron suponer a Hubert que su interlocutor debía pertenecer a una familia acomodada.

Comenzaba a anochecer, cuando el tren llegó a la estación de Frankfurd Oder, en la

frontera con Polonia. Josef dormía mientras Hubert y otros muchachos conversaban. El tren se detuvo para recoger a varios soldados y un grupo de oficiales que se acomodaron en su mismo vagón.

Una pareja de soldados de la Feldgendarmerie patrullaban entre las vías acompañados de dos perros. Formaban parte de las tropas que guardaban las líneas de comunicación contra los sabotajes. A los jóvenes del tren les llamó la atención su uniforme. Los pantalones grises enfundados en unas altas botas. Sobre la guerrera, al cuello, llevaban su característica y brillante gola metálica suspendida de una cadena. Entonces se oyó un fuerte estruendo. Josef Bauriedl se despertó, bostezando e inquieto.

—¿Qué pasa? —dijo.

—No lo sé —respondió Hubert al tiempo que bajaba un poco la ventanilla del vagón para intentar ver que ocurría.

—¡Están enganchando un vagón plataforma delante de la locomotora! —contestó uno de los jóvenes del asiento contiguo. ¡De esa forma hacen estallar las minas que colocan esos malditos partisanos en la vía!

Veinte minutos después y tras describir una gran curva hacia la izquierda, el tren se aproximó al puente sobre el río Oder, que delimitaba la frontera con Polonia.

III

Asunción dio otra vuelta más en la cama y alargó el cuello para ver el reloj sobre la mesita de noche. Era media tarde y después de comer se había encontrado un poco fatigada, por lo que decidió retirarse al dormitorio para echarse un rato.

Se levantó y abrió las cortinas del balcón que daba a la calle. Fuera, el viento soplaba con fuerza, sacudiendo las persianas. El granizo golpeaba los cristales de la ventana, aunque dentro de casa el ambiente era cálido y acogedor. Aquel invierno estaba siendo especialmente frío, y no era la mejor época del año para traer un niño al mundo, aunque eso, ni ella ni Josef lo habían podido elegir.

Deslizó una mano por su abultado vientre y lo acarició con ilusión. El hecho de enterarse meses atrás de que estaba esperando su primer bebé de Josef la había colmado de felicidad.

Todo el embarazo había ido muy bien, pero entonces, a falta de un mes para dar a luz, el final se estaba haciendo cuesta arriba.

Llevaba los dos últimos meses con náuseas y también se cansaba con mayor facilidad. Había sangrado en una ocasión, pero todo quedó en un susto. Sin embargo, el médico le aconsejó que pasara aquellas semanas en cama, solo por seguridad. No había habido ningún problema después de aquello.

La llegada de un hermanito era un acontecimiento que comportaba una gran

alegría para Berta. La vida de la familia se trasformaría por completo debido al cambio del ritmo de vida impuesto por el recién llegado. Antes todo giraba en torno a Berta. Ahora ese rol iba a desaparecer y pasaría a ser la hermana mayor que debía ayudar en casa, portarse bien y cuidar del hermano.

Aquel último mes el vientre de Asunción se había endurecido y por las noches cuando se acurrucaba en la cama contra Josef, el bebé le daba patadas en la espalda.

Al mes siguiente, llegaba al mundo su hija Marta. El parto fue largo, pero sin complicaciones. Asunción tuvo a su pequeña en casa, ayudada por la comadrona y algunas vecinas, entre ollas de agua caliente y paños húmedos.

Josef y su hija pasaron el calvario de la espera, hasta que la comadrona apareció por la puerta de la habitación, limpiándose el sudor de la frente. Aquella anciana sonrió y les invitó a pasar.

Berta se asomó a contemplar a aquella muñequita de ojos azules y cabello rubio como el de su madre. La primera vez que Asunción le pasó al bebé, tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar de felicidad. Se agarró a su hermana como a un salvavidas. A pesar de su corta edad, mostraba una gran madurez, e intuía que la enfermedad que padecía la podía llevar tarde o temprano a la muerte. Pero era feliz al pensar que mientras pudiera despertarse cada mañana y abrazar a su hermanita, todo estaría bien.

Aspiró los aromas a colonia y a inocencia que desprendía y luchó con fuerza contra el dolor que le atenazaba el pecho. Tuvo que hacer un esfuerzo para devolver a Marta a los brazos de su madre, y cuando la hubo entregado desapareció entre la gente para retirarse a su habitación. Mientras lloraba le vinieron varias arcadas que acabaron en una tos prolongada y violenta. Pronto, la sangre apareció en la comisura de sus labios.

Semanas después, ante el deterioro de su salud, la pequeña era ingresada en el Hospital Dr. Moliner. Aquel sanatorio para enfermos tuberculosos era el segundo que se construía en Valencia, y fue inaugurado a finales de los años 30, en honor al Dr. Francisco Moliner, catedrático de Patología y Clínica Médica de la Universidad de Valencia. Moliner siempre había mostrado preocupación por la falta de atención sanitaria a las clases más humildes. Las condiciones en que estas trabajaban, favorecían la propagación de la enfermedad. Por ello inauguró el 15 de julio de 1899 el Sanatorio de Porta Coeli en las dependencias de un monasterio cartujo situado en tierras de la Vall de Lullén, en la aldea de Serra y a 31 kilómetros de la capital.

El tratamiento consistía en abundante comida, mucho sol, y aire puro y cálido, con los convenientes cuidados médicos, para intentar arrancar de la muerte a muchos de aquellos pacientes.

IV

Febrero de 1941

La ciudad polaca de Gdynia pasó a llamarse Gotenhafen a partir de la entrada de los alemanes en 1939. Era un importante puerto marítimo de la Bahía de Gdansk, en la costa sur del Mar Báltico y se convirtió en una importante base naval alemana debido a que estaba relativamente lejos del teatro de la guerra. Muchos acorazados y cruceros pesados alemanes encontraron cobijo allí, lejos del escenario del conflicto.

Las Divisiones de entrenamiento tenían entre sus filas un gran número de barcos de línea reconvertidos para proveer acomodo a los hombres del arma submarina. Más de cuatro mil alumnos estaban asignados a cada una de aquellas divisiones.

Los hombres descendieron del ómnibus, junto al puerto. Era la primera vez en su vida que Hubert veía el mar. Lo había visto en fotografías de viejas revistas y periódicos atrasados y descoloridos.

En ocasiones le pedía a Elizabeth que le explicara cómo era. Ella lo había visto en un viaje, hacía ya mucho tiempo. Su hermana le pedía que cerrara los ojos, mientras intentaba que el pequeño imaginara aquella inmensidad. Pero, ¿cómo se podía imaginar un niño algo cómo el mar? ¿Y cómo describirlo sin hablar de su olor? Aquel olor a salitre que se le metía en la nariz, y que era imposible de olvidar. ¿Y el sonido? Como describir aquel sonido, y su vaivén, pausado y plácido.

Hubert Sasse y Josef Bauriedl fueron destinados juntos a la Segunda División. Tras su llegada a Gotenhafen fueron alojados en el Wilhelm Gustloff, anclado en la parte este del puerto.

Aquel gigantesco buque fue construido para su uso como trasatlántico en 1937. Después de prestar servicio como barco hospital desde 1939 hasta el 1 de noviembre de 1940, fue convertido en cuartel flotante de la Segunda División de Formación de U-Boots en Gotenhafen, que en aquella época estaba al mando del capitán de fragata Werner Hartmann.

Hubert quedó impresionado la primera vez que vio el Wilhelm Gustloff, a su llegada al puerto. La inmensa nave apareció ante los muchachos mostrando unas grandes escaleras en su costado por donde embarcaban cientos de hombres, manteniendo un perfecto orden y disciplina. Mientras subía, observó sobre la cubierta las decenas de botes salvavidas, que amarrados sobre sus pescantes, pendían amenazadores sobre sus cabezas. Un sinfín de ojos de buey recorrían el costado de aquella inmensa nave que a Hubert le pareció que debía rondar los doscientos metros de eslora. El Gustloff era la muestra palpable de la arrogancia del III Reich.

Los hombres fueron repartidos en grandes camarotes donde llamaban la atención largas líneas de literas. Todos fueron pesados y medidos y se les entregaron sus primeros uniformes de gala y faena de la Kriegsmarine.

Hubert se miró ante el espejo con su nuevo suéter reglamentario. Era de lana azul y, como debía ser, le quedaba ceñido. Las mangas eran de puño abierto. La abotonadura era simple y mostraba el frontal abierto hasta por debajo del pecho, donde dos botones azules servían de sujeción. El cuello característico de los marinos

incluía tres franjas de color blanco y como complemento se incluía un pañuelo de seda negra. El gorro de marinería era en lana azul y sobre la frente llevaban una cinta de cuero, de la que colgaban dos largas cintas de seda negra, y en la que se podía leer “Kriegsmarine”.

El Wilhelm Gustloff estaba equipado con grandes comedores para la marinería, formados por interminables hileras de grandes mesas que daban cabida a veintidós comensales cada una. Otros comedores más reducidos y con decoración más refinada eran exclusivos para oficiales, y en ellos llamaban la atención grandes banderas rojas que, colgando del techo, mostraban orgullosas una gran esvástica. Una cenefa bordeaba todo el techo, mostrando águilas dibujadas de perfil, cada una de las cuales sujetaba entre sus garras un pequeño emblema del III Reich. En las mesas de los oficiales no faltaba detalle. Los vasos, de cristal tallado, llevaban grabada el águila por un lado, al igual que los platos. Las servilletas, dobladas con primor, mostraban también el mismo motivo y el centro de mesa era un enorme frutero.

A los lados había varias champaneras, donde botellas de vino espumoso de Riesling esperaban a ser abiertas.

Uno de los numerosos salones de ocio tenía un bello mobiliario donde llamaban la atención elegantes mesas redondas donde oficiales y marineros pasaban las horas muertas. Dicha sala era una recreación de un palacio italiano del Renacimiento, donde esbeltas columnas forradas de mármol de Carrara se elevaban hasta el alto techo.

En la pared del fondo un enorme fresco representaba lo que Hubert supuso era una antigua batalla teutónica. Odín y sus hermanos daban muerte al gigante Ymir. Alguien le dijo que el original era obra del pintor danés Lorenz Frolich.

Del techo del salón colgaban grandes lámparas, deslumbrantes de luz, y sus paredes estaban tapizadas de raso con bordados en rojo. En el centro había un precioso piano donde alguien tocaba alguna canción patriótica. El ruido de la sala se convirtió en un griterío gozoso cuando el pianista atacó una nueva pieza. Sonaba como si allí se estuviese celebrando una fiesta por todo lo alto, de hecho, Hubert pensó que en aquel salón se celebrarían fiestas todos los días.

En las cubiertas exteriores, centenares de preciosas tumbonas de caoba ordenadas en interminables hileras, proporcionaban momentos de relax en los días de permiso en los que uno se podía decantar por tomar baños en las elegantes piscinas del buque o en escribir cartas a los familiares. Se notaba que la marina mimaba a los hombres del arma submarina. Se sentían formando parte de la élite.

Los muchachos aprovecharon aquellos ratos de libertad para bañarse en una pequeña playa junto al puerto. La primera vez, Hubert observaba de reojo a Bauriedl que, riendo como un niño, saltaba entre las olas, y de pronto sintió unas irrefrenables ganas de unirse a él. Se desnudó y corrió hacia la orilla. El agua estaba muy fría, aunque no más que la del río Brüninghauser. Se le puso la carne de gallina al sumergirme en ella hasta la cintura, pero lo que realmente le sorprendió fue su fuerte

sabor a sal.

Al segundo día de estancia se les mandó formar en la cubierta de popa donde el capitán de fragata Werner Hartmann les habló, en un pequeño discurso de bienvenida. Hartmann se había convertido en un héroe para todos aquellos jóvenes que le escuchaban embelesados. Había comenzado su carrera naval en la Reichsmarine de la República de Alemania el 1 de abril de 1921. Después pasó a servir como comandante de los torpederos Seeadler y Albatros, antes de ser transferido al arma de submarinos en 1935. Como comandante del U-26, patrulló las aguas españolas durante la Guerra Civil Española, con Günther Prien como su primer oficial de guardia. Entre enero y mayo de 1940, Hartmann fue comandante del U-37 y desde noviembre de 1940 pasó a ser comandante de la 2.^a División de Formación de U-Boots en Gotenhafen.

Era un hombre de unos 40 años, corpulento y de gran estatura. Su rostro era grande, de ojos negros y pelo castaño. En aquella época solía llevar barba de varias semanas. Entre sus allegados había quién le comparaba con un vikingo. Solía llevar la ropa arrugada y cojeaba ligeramente de la pierna izquierda, debido a antiguas heridas. Era un marino excelente y lo sabía, lo que le proporciona un aire de confianza que se contagiaba a quienes le rodeaban. Hartmann era un genio en el combate, rápido, lúcido, concienzudo, y exacto. Pero su carácter jovial le convertía en un hombre indómito y en un guasón irreverente.

Los alumnos recibieron durante dos meses entrenamiento teórico en todos los aspectos de las tareas de un submarino: diseño y construcción de submarinos, sistemas de armas, sistemas de propulsores diésel y eléctricos, entrenamiento de escape, submarinismo y permanencia bajo el agua.

Los ejercicios de submarinismo y escape en inmersión se realizaban en grandes tanques de agua. En el fondo de ellos había una compuerta simulada a la cual los submarinistas debían llegar buceando. A los cadetes se les cubría la cabeza con una capucha que no les dejaba ver. Una vez bajo el agua debían nadar a ciegas hasta encontrar la compuerta y girar la manivela de apertura. Durante meses recibieron prácticas de instrucción que se realizaban en simuladores y finalmente en U-Boots reales. Aquellos sumergibles eran los pequeños submarinos costeros Tipo II.

Además se perfeccionaron los modelos de salvavidas y botellas de oxígeno para poder tener una mínima posibilidad de éxito a la hora de abandonar una nave hundida. También las extenuantes prácticas de remo eran la tónica diaria. En el Wilhelm Gustloff se llevaron a cabo con verdadero rigor científico experimentos de resistencia debajo del agua. Los hombres estaban preparados para la siguiente fase.

A primeros de abril, la Segunda División de Submarinos partió hacia Neustadt.

7 de abril de 1941

I

El pálido Sol intentaba disipar el frío de la mañana y la bruma húmeda que ascendía sobre la superficie del mar. Pequeños grupos de gaviotas planeaban con suavidad sobre la bahía de Lübeck, en el Mar Báltico. En la margen derecha de la bahía y acariciado por el mar se encontraba el pequeño pueblo de pescadores de Neustadt in Holstein.

Amarrados al puerto, rechonchos pesqueros a vela se mecían con suavidad. Largos y estilizados botes de remos cruzaban la bahía velozmente, empujados por un gran número de remeros que braceaban al mismo compás, guiados por un timonel tumbado a proa. Los vistosos colores de las embarcaciones contrastaban con el fondo gris de aquel imaginario cuadro. Gran cantidad de navíos de guerra permanecían atracados en la bahía, abarloados los unos a los otros y rompiendo la belleza de aquel paisaje.

El alto campanario de la iglesia de la comunidad recortaba la silueta del horizonte con su rojizo enladrillado, contrastando con el verde azulado de su esbelta y puntiaguda cubierta octogonal, elevándose en el cielo.

Hubert observaba la belleza de aquel paraje desde la cubierta del buque de transporte de tropas que les traía desde Gotenhafen. Los acontecimientos de los últimos meses le habían superado. Su vida había cambiado radicalmente. El joven que apenas había salido de su pequeña aldea, aquel que no había visto nunca el mar, había recorrido en pocos meses miles de kilómetros. Ahora su destino le llevaba a aquella recóndita base donde se pondrían a prueba sus conocimientos.

Neustadt era una ciudad del distrito de Ostholstein, en Schleswig-Holstein, Alemania. Estaba situada a 30 km al noroeste de Lübeck y a 50 kilómetros al sureste de Kiel. La Kriegsmarine había elegido aquella resguardada bahía como base temporal de la 2.^a Unterseeboots-Ausbildungsabteilung. La Segunda Sección de Instrucción Submarina había sido creada hacía tres meses al mando del capitán de fragata Friedrich Kastenbauer. Allí los marinos realizarían seis meses de adiestramiento conjunto. Los submarinistas procedentes de diferentes especialidades se ejercitarían juntos, formando parte por primera vez de la dotación de un U-Boot de adiestramiento.

Hubert Sasse había recibido en Gotenhafen la capacitación para sargento 1.º de transmisiones, mientras Josef Bauriedl lo había hecho para cabo 1.º mecánico de

torpedos. La duración de su entrenamiento dependería de la valoración de los examinadores.

Todos fueron desembarcados y acomodados en grandes edificios cercanos al puerto, donde se había preparado la residencia de submarinistas de modo provisional. Tras deshacer su equipaje, todos los hombres formaron en un gran patio trasero a los almacenes del puerto. Allí se fue llamando por su nombre a cada marino que formaría parte de una dotación de U-Boot. Cuando cada cadete escuchaba su nombre, pasaba a un comedor con grandes y largas mesas.

Hubert prestaba atención, hasta que resonó en el patio su nombre. Seguidamente un comodoro le indicó una mesa e hizo un gesto con la mano para que se apresurara a entrar. Tomó asiento junto a otros jóvenes en una de aquellas largas mesas, mientras intentaba calmar su nerviosismo. Tras largos minutos y una interminable lista de nombres vio entrar a Josef Bauriedl. Ante el asombro de Hubert, Josef se dirigió hacia su misma mesa sonriendo. Pasó tras él, y dándole un pequeño golpe en la espalda a modo de saludo, se sentó a su lado.

—¡¡No puedo creer que vayamos a formar parte de la misma dotación!! —dijo Sasse.

—¡Pues eso parece amigo, eso parece! —contestó Bauriedl sonriente.

Las sillas de aquella mesa siguieron siendo ocupadas, mientras se sucedían los nombres en el patio. Tras más de media hora, cesaron los nombres en el exterior y varios oficiales cerraron las puertas tras ellos. Se hizo el silencio en el gran comedor hasta que apareció un grupo de oficiales que tomaron asiento en una pequeña mesa ligeramente apartada de las demás. Los jóvenes observaron a uno de los oficiales levantarse para ir al centro del salón.

—¡Buenos días caballeros! —dijo—. Como ya sabrán, como ya podrán imaginar, nuestro Führer espera mucho de todos ustedes. Deberán estar dispuestos a dar su vida por la patria. Muchos hombres valerosos de la Kriegsmarine han partido para no volver. La lucha es desigual y nuestro enemigo no desfallece, como tampoco lo haremos nosotros. Nuestro pueblo espera el máximo sacrificio de todos nosotros.

Tras una pausa, mientras paseaba la vista por las mesas, continuó:

—Los próximos meses pondremos a prueba su valía, y su determinación. Pondremos a prueba los conocimientos que han adquirido en Gotenhafen y analizaremos y evaluaremos su capacidad para la entrada en combate. No podemos prescindir de ninguno de ustedes, pero a la más mínima duda sobre su temple serán inmediatamente relegados a otra rama militar. Estoy totalmente seguro de que lo darán todo por la causa...

—¿Quién es? —susurró Sasse al soldado que tenía a su lado.

—Es el capitán de fragata Kastenbauer, el comandante de la 2.^a Unterseeboot —susurró también el soldado.

—¿Y tú? —volvió a preguntar Sasse, por lo bajo.

—¡Werner Duwe! —contestó el joven, sonriente.

—¡Hubert Sasse! —obtuvo en contrapartida.

Los meses siguientes toda la recién formada dotación recibiría un completo entrenamiento en un U-Boot Tipo II. Además cada hombre recibiría exhaustivas clases de perfeccionamiento en su especialidad.

Los pequeños U-Tipo II, desplazaban en inmersión 414 toneladas, tenían 42,70 metros de eslora y la profundidad de colapso se estimaba en 150 metros, por lo que no se solían sobrepasar los 80 metros de profundidad en inmersión. Estaban limitados por su pequeño tamaño y la carga restringida de torpedos, sin embargo, eran muy maniobrables y tenían una rápida velocidad de inmersión, lo que les convertía en la perfecta herramienta para las flotillas de entrenamiento.

En aquellos submarinos se respiraba una atmósfera cargada de mal olor que procedía de todas partes, de las sentinas, del aceite de las cocinas, de los motores. Incluso los olores corporales de alrededor de cincuenta hombres, eran capaces de enrarecer la atmósfera en aquellos sumergibles.

La camaradería entre los muchachos creció y se fue afirmando la confianza y amistad entre ellos. Hubert y Josef fueron conociendo a Werner Duwe, August Giltrop, Herman Rakow, Willi Krips, Werner Eichler y al flaco Fritz Bögner. Estaban además Egon Westphall, y Helmut Kollwitz, entre muchos otros.

Hubert recibió clases de idiomas. Debía entender a la perfección los mensajes que delataran los movimientos de las naves enemigas. Dichos contactos podían permitir guiar a otros submarinos al combate. También era de suma importancia detectar la posición de buques enemigos. Se encargaría además de enviar y recibir informes meteorológicos e informes requeridos por el cuartel general.

Durante el segundo mes de prácticas se produjo lo que todos los muchachos se temían, lo que tarde o temprano sabían que llegaría. Habían salido temprano para las primeras prácticas en inmersión en el U-5. Aquel viejo Tipo II renqueaba mientras se arrastraba fuera de la bahía de Neustadt, hacia alta mar. Pero cuando apenas habían avanzado unas pocas millas el comandante de la nave, el joven alférez de Navío Friedrich Wilhelm Bothe, de apenas 22 años, mandó detener la nave.

—¡Gente abajo! ¡Inmersión!

Los cuatro serviolas abandonaron el puente, desapareciendo por la escotilla. Se miraron unos a otros sin saber que ocurría, pues suponían que las prácticas se realizarían en alta mar. La inmersión comenzó con suavidad mientras el indicador del manómetro indicó los catorce metros.

Tras el paso del tiempo el silencio se apoderó de la nave, mientras se escuchaban leves crujidos en el exterior del sumergible.

—¡Diecinueve metros, Señor! —comunicó el Ingeniero jefe.

—¡Seguimos! —ordenó Bothe.

Otra vez se escuchó el ruido en el exterior, mezclado con otros más graves. Aquel

viejo sumergible sonaba como cuando un destartalado tranvía tomaba las curvas.

—¡Veintidós metros! —se comunicó nuevamente. El silencio era tal que se podían oír los latidos de los corazones, mezclados con las respiraciones y el rumor de los motores eléctricos de la nave. De pronto un ensordecedor ruido fue acompañado de un fuerte movimiento. El sargento 1.º August Giltrop fue lanzado al suelo, acompañado por un par de marineros más.

—¡Fondo, Señor! —volvió a comunicar el ingeniero jefe. El submarino había golpeado con la proa el fondo de la bahía, mientras se posaba en él con suavidad.

El comandante ordenó rebajar la luz en todo el barco.

—¡Caballeros! —dijo Bothe—. Les podría hablar de la historia de la Gran Alemania, de nuestros grandes héroes y reyes. De las sangrientas luchas que han sido necesarias a través del tiempo para conseguir su grandeza. Pero, sin embargo prefiero algo más cercano, conocerles.

Se trincaron varias mesas estrechas en el centro del pasillo. Mientras tanto en la pequeña cocina, el cocinero preparaba café, montones de tazas de café. Cuando las tazas estaban listas, los rancheros las recogían en la cocina y, pasando entre la gente, las repartían por todo el sumergible. Para hacer más difícil la maniobra llevaban en la otra mano diminutos vasos metálicos que contenían un pequeño trago de Goldwasser, un fuerte aguardiente que se producía desde el año 1598 en la comarca de Dánzig.

Los muchachos no lo podían creer, estaban a una impresionante profundidad, posados en el fondo de la bahía, y a aquel hombre no se le había ocurrido nada mejor que querer conversar. Llevaban tiempo con él. Les conocía a casi todos por el nombre, pero al parecer para aquel oficial no era suficiente. Bothe había recibido la Cruz de Hierro de segunda clase el año anterior, y era natural de Diemeringen, en Alsacia.

Delgado y de facciones finas, con una mirada noble. Observaba a sus hombres con aquellos hermosos ojos azules, que denotaban serenidad y una gran inteligencia.

De repente, el nerviosismo que se reflejaba en los rostros de algunos desapareció, como si de un embrujo se tratara. Los hombres tomaron asiento como pudieron y disfrutaron entre bromas y risas de aquel momento. Sasse y Duwe escuchaban a Bauriedl mientras este cantaba. Les sacaba una cabeza de altura a casi todos los presentes y en aquel cascarón eso era un problema. En el poco tiempo de prácticas que llevaban en aquellas naves ya había golpeado en casi todos lados con su cabezota. Por suerte su densa cabellera amortiguaba considerablemente los golpes.

La canción que comenzó Josef pronto se propagó a todo el sumergible, mientras los hombres brindaban y comían pequeños dulces enrollados en papel de seda.

... “Petroteros en el oeste
Y en el Atlántico Norte

Se encuentra el silencio de los mares

En una noche tranquila en la hora más oscura

La Kriegsmarine aparece

Por encima de la superficie parece tranquilo y calmado

En el fondo se esconde la manada de lobos

A su propia costa llegó la guerra mundial”...

Pasado el tiempo reglamentario en inmersión, que dependía de la duración de las baterías de los motores eléctricos, el U-5 volvió a la superficie. Los hombres abrieron la escotilla y un immaculado y fresco aire de mar entró por fin, limpiando el fuerte olor que dominaba el interior del sumergible. El comandante y la guardia salieron al exterior. Bothe respiró hondo, llenando sus pulmones del aire salado.

—Esto es lo más parecido a un viaje de placer en medio de la guerra que verán estos chicos. ¡Más no se puede pedir! —dijo Bothe.

Mientras volvían a puerto los hombres observaban a aquel oficial que había convertido un momento de tensión en algo cotidiano, consiguiendo desdibujar la seriedad del momento y transformándola en normalidad. Él sabía que, con casi total seguridad, muchos de aquellos jóvenes no volverían a ver a sus familias.

II

23 de agosto de 1941

Sobre una de las gradas del astillero de Wilhelmshaven, un U-Boot esperaba a ser botado junto a varios de sus compañeros. La antaño esquelética y herrumbrosa nave que meses atrás portaba el número de obra 138, era ahora un bello monstruo marino que esperaba pacientemente a ser lanzado al mar, mientras recibía impasible su nuevo nombre, U-755.

A lo lejos se escuchaban los sonidos propios de un puerto. En los andenes de descarga, algunas vagonetas tiradas por operarios iban y venían. Los trabajadores del astillero se movían apresuradamente, enfundados en gruesos pantalones de cuero, con los martillos a los costados, esperando la orden para separar los puntales laterales que mantenían la verticalidad del sumergible y después picar las retenidas dejando el barco libre para que se deslizase con su cuna móvil sobre su cama fija.

La nave mostraba sus primeros reflejos con la tenue luz de la nublada mañana. El brillo de su fuselaje recién pintado de gris, mostraba la perfección de sus líneas, con su inerte cuerpo hidrodinámico dispuesto a entrar en el mar. Varios operarios se disponían en sus puestos sobre su cubierta de proa, resbaladiza a causa del rocío. En el malecón que daba al puerto se había juntado una gran cantidad de personas:

operarios ataviados con monos sucios y grasientos, varios marineros, y un pequeño número de oficiales de las flotillas. Entre dichos oficiales se encontraba el alférez de navío Wálter Göing, que pronto tomaría el mando de la nave.

Göing llevaba el cabello muy corto, y su rostro, dominado por aquellos ojos azules, mostraba nobleza. El joven vestía de gala, con su gorra de plato. Estaba muy elegante, luciendo su chaqueta de lana azul oscuro con su emblema de la Kriegsmarine en hilo de oro. El cuello abierto con solapas y las dos hileras de cinco botones dorados. Llevaba además su daga, de cuya empuñadura colgaba un cordón trenzado de plata, del cual pendía una filigrana en forma de bellota.

Aquella espada había sido un regalo de su padre cuando comenzó los cursos para Oberleutnant zur See, en el año 34. Nacido allí mismo, en Wilhelmshaven, el 2 de agosto de 1914, tenía apenas 27 años. Había pasado su niñez en el pequeño astillero, que en aquella época estaba situado en una playa, donde los carpinteros de ribera construían aquellas preciosas goletas y bergantines. De adolescente llegó a interesarse por la ingeniería naval, hasta que un día vio entrar en el puerto uno de aquellos pequeños sumergibles de la Primera Gran Guerra. Desde entonces, el sueño de comandar una de aquellas naves fue la luz que guio su vida. Insultantemente joven, era desafiante y estaba preparado para comerse el mundo. Aquel joven no estaba dispuesto a andar por la vida con la cabeza gacha.

Göing había comenzado su carrera en febrero de 1941 como primer oficial del U-38, su primer destino, pero su estancia allí duró poco tiempo. Los primeros días de agosto era llamado para tomar posesión del U-755.

Tras las grandes grúas de celosía del astillero asomaba apenas el Sol cuando, a la orden de las autoridades, el buque fue descalzado a golpes de martillo. Hombres con palancas ayudaron al gran pez de acero a deslizarse. Toda la estructura sobre la que se asentaba el U-755 se conmovió, mientras el sumergible seguía su lenta carrera hacia las negras aguas del puerto. El U-Boot entró en el agua por su popa, que empezaba a hundirse, produciendo altas y blancas estelas de espuma. Pronto la popa desapareció bajo las oscuras aguas del puerto. Al fin, la velocidad de deslizamiento del gran sumergible se volvió endiablada y con un gran estrépito, la bestia entro en el agua, produciendo grandes columnas de vapor que dieron la impresión de que el agua alrededor del gran pez estuviera hirviendo. Inmediatamente su popa volvió a emerger con fuerza, produciendo una gran nube burbujeante.

Tras varios cabeceos que obligaron a los operarios de la cubierta del sumergible a sujetarse para no ser despedidos, la gran máquina de guerra se detuvo quedando en calma.

Los aplausos de los presentes rompieron la magia del momento mientras algunos oficiales felicitaban a las autoridades. El alférez Wálter Göing sonreía. No podía disimular su emoción al pensar en futuros tiempos de gloria, al mando de semejante prodigio de la ingeniería naval. Le esperaban varios meses de puesta a punto de la nave en la que él participaría codo con codo con los técnicos que acabarían de

acondicionar los sistemas interiores. Con esta práctica habitual se conseguía que el comandante conociera a la perfección cada rincón de su nave.

Mientras se preparaba la botadura del siguiente sumergible, pequeños remolcadores se acercaron suavemente al costado del U-755 para comenzar a acercarlo al muelle. La línea de agua oscura que se extendía entre el acero gris del sumergible y la pared manchada de aceite del muelle se hacía cada vez más estrecha. Allá, sobre el malecón, la gente comenzó a acercarse para ver mejor. El agua que rodeaba a la nave era casi negra, mezclada con grandes siluetas de aceite quemado, y tan espesa como él. Tras colocar una pasarela subieron varias autoridades. Entre los presentes lo hizo Wálter Göing, que impresionado, comentaba su primera impresión con otro oficial.

—¡Apenas se mueve! —comentó—. Su gran envergadura mejora su estabilidad.

Algunos oficiales invitaron a Göing a entrar en la nave. No se lo pensó dos veces.

—¡Tienes el mismo brillo en los ojos de mi hijo cuando le llevo un nuevo juguete! —dijo el oficial que le acompañaba. A lo que Wálter no pudo evitar sonreír.

III

11 de septiembre de 1941

En la estación del Norte, en Wilhelmshaven. Cientos de viajeros presurosos corrían de un lado a otro buscando el tren que debía llevarles a su destino. Otros intentaban comprar un boleto en alguna de las muchas ventanillas que estaban dispuestas alrededor de un edificio circular que dominaba el interior de la estación.

Hubert Sasse y los demás observaban desde las ventanillas del vagón, a lo lejos, la base naval junto al puerto. El sol comenzaba a salir acariciando con sus primeros rayos sobre la superficie del mar, dándole el aspecto sólido de un cristal. Parecía completamente llano, como si se pudiera andar sobre él sin hundirse.

Hubert y August Hiltrop habían aprovechado el viaje desde Neustadt para escribir a sus familias. Sasse añoraba a los suyos y no veía el momento de aprovechar un largo permiso para ver a la familia. En la estación, todas las dotaciones que llegaban a Wilhelmshaven fueron acomodados en lujosos ómnibuses. Los muchachos subieron a un precioso Mercedes-Benz O 3200, mientras una pequeña banda de la Kriegsmarine tocaba cualquier canción. El equipaje de los marinos fue acomodado en la parte trasera del vehículo.

De repente, como los mágicos momentos que acaecen sin esperarlo, sonó aquella canción, un tanto olvidada pero que en el fondo todos reconocían en la distancia y en el tiempo. Aquella música sonaba y de algún modo muy especial, algunos de los muchachos tuvieron la extraña sensación de que aquella melodía les recordaba a sus casas. Se extrañaron de casi, haberla olvidado. ¿Tanto tiempo hacia que habían salido

de sus hogares, para haber olvidado aquella canción?

Se quedaron absortos mientras el ómnibus abandonaba la estación, observando a la banda tocar, y a la gente que iba y venía en aquel gran espacio.

Hubert se fijaba sobre todo, en la gente de distintas edades y nacionalidades que poblaban aquella recóndita parada. Fue observándolos uno a uno, casi intentando adivinar lo que sus rostros expresaban. Por un instante intentó entender lo que decían sin ningún éxito, sin poder descubrir lo que aquellas miradas desprendían. De aquel modo, pensativos, llegaron a su remoto destino, apeándose y cargando con sus pesados sacos.

En la zona portuaria, el paisaje estaba dominado por los cráteres y los esparcidos restos del último bombardeo que yacían entre el caos de calles levantadas. Al fin el gran ómnibus no pudo avanzar más. Los últimos trescientos metros hasta lo edificios del puerto los hicieron a pie.

Fritz Bögner, el delgado mecánico de torpedos, llevaba el equipaje sobre el cuello. Caminaba encorvado, vencido por el peso de su saco, con la mirada pegada a la calle. Hubert observó a aquellos hombres caminando en una casi interminable hilera que se desdibujaba al final de la calle. Aquellas figuras, caminando una tras otra entre las ruinas de los locales y los bares que antes llenaban el lugar, semejaban reos que avanzaban pesadamente hacia su final.

Los hombres fueron acomodados en la Residencia de Submarinistas, en grandes edificios de adobe, cerca del puerto. El color rojo del enladrillado de la fachada contrastaba con el blanco intenso de la primera nevada, producida hacía unos días. Un poco pronto para la época en que estaban. En la parte delantera del edificio llamaban la atención redondas ventanas vidriadas. Parecían rosetones u ojos de buey, como los que se solían ver en cualquier iglesia.

Hubert y los demás se pararon un instante en la entrada de su alojamiento, donde un pequeño cartel de madera primorosamente tallado dejaba leer: U-755. Cada uno acomodó su equipaje junto a varias literas mientras algunos observaban el puerto desde las redondas ventanas. El paisaje estaba protagonizado por grandes acorazados, junto a los cuales se podían ver varios sumergibles abarloados entre sí, meciéndose al compás de las olas.

Al día siguiente los marinos desayunaron en un pequeño comedor que se usaba por turnos entre todas las dotaciones. Josef Bauriedl y August Giltrop se sentaron junto a Sasse y Duwe, a los que ofrecieron una caliente taza de café con canela. Aunque los cocineros servían lo que continuamente salía de la cocina, August cortó varias rebanadas de una hogaza de pan casero que había venido con el último paquete que le enviaron sus padres a Neustadt. Los jóvenes se sirvieron mermelada de ciruela que se encontraba repartida por las mesas en rechonchas tazas de barro.

Aquella fría mañana los marinos conocieron a su comandante. Wálter Göing llegó ataviado con la ropa de faena y se presentó a los muchachos. Les llevaba pocos años a la mayoría, sin embargo, mientras conversaba con ellos, y aunque ofrecía una

imagen de severidad, mostró ser muy educado.

Aquel rubio alférez de navío llevaba una chaqueta de trabajo de un tono gris con solapas y bolsillos. Aquellas prendas se confeccionaban en lana, y Göing, a pesar del frío de la mañana, la llevaba arremangada. Los hombres cruzaron la zona de evacuación del puerto, destinada al transporte terrestre, donde por el centro atravesaban unas pequeñas vías de acceso que comunicaban el muelle con los almacenes. Aquellas vías servían para la carga y descarga de mercancías de distintos tipos, especialmente de los pesqueros, aunque entonces se utilizaban para el transporte de las provisiones de los buques allí atracados.

Pronto se apareció ante ellos lo que les pareció, la nave más impresionante que habían visto nunca. El U-755 se mecía con suavidad amarrado al malecón, mientras junto a él un pequeño enjambre de operarios se afanaban en sus labores. Había hombres que, cargados con soldadores y herramientas, desaparecían por la escotilla de la torre. Por el mismo punto aparecían otros que salían de la nave cargados con cables mientras entrecerraban los ojos para protegerse del Sol que comenzaba a asomar a lo lejos, en el horizonte. El cielo se presentaba como un lejano incendio amarillento, mientras las nubes parecían vestirse de azufre.

Una modesta pasarela de madera servía de paso entre el sumergible y el malecón. Entonces, sin esperarlo, la cubierta se conmovió y un sordo gorgoteo aumentó de intensidad, acabando por convertir su ritmo en un monótono rumor; en el interior de la nave los motores diésel entraron en funcionamiento. A popa del U-Boot, el mar hervía, lo que le daba al agua el aspecto de una burbujeante superficie blancoverdosa, contrastando con el tono sucio y gris del agua del puerto.

Los hombres seguían allí, como hipnotizados. Nadie hablaba, mientras observaban desde el muelle aquel prodigio de la técnica que sería su casa desde aquel día en adelante, pues para ello se habían preparado. Durante las próximas dos semanas la tripulación participaría en las últimas fases de la construcción y puesta a punto de la nave. De este modo conocerían casi cada pieza que formaba parte del interior del sumergible.

—¡Síganme señores! —ordenó Göing—. Cada uno ya sabe su cometido.

Los hombres cruzaron por la pasarela, pisando por primera vez la cubierta de aquel mastodonte. En aquel momento, del interior del sumergible apareció Heinz Blischke, que tras los saludos de rigor se presentó a los hombres. Aquel rubio y sonriente joven había nacido en Schwiebus, en la baja Silesia. Había comenzado su carrera en la Kriegsmarine en 1938, con apenas 19 años y sería el flamante Leutnant zur See, del U-755. Su principal responsabilidad sería la dotación de guardia en cubierta, así como las armas antiaéreas y el cañón 8.8. También supervisaría la dotación de la sala de radio. A Hubert le cayó bien enseguida.

—Por aquí señores, mantengan la cabeza baja y síganme —dijo el primer oficial Blischke.

Todos bajaron la escalerilla, agachándose para pasar a través de las escotillas

estancas del centro de mando. Cruzaron otra puerta y penetraron en la nave.

Paredes metálicas y cables que se extendían por el suelo como infinitas serpientes. Varios sopletes despedían cascadas de chispas en las manos de un grupo de operarios, dando al interior del sumergible el aspecto de un mundo fantástico de luces y sombras. Pasaron una puerta estanca entrando en un corredor iluminado por lámparas de luz tenue.

Varios Mechanikerobergefreiter, entre los que se encontraban Josef Bauriedl y Fritz Bögner, siguieron a varios peritos y al Fähnrich Zur See Bernhard Adeneuer al interior del sumergible. Se encargarían en los próximos días de terminar el montaje y puesta a punto de las cámaras de torpedos.

Allí conocieron al Stabsobermachinist Helmut Pempe, al Obergefreiter Walter Klima, al Matrosengefreiter Ernst Oertl, y al Leutnant Dietrich Krebs, veteranos reasignados desde otros buques para reforzar la dotación. Un oficial llevó a los Oberfunkmaat Hubert Sasse, Helmut Kollwitz y Werner Eichler hasta la sala de radio, un espacio pequeño y gris, más parecido a la celda de una cárcel que a otra cosa. Entraron en aquella estrecha sala, de techo bajo y atestada de instrumentos. En la penumbra poblada de sombras, varios técnicos se afanaban frente a extraños aparatos que Sasse no había visto nunca. El marino oyó el siseo y el crepitar entrecortado de las comunicaciones de prueba de radio. Débiles fragmentos de palabras que no acertaba a discernir.

Hubert y Werner escuchaban atentamente las indicaciones del ingeniero de radio, quedando maravillados ante la visión que se abría ante ellos. Las reducidas salas de radio de los pequeños sumergibles de adiestramiento Tipo II como el U-5, no se podían comparar con aquello. Pasaron el día embelesados con todos los adelantos de que dispondrían. La sonrisa no parecía tener intención de desaparecer de su rostro. Intentaron absorber la máxima cantidad de conocimientos posible, mientras escuchaban las explicaciones de los técnicos. Diez días después, antes de lo previsto, el U-755 estaba preparado para la partida hacia Kiel.

IV

26 de septiembre de 1941

Los minimalistas pigmentos del otoño saludaban al nuevo día como una delicada lira, meciendo sus colores sobre la superficie del puerto. La dotación del U-755 abandonó la Residencia de Submarinistas con las primeras luces del amanecer del 26 de septiembre, tras un café rápido y unas tostadas con mantequilla, casi sin tostar. Todo eran prisas en aquella mañana fría de otoño en que partían hacia Kiel.

La niebla correteaba por el puerto, difuminando las líneas y contornos de los barcos atracados, y a pesar de las prisas, los jóvenes no pudieron resistirse a observar

una vez más aquel paisaje. El muelle parecía estar sumergido en una espesa neblina. Dándole el aspecto del lugar ideal para esconderse, o para olvidarse del mundo; el lugar propicio para encubrir las culpas.

Los hombres llegaron al malecón donde les esperaba el U-755. Uno tras otro, los cuarenta y nueve tripulantes de la nave subieron arrastrando sus sacos hasta la cubierta del buque. En Kiel el sumergible tendría que superar dos fases de diferentes pruebas antes de que fuera considerado apto para ser destinado al frente.

—Nuestra nave —dijo Wálter Göing.

El comandante, allí de pie, observaba la torre desde proa, mientras los oficiales se introducían por la escotilla de un salto; casi sin tocar la escalerilla. Cuando un hombre llegaba abajo se preparaba a recibir su petate que bajaba volando desde arriba. Unos minutos después la nave estaba lista para zarpar mientras parte de la marinería acomodaba los víveres frescos, que debían ser consumidos los primeros días. Del techo de la cámara de torpedos colgaban grandes bolsas de provisiones que obligaban al personal a inclinar la cabeza al pasar por allí. Parte de las provisiones se llevaron a la cocina, que aún no había sido ordenada.

Hubert, se dirigió a iniciar su turno en la sala de radio, mientras por el interior del buque se daban un sinfín de órdenes. Un suave ronroneo se adueñó de las tripas de la nave, indicando la puesta en marcha de uno de los motores diésel. La máquina comenzó a impulsar al sumergible, mientras los primeros balanceos dieron a entender que se estaban separando del malecón del puerto, al tiempo que el primer oficial Blischke tocaba su silbato para soltar amarras.

Avanzaban trabajosamente hacia adelante, metro a metro. Las amarras de proa y de popa fueron aflojadas por los soldados del malecón, mientras desde el U-Boot los hombres de cubierta las recogían con rapidez. Durante las difíciles maniobras iniciales el comandante daba las órdenes para las máquinas y el timón con el cuerpo peligrosamente asomado sobre la barandilla del puente, lo cual le permitía ver toda la extensión de la nave, desde proa hasta popa.

El U-755 estaba por fin en el centro del puerto enfilando su pesado y afilado cuerpo hacia mar abierto. Tres pequeños barcos de avanzada les acompañaron hasta la bocana de salida. Ante ellos se encontraba la deshabitada isla de Mellum, al sureste de Wangerooge. Pronto vieron pasar la isla a babor de la nave.

Tras 17 millas de navegación apareció Scharhörn, un gran islote también deshabitado, junto a la desembocadura del río Elba, a unos 15 kilómetros al noroeste de Cuxhaven. El islote se encontraba en un gran banco de arena junto a la isla artificial de Nigehörn. Aunque pasar cerca de Scharhörn era generalmente seguro, la isla se enfrentaba en la época de lluvias a la pérdida permanente de tierra en el lado oeste debido a las inundaciones producidas en el río Elba, las cuáles cambiaban gradualmente el banco de arena hacia el este. El U-755 comenzó a dejar la isla a babor, mientras a estribor se divisaban las costas de Sahlemburgo. Más adelante se divisaba el Fuerte Kugelbake, la fortaleza naval de Cuxhaven, en el último fragmento

de tierra en la desembocadura del Elba. El sumergible viajaría hasta Kiel a través del Kaiser Wilhelm Kanal. El canal de Kiel era un largo río artificial de 98 kilómetros de longitud con una anchura de 45 metros y una profundidad de 14 que comunicaba el mar Báltico, en Kiel Holtenau, con el mar del Norte, en Brunsbüttel, atravesando el estado federado de Schleswig Holstein.

Ante la nave aparecieron las compuertas del canal, en Brunsbüttel, cuando el oficial de guardia Heinz Blischke corrigió el goniómetro. Después colocó el aparato en su lugar, y se inclinó sobre él para tomar los datos.

El oficial observó con atención, leyó los valores y los dio a conocer abajo.

—La última marcación de tierra, Señor —dijo además.

—¡Guardia de mar, arriba! —ordenó Göing.

Inmediatamente dos oficiales de cubierta subieron al puente junto a él, colocándose en sus puestos de observación. Aunque el sumergible se desplazara a baja velocidad, no se podía cometer ningún error en el rumbo, lo que les podría llevar a embarrancar en algún banco de arena de las orillas. La mayoría de la tripulación conocía la historia del U-57 al mando de Erich Topp. Al sobrepasar las esclusas allí mismo, el día 25 de octubre del año anterior, el sumergible fue embestido por el buque noruego Rona, que lo envió al fondo en menos de un minuto. La mayoría de los hombres consiguieron escapar, saltando a la cubierta del buque noruego desde la misma torreta del sumergible. Seis hombres murieron, sobreviviendo diecinueve.

Ya habían atravesado la compuerta del canal cuando Wálter Göing dio la orden.

—¡Siete nudos a las doce!

—¡Siete nudos, señor! —contestó el jefe de máquinas Günter Semmler, colocando el telégrafo de la sala central en posición.

Entonces sopló por el tubo acústico que comunicaba con la sala de motores, esperando contestación.

—¡Siete nudos, avante toda! —ordenó al oír la voz del mecánico jefe.

Despacio y con suavidad el mecánico soltó el seguro y fue bajando la palanca de aceleración del motor de babor de 1.400 cv, subiendo las revoluciones hasta cerca de las 180 rpm. Impulsado por su motores diésel el U-755 enfiló su proa hacia el interior del canal de Kiel. Los hombres a bordo tenían la impresión de que el submarino no flotaba sobre el agua sino que planeaba sobre ella con suavidad.

El rumor que se escuchaba en el interior del submarino no tenía nada que ver con el traqueteo de los pequeños sumergibles de adiestramiento. El acabado en el interior de aquella nave era sublime. Todo estaba calculado para aprovechar cualquier rincón, y el más mínimo recodo era ocupado por algún saco de provisiones.

A las 11:00, Hubert acababa su guardia por lo que decidió subir un momento al puente. No había visto la luz del día desde que zarparon de Wilhelmshaven. El segundo oficial Christians Rudolf acababa de empezar su guardia en cubierta. Los cuatro serviolas vigilaban las orillas del canal con atención.

Tras una travesía de tres horas sin incidentes, salvo alguna gran barcaza que

esperaba peligrosamente al último momento para apartarse del curso del sumergible, el U-755 llegaba dócilmente hasta las compuertas de la esclusa de Kiel Holtenauer, en el mar Báltico. A babor, pequeñas barcas de pesca se amontonaban ordenadas boca abajo en la orilla del canal, semejando pequeñas ballenas varadas en una playa.

Kiel era la capital del estado federal alemán de Schleswig Holstein, el más septentrional de Alemania. Se encontraba a orillas del mar Báltico y era una de las principales bases navales alemanas desde la década de 1860. Gracias a las características de su emplazamiento en un fiordo sin mareas, desarrollaba una actividad industrial que, además de la pesca, se centraba en los astilleros y el mantenimiento de los buques. Pero el reconocimiento a la ciudad llegó desde que se celebraron allí las olimpiadas de vela de 1936.

El sumergible comenzó a navegar en aguas del Báltico, internándose en la bahía de Kiel. Parte de la tripulación formaba en la cubierta, detrás de la torre. Eran casi todos jóvenes. La mayoría entre los dieciocho y veinte años. Solamente los sargentos y suboficiales eran un poco mayores, apenas unos años más.

9 de septiembre de 1941

I

Era muy temprano, de madrugada, cuando Hubert se levantó. Faltaba casi una hora para que tocaran diana en la residencia de Submarinistas de la base de Kiel. Un oficial entraría en los grandes dormitorios golpeando con una fusta los respaldos de las camas mientras, con toda probabilidad gritaría algún improperio que seguramente haría mención a sus madres.

La luz de una gran farola de la calle llegaba a la habitación donde él y toda la dotación del U-755 dormían plácidamente, algunos. Su cama era la última de la larga hilera, en el rincón junto a la ventana, donde el resplandor de aquella farola le daba de lleno.

—¡Mañana le tiro una piedra! —dijo en voz baja.

Estaba sentado en la cama con los pies desnudos sobre el frío piso de aquella habitación extraña. Las paredes eran de ladrillo rojo, sin enlucir. La luz de la farola proyectaba sobre aquellas paredes, largas sombras que las dotaban de una textura fantasmal, grotesca. Ernst Oertl dormía a su lado, con todo su corpachón tendido en aquella pequeña cama de la que le sobresalían los grandes pies bajo la colcha. Apretaba la almohada con sus largos brazos, como queriendo impedir que se la quitaran. El siguiente de la fila era Josef Bauriedl, y tras él podía entrever en la penumbra a August Giltrop y más allá a Helmut Kollwitz y a Werner Duwe.

Sus rostros, cubiertos por las sombras, eran bastante visibles gracias a la luz de la puñetera farola. Hubert les observó un momento mientras dormían. No pudo evitar esbozar una sonrisa al fijar nuevamente la atención en Oertl, con sus pies sobresaliendo de la diminuta cama. Supuso que aquellos jóvenes eran lo más parecido a una familia que vería en los próximos años.

Observó la calle frente a la residencia mientras se vestía. Varios árboles junto a la acera se mecían al compás de la brisa nocturna. Con el tiempo había nacido en él una fortaleza que le había permitido sobrevivir dominando aquella nostalgia que le embargaba lejos de su casa.

La guardia del turno de noche le saludó mientras el oficial de radio bajaba en silencio las escaleras del edificio, hasta llegar a la salida que daba a la calle, abrigado con su chaqueta reglamentaria de lana, echada sobre los hombros.

A la derecha de la entrada, entre las sombras, logró reconocer a Wálter Göing sentado en un banco de piedra. Su espalda apoyada en la pared. Jugeteaba con las

hojas caídas de los robles que coronaban las aceras.

—¿Qué, Sasse, usted tampoco puede dormir? —preguntó el alférez de navío.

—La luz de esa maldita farola la ha tomado conmigo, señor —contestó Sasse.

—¿Está seguro de que la única culpable es la farola?, ¿no piensa en los suyos Sasse?

—Por supuesto señor, todos los días, y en cómo acabará todo esto —dijo Hubert—. ¿Qué cree que ocurrirá?

—¿Con la guerra?, quién sabe —respondió Göing—. Nosotros solo podemos hacer aquello para lo que nos han preparado, defender a los nuestros. Göing observó al joven sentado a su lado, tan lleno de dudas como él mismo.

—¿Ve esos árboles Sasse? Pues esos árboles son Alemania.

El comandante del U-755 comenzó a hablar mientras removía las hojas marchitas bajo sus pies. Le contó una historia que le relataba su padre cuando era niño. La historia de un antiguo y venerado roble. El roble de Thor era un antiguo árbol sagrado para la tribu germánica de los Chatti, ancestros de los habitantes de Hesse, y uno de los más importantes centros sagrados de los paganos germánicos. Se encontraba ubicado en el poblado de Geismar y era el punto principal de veneración de Thor, al cual las tribus germanas occidentales conocían como Donar. Su tala en el año 723 marcó el comienzo de la cristianización de las tribus no francas del norte de Alemania, y el principio de la desaparición de su señal de identidad como pueblo.

Cuando quisieron darse cuenta, los dos marinos advirtieron que los tripulantes de los U-Boots comenzaban a movilizarse en el interior de la residencia. Señal inequívoca de que ya habría un buen café bien cargado para entrar en calor, y el día sería duro, casi con total seguridad.

Tras el desayuno los hombres salieron de la residencia en dirección al puerto. La fría noche estaba dando paso al tenue Sol, que comenzaba a asomar tras la línea del mar, tiñendo de un tono sonrosado la superficie de la bahía.

Cientos de gaviotas planeaban ruidosamente sobre el puerto mientras el U-755 se dirigía a las instalaciones del muelle de presión para realizar las pruebas de homologación para una profundidad de 100 metros. Tras realizar las pruebas, salió al mar Báltico junto a otros sumergibles y con varios agregados entre la tripulación. Cinco técnicos pertenecientes a la Unterseebootsabnahmekommando (UAK) acompañaban a Wálter Göing en la sala de mando del sumergible. Ellos se encargarían de evaluar la capacidad de la tripulación y del navío. Durante las tres próximas semanas se realizarían un sinnúmero de pruebas de inmersión, navegación silenciosa, y examen de toda la maquinaria y equipamiento de a bordo.

El jefe de dicho grupo de era el capitán de corbeta Erwin Sachs, que dirigía el Grupo I de la UAK en Kiel desde febrero del año pasado. Sachs fue comandante del U-21 en el año 37. Era de los pocos comandantes que podían vanagloriarse de no

haber perdido nunca a ningún hombre bajo su mando.

El Sol despuntaba en el horizonte cuando se divisó la costa norte de la isla de Fegmarn, donde en 1932 el buque escuela Niobe de la marina de guerra alemana se hundió durante una tormenta, con la pérdida de 69 vidas. Desde la cubierta del U-755 se arrojaron flores al mar mientras Göing leyó una dedicatoria. A media mañana regresaron a las proximidades de Flensburg, la ciudad más septentrional del país para la realización de varios ejercicios. Flensburg se encontraba en el extremo más interior del fiordo del mismo nombre, en la frontera entre Alemania y Dinamarca.

Habían recorrido apenas cinco millas cuando el comandante ordenó.

—¡Catorce nudos a las once!

—¡Catorce nudos, señor! —respondió el jefe de máquinas Helmut Pempe, mientras lo comunicaba a la sala de máquinas.

Con suavidad el mecánico jefe aumentó la potencia de los dos motores diésel, subiendo las revoluciones hasta cerca de la 390 rpm. Los balancines situados en la parte superior de las culatas comenzaron a subir y bajar con un endiablado frenesí, aumentando considerablemente el ruido en aquella reducida sala. Los motores estaban lejos aún de la máxima potencia que podían suministrar, la cual les permitía llegar cerca de los 18 nudos.

Impulsado por semejante potencia el U-755 enfiló su proa, cabeceando hacia la bahía de Kiel. El ronroneo de los diésel había dejado de ser monótono, agravándose cuando los escapes, situados a los lados del submarino, eran cubiertos por el agua, y agudizándose cuando los gases podían salir libremente.

Durante parte de la mañana el sumergible llegó a navegar en superficie a la máxima velocidad que podían desarrollar sus motores. Erwin Sachs tomaba notas en una carpeta con las tapas de cuero negro, mientras paseaba por el interior de la nave.

Hacia las 12:00 se encontraban frente a las costas de Bockholm, en el interior del fiordo de Flensburg. Hubert acababa de entrar de guardia cuando Wálter Göing ordenó para las 12:30 una inmersión de prueba; la nave se sumergiría por primera vez. Corrió la voz a lo largo del sumergible hasta llegar a algunos marinos y oficiales que estaban en su periodo de descanso. Todos se levantaron de sus literas, vistiéndose con prisa. Nadie se quería perder la primera inmersión del U-755.

La maniobra comenzó con la orden para despejar el puente; la batería antiaérea se guardó en su estuche en la torre. Solo tres vigías y el oficial de guardia permanecían todavía en el puente. Se oyeron órdenes y ensordecedores timbres por toda la nave. A popa, se colocó el telégrafo en posición de STOP; los motores diésel pararon y desacoplaron su eje intermedio con los eléctricos. Al poco tiempo, tras colocar el telémetro en E-MASCHINEN, comenzaron a funcionar las máquinas eléctricas, cerrándose inmediatamente los tubos de escape que comunicaban los diésel con el exterior.

Desde el habitáculo de las diésel, el jefe mecánico Manfred Brumme informó de que todo estaba preparado para la inmersión. También a proa se dio la señal de todo listo a la central, mientras tanto, la guardia se apresuró a abandonar el puente.

El oficial de guardia, el último en bajar, era quien se encarga de cerrar la escotilla de acceso a la torre, girando tras él una manivela de presión.

—¡Prepararse para dejar salir el aire! —ordenó el ingeniero.

Los encargados de las celdas de inmersión informaron de su situación sucediéndose rápidamente.

—¡Uno!

—¡Tres! ¡Cinco! ¡Cinco cámaras listas para la inmersión!

El aire, antes prisionero en las celdas que sustentaban al sumergible, comenzó a salir por las válvulas de escape con un estruendo ensordecedor. Los timones de profundidad comenzaron a cumplir con su función. Entonces la nave comenzó a inclinarse de proa y el indicador de profundidad comenzó a indicar cifras. Todo el cuerpo principal del buque estaba ya bajo el agua, mientras un último golpe del oleaje rompió contra la torre, ruidosamente. A partir de aquel instante solo se escuchó el rumor del agua del mar. El puente estaba ya bajo la superficie, mientras la oscuridad del Báltico envolvió a la nave. El silencio era agobiante, no se oía el batir de las olas, solo el murmullo monótono de los motores. La radio de Hubert enmudeció, dejando escuchar solamente un monótono siseo donde las ondas radiofónicas no llegaban. Ni siquiera los ventiladores de aire se escuchaban ya.

—¡Veinte metros, Señor! —comunicó el Ingeniero Christians Rudolf.

—¡Seguimos! —ordenó Göing.

Apenas se escuchaban leves ruidos en el exterior, mezclados con otros más graves.

—¡Cuarenta metros! —se comunicó nuevamente.

La profundidad cambiaba mientras el indicador señalaba los cincuenta metros para, tras una pausa eterna, llegar a los sesenta. En el rostro de los ingenieros se podía leer su preocupación por cada ruido, por cada nuevo rumor. Desde sus frentes las gotas de sudor resbalaban hasta la barbilla, para con el tiempo, acabar chocando contra el suelo.

El indicador del manómetro se acercó a los ochenta, pero su movimiento era cada vez más lento. Por fin, cerca de los ochenta y cinco metros, la nave se detuvo.

Rompió el silencio un aplauso que comenzó entre los oficiales y se propagó a toda la nave. Todos los hombres se felicitaban, palmeándose la espalda entre sí. Se invirtieron en aquella maniobra apenas cuatro minutos, pero que a los hombres les parecieron eternos, como si el tiempo se hubiera ralentizado, casi detenido. Pasó un momento en que se intercambiaron opiniones entre oficiales, entonces, a las órdenes del comandante, se movilizó al personal y pronto la nave volvió a elevarse hacia la superficie.

—¡Prepararse la guardia de puente! ¡Encender las diésel! —se oyó la voz del

comandante.

Los vigías volvieron a colocarse los chaquetones impermeables de cuero tratado color gris pálido, tan apreciado entre el personal de cubierta, y se agruparon ante la escotilla de salida.

El combustible comenzó a ser bombeado hacia los diésel.

—¡Emerger! —ordenó Göing.

El ingeniero Rudolf ordenó abrir el aire. Un siseo agudo indicó la entrada del aire en las cámaras.

—¡Igualar presiones!

Se abrió la escotilla por donde la guardia del puente desapareció como una exhalación; no sin antes recibir una gran manga de agua proveniente de la torre. Una corriente de aire puro invadió el sumergible. Los ventiladores comenzaron a absorber el aire viciado, cambiándolo por aire nuevo y limpio.

A las 20:00, Hubert acabó su segunda guardia y decidió subir un momento a la torre, pues no había visto la luz del sol desde que zarparon de Kiel. Para su asombro, comprobó que ya casi era de noche. En el interior de la nave se podía perder fácilmente la noción del tiempo. Heinz Blischke acababa de empezar su guardia en cubierta.

Los cuatro serviolas oteaban el horizonte, ensimismados y en un total silencio. El mar, de un color verde oscuro junto al barco, se oscurecía a lo lejos hasta volverse casi negro. El aire era húmedo y el cielo había terminado por cubrirse.

Apenas quedaban unos minutos de luz, cuando por la escotilla apareció un tipo rubio, con el cabello ensortijado.

August Giltrop llevaba siempre la sonrisa en la boca. Tras él apareció Werner Duwe. Los dos se colocaron apretujados junto a Hubert en la estrecha torre, mientras Giltrop sacaba del bolsillo de su chaqueta una cajetilla de cigarrillos Sorte I y ofrecía uno a Duwe. August comentó que las principales ciudades alemanas habían comenzado a aplicar la prohibición de fumar en los transportes públicos aquel mismo año. Mientras Giltrop charlaba con Sasse el viento se llevaba lejos el humo del cigarrillo, desapareciendo en la oscuridad de la noche que llegaba a ellos desde el lóbrego horizonte. Tras un paréntesis de agradable conversación Giltrop tiró la colilla al mar, y los tres jóvenes regresaron a las entrañas del gran pez.

Hubert comió la comida de la tarde mientras la tercera guardia de puente entraba de servició. En todo el sumergible se bajaron las luces, pues a las 21:00 se ordenaba silencio general para dormir. El oficial de radio se dejó caer en la litera que acababa de abandonar uno de los compañeros que se dirigían a sus puestos. Se acostó colocando un pequeño almohadón bajo su cabeza, mientras releía una carta a medio escribir. Una vez terminada, pensaba enviarla a casa, en cuanto desembarcaran en Kiel.

Tras escribir varios párrafos durante unos minutos, su mirada se perdió en lo alto. Sobre él, el techo se apareció dominado por grandes lámparas rectangulares y tubos que iban y venían a lo largo del buque. Sobre aquellos conductos se adivinaban las cuadernas del casco interior del sumergible, semejando las costillas de la gran ballena de la que Pinocho y el carpintero Geppetto escaparon. Hubert recordó aquella historia que su madre le contó por primera vez siendo pequeño. Algunas noches entraba en su habitación, se sentaba en su cama o en la de Hermann y comenzaba algún cuento.

Finalmente, Pinocho dejó de ser una marioneta y se convirtió en un niño. En aquellas horas de relativa soledad, el marino se dejó embargar por la melancolía, y en el aislamiento de su litera recordó a todos los que sufrían por él en Affeln. En aquel momento se dejó inundar por el dolor y cubriéndose el rostro con las manos, dejó escapar un suspiro de resignación. Sasse abrió uno de los armarios para objetos personales que había junto a las literas, depositando la inconclusa carta en una pequeña caja de madera donde guardaba varias más y, cerrando los ojos, cayó rendido, vencido por el vacilante rugir de los motores.

Eran las 23:40 cuando Hubert se levanto de un salto de su litera, sorteando la pequeña barandilla. Entraba de guardia en veinte minutos por lo que aún tenía un poco de tiempo. Abrió el armario donde la noche anterior había depositado sus cosas, sacando de allí una pequeña bolsa de papel que contenía varios Krapfen que le enviaron sus padres durante su estancia en Neustadt. Aquellos pequeños buñuelos redondos los hacía su madre a mano. Su masa se elaboraba con harina de trigo, manteca y huevos.

Cruzó el pasillo hasta llegar a la escotilla de la sala de mando, y agachando la cabeza pasó a través de ella. Allí Erwin Sachs y su equipo conversaban con Wálter Göing mientras seguían evaluando y tomando notas. Hubert cruzó la segunda escotilla hasta la sala de radio llevando uno de aquellos buñuelos en la mano, al tiempo que daba buena cuenta de otro.

Hacia las 00:00 la guardia de puente que terminaba su guardia bajó por la escalerilla, tras haber dejado paso a la guardia entrante. El U-755 avanzaba de vuelta a Kiel. A estribor de la nave, pequeñas luces titilaban en la lejanía, como pequeños luceros que guiaban a los marinos en su viaje. Los oficiales de guardia se sujetaban con sus nudosas manos a las barandillas del puente, mirando aquellas luces a lo lejos, en alguna remota bahía, mientras el mar lamía los costados de la nave bajo sus botas impermeables de caucho. La proa arrancaba sin descanso blancas crestas a las olas. Muy a lo lejos, gigantescos cumulonimbos en forma de yunque dejaban escapar bajo su aplastada y lisa base, descargas eléctricas que parecían llegar a tocar la superficie del mar.

II

Varios pescadores lanzaban sus cañas desde una larga pasarela que se internaba varios metros en el mar. La tarima de madera se elevaba un par de metros sobre la superficie del agua, en la pequeña playa de Wasserleben, junto a la escollera que delimitaba el puerto de Flensburg. Rechonchas gaviotas tridáctilas sobrevolaban al U-755 mientras abandonaba el puerto más interior del fiordo. El sumergible había repostado combustible y se hizo nuevamente a la mar, mientras atraía a multitud de aquellas aves de blanco plumaje.

El U-Boot llevaba desde finales de septiembre realizando ejercicios en aquel resguardado fiordo, ya que la zona donde se solían realizar las pruebas, en la bahía de Kiel, estaba atestada de naves realizando pruebas. El sumergible llevaba su primera carga de torpedos para las pruebas de tiro en inmersión. En Kiel se cargaron 15 torpedos por sus escotillas de carga a proa y popa, tarea nada fácil teniendo en cuenta que medían 7 metros y pesaban tonelada y media. El U-755 llevaba cuatro tubos lanzatorpedos a proa y uno a popa. Cinco torpedos viajaban metidos en sus respectivos tubos, mientras los demás se almacenaban bajo de las literas y sobre estas. En el pasillo central, entre los dormitorios de suboficiales y la sala de motores, un par de aquellos grandes torpedos colgaban del techo, sujetos a sus anclajes. Se realizaron varias prácticas de tiro contra blancos flotantes arrastrados por buques de la Kriegsmarine. Cada vez que se disparaban varios torpedos se procedía a volver a cargar rápidamente los tubos.

—¡Veinte minutos! —anotó Erwin Sachs en su carpeta.

Las maniobras de carga de los tubos lanzatorpedos se repetían una y otra vez, hasta el total desfallecimiento del personal.

—Tubo tres, ¡fuego! —ordenó Göing. Sonó un timbre en la cámara de torpedos y, con un suave zumbido, el torpedo era lanzado fuera del U-Boot. Segundos después el sumergible detenía durante un suspiro su marcha avante con un estremecimiento.

—El torpedo sigue su carrera —comunicó el hidrofonista.

Con el cronómetro en la mano, Erwin Sachs contaba el tiempo de carrera del torpedo.

—Un minuto.

El torpedo seguía su curso hacia el blanco.

—Dos minutos —dijo Sachs.

—¡¡Blanco!! ¡¡Blanco!!

La sonrisa en el rostro de Wálter Göing dio a entender su satisfacción.

Además de las prácticas de tiro se seguía un programa de mantenimiento de torpedos. Bajo la supervisión de Sachs cada cuatro días se sacaban los torpedos que quedaran en sus tubos para una revisión. Josef Bauriedl, Fritz Orf y el resto del

personal de torpedos estaban tan implicados en su trabajo que, por norma, no comían ni dormían con el resto de suboficiales, haciéndolo en la sala de torpedos. Podían pasar días sin que Hubert viera a su amigo, a no ser que pasara por la sala de torpedos durante algún rato libre. En una visita, Hubert le comentó a Bauriedl que no creía que un hombre pudiera acumular tal cantidad de grasa repartida entre las manos y su mono de trabajo. La respuesta de Josef fue lanzarle el trapo más sucio que tuvo a mano. Finalizado el periodo de pruebas del UAK, el U-755 se internó en Kiel, dando varios días de permiso a la tripulación.

III

La pequeña taberna junto al puerto bullía de actividad. Viejos marineros y pescadores de frondosas barbas tomaban cerveza en grandes jarras, charlando y riendo. Del sucio ventanal del bar pendían unas cortinillas a cuadros, a través de las cuales se podía ver el puerto.

En una de las paredes, el cráneo de un gran pez espada dominaba el local, con su largo y aplanado pico. En la pared de enfrente colgaban varias fotos de antiguos buques de pesca, junto a algunos aparejos. Y aquel olor..., el inconfundible olor a pescado, a cerveza y a historias fantásticas. La mayor parte de los clientes eran hombres de mar, de aspecto fornido y voces roncas. Sobre ellos flotaba una densa nube de humo.

Uno de los marinos tenía una pierna amputada a la altura de la rodilla, y con el brazo del mismo lado se apoyaba en una alta muleta que manejaba con habilidad, dando pequeños saltos, cortos y seguidos. Era muy alto y delgado, con una cara ancha y pálida. Tenía el pelo blanco y recogido en una larga trenza. Llevaba una antigua y raída gorra de la Kriegsmarine y de su barba pendían dos aretes de metal que tintineaban al chocar entre sí con cada movimiento de cabeza, mientras mantenía el equilibrio con su muleta. Fumaba en una gran pipa del tipo Churchwarden de largo caño, mientras con la otra mano levantó la jarra para brindar a la salud de los jóvenes militares que conversaban en una pequeña mesa del local.

Bauriedl y los demás levantaron también sus jarras, devolviendo el saludo al viejo marino. Werner Duwe aprovechó el momento para brindar por la tripulación del U-755, a lo que todos asintieron entrechocando sus grandes jarras.

—¡¡Otra ronda, camarero!! —gritó Ernst Oertl, mostrando su jarra vacía. Los jóvenes comentaban entre risas los últimos acontecimientos vividos con el Grupo I de la UAK durante las últimas maniobras.

Los tripulantes del U-Boot discutían acaloradamente sobre lo riguroso que había sido con ellos Erwin Sachs. Hubert no hablaba, como si estuviera en otro lugar, observaba ensimismado como el marino cojo cargaba su elegante pipa. Aquel

anciano metía pequeños pellizcos de hebras de tabaco en la cazoleta, y con el pulgar iba apretando cada vez más hasta terminar de cargar la pipa. Con una cerilla la encendió, y el aroma impregnó el ambiente de aquel pequeño local del puerto de pescadores de Kiel. Aquella visión le recordó a su padre Josef Bauriedl se quedó mirando a Sasse, al que tenía en gran estima. Allí estaba, callado, siempre atento, escuchando a los demás. Aunque a veces hablaba, lo hacía solo lo justo y cuando lo creía necesario. Bauriedl lo veía algo inquieto y, dando un giro a la conversación, se dirigió a él.

—¿Qué, Sasse, vas a compartir con nosotros lo que te ronda por esa cabezota?

—¿Cómo? —contestó Sasse sorprendido.

—Nada, cosas mías.

—Esta noche he dormido poco. Recordaba los momentos que hemos vivido estos últimos meses.

Todos recordaron al U-501, al mando del capitán de Corbeta Hugo Förster, perdido hacía pocas semanas, el 10 del pasado septiembre. También se acordaron del U-207, al mando de Fritz Meyer, perdido el 11 de aquel mismo mes.

Los jóvenes abandonaron la pequeña taberna y se adentraron en una de las típicas calles del casco viejo de Kiel, tan llenas de sabor, a las que solo les faltaba un techo para convertirse en cloaca. Las fachadas de varios locales junto a una librería de la calle se mostraban ennegrecidas.

Un pequeño riachuelo bajaba por el centro de aquel callejón. Por supuesto, el extraño color de aquel líquido no invitaba a querer adivinar su naturaleza. En aquellos años terribles, cayeron sobre la ciudad varios bombardeos efectuados por la aviación británica, poblando la ciudad de cascotes y edificios derruidos.

La gran montaña de escombros en que se había convertido una casucha obstruía casi totalmente la calle, mientras varios niños rebuscaban entre aquel montículo de miseria cualquier cosa que les fuera de utilidad. Uno de aquellos pequeños pasó junto al grupo de marinos llevando en sus manitas un par de viejos y raídos zapatos, deformados por el uso. Los jóvenes se quedaron observando a aquel mocosito, mientras se perdía al final de la calle. Luego prosiguieron su camino en silencio recorriendo las estrechas callejas de la zona del puerto, por entre casas con fachadas de madera que parecían encorvarse peligrosamente, las unas sobre las otras.

IV

16 de octubre de 1941

Varios barrenderos limpiaban las calles, amontonando la hojarasca junto a la acera. Tras ellos, un jardinero le prendía fuego, abanicando la pequeña hoguera. El humo se elevaba en la tenue luz del amanecer, mientras en las calles iban apagándose las

farolas, a excepción de una. Aquella solitaria farola junto al edificio donde se alojaban las dotaciones del Arma Submarina tenía la gran bombilla rota.

Desde la Residencia de Submarinistas se notaba la fría brisa del amanecer y las fachadas de los edificios comenzaban a iluminarse sobre las calles de la ciudad, mostrando los immaculados flecos de la pequeña nevada de la noche anterior. El Sol comenzaba a asomar, brillando con su cálido color anaranjado. En el cielo todos los colores quedaban difuminados, delimitando a lo lejos el contorno de las blancas montañas, con cálidas pinceladas naranja. En la brisa se empezaba a notar el olor del puerto y se escuchaba el canto de las primeras gaviotas que indicaban el nuevo día.

La tripulación del U-755 embarcó para salir dos semanas de maniobras con la Kriegsschiffbaukereicherteilung, también llamada 1.KLA, unidad encargada de los test y la última puesta a punto de los nuevos U-Boots. En aquella época las estrictas pruebas que se realizaban a los submarinos estaban a cargo del Capitán de Corbeta Wilhelm Schulz. Los hombres de Wálter Göing estaban al corriente de que varios U-Boots no habían vuelto de tan exigentes pruebas, yéndose al fondo con todas sus tripulaciones.

La nave pasó dejando la exclusiva de Kiel-Holtenuer a babor, llegando a la salida del puerto de Kiel, en su punto más estrecho. Sobre una pequeña isla artificial, en la playa, les saludó el faro Friedrichsort. A bordo del sumergible un grupo de tres experimentados veteranos actuarían como árbitros, acompañando en todo momento al comandante e informándole de que cierta pieza de la maquinaria o del equipamiento del buque era considerada inoperativa y evaluando la capacidad de reacción de la tripulación en situaciones de emergencia. Durante estas pruebas también se llevaban a cabo ejercicios en inmersión profunda.

A media mañana el U-755 se encontraba en la punta más occidental del fiordo de Kiel, cuando avistaron a varias millas a babor la luz del faro Flensburg, el más antiguo de los faros que servían de guía a los barcos que entraban en el fiordo.

Sobre las 10:05 los ingenieros de la KLA procedieron a desmontar, ante el asombro del jefe de máquinas, los embragues de los dos motores diésel, dejándolos inutilizados. Tras varios minutos de larga deliberación y ante un asombrado Wálter Göing que asistía expectante al ejercicio, los Maschineobergreiter Werner Duwe y Helmut Pempe consiguieron arreglar el problema adaptando los embragues inversores para la marcha avante. El submarino consiguió seguir adelante sin demasiados problemas.

Al siguiente día, la bruma del amanecer cubría la superficie del agua, mientras por radio fueron informados de la previsión meteorológica para los días próximos; se esperaba una importante bajada de las temperaturas.

Hacia las 12:00 la guardia del puente que comenzaba su turno subió por la escalerilla encontrando, para su sorpresa, la nave totalmente cubierta de una fina capa de nieve. Pequeños copos revoloteaban mecidos por el viento, hasta ir a posarse sobre los hombros de los serviolas. Uno de ellos se levantó el cuello del chaquetón y

entrecerró los ojos para protegerse de la ligera ventisca.

A las 02:00 la escotilla con el exterior debió permanecer cerrada, pues el tiempo empeoró y las olas batían el puente continuamente.

A partir de aquel momento la comunicación se realizó a través de los tubos acústicos. Durante más de cuatro largas horas, la guardia de puente permaneció aislada en medio del fiordo. La última semana se realizaron prácticas de reabastecimiento de combustible en alta mar desde buques tanque, y el día 24 de octubre de 1941 el U-755 cruzaba el canal de Kiel para volver a los astilleros de Wilhelmshaven para el ajuste final de la nave. Al día siguiente por la noche, la tripulación del sumergible recibió un permiso de siete días.

3 de noviembre de 1941

I

Una ligera racha de viento levantó la nieve alrededor de las botas de Wálter Göing. El flamante Kapitänleutnant estaba junto a las vías de acceso al muelle, vestido con su uniforme de Gala. Estaba rodeado de un nutrido grupo de oficiales, que con una seriedad marcial le saludaron. Varios almirantes saludaron también a Wálter, pisoteando la nieve que había caído la noche anterior. Era una fría mañana de invierno de 1941, el día de la Indienststellung, la ceremonia de Comisionado y entrega a la Kriegsmarine del U-755.

A partir de aquel día el sumergible pasaba a ser propiedad de la Marina de Guerra de Alemania y ya se le consideraba en disposición de entrar en servicio en primera línea de frente. El día anterior se habían cargado catorce torpedos. Cinco estaban albergados en posición, en sus correspondientes tubos, otros dos en tubos debajo de la cubierta y el resto debajo de las maderas del piso de la habitación de proa. A eso se agregaron 120 disparos de 8,8 y gran cantidad de munición antiaérea.

Un nutrido número de personas, entre trabajadores del astillero, fotógrafos y familiares, estaban dispuestas tras la línea divisoria que marcaban los raíles de la vía. La tripulación ya había subido a bordo y estaba formada sobre la cubierta del U-755, ante la torreta. El almirante de la flota pasó revista a la tripulación, después el capitán de navío Göing subió a la torreta y dio un pequeño discurso.

Aquella noche se celebró una cena en uno de los comedores de la Residencia de Submarinistas, a la que asistieron varios oficiales, junto a varios representantes de los astilleros y la flamante tripulación del U-755.

Un fotógrafo deambulaba entre las mesas haciendo fotografías, mientras el humo de los cigarrillos se mezclaba con las canciones entonadas por miembros de la tripulación. Werner Duwe, Ernst Oertl y August Giltrop posaron para el fotógrafo junto a algunas de las camareras. Los camareros con bandejas llenas de copas pasaban entre la gente, mientras intentaban mantener a salvo sus preciosas cargas. Un grupo de músicos tocaba “Horst Wessel Lied”. El vino corría a raudales y los rostros de los marinos estaban alegres y animados.

Era muy temprano, la mañana del día siguiente. Acababa de amanecer un día helado y gris. La ausencia de Sol en el cielo, el inmenso frío y una luz extraña y sombría lo

dominaban todo. Los hombres salieron de la residencia en dirección al puerto, mientras Hubert echó una mirada atrás, al camino que había recorrido. El malecón del puerto yacía oculto bajo una capa de varios centímetros de hielo pisoteado el día anterior, sobre el que se habían acumulado otra capa de nieve aquella misma noche. Los raíles que cruzaban por el centro habían desaparecido bajo un manto de un blanco immaculado y que formaba suaves ondulaciones. Hasta donde alcanzaba la vista se extendía la blancura ininterrumpida.

La tripulación cruzaba la pasarela en fila, mientras el U-Boot se balanceaba al compás del suave oleaje que llegaba al puerto.

El sumergible se dirigiría a Kiel donde pasaría los próximos seis meses adscrito a la 5.^a Flotilla de entrenamiento al mando del comandante Karl Heinz Moehle. La nave realizaría la travesía a través del canal de Kiel y a mediodía llegaría a la base de Kiel.

II

Ya no recordaba cuantos años llevaba fuera de su pueblo natal, Burriana. Juan Granell, el recién nombrado subsecretario del Ministerio de Industria y Comercio, entró en la pastelería de “Pablo Julián” para resguardarse de la lluvia. El pequeño local atendía a la clientela con muchas dificultades, debido a los destrozos sufridos durante la voladura del campanario, hacía ya tres largos años.

Aquel hombre apuesto pero sencillo removía el café, pensativo mientras observaba la plaza del Pla. Desde la puerta del local contemplaba la Iglesia del Salvador, decapitada, mostrando hasta donde podía llegar la barbarie en el corazón de los hombres. Aquella bella iglesia le había visto crecer. En aquella plaza jugaba siendo un niño, y ahora solo mostraba la destrucción producida por un artificiero republicano demente.

Desde entonces la cubierta de la nave del templo estaba siendo reconstruida, pero allí seguía el grotesco muñón donde antes se alzaba el elegante campanario que enorgullecía a la ciudad.

Fuera hacía frío, aunque había dejado de llover y no quedaba más que un resto de humedad en el aire. Granell volvió la esquina y anduvo por la calle San Jaime hasta la antigua vivienda familiar, ahora deshabitada. Aquella casa en la que encontró la dichosa campana. Aunque residiera lejos de su tierra, viajaba a su querida Burriana siempre que sus obligaciones se lo permitían. En aquella calle vivían muchos vecinos de los que él guardaba gratos recuerdos.

Hacía unos meses que la casa había sufrido unas importantes obras de mantenimiento. Se cambió parte del tejado y se repararon varias grietas en el balcón que daba a la calle. Las rejas recibieron una mano de pintura y la vivienda quedó en

condiciones de ser habitada de nuevo. Recordó aquel mes de julio del 38 en el que, tras muchas dificultades, la gran campana fue extraída de la vivienda y llevada en grandes fragmentos a un solar.

Granell cerró la casa y se dirigió a ver al alcalde, don Juan Feliu. Unos meses atrás, el político le había explicado que tenía un gran interés en la reconstrucción de la Iglesia, la Capilla y sobre todo del Campanario. Aquel día, sin más preámbulos, se dirigieron a hablar con el párroco del pueblo, mossén Elías Milián Albalat.

III

La tenue claridad de los primeros rayos de la mañana penetraba por la ventana, pero el anciano párroco ya llevaba varias horas levantado. En realidad se pasaba media noche en vela; decía que los viejos como él no necesitaban dormir demasiado. El cura preparaba la misa de las ocho en su pequeño despacho de la casa parroquial de la Iglesia de los Padres Carmelitas. Se había trasladado a aquella vivienda mientras las obras de reconstrucción de El Salvador, avanzaban a buen ritmo.

Después de oficiar la misa, se acercaría a visitar a los enfermos para darles la comunión. Y a los más necesitados, algo de dinero recogido en el cepillo, que tenía por costumbre esconder bajo la almohada de los enfermos que visitaba.

Mossén Elías había nacido en Morella en 1875 y fue ordenado sacerdote en el año 1899, trasladándose a Burriana en 1935. Desde entonces era el Párroco de la Iglesia de El Salvador y de la Parroquia de Las Alquerías de Santa Bárbara. El sacerdote contaba con la inestimable ayuda de su hermano, don Salvador Milián, el cuál alternaba el sacerdocio con una cátedra en el instituto de Castellón.

Su sobrina llegó en aquel momento y le puso delante una gran taza de leche y azúcar, a la que apenas le había mostrado el café. Aquel desayuno solía ir acompañado de una hogaza de pan casero que el cura desmenuzaba, echándolo en la taza para tomarlo como una especie de sopa, con la cuchara. Conchita estaba soltera y junto a su hermano José María, hacía algunos años que habían decidido quedarse a vivir con sus tíos en la casa Abadía. De este modo, ambos sacerdotes tenían quién les hiciera las labores de la casa, además de hacerles compañía.

El párroco abrió su viejo buró donde guardaba los documentos y algunas biblias, junto a una pila de papel en un cajón. Era un esbelto mueble de madera de nogal de principios de siglo, conservado en muy buen estado.

Mossén Elías era un hombre de constitución delgada de unos 65 años. Su alta y desgarbada figura destacaba aún más con aquella ajustada sotana, ceñida por la cintura con una faja oscura. Su rostro era afilado, de nariz aguileña, los ojos marrones y el cabello blanco.

Era media mañana, cuando cerró la persiana del escritorio y sonó el estridente

timbre de la puerta, indicando la llegada de alguna visita. Desde su despacho, el párroco oyó a su sobrino abrir la puerta.

El padre Elías se levantó, caminando ligeramente encorvado, mientras alzaba las cejas con una mueca, para entrever por encima de sus gafas. Juan Granell y el alcalde pasaron al despacho, donde comenzaron a conversar con el párroco, explicándole sin demasiados rodeos, el objetivo que les había traído hasta allí.

Los ojos inmóviles del sacerdote se encendieron como ascuas, más cada vez. Permaneció en silencio largo rato mientras escuchaba la propuesta de aquellos dos hombres, sin mediar palabra, hasta hacer la espera insoportable. El párroco se subió los gafas, que se le habían escurrido por la nariz.

—¿Bueno, padre Elías, y que le parece? —preguntó al fin Juan Granell. Pero antes de que respondiera, Granell ya sabía la respuesta, a juzgar por los ojos húmedos del párroco.

—¡Vaya por Dios!, y yo que creía que un día acompañaría al Altísimo sin poder ver el campanario nuevamente en pie —contestó el sacerdote—. ¿Y creéis que será posible eso que decís?, ¿lo veis posible, realmente?

Desde hacía tres años, la iglesia permanecía sumida en el caos, como inacabada, como si no fuera un verdadero templo, abandonado en medio de la plaza. El cura sintió la imperante necesidad de creer en aquel maravilloso proyecto del que aquellos dos jóvenes le acababan de hacer partícipe.

Tal fue la ilusión que floreció en los corazones de aquellos hombres que mossén Elías y el alcalde, en una de sus múltiples charlas le propusieron que Juan Granell fuera el Presidente de la Comisión Pro Campanario. Él, por principios, rechazaba el ofrecimiento, negándose a admitir aquel título y considerando que era el señor alcalde el que debía ostentarlo. De nada sirvieron sus razonamientos, tanto el cura como Juan Feliu no las aceptaron.

A la semana siguiente, Juan Granell marcharía a Madrid, pero antes quería dejar todos los cabos atados.

IV

Enrique Pecourt se encontraba en su despacho, enfrascado en sus cálculos, rectificando errores y descuidos. De pronto borraba con disgusto partes del borrador de un plano que le había llevado media tarde de trabajo, para recomenzar de nuevo. La mesa estaba repleta de planos y dibujos sobre los que Pecourt consultaba cifras y comprobaba medidas.

Enrique Pecourt Betés había cursado sus estudios de arquitectura en la Universidad de Barcelona, y tras varios años de ausencia volvió a Burriana como Arquitecto Municipal. El primer encargo para Pecourt fue la construcción del nuevo

Mercado Municipal de Burriana, en el solar donde se venía haciendo años atrás, al aire libre. En 1931 quedaba terminado el Mercado, destacando en la obra, la simplicidad y la falta de todas las decoraciones superfluas; así la propia arquitectura estaría más latente ante los ojos de quien mirara el monumento.

La obra de Pecourt había supuesto una actualización, en clave moderna, de la tradición de los mercados modernistas valencianos. El pueblo estaba orgulloso de su arquitecto. Años antes de la guerra se había encargado de la obra de las escuelas de Santa Bárbara, lo que le dio un amplio reconocimiento a nivel nacional, y eso enorgullecía a la ciudad.

Después de una larga tarde de trabajo, los cálculos solían irse enredando, aumentando los errores. Además, las nuevas gafas no solucionaban el cansancio ocular tras tantas horas de dedicación. El Arquitecto decidió dejarlo cuando oyó el timbre de la puerta.

—¡Don Juan, cuánto tiempo!, no sabía que estaba en Burriana —dijo Pecourt. Aún no había terminado de hablar cuando Juan Granell le cortó en seco.

—Soy el mismo de antes, y continúa llamándome Juan. Es más, para los íntimos todavía sigo siendo Juanito. Que no se te olvide —dijo Granell, mientras le palmeaba el hombro y sonreía. Granell y el alcalde le hicieron partícipe de aquella locura que no les dejaba conciliar el sueño desde unos días atrás. Como ocurriera con Mossén Elías, Juan Granell observó sus ojos mientras le hacía partícipe de su idea, hasta que vio aparecer aquel brillo.

Pecourt era un hombre de unos 50 años, de estatura media y constitución delgada. Su rostro ovalado y el cabello castaño, aunque canoso. Solía llevar un fino bigote. Sus ojos marrones denotaban inteligencia. Era muy exigente consigo mismo y le placía llevar al límite sus conocimientos, y Granell sabía que era la persona idónea para aquel proyecto.

Al finalizar la Guerra Civil, el Ministerio de Industria y Comercio había abierto un departamento para Regiones Devastadas por la Guerra, departamento desde el que Juan Granell aprovechó para acelerar y conseguir subvenciones para la reconstrucción del campanario. Tarea muy difícil en los tiempos que corrían, hasta las cartillas de racionamiento se estaban endureciendo mucho más al finalizar aquella locura que había durado tres años. Pero aún debía convencer a un genio que fuera capaz de llevar a cabo aquella obra, y él tenía muy claro quién era aquel hombre.

V

9 de diciembre de 1941

Aquel viejo berbiquí giraba dejando caer grandes flecos y limaduras de madera en el suelo del pequeño taller. Las dos puertas estaban abiertas de par en par, mostrando un

amanecer tranquilo, aún iluminado por la luz amarillenta y pálida de una farola que centelleaba en la esquina. A Vicente Piqueres Martí le placían aquellos días para trabajar. El carpintero dejó el taladro de mano para, con la ayuda de varias gubias y formones, comenzar a dar forma a aquella elegante voluta.

La mayor parte de la planta baja de la casa estaba ocupada por el taller, con dos bancos de trabajo en la entrada. El espacio central estaba presidido por un gran retablo que, aunque inacabado, mostraba ya una increíble elegancia de formas, lo que no dejaba lugar a dudas sobre la maestría de aquel artesano. En la parte derecha había otro banco, donde trabajaba su hermano José. Más adentro, un par de pequeños bancos se situaban según las exigencias del trabajo que realizaban. En las paredes se apoyaban grandes vigas y maderos, indispensable materia prima para sus trabajos.

Dos carpinteros más eran los comodines de la plantilla y acudían allá donde se precisaba la labor de manos expertas que resolvieran problemas de remiendos. Piqueres contaba además con la colaboración de dos de sus hijos, el mayor Vicente y el menor Juan, como aprendices, recaderos, o lo que se necesitara.

A su lado, colgando de un clavo en el muro del taller, había varios dibujos de detalle y bocetos, primorosamente realizados. Enfrente, colgaban martillos, serruchos y taladros, junto a formones, reglas y escuadras. El suelo se hallaba tapizado de serrín y virutas ensortijadas que crujían bajo sus pies. El aroma a madera impregnaba el reducido espacio de trabajo donde el maestro respiraba una total paz, imbuido en su quehacer diario.

Vicente Piqueres prestaba sus servicios a la Parroquia, junto a su padre y su hermano José. La tercera generación de los Piqueres aprendieron el oficio siendo niños, cuando todas las tardes acudían al taller. Su padre les veía llegar desde la escuela y les mandaba a jugar con sus amigos, pero aquel niño curioso, prefería quedarse allí, mirando embelesado como aquellos altares y parihuelas cobraban vida en las manos del abuelo, experto carpintero y ebanista. El pequeño acudía siempre que podía, para ver como aquellos trabajos de artesanía se iban transformando en obras de arte.

En el taller se realizaban diversos trabajos, por encargo de cofradías y parroquias de toda España, que se complementaban con encargos de carpintería para los propios habitantes del pueblo.

Piqueres, a sus 41 años, llevaba toda su vida haciendo aquello que más le gustaba, el oficio que amaba. Hombre llano y poco hablador, mostrando prudencia y honestidad. Era de mediana estatura, al tiempo que fornido. Su mirada exhalaba nobleza y sencillez.

En la oreja, bajo su inseparable boina, llevaba un corto lápiz al que sacaba punta con un afilado formón. Aunque en ocasiones el lugar del lapicero era ocupado por un pequeño puro que guardaba para cuando terminara el que llevaba en los labios.

Una vieja correa sujetaba unos pantalones de peto confeccionados en una tela áspera y resistente, sobre una camisa también muy austera, lo que dotaba a aquel

hombre de mayor humildad, si cabía.

Era media mañana, cuando recibió la visita de mossén Elías, al que le unía una sincera amistad desde el mismo día en que se conocieron. El párroco le instó a que acudiera a la reunión que tendría lugar cuando don Juan Granell volviera desde Madrid. El cura aprovechó para poner al carpintero en antecedentes de lo que ya habían hablado con él, dejándolo allí, pensativo.

Piqueres se estaba encargando de la reconstrucción de la cubierta de la Iglesia y de los altares y retablos. Había reconstruido la maltrecha Capilla de la Comunión, viéndose suficientemente capacitado para aquella obra, pero lo que le había propuesto el párroco tenía que ser sometido a una reflexión mucho más profunda. Aquello que le acababa de plantear el cura era un trabajo ingente, digno de los grandes hombres del Renacimiento.

Aún recordaba cuando el frente de guerra llegó a las cercanías de Burriana. Cogió a toda su familia y marcharon a la Alquería de Ferrer, en las afueras de la ciudad. Cuando fue llamado a filas, se negó rotundamente. No estaba dispuesto a abandonar a los suyos.

Aquella mañana cavó una zanja en mitad del huerto y la cubrió con unos maderos sobre los que echó tierra para disimular su existencia, dejando apenas un hueco por donde pudiera acceder; y allí permaneció escondido, día y noche, como enterrado en vida. Mientras tanto, su esposa Vicenta sufría ante la incertidumbre por el devenir de los hechos, y por llevar a la familia adelante.

En plena noche, mientras intentaban conciliar el sueño, se escuchaba el esporádico estallido de alguna bomba. En aquellos días llegó a escasear la comida. Aún le venía a la memoria cuando entre toda la familia recolectaban patatas y algunos tomates, o molían maíz en un mortero para hacer harina que cocinaban en un pequeño paellero de leña.

Aquella madrugada se pudieron escuchar tres atronadoras explosiones, mientras desde el pueblo llegaban noticias de que los republicanos habían marchado, pero que el campanario no estaba.

Aquel día partió hacia el pueblo para averiguar qué había sucedido y quedó sobrecogido ante aquella visión. La desolación envolvía el centro urbano donde la mayoría de las casas habían sido convertidas en escombros humeantes. El hermoso campanario había desaparecido, literalmente, mientras don Elías permanecía allí, sentado sobre un montón de escombros. Fue la primera vez que vio a su amigo llorar como un niño, indefenso ante aquella catástrofe sin precedentes. Ambos mostraron idénticos sentimientos de impotencia.

Pensativo, el carpintero se dirigió al patio, en la parte de atrás. Metió las manos en un barril de agua y se lavó para, seguidamente, tirar el agua sucia en una pileta de piedra que desaguaba en un pequeño corral, detrás de la casa. Tras la guerra la red de

agua potable seguía seriamente dañada, siendo sometida a continuas reparaciones que tenían al vecindario sumido en el descontento. Desde el ayuntamiento les habían prometido que no tardarían en tener agua corriente y aunque las casas de algunos vecinos ya disponían de ella, la suya aún carecía de aquella comodidad que se les antojaba tan lejana.

Después de comer, con escaso apetito y el ánimo sombrío, mostrando preocupación, pasó al taller. Allí quedó abstraído en sus pensamientos. Había trabajado varios días en la terminación de aquel retablo. Debía acabarlo a finales de semana, pero pensativo se dedicó a madurar una idea que le rondaba desde hacía varias noches en las que no había podido pegar ojo.

En aquellos tiempos de necesidad, a finales de septiembre su hijo Vicente ingresó en el Seminario de Tortosa, quedando solo con su mujer y sus hijos, Juan y el pequeño Javier.

VI

11 de diciembre de 1941

El U-755 viajaba dando tumbos a través de un deslumbrante e inimaginable mar helado. La nave avanzaba con cautela, buscando un paso entre el hielo y las demás unidades de la 5.^a Flotilla. A estribor del sumergible, a gran distancia, se llegaba a adivinar la torreta del U-214 asomando con dificultad entre las grandes lajas de hielo que iba apartando con su proa. Había sido comisionado dos días antes que el U-755, el día 1 del mismo mes. Su comandante era Günter Reeder y la nave era uno de los 6 sumergibles Tipo VIID que se construirían a lo largo de la guerra.

La flotilla se encontraba al norte del Golfo de Botnia, frente a la isla Finlandesa de Hailuoto. El pequeño islote parecía una coraza desnuda a merced de los vientos del norte. Aquel mar interior era el lugar ideal para las maniobras de las flotillas de entrenamiento, con sus 668 km de longitud, entre 80 y 240 km de ancho, y con una profundidad media de 60 metros. En los últimos días había comenzado a congelarse la zona más septentrional del golfo. El hielo marino había cumplido el calendario previsto para la llegada a su cita anual en el golfo.

Desde la torreta se divisaba la gran extensión de la banquisa. Las frías temperaturas alcanzadas durante el pasado mes de octubre provocaron que la extensión alcanzada por el hielo en el mar Báltico fuera la mayor desde hacía años. Pero gracias a la debilidad del hielo primerizo en aquella zona, de no demasiado grosor, los sumergibles avanzaban fracturando grandes bloques y arrastrándolos a la deriva, mientras el hielo chirriaba y chocaba contra el casco. La mayoría de los muchachos pasaban por la torreta durante sus turnos de descanso para admirar como la proa del sumergible rompía la capa de hielo.

El espectáculo era realmente indescriptible. El ruido del crujir del hielo mientras el U-Boot avanzaba sería, para los jóvenes, algo inolvidable.

Hacia la media noche, el Sol crepuscular era una roja esfera suspendida en el horizonte. A medida que llegaba la oscuridad, la temperatura cayó en picado hasta los -15° . A media tarde la flotilla recibió un mensaje del alto mando que fue transmitido a todas las unidades. Alemania acababa de declarar la guerra a los Estados Unidos.

“Aunque Alemania por su parte se ha adherido estrictamente a las normas del derecho internacional en sus relaciones con los Estados Unidos durante cada período de la guerra actual, el Gobierno de los Estados Unidos violó inicialmente la neutralidad finalmente procediendo a abrir los actos de guerra en contra de Alemania. El Gobierno de los Estados Unidos prácticamente se ha creado un estado de guerra. El Gobierno alemán, por consiguiente, deja las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos de América y declara que en virtud de estas circunstancias provocadas por el presidente Roosevelt, Alemania también, a partir de hoy, se considerará a sí misma como en un estado en guerra con los Estados Unidos de América”.

Cuatro días antes, en la mañana del 7 de diciembre, la Armada Imperial Japonesa había lanzado un devastador ataque contra la base naval de los Estados Unidos en Pearl Harbor, Hawái. El ataque conmocionó profundamente al pueblo estadounidense y llevó directamente a la entrada de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, tanto en los teatros de guerra de Europa como del Pacífico.

El ataque tuvo lugar antes de que el Imperio del Japón hiciera ninguna declaración de guerra formal, aunque esta no era la intención del almirante Yamamoto, quien en un principio estipuló que la ofensiva no debería dar comienzo hasta treinta minutos después de que Japón hubiera informado a los Estados Unidos de que las negociaciones de paz habían llegado a su fin. Los japoneses intentaron respetar las convenciones de la guerra al tiempo que lograban una sorpresa decisiva, pero el ataque comenzó antes de que se pudiera entregar ningún aviso.

Al día siguiente del ataque, el 8 de diciembre, los Estados Unidos declararon la guerra al Imperio del Japón. El Pacto Tripartito que vinculaba a Alemania y a Japón no forzaba a Hitler a declarar la guerra a los Estados Unidos. Alemania solo estaba obligada si Estados Unidos era el agresor, lo que no había sido el caso.

Ese mismo 11 de septiembre de 1941, el presidente de los Estados Unidos declaró públicamente que se había ordenado a la Marina Americana y a la Fuerza Aérea disparar sin previo aviso a cualquier buque de guerra alemán.

Al día siguiente la flotilla ascendió de las profundidades para encontrarse con un empeoramiento del tiempo. La temperatura bajó y las nubes se oscurecieron al

avanzar hacia el norte. El viento arreció y la nieve fue cubriendo la cubierta de la nave. Una tormenta se les echó encima y acabaron viajando durante el resto del día con un obstinado viento en contra que zarandeaba a los U-Boots sin descanso.

Una neblina gélida descendió hasta la misma superficie del mar helado, envolviendo al sumergible como el sudario de un muerto. El patente peligro de colisión entre las naves hizo que el comandante de la flotilla ordenara el alto de las unidades. La flotilla permaneció al paro durante parte de la mañana con la esperanza de que adviniera algún cambio en la atmósfera y el tiempo.

Hacia las 2 de la tarde, la niebla levantó y los serviolas observaron, extendiéndose en todas direcciones, inmensas e irregulares capas de hielo que parecían no tener fin. El cañón de proa se había convertido en un deforme bloque de hielo. Los sumergibles se hallaban rodeados por la banquisa, que les cercaba por todos lados, dejándoles apenas el agua precisa para continuar a flote. Entonces se tomó la decisión de sumergirse, y navegando en inmersión bajo la capa de hielo, volver a cotas más cálidas, en las proximidades del Golfo de Kiel.

VII

12 de diciembre de 1941

Habían pasado varias jornadas desde que recibiera aquella visita de Mossén Elías. Tras otros encargos menores, Piqueres regresó a la talla del retablo que ocupaba el centro del taller, aunque lo cierto era que apenas pudo concentrarse en el trabajo. Su inquietud crecía conforme pasaban los días y se aproximaba el momento en que se encontraría con Don Juan Granell y el Arquitecto municipal Enrique Pecourt. En aquellos días de diciembre el frío aumentó, dejando las calles del pueblo vacías.

Aquella fría mañana se ocupó de llevar a sus hijos a la escuela. Le venía de paso para acercarse después al taller de su amigo Estornell, el tornero. Piqueres, solía hacerle encargos para la carpintería. Estornell había dado forma a varios fragmentos de madera, torneándolos y vaciándolos por el interior, realizando varios modelos en miniatura del campanario.

El carpintero regresó a su taller y se dedicó a realizar varias pruebas con insaciable curiosidad, golpeando algunos de aquellos cilindros por su parte superior. Prácticamente todos se partían en toda su longitud. Piqueres observó aquellas fracturas que recorrían los cilindros a lo largo, repitiendo las mismas pruebas durante parte de la tarde, hasta que, satisfecho, volvió al retablo. Su hijo Juan ya se encargaría de traerle al salir de la escuela un pedazo de caña del río.

Sabía que aquello no aportaría ningún beneficio para la carpintería, todos los trabajos que hiciera no los iba a cobrar, como ya había hecho con la obra de la iglesia. Al fin y al cabo era de la opinión de que la iglesia se sustentaba de las limosnas de la

gente humilde del pueblo.

Aquella semana habían cobrado algún trabajo, y Vicenta aprovecharía para acercarse al mercado a comprar varias cosas que necesitaba.

Intentaría conseguir algo de aceite y patatas. Ya no sabía que inventar para comer dignamente y cada vez aumentaban más los cupones de las cartillas de racionamiento, estaban casi peor que durante la guerra.

Se acercaría a ver a su hermana Dolores, que recientemente había dado a luz un hermoso niño. Seguro que algún recado le tendría que hacer. El niño era muy pequeño y hacía mucho frío para sacarlo de casa. Doloretas era la hermana pequeña, y con la que mejor se llevaba. No vivían muy cerca el uno del otro y aprovechaban cualquier ocasión para verse.

I

Su hijo Juan apareció por la puerta de casa, llevando a su hermano pequeño de una mano y en la otra el pedazo de caña que le había encargado su padre. Piqueres entró en el taller, la cortó en varios fragmentos y volvió a la casa.

Entonces vio la ropa planchada sobre la silla. Se vistió con una camisa blanca e inmaculada, un pantalón negro y una chaqueta de pana. Se puso su boina y metió el trozo de caña y uno de los cilindros de madera en el bolsillo derecho del pantalón, saliendo hacia la casa de Don Juan Granell.

Al salir vio al Señor Cura que lo estaba esperando en la esquina, mientras la luz tenue de la luna iluminaba los aleros de los tejados y las viejas fachadas de las casas.

Le observó mientras avanzaba a paso largo hacia él, con su larga sotana. Aquel hombre había confiado en él años atrás, para la reconstrucción de la bóveda de la iglesia y la capilla. Aquella relación había desembocado en una sincera amistad.

Tomaron la calle hacia la plaza y luego doblaron la esquina. En cuanto llegaron ante la puerta, vieron venir al arquitecto Enrique Pecourt, con su carpeta bajo el brazo. Allí estaban los tres en la puerta de la casa de Don Juan Granell dispuestos a entrar. Había llegado el gran día. La reconstrucción del campanario comenzaba a ser una realidad. Llamaron al timbre y el político abrió.

Piqueres se acercó a la mesa. El cura se había sentado a la cabecera y Granell a su derecha. Pecourt empujó la silla con el pie, apartándola para que Piqueres se sentara junto a él. El carpintero sonrió, intentando dar la impresión de seguridad, en la medida de lo posible.

Tomaron café y unos pasteles que Granell había traído de la pastelería de Pablo Julián. Entre planos y apuntes, los hombres deliberaron y concretaron aspectos de sumo interés para el levantamiento de la torre. Los empañados cristales de la ventana dejaban entrever el frío y la humedad que reinaban en la calle.

El arquitecto planteó que en su opinión, la torre campanario debía de tener el mismo aspecto y la misma estructura que la anterior. Todos estuvieron de acuerdo, le volverían a dar a Burriana su campanario.

Piqueres jugueteaba nerviosamente con los dos objetos que llevaba en el bolsillo del pantalón, mientras pensaba que no estaba convencido de aquello, pero tenía reparo en hablar, al fin y al cabo Enrique Pecourt era el arquitecto. Pero por otra parte debía presentar su alternativa, había pasado muchas noches en vela para poder llegar

a aquella conclusión, si no la exponía se arrepentiría toda su vida.

La reunión se alargó más de lo habitual, la ardua tarea de la reconstrucción no era un juego de niños, se debían tratar todos los temas, sin dejar cabos sueltos. Se dio especial importancia a la contratación de los albañiles, canteros, y transportistas. Piqueres ya se había puesto manos a la obra y no tardaría en presentar una lista con los contratados.

Todos hablaron y dieron su opinión, mientras el carpintero permanecía en silencio, como ausente. Las palabras iban apagándose y consumiéndose, como los cigarrillos de algunos, solo quedaba él por hablar, pero nadie hasta el momento parecía haber reparado en su silencio.

Como si intuyera que aquella charla no había llegado a su fin, Juan Granell se levantó, avivó el fuego de la chimenea y se dirigió a la cocina a calentar más café.

La reunión tomó derroteros totalmente opuestos. Los hombres opinaron sobre los horrores de la guerra en Europa, entre comentarios superficiales, mientras Mossén Elías observaba a Piqueres. Su amigo parecía estar ausente. Aquel hombre menudo y humilde sería el verdadero artífice de la reconstrucción, y pensó que era él quien debía tener la última palabra. Pero en el justo momento en que se disponía a preguntarle, el Arquitecto se le adelantó. También él había reparado en el silencio del carpintero, en su interior intuía que algo había quedado por decir.

—¡Bueno, Vicente! Has estado muy callado, y nos gustaría conocer tu opinión.

—¡Es verdad! ¡No ha dicho nada! —dijo Granell, que volvía de la cocina. El político llenaba otra vez las tazas de aquel delicioso café que ocupó la estancia con su aroma, invitando a quedarse allí y no salir al frío de la noche.

Todos los presentes observaron al carpintero, esperando oír su opinión. Piqueres dudó solo un momento, y con la convicción de no querer herir la sensibilidad de ninguno de los allí presentes comenzó a exponer su teoría:

—¡No sé si lo que les diré les parecerá una utopía! —habló, al fin—. Hace varios días que le doy vueltas a varias ideas que no me dejan conciliar el sueño.

—En primer lugar —comenzó a explicar con voz trémula pero firme—. ¿Porqué construir una torre exactamente igual a la anterior?

Se podría construir una torre con las paredes más delgadas, y con un espacio interior más diáfano.

La genial idea del carpintero fue tomando forma ante los ojos asombrados de los asistentes. La escalera de caracol del antiguo campanario ascendía por el centro del mismo, ocupando mucho espacio. Él proponía construir la escalera en voladizo, ascendiendo adosada a las ocho caras, para dejar mucho más espacio y luminosidad en el interior. Además de dejar totalmente despejado el piso de campanas.

—Yo solía subir al campanario todos los domingos —siguió diciendo el carpintero—. Y cuando llegaba arriba solía estar sin aliento. Hay una forma de conseguir que la ascensión sea menos fatigosa, menos dura.

Su proposición era clara, él proponía que la altura de los peldaños fuera

decreciendo en cada tramo de la torre. El carpintero se basaba en que en la antigua escalera todos los peldaños tenían una altura de 25 centímetros, pero si se construía una escalera reduciendo progresivamente la altura de los peldaños, al llegar arriba, no se sentiría cansancio alguno.

Granell observó a Pecourt. El arquitecto escuchaba con atención.

—Además, ¿por qué construirla de cuerpo entero?, ¿por qué no construirla por partes separadas?

—¿A qué te refieres? —preguntó Pecourt—. Explícate.

—Aquí traigo una muestra de mi teoría —dijo el carpintero, echando mano al bolsillo.

Pecourt experimentó una oleada de excitación ante lo que iba a venir. Lo adivinaba mientras dibujaba en sus labios una sonrisa. El arquitecto encendió un cigarrillo y siguió escuchando a aquel hombre menudo.

—¡Venga Piqueres sorpréndenos! —dijo alguien.

El carpintero dejó los dos cilindros sobre la mesa y le pidió a Granell que le acercara un martillo, o algún objeto con el que golpear. Dejó sobre la mesa el cilindro de madera que había mandado construir a su amigo Estornell, lo colocó de pie y con el martillo le dio un fuerte golpe en la parte superior.

El cilindro se fracturó en su totalidad, partiéndose en dos.

Luego cogió la caña y la golpeo de la misma forma que lo había hecho con el cilindro de madera. Una estrecha fractura que nacía en su parte superior recorrió su superficie, deteniéndose en el primer nudo que encontró a su paso. Solo se rompió la porción que había recibido el golpe. Las demás partes entre los nudos permanecieron intactas.

Un murmullo recorrió toda la mesa.

—Mi teoría consiste en construir el campanario idéntico al original, pero por etapas, como los nudos de esta caña. Si por cualquier motivo la torre sufriera algún percance o apareciera alguna fractura en su cuerpo, dicha rotura se detendría al llegar al siguiente nudo y no recorrería el cuerpo del campanario hasta llegar a la base.

Un rumor envolvía la habitación. Mossén Elías tamborileaba nerviosamente con los dedos sobre la mesa. El alcalde se había vuelto a mirarle, pero el párroco no apartó la vista del carpintero. Un infierno de voces se desató alrededor de la mesa. De repente todo el mundo parecía querer hablar a la vez. Los únicos que se mantenían en silencio eran Piqueres, y Pecourt, que observaba el gallinero en el que se había transformado aquella reunión.

El arquitecto estaba pensativo, ni siquiera a él se le había ocurrido.

Se levantó de la silla, apoyó sus manos sobre los hombros de Piqueres, pidió silencio, y dijo:

—¡Por lo que a mí respecta, este hombre dispone de mi total aprobación!

Piqueres advirtió que un ceño casi imperceptible se dibujaba en el rostro del arquitecto, entonces supo que le había impresionado.

Los demás contertulios, unánimemente aprobaron aquel proyecto sin más dilación.

El arquitecto, pidió silencio entre las frases cruzadas y llenas de entusiasmo. La exposición del carpintero había dado un giro a toda la planificación y dirigiéndose a él, dijo:

—Piqueres permíteme un inciso.

—Usted dirá.

—Después de comprobar que tienes las ideas muy claras, quiero que toda la responsabilidad y la dirección de las obras recaiga en tu persona.

—¿Yo? ¡Esto no ha sido más que una sencilla exposición sobre mi parecer!, no creo yo que...

—Por lo que a mí respecta, tienes toda mi confianza —le interrumpió el arquitecto—. Lo que acabas de exponer es una auténtica genialidad. Yo me encargo de plasmarlo en los planos y nos volvemos a reunir a finales de mes.

Piqueres, no se pudo negar, se sentía satisfecho porque sabía que aquella propuesta era la mejor para la torre.

Enrique Pecourt proyectaría los planos y él se encargaría de terminar la contratación del personal. Por su parte, Juan Granell intentaría por todos los medios conseguir aquellas subvenciones para poder comenzar las obras y don Elías se encargaría de todas las cuestiones económicas. Ya había quedado fijado el jornal de cada uno de los trabajadores, incluso el de Piqueres, se le pagarían 800 Pesetas mensuales por los trabajos de carpintería. Pero él no aceptó, deseaba que aquel dinero se destinara a la torre.

Estuvieron cerca de una hora más charlando, comentando y aclarando varias particularidades más sobre la obra, y al fin, la reunión terminó con el beneplácito unánime.

El carpintero se despidió de los demás y dio un rodeo pasando por la plaza. Se detuvo y se sentó en un frío banco del parque, ante la iglesia. Su mirada, fija en aquel muñón en que se había convertido el mutilado campanario. Mientras observaba aquellas ruinas, la insensata idea de construir una nueva torre se le antojó entonces, un despropósito. Aquella ingente cantidad de piedra y madera. Tendría que llevarlo todo en la mente y dejar la carpintería en manos de su hermano y su padre. Asegurarse de que no faltara el suministro de cemento. Cualquier desfallecimiento por su parte podría repercutir negativamente en la marcha de las obras, y tendría que dejar a un lado la amistad que le unía a aquellos hombres y ser implacablemente exigente y perfeccionista en la ejecución del trabajo.

Tendría que idear y fabricar la máquina para el izado de los materiales. Se preguntó si sería capaz de estar a la altura, pero entonces alguien se disponía a contestar a aquella pregunta por él.

—¿No iras a arrepentirte ahora?, ¿verdad? —Josef Kaufer venía por el paseo, enfundado en un grueso abrigo negro.

—¿No puedes dormir, José? —preguntó el carpintero.

—Llevo varios días con mi hija en el sanatorio. He venido a cambiarme de ropa, dormiré un poco y mañana temprano volveré a Valencia.

—¿Cómo se encuentra la pequeña?

—A perdido peso estos últimos meses, está bastante débil y lleva días guardando cama con una fuerte tos. Todo está en manos de Dios.

—Al llegar a la plaza, me he cruzado con el padre Elías —dijo Josef, en un intento por cambiar de tema—. Me ha puesto al tanto de lo decidido en la reunión.

—Te veo preocupado —siguió diciendo Kaufer—. Piensa en la gratitud que sentirás viendo nacer la torre de la nada.

—Un día, aquí donde ahora no hay más que escombros —señaló Kaufer con el dedo—, se levantará una bella obra, y tú podrás decir henchido de gozo: “esto lo he hecho yo”.

II

La puerta doble dio paso a una sala espaciosa y limpia, con sus muebles blancos, revestida hasta media altura de azulejos y luego blanqueada hasta su parte superior, al igual que los muros y el techo. Iluminaban la sala unas lámparas eléctricas de metal blanco.

Asunción caminaba en silencio sobre la alfombra del largo pasillo, donde unas pantallas de vidrio lechoso difundían una luz pálida desde el techo. Las paredes brillaban, blancas y duras.

El sanatorio del Dr. Moliner estaba en plena montaña, rodeado de un denso bosque. Hacía cuatro años que la tuberculosis venía minando la existencia de Berta. El estado de salud de la pequeña había empeorado hacía varios meses y habían decidido ingresarla en aquel sanatorio.

Josef pasaba las semanas yendo y viniendo a ver a su hija, pero aquel mes de enero la fortaleza que siempre había mostrado la niña se vino abajo. Pareció como si la tuberculosis la estuviera devorando por dentro.

Berta se hallaba ya bajo los analgésicos. Asunción llegó junto al quicio de la puerta, y pareció dudar. La habitación estaba decorada con un estilo modernista que la dotaba de una sencillez austera. No era muy ancha en proporción a su longitud y estaba rodeada por el mismo zócalo de azulejos que dominaba en el resto del edificio. La habitación no estaba completamente a oscuras; la luz del pasillo entraba por la puerta abierta. Ella dio unos pasos muy lentos, y se acercó a su esposo.

Josef, vestido con una bata blanca, tenía a su hija abrazada, mientras se sorprendía a sí mismo pensando en que volvía a verse las caras con su viejo enemigo, la muerte, y esta vez estaba perdiendo.

Se había enfrentado a ella en incontables ocasiones durante la guerra, venciendo siempre. Pero en aquella ocasión parecía intuir la derrota, y el campo de batalla era el cuerpo de su propia hija.

Notó la respiración de Berta a través de sus manos. La niña mantenía los ojos entreabiertos y respiraba casi imperceptiblemente, de vez en cuando con una aspiración profunda, como un suspiro. Su padre la sujetaba por los hombros y acariciaba sus bellos rizos con una expresión de tristeza que a Asunción le partía el alma. Su hija le miraba a él a los ojos, fijamente, como queriendo alargar aquel momento junto a su padre. A un lado del pecho colgaba una cruz.

Josef sintió cómo Berta le apretaba la mano y bajó la vista. La niña seguía mirándolo fijamente, con los ojos vidriosos, como procurando contener las lágrimas. Como si entendiera su futuro inmediato. Él se agachó y la estrechó entre sus brazos exteriorizando todo su dolor.

—Papá, te quiero —musitó ella con un lívido suspiro, mientras el sueño la vencía.

Su padre la acarició, la besó en la frente y la dejó en la cama. Josef puso a su esposa al corriente de la situación. Berta podía aguantar uno o dos días, pero no mucho más.

Al rato llegó el doctor y le dijo que debería marchar a casa. Les avisarían en el caso de producirse algún empeoramiento en el estado de la pequeña, pero Josef se declaró dispuesto a pasar allí la noche.

—En ese caso, mandaré traer aquí un sillón más cómodo, donde podrá pasar la noche descansando —dijo el doctor. Josef asintió con la cabeza.

Durante aquellos dos días de espera, en los que los nervios de Kaufer permanecieron tensos en una verdadera tortura, andaba maquinalmente. Constituía para él una necesidad el asistir al encuentro con la muerte de su hija. Era imposible mantenerse al margen y esperar el desenlace en casa, en primer lugar porque era su hija.

Josef se asomó al ventanal, miró alrededor y vio con infinita tristeza la intimidad del bosque colindante, bello y dormido bajo un manto blanco. Los troncos y ramas de los pinos aparecían cargados de nieve.

A media mañana del día siguiente, Berta Kaufer fallecía en aquella cama. Josef miró a su hija, esta tenía los ojos cerrados, como si durmiese, y mantenía una expresión sorprendente serena.

III

Aquella mañana fría, Josef Kaufer despertó temprano. Pasó junto a la puerta de la habitación de Berta, y solo al ver el frío vacío que dominaba la cama recordó que su hija había muerto. El día anterior se habían celebrado los funerales por la pequeña en

la iglesia.

Josef se sentía incapaz de digerir el dolor por la muerte de su hija. La pérdida generó una suerte de gran vacío en el ánimo del comerciante. Se aferró a su trabajo y perdió la ilusión por lo demás. Pasaba horas en la que había sido su habitación, ojeando los cuadernos en los que Berta escribía. Su ropa seguía en las perchas, aún impregnada con su olor. Él abría los cajones de la mesita y olía su ropa. Recogía las muñecas y las ordenaba sobre la almohada, como si estuvieran esperando a que su dueña volviera.

Muchas mañanas visitaba a la pequeña. Apenas despuntaba el alba cuando llegaba al cementerio. Cruzaba la puerta de hierro y se dirigía hacia la calle donde se hallaba la reciente tumba de Berta. Se sentaba en el bordillo de la jardinera con las rodillas apretadas contra el pecho y le contaba cualquier cosa que hubiera acontecido. Era como si su hija estuviese allí realmente, escuchándolo, como si estuviese viva.

Un padre no debería tener que enterrar a un hijo. La muerte de su pequeña parecía como algo fuera de lugar y equivocado. Cada fibra de su ser lloraba diciendo que aquello no era justo. Por primera vez en su vida se sentía enojado con Dios. Se sorprendía a si mismo rezándole y maldiciéndole al mismo tiempo. Pasaba las horas muertas en la iglesia, buscando una respuesta que no llegaba.

Pero el dolor seguía atenazándolo, hasta que una tarde su esposa le recordó que tenía otra hija, y que no merecía un padre inmerso en la tristeza. La muerte de Berta no era culpa suya y el espantoso y devastador dolor que sentía, tampoco. Aquel día, Kaufer miró a Asunción con lágrimas en los ojos y se plantó en la habitación de su pequeña Marta. La niña dormía, cuando la levanto en alto, y decidió vivir por ella.

Febrero de 1942

I

En las obras de la Torre trabajaban más de dieciocho artesanos, entre albañiles, carpinteros y canteros, así como un número similar de peones, aparte de los hombres que trabajaban en las canteras de Borriol y La Vilavella.

Los enormes bloques de piedra eran transportados en grandes carros. Colocados en el fondo, colgando pero sujetos por robustas cadenas que eran destensadas para depositarlos en el suelo, cuando llegaban a su destino. El transporte de los bloques corría a cargo de Melchor Aixeres, un transportista de la localidad.

A pesar de que la construcción del campanario llevaba dos semanas en marcha, las sencillas gentes de Burriana no se habían acostumbrado a aquella novedad. Los transeúntes que pasaban junto a la plaza se detenían a observar a aquellos hombres que se afanaban en dar forma a los grandes sillares de piedra, rodeados por una tenue nube de polvo. Algunos de ellos llevaban un pañuelo bajo la gorra para empapar el sudor.

Un grupo de hombres se encargaba de izar las piedras con el cabrestante hasta lo alto de la obra, donde eran colocadas con magistral precisión por otro grupo de albañiles.

Con armoniosa lentitud, la torre octogonal crecía entre el monótono tintineo de las herramientas de los canteros. Al mismo tiempo, los carpinteros elevaban los andamios interiores, adaptándose a las exigencias de la construcción.

Antes de comenzar las obras, Piqueres había realizado varias catas, excavando en la base de la torre para comprobar la solidez de los cimientos originales, que descendían varios metros en el suelo y formando escalones. La base, hasta una altura de cuatro metros, se había reconstruido y nivelado para comenzar a recibir los primeros sillares del cuerpo de la torre.

Los canteros habían ido llegando dos semanas atrás. Joaquín Nebot Ros, conocido como “Ximo el Pedrapiquer”, era el jefe del equipo de canteros y había llevado consigo a sus dos sobrinos; José Ros era oficial y el otro, Joaquín Broch, ayudante. Llevaba también a otros magníficos oficiales, entre ellos Vicente Saláis, apodado “El Carlista”.

Ximo era alto, ancho de hombros, fornido y moreno de piel. Tenía las manos agrietadas y surcadas por imborrables cicatrices. A pesar de su juventud, pues rondaba los 37 años, era un reputado maestro cantero. Pero lo que llamaba la atención

en aquel hombre era su corpulencia, era capaz de levantar uno de aquellos pesados sillares el solo, y si se prestaba, lanzarlo a varios metros de él.

Ximo elegía el sillar con el que pretendía trabajar en función de las necesidades de la obra a la que iba destinada la pieza. Tomaba las plantillas de madera que Piqueres había fabricado para ser utilizadas como guías, y tras de una observación minuciosa, rechazaba aquellos bloques que presentaban fisuras, manchas o diferencias en el tamaño. También comprobaba la dirección del grano; las vetas debían estar horizontales, evitando que ningún sillar fuese colocado al “delit”.

Para comprobar posibles imperfecciones internas, golpeaba el centro del bloque con un martillo. La piedra sana emitía un sonido claro al ser golpeada por la herramienta, mientras que el material imperfecto producía un sonido sordo y sin resonancia. Los grandes bloques solían llegar formateados de una forma basta desde la cantera y Jose Ros, su sobrino, los dividía en sillares según la exigencia.

Una vez que se había decidido la línea de corte, el cantero cincelaba una profunda ranura en V que recorría la cara superior del gran bloque, siguiendo por las laterales. En la cara superior realizaba varios agujeros con un puntero, donde alojaba las cuñas. Seguidamente se colocaba una barra de hierro en el suelo, bajo el bloque, que quedaba reposando inclinado sobre ella.

Ante la mirada atenta de Piqueres, José Ros comenzaba a dar pequeños golpes de martillo alternativos sobre las cuñas, que se iban introduciendo levemente en la piedra, mientras un ayudante vertía un poco de agua para favorecer la compresión con cada golpe. El sonido agudo de los golpes indicaba un buen calado de las cuñas, hasta que sin avisar, aparecía una leve grieta en el bloque.

Entonces el cantero golpeaba el lado que permanecía en alto, provocando la fractura definitiva.

Alguien le tocó la sudorosa espalda. José Ros era casi tan grande como su tío, y se dio la vuelta con toda su corpulencia y el mazo en la mano.

—¡Eh Juanitín!, ¿qué haces aquí? —preguntó el cantero.

El hijo de Estornell, el tornero, llevaba unos minutos viéndolos trabajar y al fin se había acercado con la intención de pedir algo.

—José, ¿tienes un cigarrillo?

—¡Toma, Juanitín!, yo te lo doy —contestó Piqueres—. Pero no molestes a los hombres, que están trabajando.

Piqueres se había echado mano al bolsillo, sacando un paquete de cigarrillos Ideales, que Juanitín miraba con recelo. El carpintero le dio uno y se lo encendió.

Aquel joven conocía a Piqueres desde siempre y le había tomado gran aprecio, profesándole un afecto al que él correspondía, pues le agradaba su bondadosa inocencia, aunque al final aquel muchacho siempre terminaba haciendo lo que le venía en gana.

Acababa de cumplir los 18 años, era delgado y mucho más bajo que los dos hombres que se hallaban de pie ante él, por lo que se vio obligado a ladear un poco la

cabeza para mirarles a los ojos.

Juanitín era moreno de pelo y piel avellana. Sus ojos hundidos le daban un aspecto sombrío, aumentado por el espesor de sus cejas y aquel mentón prominente sobre el que se asentaba una barba de algunos días.

Aquel simpático niño hombre llevaba una gruesa chaqueta de pana negra sobre una camisa de lana blanca y cuello vuelto. En los pies, unas sandalias raídas. Juanitín sonrió cordialmente, mostrando sus dientes amarillos entre los labios, estrechó con fuerza la mano del carpintero y dijo, con voz entrecortada y un acento un tanto lánguido:

—¡Gracias, Piqueres!

Entonces se dio media vuelta y se marchó.

Piqueres sonrió, viendo como se alejaba, arrastrando un carro en dirección a la calle San Marcos. Siempre hacia los mismos recorridos: hornos, tiendas de comestibles, comercios, y las obras del campanario. Normalmente llevaba aquel pequeño carro para recoger y llevar sillas que su madre reparaba. Con la ayuda del carro hacia también encargos para otras gentes, trasladando muebles pequeños o como porteador de maletas y bultos.

En muchas ocasiones acompañaba a Kaufer a la estación, cuando el alemán marchaba de viaje a su tierra, mientras insistía en llevarle las maletas en su carromato. Aquel muchacho con corazón y mente de niño era uno de los principales motivos de frustración del alcalde, pues cuando le parecía, abandonaba el carro en medio de la vía pública.

Varios canteros labraban sillares sobre pequeños bancos de madera, trazando una primera arista, para con ayuda de dos listones prolongar una segunda, paralela a la primera. Cuando estas dos aristas eran unidas se creaba una primera cara llana y regular, sobre la que se colocaba la plantilla, para trazar las líneas de corte de la pieza final. La primera parte del proceso consistía en eliminar del bloque la piedra sobrante hasta conseguir labrar las líneas generales. Con especial cuidado, los canteros desbastaban las esquinas de la pieza, y la cara del sillar que quedaría en el interior del paramento del muro se dejaba por desbastar.

Los sillares ya terminados eran izados con el cabrestante que Piqueres había diseñado. Un solo hombre era suficiente para manejar aquel torno, accionando una manivela y sin apenas esfuerzo.

Los cuatro oficiales de albañil que estaban a las órdenes de José Lleó Ramos, el maestro y jefe albañil, levantaban el muro octogonal de la torre según los peones les llevaban los sillares.

Una vez comprobadas las caras del sillar se vertía una capa de argamasa sobre el muro. Luego se dejaba descansar la piedra sobre esta y con ayuda de un mazo se golpeaba la parte superior del sillar, ejerciendo presión sobre el mortero, que asomaba

por las juntas. Después se procedía a retirar el sobrante con una paleta. Para comprobar la horizontalidad de cada piedra se servían de un cordel tenso entre las aristas del muro. A Piqueres le había costado largas discusiones el convencer a José Lleó de que se uniera al equipo del campanario. Aquel hombre de cara larga y curtida por el duro trabajo al sol debía rondar los 60 años, y opinaba que semejante empresa era digna de obreros jóvenes y llenos de ilusión, que él ya estaba mayor para aquello, pero al fin el carpintero le convenció.

Al mismo ritmo, en la cara interior del paramento se levantaba un muro de ladrillo, y según la obra iba fraguando, se rellenaba el hueco con mampostería de hormigón. El campanario volvía a erguirse, con lentitud, para dominar el pueblo, y protegerlo como hizo antaño. Volvería a ser el elemento principal alrededor del cual se organizaban las ciudades, allá por los tiempos de la Edad Media.

II

31 de julio de 1942

Un monstruoso coloso de hormigón emergía entre la neblina que corría por el puerto. Varias grúas se erguían sobre la gigantesca estructura, transportando contenedores de hormigón, mientras otras elevaban enormes moldes móviles de acero.

En la parte este del puerto de Kiel se estaba construyendo un *búnker* para submarinos que recibiría el nombre de “Kilian”, con el fin de servir de protección a los nuevos U-Boots.

Un ejército de operarios se afanaban en la construcción de dos gigantes diques separados por una pared interna, cada uno de ellos con una longitud de 138 metros por 23 de ancho, capaces de acomodar un total de 12 U-Boots en cada dique.

Sobre la esquina noroeste de la construcción se elevaba una pequeña torre de hormigón para una pieza antiaérea. Solo una pequeña parte del dique podría ser usada como lugar de trabajo, existiendo para ello dos pisos superiores encima del dique. Una vez terminado, el largo total del bunker sería de 176 metros, con paredes de 3 metros de espesor y el techo de 4.8 de grosor. La salida hacia el mar estaría protegida por dos enormes puertas blindadas que descenderían varios metros por debajo de la superficie. En aquellos días, en aquella ingente obra, malvivían aproximadamente 1.000 hombres, trabajando las 24 horas del día en dos turnos, la mayoría de ellos prisioneros de guerra y presos comunes.

Estaba amaneciendo cuando la 5.º Flotilla entraba en el puerto de Kiel tras siete duros cruceros de entrenamiento de un mes de duración y largas visitas a recónditos puertos que en ocasiones no figuraban ni en las cartas de navegación.

Las naves fueron abarloadas junto al malecón oeste, frente a aquella monstruosa construcción. El viento corría a través del puerto y los submarinos danzaban sobre el

agua, tensando las amarras.

En la Residencia de Submarinistas, los hombres fueron reconocidos por los médicos de la base, comprobando que por término medio, habían perdido seis kilos de peso. Poco tiempo después todos los hombres estaban sentados en largas mesas, mientras de la cocina comenzaron a salir grandes platos de col verde con salchichas y filetes de Sajonia acompañados de bacón. Aquel aroma impregnó el ambiente del gran comedor. Varias fuentes de patatas fritas fueron colocadas por el centro de las mesas. Grandes jarras de cerámica se llenaban de cerveza y se repartían por doquier.

Durante la comida se discutían los últimos acontecimientos en Europa. Los hombres de la 5.^a Flotilla fueron puestos al corriente de la marcha de la guerra. El pasado 13 de enero Alemania había comenzado la ofensiva submarina en la costa este de EEUU. El mismo mes, el día 26, las primeras fuerzas estadounidenses llegaron a Gran Bretaña, y el 14 de febrero fue emitida la Directiva N.º 22 en la que los aliados autorizaban, sin restricciones, los bombardeos sistemáticos sobre varias ciudades alemanas, entre las que se encontraban: Lübeck, Essen, Düsseldorf, Bremen, Kiel, Hannover, y Stuttgart.

El primer ataque de este tipo se realizó en la noche del 28 al 29 de marzo de 1942, cuando 234 aviones bombardearon Lübeck, destruyendo la mayor parte del centro de la ciudad.

A mediados de aquel mismo año, la USAF —las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos— desembarcó en el Reino Unido, realizando algunas incursiones sobre el Canal de la Mancha. Los bombarderos B-17 o “Fortalezas Volantes”, empleaban bombas incendiarias que se lanzaban desde gran altura en incursiones sobre Francia, Alemania y Austria. Después de comer los muchachos pasaron por la oficina de la residencia donde se recogía la correspondencia, y con el correo bajo el brazo subieron a las habitaciones.

Hubert apoyó las manos contra el embaldosado de la ducha, envuelto en el vapor, mientras el agua corría por su espalda. El peso perdido durante los meses pasados era evidente en los marinos.

Sasse había reducido su cintura, lo que resaltaba la anchura de su dorso. Llevaba tiempo sin sentir el placer de una ducha caliente. Durante los cruceros de entrenamiento lo más parecido era un manga de agua sujeta por un compañero mientras uno se enjabonaba con prisas, sobre la cubierta; pero con el endemoniado frío del Golfo de Botnia aquella acción tan cotidiana era literalmente imposible. En aquellas latitudes el aseo personal se había visto reducido a alguna toalla húmeda y agua de colonia.

Tras un buen baño, se dejó caer en la cama, y acurrucado en aquella pequeña intimidad, devoró con los ojos una carta que venía a nombre de su hermano Hermann Sasse. Mientras, otra carta con remitente desde Affeln a nombre de Mathilde Sasse, esperaba apretada en su mano.

III

Hubert estaba recostado en una litera de la sala de oficiales del U-755, mientras abría con el dedo índice el armario donde guardaba algunos de sus enseres. Aquellas portezuelas de madera de las pequeñas taquillas tenían un orificio que servía de pomo.

El marino extrajo la correspondencia recibida en Kiel, abriendo la carta de Hermann. Ya no recordaba cuantas veces la había leído, pero no le importaba; ver la letra de su hermano y el tacto áspero de aquel papel le hacían sentirlo más cerca de él. En todo el tiempo transcurrido desde el inicio de la guerra, desde que partió hacia Gotenhafen, hacía ya, año y medio, no había visto a su hermano.

Hubert supuso que en el exterior llovía con fuerza. Heinz Blischke, el suboficial de guardia Adeneuer, un señalero y un artillero, acababan de pasar en dirección a la torreta para la siguiente guardia de puente.

Aquellos hombres iban ataviados con un grueso chaquetón acolchado, sobre una guerrera y unos pantalones impermeables, con botas marineras, además de unos mitones también impermeables que dejaban entrever parte de los dedos de la mano. Sobre la cabeza llevaban el gorro sueste. Los hombres abrieron la escotilla estanca y desaparecieron a través de ella, hacia la luz.

El U-755 había partido de Kiel el 4 de agosto hacia el Atlántico Norte para pasar a formar parte de la 9.^a Flotilla, en primera línea de frente. Tenían órdenes de reunirse en la cuadrícula AO72, en un punto a 600 millas al oeste del Canal del Norte, el estrecho de mar que separaba la parte oriental de Irlanda del Norte de la parte suroeste de Escocia y que conectaba el mar de Irlanda con el océano Atlántico.

La Kriegsmarine utilizaba un sistema especial para establecer las posiciones de sus naves en el mar e implantar un sistema de nomenclatura eficaz por radio. El Marinequadratkarte estaba basado en la subdivisión del océano en cuadrantes identificados por dos letras. Estos cuadrantes se subdividían a su vez en otros nueve, numerados del 1 al 9, cada uno de los cuales se volvía a subdividir en nueve cuadrantes más. Con lo que se tenía un cuadrante subdividido en 81 pequeños subcuadrantes numerados del 11 al 99, exceptuando las cifras terminadas en 0. Cada posición podía ser transmitida por radio usando solamente dos letras seguidas de dos o cuatro números, según el tamaño del área.

Hacia el cuadrante AO72, también se dirigían ocho U-Boots más para formar la denominada Línea de patrulla Lohs, en espera de interceptar al convoy SC94 que había partido desde Inglaterra. El SC94 estaba compuesto por 36 buques de transporte, protegidos por el destructor canadiense Assiniboine y las corbetas Chilliwack y Orillia, además de tres corbetas británicas, la Nasturtium, Dianthus y Primrose.

Antes de la llegada del U-755, el convoy fue avistado por el U-593 entre la espesa niebla. El comandante del U-Boot decidió iniciar un ataque contra el grupo, consiguiendo hundir un barco, siendo posteriormente repelido por la escolta del convoy junto con el U-595.

Al día siguiente llegó el resto de la Manada de Lobos, pero los U-Boots no pudieron acercarse al convoy. Además, los U-454 y U-595 habían resultado gravemente dañados por los escoltas y tuvieron que retornar a puerto después de la operación. Otro de los integrantes, el U-210, fue hundido por el Assiniboine y al final se perdería el contacto con el SC94.

IV

24 de agosto de 1942

Eran aproximadamente las 16:30 de la tarde cuando se preparó la comida para la tripulación que entraba de guardia. Hubert y August se acababan de levantar de sus literas, junto a la cocina, y tras vestirse con sus grises trajes de faena procedieron a desplegar la media hoja abatible de las mesas que tenían bajo sus literas. El cocinero, ayudado por los rancheros, sirvió la comida al nuevo turno que entraba de guardia. Hubert terminó pronto de comer y tras despedirse de los demás, se llevó su taza de café bien cargado a su puesto en la sala de radio, para sustituir al anterior turno de guardia. Allí se enteró del hundimiento del U-210, mientras tomaba asiento en su puesto.

Las guardias del día se repartían entre las 8:00 horas y las 20:00, y dicho periodo estaba dividido además en tres subperiodos de cuatro horas. Las guardias de la noche se repartían entre las 24:00 horas y las 12:00 y dicho periodo estaba dividido además en dos subperiodos más. El número de operadores de radio que solían embarcar en un U-VIIC era de 2 oficiales y 4 marineros.

Todo el tráfico radiado era transmitido en código morse a una velocidad aproximada de 24 palabras por minuto, lo cual ralentizaba en gran manera el envío de mensajes. La forma de acotar las transmisiones consistía en el uso de dos tipos de código. Un sistema de señales estaba tipificado para avistamientos de convoys y el otro para los partes meteorológicos. Ambos sistemas permitían al operador sustituir palabras o grupos de letras por frases predeterminadas, que eran codificadas por la máquina Enigma. La instalación variaba según el tipo de U-Boot, pero todas abarcaban las 3 bandas: VLF, MF, y HF. Muchos de aquellos equipos eran fabricados por empresas alemanas como Telefunken, Lorenz o Radione.

La sala de radio contenía gran cantidad de documentos secretos, por lo que el acceso estaba restringido a los operadores y a unos pocos miembros de la tripulación. En casos de naufragio o de captura de la nave por el enemigo, los documentos

secretos, claves de ajuste de la máquina Enigma, manuales y libros de claves debían ser destruidos, lanzados por un tubo lanzatorpedos o incluso tirados por la borda.

Los operadores de radio de los U-Boots solían llevar el auricular en el oído derecho, dejando el izquierdo libre para escuchar las órdenes dadas en el interior de la nave. En inmersión no se podía transmitir ni recibir, por lo que se podía pasar un largo periodo de incomunicación.

El día 17, se estableció la Línea Lohs al oeste de Escocia con trece submarinos, y el día 21 el grupo se dirigió hacia el norte, a la búsqueda de nuevos convoys. El día 22 el U-135 divisó al sur de la línea de patrulla, al convoy ONS122, iniciando la persecución. El nutrido convoy estaba protegido, entre otros, por el destructor británico HMS Viscount (D 92), y las corbetas HNoMS Eglantine (K 197), y HNoMS Potentilla (K 214).

Al amanecer del día 25, ya había nueve sumergibles en contacto con el convoy, y se iniciarían los ataques. Repentinamente, los buques desaparecieron en la niebla y el U-755 perdió el contacto. La corbeta HNoMS Potentilla localizó al U-755 y al U-174, persiguiéndolos. El otro sumergible desapareció hacia el norte, mientras el U-755 escapó hacia el oeste. El Potentilla decidió entonces atacar al U-755, efectuando varios disparos de su cañón de 100 mm, pero los disparos no alcanzaron al submarino que escapó a gran velocidad hacia el noroeste, en la oscuridad. Al final del ataque, el balance sería de cuatro buques hundidos y dos U-Boots dañados.

A finales de agosto, el grupo Lohs se dirigió hacia el oeste de las Azores para su reabastecimiento. El día 30 el U-755 se acercó al costado del U-462 para recibir combustible y provisiones. Al mando de aquella “Vaca lechera” del Tipo XIV para suministros y reposición de submarinos, estaba el comandante Bruno Vowe. A la semana siguiente, el día 6 de septiembre, se formó una nueva línea de patrulla situada a unas 400 millas al noroeste de Cabo Race, en el extremo sureste de la Península de Avalon, en la canadiense isla de Terranova.

El U-755 se encontraba en superficie, a mediodía del 9 de septiembre, cuando Heinz Blischke, de guardia en el puente, dio la voz de alarma. En el horizonte se adivinaban dos mástiles que se iban agrandando por momentos, y el U-755 se acercó con cautela, navegando tras el horizonte visible para poder identificar a la posible presa. Se trataba de un buque de 1.827 toneladas, el Muskeget.

En silencio se cerraron escotillas y la nave se sumergió.

El USS Muskeget era un viejo vapor construido en 1922, adquirido en 1941 por la Marina de los EEUU y reconvertido en patrullera auxiliar con el numeral AG 48. El 24 de agosto había partido desde Boston hacia Islandia en su segunda patrulla como nave de informes meteorológicos.

—¡Llenar de agua los tubos de proa! —se escucho gritar a Wálter Göing.

La orden fue transmitida hacia proa. Nadie levantaba la voz, esta podía ser la primera presa del U-755. A Hubert le pareció oír la voz de Bauriedl respondiendo desde la sala de torpedos que los cilindros estaban libres para efectuar el disparo. Todos los tubos estaban llenos de agua, en contacto directo con el mar, listos para que sus mortíferas cargas abandonaran la nave.

Entonces, a las 15:16 horas, Göing dio la orden. Tres torpedos abandonaron sus nidos, saliendo presurosos a buscar su destino. Nadie respiraba en aquellos instantes, que se volvieron eternos.

En el puente de mando del Muskeget, el alférez James Vincent Aieta desvió la vista a la izquierda. A lo lejos, tres estelas se acercaban al buque. En aquel preciso instante supo que ya era demasiado tarde.

En la lejanía se oyeron dos ensordecedores estruendos, lo que significaba que dos de los tres torpedos lanzados habían dado en el blanco. Göing pegó su cara al periscopio tras colocarse la gorra del revés. El silencio impenetrable era el protagonista en el interior del sumergible, hasta que el comandante se volvió hacia sus hombres con una gran sonrisa en los labios. Un gran griterío se adueñó del sumergible, contagiándose entre la tripulación. El U-755 gozaba, por fin, de su primer triunfo en combate. Entonces, igual como habían comenzado, las sonrisas desaparecieron de los rostros de los hombres, para dar paso a la seriedad.

Desde el sumergible se escuchaban los estertores de hierros retorciéndose, junto a los de algunas pequeñas explosiones, incluso les pareció oír los gritos de la tripulación del pequeño vapor. Nadie les había preparado para aquello.

Hasta aquel día, pensaban en la contienda como en una evocación del valor y el estoicismo, del heroísmo ante la incertidumbre. Pero lo que estaban escuchando nada tenía que ver con todo aquello. La agonía, los gritos de terror y los cuerpos mutilados nada tenían que ver con el heroísmo del que tanto les habían hablado.

Todos los hombres a bordo del Muskeget, 9 oficiales, 107 marineros, 1 oficial del Servicio de Salud Pública de Estados Unidos y 4 empleados del Instituto Meteorológico civil, perecieron en el hundimiento. Solamente el halo del sol rodeaba la silueta del USS Muskeget, siendo pasto de las llamas.

Dos semanas después, el día 26, el U-617 avistó al convoy ON131, que había partido desde Liverpool, siendo su primer destino el puerto de Halifax, en Nueva Escocia. El U-Boot de Walter Göing junto a otros quince sumergibles bajo el nombre de Grupo Tiger, se dirigieron al punto acordado para un nuevo ataque.

La guardia de cubierta comentó a Wálter Göing que había una extraña calma en el horizonte. Avanzaba la tarde, mientras el cielo se cubría de un nublado gris y espeso, presagiando cambios bruscos en el clima. A media noche empeoró el tiempo, comenzando a azotar fuertes chubascos desde la mañana.

Navegaban a quince nudos, mientras el mar zarandeaba la nave con violencia, llevando las escoradas a un ángulo crítico; los hombres no habían visto nada igual. El sumergible se sacudía sobre el mar embravecido como una cáscara de nuez. En ocasiones el U-755 llevaba la proa totalmente sumergida. La dotación de cubierta se había anclado a la bataloya por medio de unos cinturones, para no salir despedidos de la torreta por un golpe de mar. Montañas de agua, tan grandes como nunca habían visto aquellos hombres, les amenazaban, cayendo sobre la popa, y haciéndola desaparecer literalmente. Los pináculos de aquellas enormes olas caían sobre la nave sin compasión.

El día 30, y viendo que el temporal no arreciaba, el comandante de la 9.^a Flotilla, Heinrich Lehmann Willenbrock, al mando del U-256, decidió abandonar la persecución del convoy. El día 1 de octubre, Göing recibió la orden de dirigirse al oeste de Irlanda, para pasar a reforzar al Grupo Luchs, junto a dieciocho sumergibles más. Se esperaba poder interceptar al convoy HX209, pero a medio camino se informó de que se había perdido el contacto con el mismo, y debido a la escasez de combustible el U-755 envió un mensaje al alto mando. El sumergible recibió la respuesta, donde se especificaba su nuevo destino: la Base naval de Brest, en la Francia ocupada.

6 de octubre de 1942

I

Brest se apareció a los hombres del U-755 como una ciudad neblinosa, fría y desmemoriada, ideal para pasar inadvertido. La dotación del sumergible estaba formada sobre cubierta mientras se nutrían de aquella visión. Las aguas del puerto ardían con un resplandor áureo, donde se reflejaba el barrio de pescadores, con multitud de reflejos.

El silencio reinante solo era roto por el ronroneo de los motores de la nave. En la noche que daba paso al amanecer, las luces del castillo de Brest se mostraban titilantes a los marinos. La bruma cayó de pronto y se extendió sobre el muelle, y a lo lejos, las aguas se volvieron oscuras. No se adivinaba el otro extremo del puerto, del embarcadero, ni del Puente Nacional. La silueta de “Le petit pont de Gueydon” como lo conocían los lugareños, apenas era visible, pareciendo otro espejismo de la niebla.

La extrema nubosidad, junto a la tenue luz de las farolas del puerto producían las ilusiones ópticas más inesperadas. Hasta aquella mole siniestra del *búnker* de submarinos hacia el que se dirigían se apareció como una gigantesca bestia, doblegada por la niebla del frío otoño.

El U-755 enfiló su proa hacia una de las descomunales puertas blindadas. Aquella puerta doble del muelle B se elevó de debajo de la superficie, produciendo espantosos chirridos, que rompieron la quietud del amanecer. La nave penetró con lentitud en el angosto túnel, atracando en el amarradero junto a otros dos sumergibles.

Sobre el techo un enorme puente grúa de 12 toneladas corría sobre dos raíles, a ambos lados del muelle. El bullicio en aquella inquietante caverna era notable, una pequeña comitiva esperaba a la dotación del submarino. La tripulación abandonó la nave subiendo a los pasillos por una escalera de cemento, cuyos escalones estaban totalmente cubiertos de grasa. Todo estaba envuelto en la penumbra; la pobre luz, provenía de unas exiguas lámparas adosadas al techo y de las aberturas que comunican con las entradas al mar. El hedor a aceite quemado se mezclaba con el inconfundible olor a agua de mar, impregnando todo el lugar de un olor fétido.

Una vez desembarcados, el comandante de la base, el capitán de corbeta Werner Winter felicitó a toda la dotación estrechando la mano a cada uno de los hombres. En aquella fría mañana, el segundo oficial Heinz Blischke, el hombre que divisó al USS Muskeget, recibió la Cruz de Hierro de 2.^a clase, había cumplido 23 años el mes anterior.

El puerto de Brest fue ocupado por la 5.^a División Panzer en Junio de 1940, y a partir de entonces se realizaron obras de acondicionamiento de las instalaciones. Debido a su ubicación estratégica, la Kriegsmarine comenzó a utilizar las instalaciones portuarias de Brest a principios de agosto de aquel mismo año, convirtiéndose en el puerto de origen de la primera y novena flotillas de U-Boots en 1941.

La construcción del *búnker* de submarinos comenzó a principios de 1941 y estuvo terminado en el verano de aquel año 42. Sus extraordinarias medidas, 333 metros de longitud por 192 metros de anchura y el techo de casi 12 metros de espesor, hacían de aquel coloso de hormigón el mayor *búnker* submarino construido por los alemanes durante la guerra. Pero los británicos ya le habían echado el ojo.

El puerto francés era la ciudad europea más frecuentemente bombardeada en aquel momento, recibiendo una atención regular de la R.A.F. desde el año anterior. Los cruceros de batalla Scharnhorst y Gneisenau fueron los principales objetivos, así como el *búnker* de U-Boots. Como consecuencia, era también una de las ciudades más fuertemente defendidas en Europa, con una enorme concentración de baterías antiaéreas.

En la noche del 30 de marzo, 100 aviones de la R.A.F. aparecieron de pronto sobre el puerto, dejando caer sus bombas. Milagrosamente, el Scharnhorst y el Gneisenau escaparon ilesos. Las aeronaves barrieron el puerto de Brest con infinidad de bombas perforantes de 227 kilogramos, diseñadas para penetrar las cubiertas blindadas de los buques de guerra. Los alemanes ya sabían que los dos acorazados habían sido detectados, lo que les convertía en un reclamo. En lugar de ser un refugio, Brest se había convertido en un objetivo.

Para los siguientes días, el mal tiempo mantuvo los aviones en tierra, pero en la noche del 3 de abril, las nubes se abrieron lo suficiente para un segundo ataque. El Hotel Continental, donde se alojaba el personal naval alemán y muchos de los oficiales de los acorazados, fue bombardeado mientras se servía la cena.

Los propios cruceros fueron cubiertos con redes de camuflaje. La inventiva de los alemanes les llevó incluso, a la construcción de un pueblo ficticio. El crucero francés Juana de Arco fue artísticamente decorado con estructuras de madera y tela, hasta que, desde el aire, asumió un parecido muy aceptable con el Scharnhorst. La ciudad fue rodeada por dispositivos productores de niebla artificial. El resultado fue que una gran parte de las bombas cayó en Brest.

El problema llegó el 24 de julio, mientras el Scharnhorst y el Gneisenau estaban al ancla. Al mediodía de aquel día, varios escuadrones de la R.A.F. los localizaron y esta vez los dos acorazados fueron seriamente dañados.

En la parte trasera del *búnker* se hallaban los talleres de reparaciones y un pequeño y alejado almacén para munición y torpedos. Los hombres cruzaron aquellas

instalaciones hasta llegar a una gigantesca puerta abatible que daba salida por la parte trasera. Tras cruzar una calle siguieron por una pequeña cuesta que les llevó ante otra puerta junto a una caseta de vigilancia, donde varios soldados de la Feldgendarmarie les dieron el alto. Tras comprobar la documentación les dejaron paso a través de un pequeño sendero que servía de atajo para llegar a la antigua Academia Naval de Brest, donde se alojaban los soldados del arma submarina.

Una gran fachada Renacentista se abrió a los ojos de los marinos, con un acentuado estilo Palladiano. El edificio constaba de tres plantas y resaltaba además su basamento rústico, almohadillado, con las líneas de unión entre los sillares hundidas, acentuando el paramento en su parte central. Grandes ventanales con arcos de medio punto ocupaban la primera planta, sobre los que se mostraban alargadas ventanas rectangulares. En las esquinas del edificio llamaban la atención imponentes motivos alegóricos, con grandes escudos de armas en bronce.

La dotación llegó al amplio recibidor a través de un gran pórtico, mediante escalones exteriores, y de allí fueron distribuidos por las habitaciones principales. En la segunda planta se encontraba otro recibidor que daba acceso a las estancias secundarias y al resto de alojamientos. Hubert y los demás deshicieron sus equipajes mientras, a través de los amplios ventanales comenzaba a llegar la luz del sol.

Desde su ventana, en el ala este del edificio, Hubert veía a lo lejos el Puente Nacional, rotando sobre sus columnas, para que barcos de carga con banderas indescifrables entraran y salieran del puerto. Más allá se veían las grandes grúas maniobrando, y frente a ellas, una antigua y destartada draga despejaba la ruta de los navíos. El joven detuvo un momento la vista en aquella draga de rosario, con su gran cadena de cangilones montada sobre un robusto castillete. La escala atravesaba el pontón y se hundía en el fondo del puerto para excavar el material, elevándolo para volcarlo sobre su cubierta.

Sasse observó a lo lejos la ciudad. Brest ocupaba las laderas de dos colinas, dividida por el río Penfeld y situada al norte de una preciosa bahía que salía al mar. Era una ciudad situada en la región de Bretaña, en el noroeste de Francia. En un emplazamiento protegido en el extremo occidental de la Francia metropolitana, Brest era un enclave importante y el segundo puerto militar de Francia.

Las ventajas de la situación de Brest como una ciudad portuaria fueron reconocidas por primera vez por el cardenal Richelieu, quien en 1631 construyó un puerto con muelles de madera. Pronto se convertiría en una base para la Marina Francesa. Jean Baptiste Colbert, ministro de finanzas bajo Luis XIV, reconstruyó los muelles con mampostería y mejoró el puerto, convirtiéndolo en el primer gran puerto de la Marina Real.

Una vez se hubieron duchado, algunos de los muchachos bajaron al recibidor que daba acceso a una gran sala de entretenimiento, donde un gran piano de cola era el indiscutible protagonista. Varios oficiales cantaban una vieja canción, mientras algunos, a pesar de la reciente prohibición de fumar, mantenían algún cigarrillo en la

boca. A Hubert le gustó aquel lugar que exhalaba olor a tabaco. El joven ojeó un viejo periódico con fecha atrasada, mientras Bauriedl, Oertl y Hiltrop pedían a un camarero tres coñacs Lautrec y dos Pastís 51 con agua fría. Fritz Bögner, que también se había sumado al grupo, levantó el brazo, saludando al segundo oficial Blischke, que acababa de asomar por la puerta, luciendo orgulloso su condecoración.

—¡Supongo, Blischke, que no ha venido por el coñac! —dijo Ernst al verle llegar—, y no tiene cara de que le guste esa bebida de señoritas que toman Sasse y Bögner.

—Tampoco veo aquí a ninguna chica —puntualizó mientras con los brazos abiertos, dirigía la mirada a sus amigos.

—Lo cual me intriga mucho y me lleva a pensar que trae alguna noticia.

—¡Señores, disponemos de veinticinco días de permiso! —soltó de repente Blischke, mientras sonreía—, por lo que deberemos estar de vuelta en la base el día 31 de este mes. Mañana temprano saldrán de la base varios transportes hacia la estación de Brest. Den sus nombres en recepción si desean viajar unos días a sus casas.

Los ojos de los presentes se iluminaron como candiles al oír aquella noticia, ¡casi un mes en casa, con los suyos! Blischke pidió una cerveza, y los hombres se levantaron y brindaron por aquel permiso, recordando los más de veinte meses que llevaban lejos de casa. Todos observaron al oficial Heinz, un hombre cercano, sincero y directo. Su trato con los hombres le había hecho ganarse el respeto y también la complicidad de toda la tripulación, sin excepciones.

II

Tres grandes camiones Opel Blitz de la Wehrmacht recorrían las calles de Brest a toda velocidad. Hubert y varios de sus compañeros ocupaban el segundo de la fila. El vehículo iba dando bandazos, mientras sorteaba las ruinas y los cráteres que aparecían en su camino. Antes de la partida les explicaron que había peligro de sabotaje por parte de la resistencia francesa, por lo que los vehículos de transporte no se detendrían por nada ni por nadie.

Según avanzaban, les dio la impresión de que se adentraban en lo más parecido a lo que sería el fin de los días. Las casas derruidas, bombardeadas, ennegrecidas, eran un lamento a lo largo del camino que atravesaba la población.

En la segunda planta de un edificio, una mujer retiraba los cristales rotos de una ventana, mientras sonaba la sirena que advertía de una próxima incursión aérea. Los ojos color miel del joven se encontraron con los de aquella anciana, en una mirada fugaz, pero que el marino alargó mientras pudo, hasta perderla desdibujándose en la distancia, entre el pánico de la gente corriendo por las calles en busca de refugio.

Según el convoy se acercaba al centro, las descargas se escucharon más nítidas y

contundentes. A su paso se mostraban los lugares más afectados por las bombas, en el centro de la ciudad. La guerra era especialmente cruel y absurda allí. Casas incendiadas, otras con el techo hundido, destripadas, la gran mayoría en escombros. Los aviones acababan de dejar un regalo envenenado a su paso.

Las columnas de humo denso se elevaban al cielo, mientras los camiones levantaban un reguero de polvo que se fundía con aquel humo negro. Así ocurría con frecuencia en los objetivos civiles. Toda una ciudad convertida en objetivo militar, carente de protección y sin ninguna capacidad defensiva.

De lo que debía haber sido una preciosa residencia solo quedaba en pie una bella y gran escalinata que, intacta sobre un fondo de destrucción, parecía ascender hacia la nada. Todo aquello se disfrazaba de una realidad especialmente extraña ante los jóvenes, que observaban con la mirada fija, lo que se les ofrecía desde la parte trasera del camión.

Los transportes botaban incesantemente sobre los baches del asfalto, cuando llegaron al Puente Nacional. A la derecha, una gran avenida les llevó hasta la estación, bordeando el puerto comercial.

La Gare de L'Ouest tenía el aspecto de haber sufrido sucesivos impactos durante el breve bombardeo. Varias de las cúpulas sobre los andenes habían desaparecido literalmente, mientras densas columnas de humo se elevaban desde el otro extremo, donde los raíles de las vías se habían convertido en retorcidos amasijos de metal fundido.

Dos cuadrillas de operarios se afanaban en su reparación, intentando transmutar todo aquel caos en lo más parecido a una tenue normalidad.

Varios ancianos jugaban a los naipes sentados alrededor de una pequeña mesa de mármol, sobre patas de fundición. Hubert acompañó a Duwe, Bauriedl y al oficial Blischke a tomar algo para matar el tiempo, pues faltaba hora y media para la salida del tren. Uno de aquellos ancianos descargaba una palmada sobre la mesa cada vez que dejaba una carta, mientras a su lado, otro acompañante dormitaba, con los codos apoyados sobre el mármol.

El "Bistrot de Landerneau" se encontraba en la "Avenue de la Gare", frente a la estación. Era un pequeño restaurante que servía comidas sencillas a precios moderados y en un ambiente modesto.

El exiguo local estaba situado en el pequeño sótano de un edificio de apartamentos donde los inquilinos pagaban por alojamiento y comida. Los propietarios podían complementar sus ingresos mediante la apertura de su cocina al público que paseaba por la avenida.

Los bistrós franceses no tenían un estilo de comida definido aunque, por su origen obrero y popular, siempre se servían platos tradicionales, donde se incluían vino y café.

Hasta el local llegaban los tímidos timbrazos de los tranvías que cruzaban la calle. Mientras los jóvenes submarinistas, allí refugiados, no conseguían entender el enigma

de la guerra.

Abandonaron Brest a las 12 de la mañana de aquel día soleado, con la gente acuartelada en los vagones, algunos sin cristales. A lo lejos estaban bombardeando el puerto nuevamente. Parte del tren iba repleto de soldados de permiso que impregnaron los vagones de canciones y tonadillas. Una estación sucedía a otra y Hubert intentó leer un periódico abandonado sobre un asiento del vagón, pero fracasó en el intento y decidió mirar por la ventana. Tras una hora de viaje, apareció el mar tras la aldea de Morlaix. Había desaparecido todo rastro de la guerra. Era como volver a recuperar el aliento contenido en Brest. Después continuaron viaje, bajando hacia Saint Briec, donde se volvió a mostrar el mar, con un agua dorada, con playas de bañistas sin conciencia y ajenos a la guerra, y refugiados.

Era de noche cuando el tren cruzó la frontera, vigilada por amenazantes soldados alemanes que escudriñaban vagón por vagón y husmeaban entre el equipaje.

Hubert se acurrucó en el asiento con la mirada perdida en el horizonte que discurría velozmente. El marino volvió a recordar a aquella anciana de Brest que, en vano, intentaba devolver un poco de normalidad a su hogar, retirando los rotos cristales de su ventana.

III

Era un día frío en la vieja Estación Central de Frankfurt. Serían las once y cuarto de la mañana cuando Hubert Sasse y Josef Bauriedl se apearon del convoy especial que llevaba a los hombres de la Kriegsmarine a sus casas.

La Centralbahnhof Frankfurt era la segunda estación de ferrocarril más grande de Alemania, tras la de Leipzig. Contaba con 24 vías y los andenes medían más de 600 metros. Era un hermoso y gigantesco edificio que estaba en funcionamiento desde 1888. Las plataformas donde se apoyaban las vías estaban tapizadas de multitud de guijarros de granito oscuro. Un sinfín de trenes entraban y salían sin descanso. El ruido de fondo era un mezcla entre los estridentes pitidos de las locomotoras y el murmullo de miles de almas que plagaban aquella estación. En aquellas horas Centralbahnhof se alborotaba, y de los andenes salían infinidad de sonidos que se extendían como un rumor, mientras una multitud de pasajeros con su algarabía, deambulaban de un lado a otro. Sin embargo una de las cosas de aquella estación que más sorprendió a los dos jóvenes fueron las seis descomunales bóvedas que formaban el techo, construido en forma de nave. Un sinfín de arcos de acero apoyados sobre los andenes, cruzaban el aire como gravitando sobre el vacío, aguantando así el peso de las estructuras de acero que constituían la techumbre. Las bóvedas se alternaban de forma intermitente con arcos torales, que separaban las bóvedas entre sí. Aquella colosal estructura se sostenía gracias a un número inimaginable de remaches.

Gigantescas vidrieras remataban las paredes laterales y la parte superior de las bóvedas, permitiendo la entrada de la luz. Las bocas de aquellos cinco andenes desembocaban en un grandioso vestíbulo central, construido en piedra. Las puertas de salida estaban rematadas por grandes arcos con decoración neoclásica. Enormes relojes, ennegrecidos por el hollín de la estación, llamaban la atención de cualquier viajero que esperase el momento de partir. Las paredes de gruesa piedra estaban salpicadas con filas de grandes y estrechos ventanales por donde los rayos solares se introducían iluminando los mármoles pulidos y brillantes del suelo.

Josef y Hubert entraron en una de las cafeterías de la estación llevando sus equipajes. Sentados en una pequeña mesa con mantel degustaron dos cafés mientras hacían tiempo. Habían venido juntos hasta Frankfurt y a partir de allí sus caminos se separaban. Después de diecinueve meses lejos de casa, deseaban llegar para abrazar a los suyos.

Hubert había comprado en Brest tres preciosos vestidos para sus hermanas. No había sido nada fácil elegir los dichosos trajes, pero sabía que si llegaba a Affeln con las manos vacías sus hermanas no se lo perdonarían jamás.

La dependienta de la tienda se apiadó de aquel guapo marino que no entendía nada sobre ropa de mujer. Hubert llevaba consigo una pequeña foto donde se las veía a las tres juntas. Orgulloso, se la enseñó, y la dependienta le mostró un precioso vestido gris claro con falda de dos piezas. Un bonito lazo estrechaba la cintura, después de todo, ya eran todas unas señoritas. Guardaba con cariño en su memoria aquel lejano día en que jugaban junto a su hermano Hermann en el río Brüninghauser.

Los chiquillos dejaron el camino de tierra y descendieron hasta el humedal. El aroma de la tierra mojada se mezclaba con el de las flores que plagaban las riberas. De los árboles salían infinidad de sonidos que se extendían como un clamor y las aves con su algarabía, acompañaban a los cinco niños. En verano, aquel riachuelo llevaba muy poca agua, y grandes matas de líquenes de color gris se aferraban a las rocas de las orillas.

Hermann y Hubert lo cruzaron de un lado al otro de un salto, y mientras el hermano mayor siguió corriendo sin mirar atrás, el pequeño Sasse se detuvo. El niño animaba a sus hermanas que estaban asustadas por cruzarlo, con sus cantos rodados de todos los tamaños y llenos de musgo; temiendo resbalar y caer. Pero allí estaba aquella mano tendida, y aquella voz que decía, —vamos, no tengáis miedo, yo estoy aquí—. Y saltando, las niñas caían una tras otra en sus brazos.

La dependienta calculó la talla que debían usar las jóvenes de aquella fotografía y envolvió tres vestidos en diferentes colores.

Un grupo de marinos estaban sentados en la barra de aquel local, mientras bromeaban con varias jovencitas de la mesa contigua. Pero las señoritas no mostraron el más mínimo interés.

—¡Esos estúpidos no se dan cuenta de que solo tienen ojos para ti! —dijo Bauriedl. Hubert contestó con una leve sonrisa.

Sasse no solía tener éxito con las mujeres, debido a su timidez, pero al pasar acostumbraban a seguirle con la vista. Sus compañeros decían que se debía a su mirada tímida, que gustaba a las mujeres. Otros lo achacaban a que todas lo preferían altos y de uniforme. Incluso alguno decía que era aquella voz, templada y sedosa. Pero Bauriedl, solía zanjar aquellas ocasionales discusiones aduciendo que todo se debía a que Hubert era jodidamente guapo.

Sasse observó que los comensales del local eran aquella mezcla de personas que solía encontrarse en las cafeterías y andenes de las estaciones, pero en general eran gente de ciudad y militares de diferentes cuerpos. Solo desentonaban las jóvenes que no le quitaban el ojo de encima, y un hombre elegantemente vestido, sentado en una mesa, junto a la puerta. Llevaba una gabardina beige y un bonito sombrero fedora de fieltro con una banda de color oscuro entre la corona y el ala ancha. Hubert pensó que debía ser alguna especie de comerciante u hombre de negocios, a juzgar por las dos grandes y pesadas maletas que tenía junto a él.

Los dos marinos pagaron la cuenta y salieron de nuevo al andén, arrastrando pesadamente sus sacos, allí se separaban sus caminos.

IV

Hacia un año que Josef Kaufer no viajaba a Frankfurt. Se vería con dos clientes y continuaría viaje hacia Hannover, pasando también por Bremen. Haría lo imposible por desviarse del trayecto para ver a la familia, como solía hacer en cada viaje. Le pareció que la estación central no había cambiado nada desde el último viaje. Pero estaba claro que el café seguía siendo igual de malo. La pequeña cafetería estaba llena de militares que iban de permiso a sus hogares.

En la barra, un grupo de marinos bromeaban con varias jovencitas de una mesa cercana. Pero era una gran pérdida de tiempo, pues saltaba a la vista que aquellas señoritas solo tenían ojos para uno de los dos marinos que ocupaban una pequeña mesa más allá. Aquel joven alto y guapo tenía el cabello rubio, mientras su acompañante era moreno y más corpulento.

Aquellos dos jóvenes eran los típicos marinos que volvían a sus casas de permiso —pensó Kaufer.

El comerciante observó a todos aquellos jóvenes que entraban y salían del café de la estación. Él ya había vivido dos guerras y sabía que la mayoría de ellos perderían su más preciada posesión, sus vidas, en aquel conflicto que estaba sumiendo a Europa en el caos. El pasado 21 de junio de aquel mismo año, sin declaración previa de guerra, el ejército alemán había iniciado la invasión de la Unión Soviética. La denominada “Operación Barbarroja” fue en sus primeros momentos un rotundo éxito. El Ejército Rojo, se mostró incapaz de resistir el ataque alemán y se batió en retirada.

Por el norte las tropas del III Reich llegaron hasta Leningrado. Por el centro hasta las puertas de Moscú. Sin embargo, por el momento, ninguna de las dos ciudades había caído.

El comerciante consultó su reloj de muñeca mientras recogía las dos grandes maletas que le acompañaban. Luego abandonó la cafetería saliendo a los andenes. Kaufer no podía ni imaginar que su vida ya estaba unida a la de aquel joven y guapo marino al que las muchachas de la barra observaban, embelesadas. No podía suponer que sus dos caminos se entrelazarían para siempre.

10 de octubre de 1942

I

Aquella pesada máquina relucía sobre la estela de humo que surcaba el suelo de la estación de Neuenrade. Hubert observaba con la frente apoyada sobre la ventana del vagón, mientras su rostro se reflejaba en el cristal. Se incorporó en su asiento, cuando le vino a la memoria la última vez que había visto aquel lugar, hacia más de año y medio. Desde entonces, su relación con la familia se había visto reducida a algunas llamadas telefónicas y decenas de cartas.

Cuando el tren se detuvo, el marino recogió su equipaje y se apeó. Unas débiles bombillas intentaban iluminar la parada mientras él pisaba los adoquines del andén llevando a la espalda el pesado macuto, inspirando profundamente aquel aire de su tierra. Abandonó la estación, mientras la gente pasaba a un lado y al otro de la calle, indiferente a aquel guapo soldado uniformado que días atrás surcaba el infinito Mar Báltico en una fantástica nave de guerra. Observó que había nevado hacía varios días, a juzgar por los restos de nieve que quedaban junto a las aceras. Hubert tomó un autobús hasta Affeln, y una vez allí decidió hacer a pie el resto del camino hasta la granja, a menos que encontrara un transporte.

La noche la había pasado despierto, leyendo, comiendo y velando el pasillo del vagón, de uno al otro extremo, por lo que no le seducía la idea de arrastrar aquel pesado saco hasta casa.

Hubert abandonó la aldea caminando por el arcén, atravesando pequeñas arboledas que parecían cerrarse sobre él. Le acompañaban los extensos campos sembrados, tachonados por diseminados núcleos de abedules, con sus blancos troncos brillando con la luz de la mañana.

Al llegar a un punto del camino se apartó de la pequeña carretera y se descalzó, para cruzar por un grupo de hayas rojas, como había hecho tantas veces de pequeño. La arboleda era tan frondosa que la luz del Sol apenas podía atravesar sus ramas, y cuando lo hacía, impregnaba de destellos de un cálido bronce la hermosa hojarasca. Él la pisaba lentamente con los pies desnudos, absorbiendo sin prisa cada segundo de aquella paz que se hacía cada vez más corta, a cada paso que daba, para enfrentarse de nuevo con la realidad, con la carretera que aparecía al otro lado.

Al llegar a la granja no vio a nadie. Se quedó sorprendido de haber olvidado el olor de su casa. De repente recordó cuanto añoraba el aroma de la madera vieja; de la cocina donde su madre pasaba gran parte del día, y de la chimenea encendida, donde

varios troncos se consumían con lentitud.

—¡Hola!, ¿hay alguien en casa?

Le extrañó que no hubiera nadie y corrió hacia el establo, junto al granero. Allí estaba, se quedó parado en la entrada, mientras observaba a su madre, de espaldas a él.

Sus arrugadas manos transmitían sencillez y trabajo. Se había levantado temprano para dejarlo todo preparado antes de que llegase su hijo. Hubert había avisado de que iba de permiso, pero no tenía claro el día de su llegada. Todo dependía de los trenes.

Theresa Sasse había terminado el ordeño, cuando preparó agua para las vacas. Dejó uno de los cubos en el suelo y, de repente, se incorporó. Aquel olor, recordó aquel aroma, de cuando era jovencita, casi una niña. Había ido con sus padres al entierro de una tía en una gran ciudad de la costa. Allí vio por primera vez el mar, y en aquel instante, en el establo, volvió a recordar, a sentir aquel olor, aquella agria fragancia a sal.

Levantó la vista para confirmar sus sospechas. ¡Allí le tenía, después de tantos meses! A varios metros de ella, con aquella sonrisa tierna y aquella tímida mirada.

—¡¡Dios mío, cuánto tiempo ha pasado!! —dijo Theresa.

Su hijo no habló. Se quedó observándola fijamente, mientras de sus ojos color miel brotaban lágrimas que se derramaban por sus mejillas.

Madre e hijo se fundieron en un abrazo que se convirtió en lo más parecido a una eternidad. Pasaba el tiempo y ninguno de los dos mostró el más mínimo deseo de separarse. Hubert la apretaba contra él con tal fuerza que parecía que quisiera pararle la respiración. Theresa tuvo la impresión de que sus pies dejaron de tocar el suelo. Notó que aquel hombre poseía tanta fuerza y vitalidad que le dio la impresión de que hubiera podido levantarla en volandas si ese hubiera sido su deseo.

En aquel mismo instante, aquella madre hubiera dado lo que le quedara de vida, a cambio de que su hijo volviera a ser un niño, para poder retenerlo junto a ella, para que no tuviera que volver a marchar.

—¡Vamos a casa! —dijo su madre—. Tus hermanas deben estar al caer. Han ido con papá al pueblo y me extraña que no te hayas cruzado con ellos por el camino.

—Además, si no me equivoco, los rugidos que oigo desde aquí, deben venir de tu estómago. Vamos y mamá te preparará algo.

Madre e hijo se sentaron a la mesa, uno frente al otro, mientras ella le cogía las manos con fuerza. Allí hablaron, mientras él le contaba todo lo vivido durante su larga ausencia. Hubert tenía una forma especial de comprender el mundo y veía las cosas de un modo especial. Tenía un agudo poder de observación, y describió a su madre los lugares que había visitado con tal nitidez que a ella le dio la impresión de verlos realmente. Su hijo trajo consigo innumerables historias del mundo exterior que llenaron a Theresa de incertidumbre. Sabía que allí fuera se estaba librando una guerra que asolaría el mundo, y el sufrimiento por sus dos hijos le partía, literalmente el alma.

Hubert se quedó sin palabras al ver llegar a sus hermanas. “¿Tanto tiempo había pasado?!” Las tres jóvenes entraron en casa sin sospechar nada. Entonces vieron a aquel hombre allí plantado.

Durante una fracción de segundo no le reconocieron. Entonces comenzaron a gritar y las tres se abalanzaron sobre su hermano como un torbellino. Tras un lapso de tiempo, ya más sosegadas, le abrazaron y lloraron.

Hubert observó a la mayor, Elizabeth rayaba los 19 años y se había convertido en un mujer delicada y sublime a la vez, como un cisne. De cuello largo y elegante, y manos delicadas. Por otro lado, saltaba a la vista que era una mujer fuerte, de carácter alegre, pero con mucha determinación.

Su cabello había evolucionado en una preciosa cabellera rubia y rizada y sus ojos seguían mostrando aquel azul profundo.

Anton Sasse entró corriendo, ante los gritos.

—¡Oh, Dios mío!, ¿por qué no has avisado de que venías hoy?

—¿Acaso no tienen teléfono, en ese sitio donde estás? —Su padre le abrazó como hacía tiempo que no lo hacía.

Hubert sacó el paquete con los vestidos que había traído de Brest y lo depositó sobre la mesa. Sus hermanas destrozaron el envoltorio, presas del nerviosismo. Tras una corta discusión eligieron un color y fueron a probárselos.

Mathilde, había cumplido los 15, con el pelo largo y aquella manera de cerrar los ojos verdosos y alegres cuando sonreía. Y los hoyuelos que se le formaban en las mejillas con aquella risa arrebatadora. ¡Estaban preciosas con los vestidos nuevos!

La pequeña Helfriede rondaba los 12 años, y su madre decía que se parecía a él. Su frente era alta, enmarcaba un rostro ligeramente alargado, pero muy armonioso. Pero lo más llamativo de su físico eran unos inusuales y expresivos ojos verdes que relucían como dos estrellas.

Al despertar le llegó un aroma que le despertó el apetito. Hubert había dormido como nunca. Su cama seguía oliendo a él. Se levantó rápidamente, se dio una ducha y se puso unos pantalones y una camisa. Se peinó y salió a toda prisa del dormitorio. En la chimenea, un enorme tronco se estaba convirtiendo en una gran brasa, que escupía chispas doradas en todas direcciones.

En la mesa de la cocina estaba la familia al completo, excepto Hermann. La madre de Hubert se levantó rápidamente de la silla que ocupaba y fue a prepararle el desayuno. Elizabeth y su padre siguieron sentados y saludaron al joven con una sincera sonrisa. En aquel momento aparecieron las restantes mujeres de la casa.

—Buenos días Hubert ¿Cómo has dormido, has descansado? —Preguntó Mathilde muy cariñosamente.

—¡Oh si! Hacía tiempo que no dormía todo de un tirón, gracias —dijo Hubert con

una sensación de paz en el cuerpo que le era desconocida. Se sentía tranquilo y relajado. Solo le faltaba su hermano para que la dicha fuera completa.

Durante el almuerzo estuvieron hablando un poco de todo. Hubert puso a su padre al corriente de la guerra, recordando las calles leprosas y en ruinas de Kiel, Brest, o cualquiera de las otras ciudades que había visitado. Y los atroces juegos de la guerra, el miedo y el hambre, o el frío que se vivía en el fondo del mar. Los gritos aterradores que se escuchaban entre los hierros retorcidos de los buques que enviaban a las profundidades. Su llegada había rasgado sin quererlo, el velo de ignorancia que cubría el hogar de los Sasse.

Durante días se dedicó a ojear las cartas que habían recibido de Hermann. Su madre le zurció los calcetines e intentó eliminar de su ropa aquel olor a mar, lavándola varias veces.

Ocupó el permiso de que disponía entre las labores de la granja y algún día de pesca con su padre. Allí, sentados junto al castillo de Brüninghausen, a solas con él, le hablaba de la violencia que había presenciado entre los hombres, del deterioro de los espíritus, de la rabia y la desesperación. Su padre le pasaba el brazo sobre el hombro y lo atraía hacia él.

II

Durante mucho tiempo, el horizonte no había sido más que una monótona y fina línea azul grisácea que separaba el océano Atlántico del cielo. Los doce Lockheed Hudson Mk VI de la R.A.F. avanzaban a 170 nudos, a un buen régimen, volando bajo a 1.900 pies sobre las olas. Habían salido desde Escocia para pasar a reforzar la fuerza aérea del norte de África.

A pesar del estruendo de los motores, el copiloto Bill Patchet, se quedó dormido. Estaba cansado, después de cinco horas de vuelo tras su salida desde Escocia. La autonomía de aquellas aeronaves era de 6 horas y 55 minutos de patrulla o alrededor de las 2.200 millas.

El Teniente de Vuelo G. A. K. Ogilvie ladeó el volante de media luna y el avión inclinó un ala y perdió altura, mientras la línea de la costa de Portugal se advertía más allá de la ventanilla. Era un día luminoso y azul, aunque un fuerte mistral salpicaba el mar de crestas blancas.

Patchet no tenía idea de cuánto tiempo había dormido. Cuando despertó, vio que el horizonte seguía siendo plano. Hacia adelante apareció un gran brazo de tierra que se adentraba en el mar. Entonces estiró los brazos en el aire, mientras se desperezaba, para preguntar:

—¿Qué es aquello?

—El Cabo de San Vicente, en Portugal —repuso Ogilvie—. En teoría, falta una

media hora para llegar. ¿Ha dormido bien el señor?

—¡Venga Ogilvie, solo he pegado una cabezada! —explicó Patchet—. Además no te hago ni puñetera falta, estos pájaros vuelan jodidamente bien.

—¿De dónde es usted, teniente? —pregunto a su espalda, Bryan Murphy, el artillero de la ametralladora ventral.

—De Londres —contestó Ogilvie—. Llegué el viernes a Sumburgh. Creo que nos destinarán a los seis a esta unidad en cuanto lleguemos a Gibraltar.

Patchet y Ogilvie se conocían desde hacía dos años. Ya habían volado juntos en otras unidades. A pesar de que Ogilvie, con sus 29 años de edad, le sacaba más de seis o siete a Patchet, ello no impedía que se llevaran muy bien.

Tras ellos se encontraban Calvin Harrison y Dallas Lee en los compartimentos de bombas, además de Sullivan Hart, en su puesto de artillero de cola. Hart se había quejado durante todo el viaje del viento que entraba por las juntas de la burbuja.

Aquel Hudson Mk VI AM725 M del 608 escuadrón de la R.A.F. llevaba dos ametralladoras fijas del calibre 7.7 mm a proa, alojadas en el interior de la parte superior del fuselaje del morro. Otras dos ametralladoras más del mismo calibre iban situadas en la burbuja que portaba en el dorso y una ametralladora de 7.7 mm, en posición ventral. Además llevaba entre 400 y 700 kilogramos de bombas y cargas de profundidad. Contaban también con el magnífico radar ASW Mk II alojado en forma de antena bajo las alas y ocho nuevos lanzacohetes aire superficie que estaban dando buenos resultados.

Años atrás, la “Comisión de compra británica” había buscado desesperadamente un avión de patrulla marítima para el Reino Unido, en apoyo a los Avro Anson. El 10 de diciembre de 1938, la “Corporación Lockheed Aircraft” les mostró una versión modificada del modelo comercial 14 Super Electra Lockheed, que rápidamente entró en producción como el Hudson MK I.

Al comienzo de la guerra y bajo el programa de “Préstamo y Arriendo”, 78 Hudson estaban preparados para entrar en servicio, pero debido a la neutralidad de Estados Unidos, los aviones no podían ser entregados directamente a Gran Bretaña, por lo que volaron en secreto hasta la frontera canadiense. Desde allí fueron remolcados por tractores hacia territorio canadiense, donde fueron trasladados a aeródromos para ser desmontados pieza por pieza y envueltos para el transporte por barco a Liverpool, y de allí a Escocia.

Los Hudson fueron suministrados sin la torreta dorsal, que se les instaló a la llegada a Reino Unido. Pero a partir del 9 de noviembre de 1941, con la entrada de EEUU en la guerra, las cosas cambiaron. De la variante MK VI, la R.A.F. recibió en régimen de préstamo y arriendo unos 450 aparatos que recibirían el nombre de A-28 A.

—Repostaremos y descansaremos, y mañana saldremos hacia Blida —comentó Ogilvie—. Mañana nos quedarán alrededor de 500 millas, bordeando las costas de Marruecos y Argelia.

Ogilvie había pilotado por primera vez un aeroplano a motor, allá por los años treinta, con apenas 19 años de edad. Luego se pasó a la aviación civil, y tras unos años ingresó en la Royal Air Force. Desde entonces formaba parte del 608 Escuadrón, con base en Thornaby-on-Tees, en North Yorkshire. El día que le avisaron de su nuevo destino, Argelia, no tuvo tiempo de despedirse de sus padres. En todos los casos el proceso era el mismo: la precipitada llamada telefónica, la preparación del equipaje a prisas y corriendo y el vuelo a un destino incierto.

Después de tantas horas de monotonía, les pareció de gran interés divisar aquel grupo de buques bajo ellos. Había más de veinte naves de diversos tipos dispuestas en una especie de círculos concéntricos. En el perímetro exterior, Ogilvie pudo contar seis buques de la Royal Navy, entre destructores y alguna corbeta; más cerca del centro había grandes mercantes, y en el centro mismo se podían adivinar los buques más vulnerables, los viejos y pequeños vapores que a duras penas podían mantener la velocidad de desplazamiento del resto de naves. Era de obligado cumplimiento mantener a estos lentos, pero necesarios transportes en el centro de la formación, para evitar que quedaran rezagados tras el convoy, aunque esta norma, no siempre se cumplía.

El copiloto observó desde su ventanilla, a estribor. Dos de los Hudson de la formación se colocaron a su costado, mientras uno de los pilotos hacía gestos con el brazo. Ya se avistaba el aeródromo de North Front, en Gibraltar. Ante las aeronaves se apareció el gran coloso de roca, como un impávido vigilante. El peñón de Gibraltar, era un islote rocoso unido a la península ibérica por un istmo de arena, donde destacaba un promontorio monolítico de piedra caliza que asomaba 426 metros sobre el nivel del mar.

El avión descendió un poco más. Las salpicaduras blancas del oleaje se volvieron más visibles y nítidas, y el viento empujaba el agua en dirección paralela a la costa. El piloto siguió virando lentamente para enfilear la nave en una óptima aproximación al aeropuerto.

III

22 de noviembre de 1942

El perfil de las montañas que custodiaban el valle de La Toscana apenas había empezado a manifestarse sobre el fondo del cielo, cuando la madrugada de aquel frío mes de noviembre, el U-755 enfiló el Golfo de La Spezia. La noche impenetrable no les había dejado ver el azul del Mar Mediterráneo. La silueta del Monte Sagro se recortaba en los Alpes Apuanos, la cadena montañosa que formaba parte de los Apeninos. A través de la silueta del puerto, contemplaron las luces que titilaban en la bahía, donde algunos U-Boots permanecían abarloados a varios buques.

La nave de Göing había zarpado el 1 de noviembre desde su base en Brest, hacia el Mar Mediterráneo. La madrugada del día 10 cruzaron con sigilo el estrecho de Gibraltar. Para adherirse a la 9.^a Flotilla en su lucha contra los buques de suministros y apoyo a los desembarcos aliados del norte de África. Tras varios días de cacería infructuosa, el sumergible era enviado a La Spezia. La tripulación fue acomodada en las instalaciones del arsenal, en espaciosos dormitorios desde cuyos ventanales se disfrutaba de las bonitas vistas del puerto.

La Spezia, era una ciudad de la región de Liguria, en el norte de Italia. En la zona occidental se encontraba el arsenal militar, mientras que en el lado oriental del golfo se hallaba el puerto mercantil, uno de los más importantes de Italia.

Además del arsenal de la Marina Italiana, que ocupaba a muchos trabajadores entre militares y civiles, la economía de la ciudad se desarrollaba en torno a grandes industrias, como OTO, una de las más importantes empresas en el sector de las armas. “Odero Terni Orlando” producía las armas pesadas para la mayoría de los acorazados de la Regia Marina Italiana.

En aquella ciudad hecha de palacios, las calles eran amplias y las casas altas y esbeltas, mostrando el calor solar en los revoques de las fachadas. Preciosas viviendas de estilo Barroco se asemejaban a coquetos palacetes. Junto a ellos, antiguas casas torre, asomaban peligrosamente a los acantilados, mientras sus terrazas en mármol y areniscas de innumerables tonos, parecían querer surgir de sus basamentos, para acabar precipitándose al mar, a aquel mar cristalino y transparente, como los jóvenes no habían visto uno igual.

Una notoria ambivalencia cultural impregnaba la ciudad, creando una rica complejidad de matices. Junto al puerto se apretujaba un pequeño mercadillo de especias, y al fondo se perfilaban los techos de tejas de las casas del barrio antiguo, levantado hacía dos siglos por inmigrantes de las zonas rurales. La pequeñas viviendas con suelos de madera, estaban levantadas sobre una pronunciada cuesta.

Los jóvenes pasearon las calles adyacentes, donde la gente vivía apiñada. Las casas estaban tan juntas las unas de las otras, que no se veía el cielo. Pasearon aquellas calles oscuras que desembocaban en el puerto, donde los alfareros tenían sus talleres. En una pequeña plaza, la muchedumbre se agolpaba a ambos lados del portal de la iglesia.

Acababa de celebrarse una boda y todos querían ver a la novia.

Hubert y los demás subieron otra empinada cuesta, adoquinada con grandes piedras, que se bifurcaba en otras dos calles, más empinadas, si cabía.

La casa de la esquina repartía su fachada con las dos calles y era una vivienda muy sencilla, con la primera planta de adoquines rojos, con grandes y descoloridas cristalerías pintadas de un azul verdoso. La fachada de la segunda planta era de madera oscura, rodeada de ventanas altas y cerradas con cortinajes de tela clara. El tejado casi plano y con tejas barnizadas, estaba rematado por una especie de modillones, mientras un gran parral crecía entre las dos plantas, trepando por la

envejecida fachada.

Un enjuto joven, embutido en unos holgados pantalones con tirantes y sin cinturón, llamó la atención de Hubert, gesticulando desde la puerta de una barbería instalada en aquella planta baja.

—¡Creo que quiere cortarnos el pelo! —dijo.

Varios ancianos estaban de tertulia, cuando Sasse entró en compañía de Werner Eichler y Josef Bauriedl. Les recibió una tenue luz malva y una suave fragancia a lavanda que impregnaba el pequeño local, mezclándose con el aroma a toallas limpias.

Al cabo de unos minutos de discutir el precio, aquel peluquero parlanchín sometió al marino a un meticuloso corte de pelo, mientras le contaba su historia, acompañado por el tintineo de las tijeras.

Barbero de tercera generación, Alessandro llegó hacía un año a la ciudad, procedente de Borgo Val di Taro, en la provincia de Parma, con la idea de ahorrar dinero para poder casarse con su novia del pueblo. Los padres de la joven le pedían una importante dote, por lo que el joven trabajaba siete días a la semana para reunir el dinero. Tras descontar la cantidad que le costaba el alquiler de aquella casa, Alessandro calculaba que tendría que seguir allí, en La Spezia, año y medio más.

Hubert escuchaba, cautivado por la sencillez de aquella historia. Indiferente a la tragedia que estaba desgarrando al mundo, aquel joven vivía en su propia realidad, cuyo único objetivo era formar una familia junto a su amada.

La dotación al completo recibió un permiso para pasar las navidades en casa, debiendo presentarse en la base el 25 de enero del siguiente año, para zarpar en la tercera patrulla dos días después.

El día 23 de noviembre, parte de la tripulación estaba en la estación de ferrocarril de La Spezia, donde los copos de nieve de la primera nevada revoloteaban a la luz de las farolas.

La plaza de la estación relucía bajo el tenue manto blanco del invierno. Los escasos pasajeros del tren que se bajaban allí, se movían por el andén con paso rápido. Un silencio casi solemne envolvía el lugar. Durante varios minutos, allí no se veía ni un alma, ni coches, ni autobuses, solo militares que iban y venían.

Había un enorme reloj, el elemento que dominaba el bar de la estación, con dos grandes manecillas que viajaban con exasperante lentitud alrededor de la carátula que alguna vez había estado recubierta en esmalte blanco y que ahora se mostraba ennegrecida por el paso del tiempo y el humo del tabaco.

26 noviembre 1942

I

Cogió su equipaje y se caló el sombrero de fieltro, con la otra mano cerrada sobre un diario. El autocar iba repleto de campesinos y soldados con su macuto al hombro que volvían al hogar. Hubert se apeó en la parada de Affeln y comenzó a andar a pie hacia la calle principal, mientras un perro escuálido husmeaba sus pies. Entonces percibió que el pueblo había cambiado desde la última vez. ¿O acaso era él el que había cambiado? Se quedó parado mirando a los transeúntes que llenaban la plaza, deambulando entre la nieve.

La gente pasaba con las manos en los bolsillos, a su lado, sin decir palabra. De lejos se veía la hilera de árboles junto a la acera, cerca de la iglesia. La penumbra de las ramas cubría la calle. Entonces le pareció reconocer a dos muchachas, al otro lado.

Helfriede y Elizabeth volvían en aquel momento de la Iglesia. Cruzaron ante él, pero al principio le tomaron por un extraño y no le reconocieron. Hubert había perdido siete kilos. Estaba tan delgado que los pantalones le venían holgados. Las jóvenes se dieron la vuelta al oír que alguien requería de su atención.

—¡Ssst! Un muchacho de elevada estatura alzó la mano entre el gentío.

Elizabeth sonrió, y las dos muchachas corrieron hacia él, abriéndose paso entre la multitud. Hubert quedó extrañado cuando llegaron a su lado, riendo por lo bajo. Entonces preguntó:

—¿Qué ocurre?

—¡Nada! —contestó Elizabeth—. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, os noto extrañas.

La gente observaba a aquellos jóvenes abrazados, mientras reían. Al cabo de un rato, sus hermanas le ayudaron con el equipaje y partieron hacia casa.

Por el camino se cruzaron con un carro tirado por dos hermosos caballos, haciendo sonar las campanillas de latón del pretal. Iba cargado de leña procedente de la limpieza que se efectuaba anualmente en los bosques. Parte de ella sería convertida en carbón vegetal para ser utilizada en los hogares de las casas en invierno. El carretero iba acostado sobre los troncos, medio dormido, pero los caballos daban la impresión de saberse el camino a casa. Hubert observó aquella imagen, como si la guerra no pudiera interrumpir aquella normalidad.

Los tres hermanos hablaban y reían de camino a Birnbaum, mientras sus voces se

mezclaban con el alborotar de cientos de gorriones y el rumor de las ramas de los abetos, mecidas por el viento. Blancas cortinas de nieve colgaban de los árboles, goteando constantemente, mientras el sol pálido no conseguía disipar el frío de la mañana.

Sus hermanas seguían cuchicheando a sus espaldas.

—¡Bueno!, ¿me vais a decir al fin que es lo que ocurre?

Los ojos de Elizabeth se abrieron sorprendidos. Lo miró y respondió:

—¡Nada!

Helfriede soltó una carcajada. Hubert pensó que fuera lo que fuera lo que le ocultaban sus hermanas, lo descubriría al llegar a casa. El marino sintió un repentino escalofrío. El viento frío acariciaba su rostro, mientras Hubert pensaba que realmente, nada había cambiado desde su última visita. El otoño llegaba a su fin, mientras grandes hojas de tonos rojizos se amontonaban a los lados de la carretera, semienterradas en la nieve.

Theresa estaba en la parte de atrás de la casa, apilando leña, entonces miró sobre el vallado y vio a los tres jóvenes que se aproximaban por la carretera.

En casa había mucho ajetreo, y las mujeres cuchicheaban en la cocina. Hubert subió a su habitación, se lavó la cara y las manos en la jofaina de porcelana que tenía sobre la consola y se puso una camisa blanca recién planchada. A pesar del paso de los años, seguía bajando aquellos escalones de dos en dos, como cuando era pequeño.

Hubert tomó asiento en un banco corto y pulido por el uso, frente al fuego. Las llamas del fogón se alzaban y removían incansablemente. Las tres muchachas rieron y se miraron entre sí cuando su hermano se lanzó sobre la olla, hambriento y metiendo la cuchara en la sopa para coger la carne y las verduras.

Su madre, sentada en un taburete, no apartaba la mirada de su hijo. Entonces, el marino se percató de que estaba siendo observado por sus hermanas y preguntó:

—¿Qué?, ¡tengo hambre!

—¡¿No querréis comparar la comida que nos dan allí, con la que hace mamá?!, ¿verdad?

El joven hablaba con la boca llena y apenas se le entendía. Aquello desató las risas de sus hermanas.

Mientras se acariciaba el cabello, miró a su madre, lleno de recelos. Los cuchicheos entre las mujeres continuaban a sus espaldas.

—¿Y cuando dices que papá volverá de pescar? —preguntó Hubert. Entonces se percató de que la mirada de su madre ardía.

—¡Bueno!, como veo que ya has terminado de comer, te lo diré.

—¿Qué ocurre? —preguntó de nuevo. Sus hermanas reían a sus espaldas.

—¡Papá no ha ido solo! —dijo Theresa, al fin. Hubert no entendía nada.

—Si entras en el trastero, podrás ver que la caña de pesca de Hermann no está.

Sus hermanas se asomaron a la ventana para verle montar. Subió a la bicicleta de un salto, con asombrosa agilidad, y se marchó en dirección al río. Enfiló el sendero que discurría suavemente, riachuelo abajo, pedaleando con todas sus fuerzas entre la nieve, estaba ansioso por poder llegar cuanto antes a la casa de la torre. Hacía tres largos años que no veía a su hermano.

La espesa arboleda proyectaba una larga sombra sobre el sendero, mientras los tímidos rayos de sol morían perezosos, intentando atravesarla y filtrándose entre las ramas.

Hacía frío, sentado junto al agua. Anton sacó una cerilla y la frotó contra un tronco para encenderla. La cerilla se hundió en la madera podrida, sin prender. Entonces se inclinó a un lado del tronco, encontró una parte dura y frotó nuevamente la cerilla. Prendió la pipa y se sentó a fumar, observando el castillo, mientras su hijo preparaba un nuevo anzuelo.

Los muros de Brüninghausen proyectaban una alargada sombra que se internaba en el lago. Anton llevaba media vida pescando allí; aquel remanso le producía un profunda sensación de respeto a la naturaleza. Prefería llegar temprano, mientras la superficie de la laguna no mostraba ninguna expresión de vida. Aquel día el silencio solo era roto por algunas libélulas que planeaban sobre la cristalina superficie, y por su amado hijo Hermann, que no paraba de hablar. Pero entonces fue él quien rompió el silencio.

—¿Recuerdas la primera vez que vinisteis a pescar con papá? —preguntó a su hijo—. Tu hermano se pasó la tarde intranquilo. Decía que el castillo era la morada de un dragón.

—El señor Schmidt había recibido unas preciosas cañas de Zürich —recordó Hermann—. Tú cogiste el dinero del tarro que mamá tenía en la cocina y volviste al pueblo, comprando una para cada uno.

—Cuando mamá vio el tarro medio vacío se puso hecha una furia. Al día siguiente vinimos a pescar los tres juntos.

Anton rememoró aquel día. El pequeño Hubert no quitaba el ojo al castillo. Uno de los libros que cogió prestado de la biblioteca de Affeln contaba la antigua historia de una mágica aldea en la que los niños tenían dragones por mascotas. El pequeño mantenía la idea de que el niño del castillo habría muerto ya, hacía muchos años, pero que el dragón seguiría por allí.

En aquel momento el sonido de un timbre de hojalata se oyó débilmente bajo la bóveda del bosque.

¡Clic, Clic, Clic!

—¿Has oído, papá? —preguntó Hermann Sasse—. Ha sonado como un timbre de bicicleta.

Padre e hijo se dieron la vuelta, entonces lo volvieron a escuchar y acabaron

poniéndose en pie. Pronto le vieron llegar, a lo lejos. La pipa de Anton se le escurrió de entre los dedos.

Hermann soltó la caña y corrió como nunca había corrido, con los faldones de la camisa revoloteando. Estaba cambiado. El hijo mayor de los Sasse estaba más delgado y llevaba el cabello corto. Su padre no lo reconoció cuando se apareció por casa, hacía unos días.

Al llegar el uno junto al otro se abrazaron, perdiendo el equilibrio y cayendo junto a la bicicleta al suelo. Los dos hermanos rodaron por el suelo, revolcándose en la nieve, agarrados entre sí. Durante un minuto forcejearon cogiéndose de las ropas y riendo, se abrazaron y rodaron por el suelo, cubriéndose de barro. Cuando la confusión pasó, Hermann estaba sentado a horcajadas sobre su hermano, y propinándole pequeños puñetazos, le decía:

—¡Date por vencido!

Los dos se incorporaron sacudiéndose la nieve de la ropa, entre risas. Su padre les vio acercarse, mientras pensaba que aquel sería un buen día, pues él ya lo tenía todo.

El recién llegado sacó su caña y se sentó junto a ellos. Hubert escuchó un momento, pero ningún ruido turbaba la quietud. Los tres se miraban en silencio y se sonrieron, no necesitaban más.

Aquellas Navidades, la familia Sasse las pasaría al completo.

II

El barrendero recogía en un carretón las esquirlas de piedra que producían los canteros. Vicente Cervera, “Pachón”, era el barrendero del pueblo y se encargaba de tener limpio el mercado. También ayudaba a recoger los perros que vagabundeaban, además de repartir cartas y hacer recados para quien lo solicitara.

Aquel hombre servicial y cariñoso entablaba amistad con cualquier artista que actuara en el Cine Teatro Casares y por las noches acudía a los pases de cualquier película, que nunca terminaba de ver porque, en alguna butaca de la última fila, acababa por dormirse.

Siempre iba acompañado de su inseparable escobón. A sus 50 años arrastraba un defecto de pronunciación que los niños aprovechaban para mortificarle, imitándole. Acostumbraba llevar una boina, y vestía una chaqueta de pana con los bolsillos repletos con varias hojas de papel o algún viejo periódico, y ante el asombro de cualquier persona se detenía a modelar con increíble habilidad alguna bella figura de papiroflexia. Solía sorprender a los niños en plena calle, regalándoles alguna preciosa figura de papel. Pachón era un buen hombre que se ganaba el aprecio de todos en el pueblo.

El espíritu innovador de Piqueres le había llevado a modificar la manivela del torno, para que al ganar longitud, redujera el esfuerzo necesario para subir los sillares hasta la parte superior de la obra.

El carpintero subió a lo alto de la torre para comprobar el buen funcionamiento de la máquina, mientras le llamaba la atención la nivelación exacta de las hiladas. José Lleó se quitó la gorra y el pañuelo y se secó el sudor de la frente, cuando el carpintero le puso la mano sobre el hombro, mostrándole su satisfacción por el buen trabajo.

El maestro albañil le saludó. Piqueres llevaba dos días sin aparecer por la obra. Había visitado las canteras junto a Joaquín Nebot para revisar la calidad de la piedra que se estaba extrayendo para la torre. El muro de toda la construcción se alzaba hilada a hilada siguiendo el plano, mientras en el interior, la escalera helicoidal crecía al mismo ritmo. Piqueres descendió del andamio que dominaba el interior del campanario, a la altura del piso donde se estaba trabajando. La luz del exterior entraba por la estrecha ventana lanceolada, mientras descendía por la escalera, pensando que se acercaba la hora del almuerzo.

Los hombres dejaban el trabajo unos minutos para comer algo allí mismo, sentados sobre cualquiera de los sillares, entre risas y alegres charlas. En aquellas pequeñas reuniones algunos hombres traían bonitas botas de piel que repletas de vino. Otros repartían un gran trozo de queso, mientras algunos colaboraban con algún tomate cultivado en su huerto.

Tras probar los diferentes vinos que traía cada uno se solía acabar discutiendo cual tenía mejor paladar. Entre chanzas y bromas, comenzaban a entonar con más entusiasmo que armonía, cantos típicos de la tierra que pronto, a medida que el vino corría por las gargantas, se acababan convirtiendo en tonadillas subidas de tono, a las que el padre Elías solía poner fin.

Piqueres se sentó en su taburete, para reanudar la labra del sillar que le ocupaba desde primera hora de la mañana.

Con ayuda de un mazo y un cincel tallaba pacientemente la cara vista del bloque. Aquella cara estaba destinada al paramento exterior del muro y cuando lo consideraba oportuno comprobaba la perfección de la misma con un pequeño listón de madera.

Estaba totalmente abstraído en el trabajo cuando alguien se sentó junto a él.

—¡Buenos días nos dé Dios!

—¡Buenos días, don Elías! ¿qué me trae de nuevo?

Ante la sorpresa de Piqueres, el párroco se subió la sotana hasta las rodillas mientras se sentaba junto a un sillar desbastado en parte. Recogió las herramientas junto a él y comenzó a tallar el bloque con tan buena técnica, que al carpintero le dio que pensar.

—¡Vaya! ¡Usted ha estado trabajando en mi ausencia! —dijo el carpintero.

—Estos días atrás he venido a ayudar un poco, y los muchachos me han enseñado

las artes del oficio, que por cierto, debes saber que es uno de los más antiguos de la creación.

—¡Lo sé, padre, lo sé! —contestó Piqueres mientras se sonreía.

Después de la misa de las nueve, el padre Elías solía visitar a algún enfermo. Pero viendo que toda ayuda era bienvenida en el campanario, había decidido dedicar sus momentos de asueto a contribuir en la obra.

III

8 de febrero de 1943

Ufaley era una gigantesca construcción en mitad de los bosques y pantanos de los Montes Urales, en el distrito federal de Chelyabinsk Oblast, en la Rusia de Stalin.

Los campos de concentración utilizados por la Unión Soviética recibían el nombre de “Gulags” y allí se encerraba a los condenados a trabajos forzados, entre los que había campesinos, contrarios al estado, contrarrevolucionarios y más tarde prisioneros alemanes.

El perímetro de alambre espinoso estaba camuflado con ramas de árboles para evitar miradas desde el exterior. La alambrada que rodeaba por todas partes el complejo estaba muy apartada de los edificios centrales, con lo que se suponía que las instalaciones debían de ser inmensas. Desde aquella altura, la meseta de los Urales se extendía hasta el arco del horizonte, llana, como un mar helado. Tan solo por delante, el terreno se ondulaba, diseñando el perfil de unas lomas blancas y pálidas.

Grupos de abetos, formaban a ambos lados del camino de entrada, perdiéndose en la inmensidad. La construcción de un andén con capacidad para varios trenes, completaba las instalaciones. Separados del resto del campo por alambradas, se encontraban la administración y los edificios para los guardianes, así como los talleres de mantenimiento.

Los barracones de los prisioneros eran grandes casetas de madera, elevadas varios metros del suelo, y se accedía a ellos por medio de una escalera de madera. De aquella forma se evitaban muchas enfermedades y la presencia de ratas. Por las noches, cuando se sacaba fuera a los que habían fallecido, se podía oír el ruido de sus cabezas golpeando contra los peldaños de las escaleras.

Junto a los barracones se encontraba la pequeña enfermería del campo, donde los enfermos solían compartir las camas para mantener el calor. En ocasiones, al despertar, algunos se percataban de que habían pasado parte de la noche junto a un cadáver.

Fuera del campo, por una sinuosa senda, se accedía a las fosas comunes. También había un camino apartado que comunicaba directamente el andén de llegada con las fosas y servía para llevar de forma discreta a los enfermos y muertos desde el tren.

El campo era gobernado con mano férrea. Quien quisiera sobrevivir, necesitaba compañeros. Dietrich Eichler estaba en deuda con Hermann Sasse, ya que probablemente le salvó la vida. Cuando salieron de Stalingrado, caminaron durante días por la estepa, y entre los 25 y 30 grados bajo cero. Él estaba herido en una pierna y Sasse le cargó a la espalda, porque sabía que si le dejaba en el suelo, le darían muerte.

Los rusos los subieron a un tren. Cien hombres por vagón, entre militares y civiles, cuando un soldado lanzó una ráfaga de ametralladora hacia el interior del vagón. Apenas les dieron de comer ni de beber.

Estuvieron atravesando Rusia durante días sin detenerse, mientras la escasa luz entraba entre las tablas de las paredes del vagón. El hediondo olor a muerte les hizo amontonar a los muertos en una pila cerca de la puerta corrediza del vagón. Tras el largo viaje comenzaron a perder las fuerzas, así que los moribundos, se arrastraban ellos mismos hasta la pila de cadáveres. Luego los cuerpos de más abajo, empezaron a descomponerse. Cuando después de veintidós días llegaron a Ufaley y abrieron las puertas, en su vagón solamente quedaban doce hombres con vida. En algunos vagones no sobrevivió nadie.

En noviembre del 42, el general Alexander Hartmann llevó a la 71.^a División de infantería hasta el centro de la ciudad de Stalingrado, pero fueron repelidos por los rusos. El comandante Friedrich Wilhelm Ernst Paulus, al mando del 6.^o Ejército, intentó tomar la ciudad, pero fracasó y muy pronto se inició una brutal lucha callejera.

La última pista de aterrizaje de Stalingrado fue tomada. Delante estaban los rusos, que luchaban por sobrevivir. Detrás, un enemigo peor, su propia gente. Disparaban contra cualquiera que intentara volver atrás. Cientos de compañeros fueron fusilados por cobardía ante el enemigo. Su destino estaba claro: matarse unos a otros.

A mediados de noviembre, los hombres de la 71.^a División recibieron la noticia de que habían sido cercados por los rusos, al principio rieron. Pero pronto debieron reconocer que su situación era grave. El 30 de noviembre, el 6.^o Ejército, con unos 330.000 hombres encuadrados en 22 Divisiones fueron atrapados en una ratonera. En Navidad se perdió toda esperanza de salir del cerco.

Herman llegó el 5 de enero de 1942 a Stalingrado, formando parte de los escasos refuerzos que aún llegaban al frente para adherirse a la exhausta 71.^a División de infantería. Tras aquel permiso de Navidad, él confiaba en no ser enviado de nuevo a primera línea, pero en el último momento pasó a formar parte del Nachrichten-Abteilung, el último batallón de comunicaciones que se envió a Stalingrado. Tomó tierra a bordo de un Junkers Ju 52 de abastecimientos, en el improvisado aeródromo de Gumrak, el único que quedaba en manos de los alemanes.

Al día siguiente, Hermann entró con su batallón en unas fábricas en ruinas. Al

girar una esquina quedó frente a un ruso. Por un pequeño instante ambos soldados se miraron a los ojos. Hermann pensó que estaba ante un niño. Su oponente apenas debía tener los 17 años. Entonces, el ruso levantó su pistola y él hizo lo mismo con su fusil. Hermann fue más rápido.

El 9 de enero se presentaron dos oficiales del Ejército Rojo en la línea occidental del frente alemán con un ultimátum para Paulus. Si las exigencias de rendición no se aceptaban, los soviéticos lanzarían una ofensiva final contra ellos al día siguiente. El ultimátum fue rechazado. Las epidemias diezmaron al 6.º Ejército Alemán; la disciplina ya no existía y el hambre era tan atroz que los alemanes sacrificaron caballos, perros y ratas para poder alimentarse.

Paulus trasladó el cuartel general hacia los sótanos del Univermag y allí se hacinaron unos 3.000 heridos de diversa consideración, junto a enfermos de tifus y disentería. Los hombres más graves eran dejados fuera, a la intemperie, para que murieran de frío sobre la nieve. Aquella no era ninguna muerte heroica por el Führer, ni por el pueblo o la madre patria. La munición solo duraría unos días, y la temperatura cayó hasta los 45 grados bajo cero.

El general von Paulus, les ordenó luchar hasta el final. No pensaron demasiado en ello. Porque tenían más miedo al cautiverio que al infierno de Stalingrado.

Las palabras del fanfarrón de Hermann Wilhelm Göring, el comandante en jefe de la Luftwaffe, sonaron en la radio:

“Cuando hayan pasado mil años, cada alemán hablará de esta batalla con un sagrado escalofrío”

Aquella frase alcanzó la cumbre de la hipocresía. Stalingrado no era ninguna batalla de héroes, si no una infame masacre. Y ninguno de los que sobreviviera se sentiría como un héroe. Tres días después, los soviéticos realizaron un estrechamiento del perímetro y el día 23 capturaban Gumrak, cortando la conexión con el mundo exterior. Aquel día, Hermann supuso que ya nunca volvería a ver a los suyos.

En la mañana del 31 de enero, el edificio de los grandes almacenes Univermag, fue rodeado por unidades del 64.º Ejército del general Mijaíl Shumilov. Algunos de sus compañeros decidieron suicidarse.

El general von Hartmann, permaneció de pie, a descubierto sobre las vías del tren, esperando la bala que lo matara.

Entonces, Paulus tuvo que aceptar lo evidente, y a media mañana se rendía con cerca de 90.000 soldados, los restos de un vasto ejército de 250.000 hombres. Hermann Sasse tenía 23 años y no había visto nada más que ruinas, muerte y podredumbre.

Aquel día, los rusos llegaron frente al sótano. Los sacaron fuera y los llevaron a la Plaza Roja, en el centro de Stalingrado. Allí vieron como los rusos evacuaban al general von Paulus. El hombre que les había ordenado luchar hasta el final, había

decidido rendirse.

Hermann recordaba como antes de marchar hacia el cautiverio, tuvieron que despejar durante días los escombros en la ciudad. Recogieron a sus camaradas muertos y los amontonaron en las afueras de Stalingrado, para incinerarlos en grandes piras funerarias que sumieron a la ciudad en un intenso hedor de muerte.

Cuando llegaron al campo, el tifus estaba totalmente extendido, y la malaria y la disentería estaban ganando terreno. Cada noche morían cuatro o cinco hombres. Tenían claro que el siguiente podía ser uno mismo.

Aquel último año hubieron muchas bajas, la mayoría por epidemias que se cebaron en los cuerpos debilitados por el trabajo y la escasa alimentación. La dieta incluía dos exiguas comidas diarias, a base de sopa, puré, pan negro y algo de carne, pescado y hortalizas; aunque en muchas ocasiones las raciones no llegaba para todos. Apenas había comida, aunque nadie se quejaba. Sasse y Eichler compartían cada miga de pan.

Algunos prisioneros, traídos desde otros campos contaban atroces historias de prisioneros alemanes y rumanos que recurrían al canibalismo para mantenerse con vida.

Con el desconocimiento de las autoridades de los campos, los prisioneros cortaban finos filetes de los cuerpos congelados que solían hacer pasar por carne de camello.

Al tercer día de haber llegado les llevaron a un amplio barracón de techo bajo, donde eran clasificados por empleos y utilidad, entre mecánicos, carpinteros, leñadores y los que eran enviados a una pequeña cantera cercana. Las filas se dividían en otras que se distribuían a lo largo de varias mesas.

Hermann tiró de la manga de Eichler y lo arrastró consigo hacia una de aquellas mesas. Una vez allí seleccionaron a los que trabajaban la madera.

—¿Qué sabéis hacer? —preguntó un oficial de la G. P. U.

—¿Quién es carpintero?

—¿Hay algún ebanista?

Como Sasse era carpintero fue inmediatamente escogido y entonces gritó.

—¡Eichler! ven conmigo, tú eres carpintero.

—¡Ven!, ya aprenderás.

Eichler dudaba, ya que él era maestro, pero al final Sasse le convenció. Tiempo después, Eichler pensaría que aquel día, probablemente Sasse le volvió a salvar la vida. Los demás prisioneros estaban talando árboles en el bosque. Allí el trabajo era muy duro y no había casi nada que comer. A pesar del hacinamiento, en los barracones de los carpinteros, nunca eran más de dos hombres por litera, lo cual era de agradecer. También se gozaba de una relativa libertad y no estaban tan expuestos a malos tratos.

La brigada de carpinteros en que estaban Sasse y Eichler construía nuevos barracones para dar cabida a los cientos de nuevos prisioneros que llegaban cada mes.

En Ufaley existía una auténtica red comercial de distribución y venta de cigarrillos elaborados con estiércol de caballo secado al sol.

Muy lejos de allí, aquel mismo día, el 8 de febrero de 1943, la familia Sasse recibía la notificación donde les comunicaban que su hijo Hermann había sido hecho prisionero en Stalingrado.

IV

26 de marzo de 1943

Louis François Balanant encendió el cigarrillo a la luz de un portal, resguardado de la brisa de la noche. Llevaba su gorra azul con visera, ladeada, con estilo; el frontal adornado con la corona de laurel y el ancla con estachas en el centro, todo ello bordado en oro.

El joven de 22 años paseaba por el Boulevard de la Gare, en Casablanca, hasta llegar frente al hotel. No podía evitar sentirse atraído por aquel edificio majestuoso de estilo Art Decó que había sido construido en 1916 por el arquitecto Hubert Bride. Sobre la fachada, entre la segunda y tercera plantas, un gran letrero en negro le daba nombre: HOTEL LINCOLN, a su lado se leía también en árabe.

El Lincoln era el mejor hotel de Casablanca y en el pasado había sido considerado el más lujoso de Marruecos. Casablanca era protectorado francés desde 1907 y era la ciudad más grande de Marruecos, así como su principal puerto. En aquellas fechas, La Marina de la Francia Libre utilizaba aquel hotel para alojar a algunos oficiales al mando de los buques escolta de los convoys aliados. La proximidad al puerto lo convertía en el punto idóneo para tal cometido.

El joven marino acababa de hacer su primer viaje como teniente de navío. Recién venido hacía dos días desde Francia, permaneció toda la tarde en el puerto, preparando las provisiones para la partida.

Balanant apagó el cigarrillo con la punta de la bota mientras observaba el gran balcón que recorría la fachada en toda su longitud, en la segunda planta y sosteniéndose en el aire con la ayuda de grandes ménsulas. La elegante fachada recibía parte de su equilibrio estético gracias a los ventanales con arcos de herradura, rematados con motivos islámicos. Predominaba el recargado uso de formas geométricas y remates terminados en forma escalonada.

Balanant sentía un especial rencor hacia Alemania. Tras la ocupación de Francia en junio de 1940, todos los judíos fueron enviados a campos de concentración. El oficial no sabía nada de sus padres y hermana desde entonces.

El marino empujó la gran puerta de vaivén con ambas manos, adentrándose en el espacioso *hall* del Hotel. El suelo de la entrada y la zona del restaurante tenían el suelo de mármol de Carrara, traído expresamente desde Italia. En recepción, el

marino recogió su maleta, mientras echaba la última ojeada al que había sido su hogar aquellas dos últimas noches.

Cuatro grandes arcos de medio punto se sostenían sobre esbeltas columnas, dando paso al restaurante. Hubert Bride había construido un pequeño escenario al fondo del local, donde algunas noches se podían ver entretenidos espectáculos. En aquella época, el propietario del hotel solía traer desde Francia a algunos artistas de *cabaret*, venidos a menos, que por una módica cantidad entretenían a los militares. Decía que de esta forma olvidaban por un momento los duros trances de la guerra.

A la derecha, según se entraba, un viejo piano de pared parecía recordar mejores tiempos, en silencio. Junto a él había una gran estufa de fundición, con una recargada ornamentación estilo Luis XV. Pero lo que más cautivó al marino durante su estancia en el hotel fue aquel suelo de madera de la zona del bar, que emitía leves gemidos a cada paso, al caminar sobre su tablazón. El teniente de navío se disponía a salir, cuando en una mesa del bar, varios oficiales le saludaron.

—¡Eh, Balanant, acaso te vas a largar sin pagarte una última ronda! —dijo uno de los ocupantes de la mesa. Pero él no tenía la más mínima intención de dejarse liar por semejante cuarteto, y dando la primera excusa que se le ocurrió, se dirigió a la salida.

El joven teniente había recibido la orden de salida para realizar tareas de escolta de un pequeño convoy que se dirigía al puerto de Tipasa, en Argelia. Varios buques llevaban sus bodegas repletas de repuestos para la Real Fuerza Aérea Británica, con base en el aeródromo de la ciudad argelina de Blida.

Desde hacía cinco meses, en que varios barcos fueron hundidos por el U-173, ningún convoy aliado salía de aquel remoto puerto sin escolta.

Aquel 16 de noviembre del 42, el U-173 consiguió pasar a través de las redes antisubmarinas hasta llegar al interior del mismo puerto de Casablanca, atacando a varios buques de la U. S. Navy atracados allí, antes de escapar a aguas profundas en la oscuridad de la noche. Tras un nuevo ataque del U-Boot, tres destructores se abalanzaron sobre él con cargas de profundidad, y tras 20 minutos de lucha, una gran mancha de aceite y escombros flotando en la superficie, indicaron la destrucción del U-173.

A bordo del *Sergent Gouarne*, en el puerto. Louis Vignot experimentó la necesidad de tocar un poco de música, cuando descubrió, tras un buen rato de rebuscar en el camarote, que su maleta con toda su ropa se había quedado en tierra, en el puerto. El marinero cocinero de 22 años cogió una gran rabieta, y nada pudo consolarle.

—¡Me han robado!, ¡me han birlado mi flauta! —El cocinero volvió a la pequeña cocina refunfuñando por su mala suerte.

—¡Venga Louis, no te pongas así! —dijo François Marie Sauvage, intentando consolar a su amigo. El joven marinero mecánico de 18 años le explicó que compartiría su ropa con él, sin resultado. A Vignot, la ropa le traía sin cuidado, su flauta era única e irremplazable.

Era una noche clara y la luna brillaba reflejándose en el mar, mientras el Sergent Gouarne (P 43), avanzaba con dificultad junto al convoy que dejaba atrás el estrecho de Gibraltar.

Aquel desvencijado cascarón de 1.147 toneladas había sido botado en 1928 en Hamburgo como vapor de arrastre, y tras varios cambios de nombre y propietario pasó a manos de la Cia Générale de Grande Pêche en La Rochelle.

Al comienzo de la guerra fue requisado por la Marina de la Francia Libre, convirtiéndose en patrullero armado para la defensa de los convoys aliados. Eran cerca de las dos de la madrugada del 26 de Marzo, cuando Louis Vignot, aún enfadado, se acostó en su camastro junto a la cocina, y se durmió.

En la lejanía, a estribor del buque, pequeñas luces titilaban como diminutas luciérnagas en la costa de Melilla, junto al faro del Cabo Tres Forcas. Mientras a estribor, en la oscuridad de la noche, se divisaba la luz del faro de la isla de Alborán.

En el puente de mando, Louis François Balanant ordenó maniobrar a babor para mantener el buque cerca de los transportes que componían el convoy. Aquel joven oficial conocía el peligro de la zona en que se encontraban.

El marinero timonel Robert Berthelemy, de 20 años, hizo girar el timón, hasta que el pequeño vapor reaccionó lentamente a la orden, variando su curso. Las viejas máquinas del patrullero traqueteaban ruidosamente en la sala de máquinas. François Marie estaba de guardia, mientras rebuscaba entre su equipaje alguna prenda que su amigo Louis se pudiera poner.

El jefe artillero Joseph Marie Guinet, de 20 años de edad, estaba al cargo del cañón de 80 mm de proa, junto a los marineros artilleros Stanislas Guthowski, Jerome Aubriot e Yves Mallo, tres jóvenes que apenas rondaban los 20 años.

Fue en aquel mismo instante, sobre las 02:07, cuando unos ensordecedores chirridos acompañaron a una gran explosión. Una gran granizada de acero asomó sobre los costados del navío.

Pegados a la pasarela, asustados, los jóvenes se preguntaron si sería aquel su bautismo de fuego, mientras trataban de comprender lo que sucedía.

En la protección del fondo marino el U-755 acababa de cerrar las tres escotillas de los tubos lanzatorpedos, después de enviar su mortífera carga contra el agrupado convoy. Wálter Göing lanzó los tres torpedos en abanico cuando, para su sorpresa, aquel pequeño patrullero cambió de curso, acercándose al convoy e interponiéndose en el camino de los torpedos.

Solo uno de los tres proyectiles dio en el blanco, pero para aquel pequeño pesquero venido a patrullero era suficiente. Después de la explosión, el barco se estremeció entre surtidores de agua y fuego, que iluminaron los rostros de los marinos. Joseph Marie Guinet tuvo la impresión de que sus tímpanos acababan de estallar. Ya no oía nada, como si la banda sonora de lo que estaba presenciando estuviera estropeada.

La cubierta del buque comenzó a perder su horizontalidad, lanzando a los jóvenes al suelo, resbalando. Joseph Marie se agarró nuevamente a la pasarela para contemplar, estupefacto, el mar ardiendo. Grandes columnas de fuego ascendían hacia la noche, al tiempo que varias explosiones resonaron en las entrañas del navío.

Los cuatro marinos se dejaron caer desde el cañón de proa por la pendiente en que se había convertido la cubierta del buque, hasta llegar al puente de mando.

—¡Mierda, el buque se ha partido en dos! —escucharon a Balanant.

Entonces vieron la chimenea desprenderse de sus anclajes para inclinarse lentamente en la oscuridad, hasta caer con un fuerte estruendo. Aubriot vio con horror como algunos compañeros desaparecían bajo ella.

El buque se había convertido en dos mitades. La proa y parte de la popa se elevaban en la noche, por separado, dando al Sergent Gouarne el aspecto de una gran V que se estremecía entre las llamas. Continuas explosiones surgían del interior del barco de donde llegaban también los gritos de terror de los hombres aprisionados en los entrepuentes. La inclinación de la cubierta se agravaba por momentos.

Jerome Aubriot, encaramado a la parte más alta de la popa, cruzó una mirada indecisa con sus tres compañeros. Tras lo cual, saltaron. La distancia que les separaba del agua era tan irreal, que les pareció que nunca llegarían al mar. Después, de repente, este se cerró sobre los tres jóvenes, engulléndolos.

Tras unos instantes, Jerome rompió la superficie del agua, mientras su doloridos pulmones aspiraron frenéticamente el aire de la noche. El marino nadó con pies y manos tratando de alejarse del navío que se hundiría de un momento a otro, intentando arrastrarlo con él.

No sabía en qué dirección nadaba, solo se limitó a nadar, a nadar luchando por su vida al tiempo que buscaba con la vista a sus compañeros. El artillero sollozaba, casi inconsciente, cuando un flotador emergió de pronto de las profundidades. Se dejó llevar, con los dos brazos sobre aquella salvación, mientras llamó a sus amigos en la oscuridad.

—¡Stanislaaaas!, ¡Yveees!, ¡Joseeeeph!, ¡tenieeeeente!

Solo le contestó el rugir de las olas y el fragor del buque al hundirse, acompañado de sordas explosiones, a lo lejos. El Sergent Gouarne había tardado 90 segundos en hundirse.

El joven pensó que todos habían muerto, que no quedaba nadie, solo él, y que no tardaría en morir también.

“¿Hombres aferrados a unos maderos?”. Jerome pensó que deliraba, pero eran 14 supervivientes de los 70 tripulantes del Sergent Gouarne. Una corbeta de escolta se acercó a recoger a los naufragos mientras el marino nadaba hacia el grupo, buscando con desesperación a Joseph Marie Guinet, a Stanislas Guthowski, o a Yves Mallo. El joven buscó también a Louis François Balanant. Ninguno estaba.

El U-755 siguió merodeando alrededor del convoy, a la espera de otra oportunidad. Sobre las 04:13 realizó otro lanzamiento con una extensión de tres

torpedos, y tras una larga espera de 12 minutos se oyó una lejana explosión. Tras buscar a cota periscópica, restos de algún incendio, Wálter Göing supuso que la explosión se pudo deber a una detonación de final de carrera.

Una semana después, el 02 de abril, el U-755 seguía por la zona al acecho de varios convoys, cuando recibió un aviso por radio. Un convoy, denominado TE20 había salido desde Gibraltar con destino a Argelia.

El sumergible pasó parte de la tarde posado en el fondo, a una profundidad de 52 metros, sobre un banco de arena al este de la isla de Alborán. Se aprovechó para realizar reparaciones menores y una pequeña fiesta por el veintitrés cumpleaños de Fritz Bögner. Al anochecer, con buena visibilidad y un cielo estrellado, la nave emergió de la protección de las profundidades para divisar a lo lejos al convoy.

Göing ordenó inmersión a cota periscópica y el monstruo marino esperó, agazapado, pacientemente, mientras veía pasar a los buques que formaban el grupo. Dos destructores que no pudo identificar custodiaban el redil, pero allí estaba, un pequeño arrastrero a vapor avanzaba a duras penas, tras los demás buques.

El comandante cedió el periscopio al segundo oficial, que observó.

—Parece que tiene problemas, señor —comentó Adeneuer—. A juzgar por lo rezagado que va, y el escaso humo que sale de la chimenea, diría que ese buque tiene alguna avería en calderas.

—¡Preparen torpedo uno! —ordenó Göing—. Vamos a acercarnos en silencio.

Aquel barquichuelo seguía la estela del convoy con muchas dificultades. El Simon Duhamel era un pesquero de 928 toneladas, propiedad de Les pecheries de Fecamp, en Fecamp, un pequeño pueblo de pescadores en la región de la Alta Normandía francesa. Como todo buque capaz de navegar, fue requisado por la Marina de la Francia Libre para el transporte de mercancías.

El jefe de máquinas avisó de un problema de motor tras la salida desde el Peñón, pero se decidió seguir adelante. Uno de los destructores iba a estribor, junto a él, pero al divisar un buque en la lejanía salió rápidamente a investigar, dejando al Duhamel indefenso.

A las 06:24 horas, el Simon Duhamel II se encontraba al nordeste del Cabo Tres Forcas, cuando recibió un torpedo en el costado y se partió en dos, desgarrado en una gigantesca explosión. El Duhamel ya no era más que una escombrera humeante que vertía parte de su carga al mar.

La proa se hundió inmediatamente, pero Wálter Göing contempló desde su puesto como la popa continuaba allí, como un fantasma que se negara a abandonar este mundo.

Tras cuatro minutos de agonía la popa se inclinó lentamente, levantando columnas de agua que la acompañaron en su muerte, desapareciendo de la superficie. El único superviviente de los 54 tripulantes sería rescatado dos días después.

12 de abril de 1943

I

El Aspro, aquella brisa templada que solía soplar en el sur de Francia, salpicaba el mar de rociones de espuma que se desprendían de las ondulaciones del agua. La tripulación del U-755 contemplaba los diminutos veleros que navegaban a su costado, amurados a babor, conscientes de la costa próxima.

Hubert estaba en cubierta, observando a aquellos barquichuelos, que como ellos, avanzaban buscando la protección del cercano puerto de Toulon. Sus orillas se desdibujaban en la niebla que la noche había dejado atrás, dando una impresión de paisaje irreal, fantástico, como si aquel trozo de tierra que asomaba por entre la bruma fuese un nuevo mundo por descubrir. El marino levantó la mirada para ver en lo alto las nubes que corrían sigilosas y perdidas, con sus núcleos de un gris intenso; nubes altivas que semejaban fragatas fantásticas, navegando el cielo azul.

Era una mañana fría cuando el gran pez enfiló la rada del puerto, cerrada al mar por la península de Giens al este y por la de Saint Mandrier al sur. La nave maniobró, sorteando el “Dique de los Presidarios” entre los dos faros que daban paso al arsenal. A la entrada del puerto unos niños les saludaron, dando saltos de alegría. Los críos estaban allí mirándolos venir, en silencio, intentando adivinar las fabulosas aventuras vividas por los marinos de aquella imponente nave.

Cuando la Provenza pasó a manos de Francia en 1481, la ciudad inició un importante desarrollo como puerto militar. A partir de 1643, Luis XIV consolidó una flota propia, que se estacionó en Toulon, incluyendo unos astilleros muy bien equipados. Pero la ciudad pagó un elevado precio por poseer este marcado carácter militar, cuando las tropas alemanas ocuparon en 1942 la zona libre de Francia que llegaba hasta Toulon. La flota francesa hundió frente al puerto 75 buques de guerra, para que los soldados de Hitler no pudieran hacer uso de ellos.

La tripulación fue acomodada en las instalaciones de la base de Submarinistas de Mourillón, junto al arsenal. Grandes naves de ladrillo rojo acogerían a los jóvenes durante el mes de permiso de que disfrutarían.

En aquella ocasión la dotación del U-755 no pudo aprovechar para viajar a casa. Heinz Blischke fue ascendido y reasignado para comandar su propio submarino. En unos días viajaría a Dánzig, para conocer su nueva nave, el U-744.

El restaurante de la base estaba situado en una planta baja y hacía las veces de club de oficiales. El vestíbulo era pintoresco, con un decorado estilo francés. Desde sus grandes ventanales se extendía una impresionante vista hacia Toulon.

Heinz Blischke pidió más champán para todos. A Hubert le sorprendió su sabor agrisado, no lo había probado en su vida, y aquellas burbujas le cosquilleaban en la nariz. Cuando llegó la segunda botella, Bauriedl, Giltrop y los demás ya hablaban más de la cuenta, incluso Dietrich Krebs, el teniente. Todo el mundo estaba borracho; fumaban y hacían fotos, mientras algunos se subían a las mesas para bailar.

Hubert pensó en lo lejos que quedaba su casa, nunca había estado tan lejos, y sin embargo tan cerca. Se hacía sumamente extraño que mientras la gente moría en toda Europa, allí se arremangaran y se desabrocharan las corbatas por el calor que producía el champán que salía de las cocinas sin parar, en dirección a las mesas. Una banda tocaba en el escenario mientras unas cuantas parejas bailaban en la pista, poseídas por un fuego interno.

—¡Por el III Reich! —berreó Blischke, con el rostro enrojecido—. ¡Por la Gran Alemania y por nuestro Führer, Adolf Hitler!

Todos los presentes levantaron sus copas. Incluso los bailarines olvidaron por un momento su particular encantamiento y se volvieron, sonriendo al anfitrión.

Hubert paseó la vista por la sala, absorbiendo los detalles. Las banderas con la cruz gamada ondeaban sobre las mesas mientras docenas de camareros cargados con bandejas llenas de copas de licor, paseaban entre la gente.

Hombres refinados con uniformes entallados y perfectamente planchados, de lustrosos botines; peinados hacia atrás y con colonias caras. Mujeres con tacones, vestidas a la moda, con escotes de ensueño. Insignias en las solapas y pañuelos de seda negra al cuello. Flores desparramadas por las mesas, y alguna sobre el oído de algún marino. Todo sonaba como un sordo tintineo: los brindis con las copas, los tacones, la música, y alguna bandeja que se precipitaba al suelo.

Blischke soltaba sonoras carcajadas, mientras invitaba a los demás a hacer corrillo al son de una canción patriótica. Volvía a sentarse y a pedir otro brindis. Se tomó una copa más de un trago; una ancha estela de espuma chorreaba por su chaqueta. Iba y venía por las mesas, bebiendo y saludando a todos. Hubert le observaba entre la multitud que coreaba su nombre y aplaudía sus triunfos. Aquel joven de la gran sonrisa se había ganado a la tripulación en poco tiempo, y ahora marchaba a seguir su camino.

Junto a él partía también August Giltrop, que había sido asignado a un nuevo destino, el U-765. Sasse y él no se volverían a ver nunca más.

II

Eran las cuatro de la tarde de un martes de finales de abril. El camarero le puso un café solo en una taza ligeramente mellada que llevaba grabado el emblema de la ciudad de Toulon.

Hubert paseó la yema del dedo por aquel dibujo. Un escudo de color azul, y sobre él, una cruz de oro. El escudo estaba adornado por una corona mural dorada, almenada por cinco torres. Con una rama de roble a la derecha y otra de laurel a la izquierda, cruzadas entre sí en el extremo inferior. Entrelazándolas se encontraba una banda azul que mostraba en letras también doradas el lema: “concordia parva crescunt”.

Hubert pensó si sería latín, o algún idioma parecido. No pudiendo reprimir la curiosidad, preguntó al camarero su significado.

—Mediante la concordia, las cosas pequeñas crecen —respondió con una casi imperceptible sonrisa.

El marino meditó sobre aquello. Concordia era lo que le faltaba al mundo en aquellos días.

Hubert pidió educadamente permiso para sentarse en una mesa, junto a un ventanal por el que se adivinaba la luz exterior, con el sol bañando la callejuela. Las paredes del pequeño café cercano al puerto estaban forradas de madera oscura y terciopelo, lo que aportaba un aire cálido y acogedor al local del barrio de pescadores.

La puerta de madera crujió sobre sus viejos goznes y el marino se apartó para dejar paso a un grupo de oficiales que llegaron sonrientes, comentando su próximo permiso. La pequeña posada fue asaltada por aquel montón de hombres con cara de ir a una despedida de algún tipo; entre ellos varios jóvenes de uniforme. Hubert contó dos oficiales de la Marina y un coronel de la Luftwaffe, además de varios hombres de paisano. Tras escuchar la conversación, pudo entender que para alguno de ellos, la guerra había terminado. No pudo reprimir un sentimiento, que supuso que era envidia.

Cuando alguien entraba en el local, aprovechaba para escuchar a través de los postigos, el sonido del Mediterráneo batiendo fuera, en la playa. Poco a poco se estaba amoldando a aquella manera de vivir. Ni mejor ni peor que la que había conocido hasta entonces. Simplemente distinta. Por desgracia era una vida basada en la muerte y la destrucción. Todas las guerras eran crueles, todas injustas y dolorosas. Pero escuchar a través de los hidrófonos de la nave los gritos de los tripulantes de los buques al hundirse era una experiencia especialmente atroz ante la que le resultaba muy difícil reprimir la congoja, y le llevaban a mostrarse vulnerable ante los demás.

Hubert pagó el café y abandonó el local en dirección al barrio antiguo. Al llegar se sorprendió al ver algunas de las calles pavimentadas con guijarros, en un número infinito. En las fachadas, primorosamente blanqueadas, se abrían las pequeñas puertas con las jambas y dinteles con piedras labradas.

La animación en la ciudad era considerable. Varios grupos de personas iban y

venían por entre aquellas callejuelas, formando tertulias a las puertas de las casas. No tardó en averiguar que aquella agitación venía siendo habitual en Toulon los días de mercado. Salió del barrio antiguo para llegar a una gran plaza frente a la iglesia de San Francisco de Paula.

Un gran mercado ocupaba la totalidad de la calle que desembocaba en el puerto, donde un mar de personas deambulaban entre los puestos con llamativos escaparates, protegidos por grandes toldos de colores.

Hubert se abrió paso a través del gentío, entre fardos y carretas cargadas de mercancías. Aquel bullicio le pareció una sinfonía, con el francés como protagonista. Aquel idioma ya le pareció lo más romántico del mundo cuando comenzó a practicarlo en Gotenhafen, incluso durante su estancia en Brest le cautivó, pero allí en Toulon, sonaba simplemente a música.

Una larga calle mostraba orgullosa, puestos de venta de frutas y verduras, pescados, quesos de la zona, y un sinfín de productos locales. Más adelante se podían encontrar, desde panaderías que preparaban sus propios panes, hasta carnicerías y tiendas de telas, vinos y perfumes. Hubert no había visto nunca nada igual, pero le recordaba a las fruterías de su Affeln, donde aquel chiquillo travieso se paraba y aspiraba sus aromas.

Se detuvo ante un puesto donde se exhibían infinidad de tipos de quesos, y acabó comprando un pequeño queso de Valençay. Se sentó a comerlo en un banco junto a la fachada de San Francisco, mientras disfrutaba de la compañía de varios niños que jugaban allí mismo.

Los mocosos arrastraban sus juguetes de latón mientras vociferaban ruidosamente. Uno de aquellos juguetes era un pequeño autobús de hojalata, pintado de vivos colores, atado a un cordel del que un niño tiraba, paseándolo por la plaza. Pero junto a aquellos chiquillos le llamó la atención una niña que jugaba con una peonza.

La pequeña lanzó con fuerza el juguete, que tras dar un par de saltos contra el pavimento, acabó yendo a girar a los pies del marino. La niña se acercó al tiempo que Hubert se agachaba a recogerla, cuando dejó de girar. El soldado observó aquella bonita peonza en la palma abierta de su mano.

—*Bon jour monsieur!* —dijo la pequeña, mirando fijamente a Hubert. La niña se mostró impresionada por el imponente uniforme del marino, con aquellos botones del color del oro.

—*¿C'est nouvelle?* —pregunto el soldado mientras le devolvía el juguete.

La niña respondió señalando tras el joven, hacia uno de los puestos del mercadillo. Hubert se acercó a aquella parada, donde un joven artesano labraba la madera. El carpintero realizaba una preciosa talla mientras la gente se detenía a observar. El marino recorrió la mercancía con la vista hasta que se detuvo en una pequeña caja de madera donde se hacinaban apretujadas varias peonzas de múltiples colores y tamaños. Hubert no lo pensó y acabó adquiriendo una en forma de pera.

Pronto estaba lanzando el juguete ante la mirada y las risas de los pequeños.

Entonces cruzaron sus miradas. Estaba sentada en un banco de piedra, a la sombra de la fachada de la iglesia. Vestía un hermoso vestido rojo, con lunares blancos. Una larga falda se ceñía a sus caderas a modo de corpiño y se ensanchaba por delante. Su pelo era color caoba, casi como la noche, y lo llevaba recogido en una coleta de la que sobresalían algunas puntas cobrizas que rozaban su delicado cuello. Su hermoso rostro, de ojos verdes y labios sinuosos, mostraba esa apariencia ingenua de una joven de alrededor de 18 años. Ante la mirada del soldado, la joven se acercó a la niña de la peonza, que él pensó que podía ser su hermana pequeña.

La joven se arrodilló junto a la niña, inclinándose ligeramente su busto hacia adelante. Entonces volvió a dirigir una tímida y efímera mirada al marino, que acompañó con una sonrisa. Ella siguió inmóvil un instante, había dejado de sonreír y lo observaba pensativa. Tras llamar a la pequeña, apoyó una mano en el suelo, inclinó un poco el cuerpo a un lado, pasó la pierna derecha por delante de la izquierda, y se incorporó en silencio, mientras volvía el rostro hacia el marino, mirándole a los ojos. Seguidamente, con la niña de la mano, marchó en dirección al mercado.

Hubert observó a aquel precioso ser mientras se alejaba. La joven se detuvo ante un puesto, al principio de la calle, donde una pareja de ancianos la recriminó, gesticulando mientras lanzaban miradas en dirección al marino. Él supuso que debían ser familiares de la joven que no vieron con buenos ojos que dedicara una sonrisa a aquel invasor. Nunca sabría de ella, de sus añoranzas o inquietudes. De sus miedos o ilusiones. Sus caminos se habían cruzado en un punto para volverse a separar, para siempre.

En ocasiones se sorprendía a sí mismo pensando en el futuro. Todo el mundo decía que era una chifladura lo de pensar en el mañana, en lo que les depararía el porvenir. Su amigo Bauriedl decía que en las circunstancias en que se encontraban, podían encontrar la muerte a la vuelta de la esquina, por lo que era preferible vivir el día a día sin pensar más allá. Sus intentos de analizar la guerra, eran eso, mediocres intentos por comprender lo inefable. Las guerras eran eso, guerras, y no podía ser de otra manera.

El joven lanzó la peonza una par de veces más, mientras su imaginación viajaba, llevándole lejos. Se imaginó a sí mismo formando una familia, en su querido Affeln, o por qué no, allí mismo, en Francia, junto a alguna joven como aquella. Junto a una joven que le quisiera, y a la que él querría como a nada en el mundo. Debía ser maravilloso despertar todas las mañanas y encontrar a su lado a un ser como aquel. Se imaginó rodeado de pequeños, correteando bajo sus pies, en una preciosa granja.

Un vapor hizo sonar su estridente sirena en el puerto, y Hubert volvió a la realidad. Se metió la peonza en el bolsillo del pantalón, marchando por la Avenida de la República, bordeando el puerto pesquero hacia los muelles, en dirección a la base, con las gaviotas maniobrando entre los mástiles de las embarcaciones. Así pasó el mes, entre idas y venidas a los cafés del puerto y a la plaza del mercadillo, en busca

de aquella joven del traje de lunares, pero sus caminos ya no se cruzarían.

III

La noche del 18 de mayo transcurrió en un continuo y monótono ajeteo, poniendo en orden las provisiones de a bordo. Poco antes de despuntar la aurora se oyó el pito del contraemaestre dando la orden de maniobrar.

Los motores empezaron a rugir y el sumergible tembló con el ronroneo de un felino. Bajo la pálida claridad de las farolas del puerto, varios hombres se lanzaron a soltar amarras, con un frenético ir y venir de los marineros, con movimientos ágiles y rápidos.

La oscuridad envolvía al U-755 mientras se separaba del malecón, con lentitud. Wálter Göing sostenía su gorra de campaña entre las manos, sobre el puente, mientras en el horizonte asomaban las primeras luces del alba. El aroma a puerto impregnaba el aire, al tiempo que, entre la bruma, la superficie oscura del mar reflejaba la pálida luz del Sol a lo lejos. El buque giró dejando el Golfo de Giens a babor y adelantó a un grupo de cargueros, con sus luces de posición resplandeciendo en el amanecer.

La guardia de puente observaba durante horas el movimiento ascendente del oleaje. Bajo aquel oscuro cielo, las olas eran como colinas de ámbar, vítreas y opacas. El brillo del Sol les confería un tono de esmeralda bruñida. El aire en el exterior era frío, refrescante, y contrastaba con el olor a mar, a aceite y a humo de cigarrillo.

Göing recibido órdenes de volver a patrullar las costas del norte de África en busca de los convoys aliados. La luz aumentaba a medida que fueron avanzando hacia el sur, conscientes de la importancia de aprovechar la ventaja de navegar bajo la protección de las sombras. Durante parte de la mañana, los aviones enemigos impidieron al sumergible estar mucho tiempo en superficie. Las aeronaves volaban continuamente y a escasa altura sobre el Mediterráneo, aumentando la presión sobre las naves que operaban por aquellas aguas.

Navegaban en inmersión, cuando se detectó un problema en las juntas del periscopio que producía una pequeña entrada de agua.

Al día siguiente la avería empeoró. La cantidad de agua que se filtraba era alarmante y Göing tomó la decisión de informar, solicitando permiso para regresar a Toulon para una reparación. A las 17:00 horas recibía la confirmación para retornar a la base.

A las 18:30 el U-755 se internaba en Toulon, donde un pequeño contingente de mecánicos les esperaban para reparar la avería.

Al día siguiente y con el problema solventado, los hombres de Wálter Göing

volvían a partir, con la preocupación en el semblante. Entre los hombres de mar era un mal presagio el interrumpir un viaje recién comenzado por una avería.

La llegada de la noche trajo la calma para la tripulación. El sumergible avanzaba a media máquina, protegido en la oscuridad de una noche sin luna. El silencio en el U-Boot concordaba con el que había en el exterior, con el de la noche profunda.

Hubert se quitó las botas, se sacudió ligeramente los pies y se recostó sobre la dura e incómoda litera, dobló los brazos, apoyó la cabeza sobre las manos entrelazadas y se reclinó contra las taquillas de la pared. Una manta se arremolinaba junto a sus pies. La bolsa que había traído estaba sobre la cama, con algunas cartas releídas infinidad de veces. Abrió el armario y la guardó. En un rincón se hallaba su grueso manual de telegrafista con tapas azules, y a su lado, la pequeña peonza.

Aquel mes de abril en Toulon, sin poder ir a casa, no le había hecho ningún bien. Había tenido demasiado tiempo para pasear, y para pensar. Había estado a solas consigo mismo, triste, tratando de dilucidar al mismo tiempo su identidad y su porvenir.

Recordó su infancia, corriendo junto a su hermano por el sendero que discurría paralelo al río Brüninghauser. Aquel día llovía, con la hierba mojada a los lados del camino, con altas hayas, como grandes mástiles que apuntaban al cielo, ondulando en medio del estruendo del viento primaveral.

Pero en aquel momento, acostado en su litera creyó que aquellos pensamientos eran meras banalidades en medio de una guerra que desangraba a medio mundo. Observó desde su cama el ir y venir de sus compañeros. Se prepararon las mesas y los que estaban de guardia se sentaron alrededor, hambrientos y optimistas. Le rodeó un rumor de voces y un estrépito de platos y cubiertos. El marino les contempló en silencio, felices y sonrientes.

Todo duelo con la muerte les resultaba dramático, pero excitante al mismo tiempo, transportándolos más allá de sí mismos. Pero era lógico pensar que muchos de ellos estaban condenados a perder la partida en un mundo tan miserable y mezquino como aquel.

A los ojos de aquel joven, la guerra no era más que suciedad, miedo y sufrimiento. La guerra le había decepcionado, dejándole vacío, y recordándole que lo estaba dando todo por nada, y que no había conseguido ningún objetivo. Hubert parecía suplicar por respuestas a preguntas que nadie podía contestar.

Sumergido en aquella vorágine, harto de intentar ordenar sus ideas y de esperar verter un poco de razón en las heridas, los sentimientos acabaron por correr a su aire. Le venció ese cansancio que endulzaba los sentidos, y era ya tarde para remediarlo. Ausente al ruido que le envolvía, se quedó dormido.

IV

21 de mayo de 1943

Debían ser más de las 12:00 cuando el Teniente Ralph James Drummond entró en la sala de mando del HMS Sickle (P 224), un submarino de la clase S de la Royal Navy, construido en los astilleros Cammell Laird y comisionado el 27 de agosto de 1942. A través de la escotilla vio a Wayne. Su segundo de a bordo tenía una expresión ceñuda que acentuaba sus duros rasgos faciales, aunque normalmente solía estar de muy buen humor.

Drummond se abotonó el cuello de la camisa, mientras Wayne le ponía al corriente. Habían partido el 23 de abril desde Gibraltar para patrullar el Mediterráneo y hacía seis días que habían torpedeado y hundido al submarino auxiliar alemán UJ-2213 al sur de Niza, y la tripulación estaba eufórica. Aquella noche se encontraban cerca de Toulon, el nido de los U-Boots que operaban aquellas transparentes aguas.

Drummond tenía 25 años. Era alto y de figura noble y atractiva. Cabello castaño, la frente tersa y el rostro más bien pálido. Tenía aspecto de ser uno de aquellos ingleses de actitud académica y sangre fría que solían hallarse frecuentemente en el Reino Unido. Para ser un joven que ostentaba un cargo tan importante, James tenía un carácter humilde, y más teniendo en cuenta sus raíces. Su tío, Sir James Eric Drummond, dieciseisavo conde de Perth, había intentado hasta la saciedad que su sobrino entrara en el mundo de la política. Decía que tenía muy buenas aptitudes para ello. Tío James era el Primer Secretario General de la Liga de las Naciones. En 1933 ostentaba el cargo de embajador británico en Italia y posteriormente entró en la Cámara de los Lores. Tras estallar la guerra, volvió a Gran Bretaña como el principal asesor en materia de publicidad exterior en el Ministerio de Información.

Sin embargo los consejos de su tío no sirvieron de nada. Ralph quería realizar el sueño de su vida, seguir los pasos de su padre. Tenía muy clara la responsabilidad que suponía ser hijo del comandante en jefe de la División de Nueva Zelanda, el vicealmirante Edmund Rupert Drummond, Conde de Pert.

Su madre, Lady Evelyn Frances Butler hubiera preferido que su hijo se decantara por una profesión más acorde con la educación recibida, pero su hijo decidió dejarse llevar por su amor por el mar. A los tres años de ingresar en la Escuela Naval y tras un corto periodo al frente del HMS H32, recibió el mando de su segundo submarino, El Sickle.

Un oficial trajo una taza de café, mientras Drummond repasaba los últimos mensajes recibidos. El submarino cabeceaba en la superficie del mar y él estuvo a punto de derramarlo.

—¡Comandante! —dijo el operador de radar. Drummond se acercó y le puso la mano en el hombro. El joven oficial señaló la pantalla.

—¡Aquí está, señor!, lo vi hace un segundo..., ¡otra vez!

Drummond observó con atención el aparato, intentando adivinar la naturaleza de

lo que tenía ante sus ojos.

—Parece la señal de otro submarino —dijo Drummond—. ¿No es cierto muchacho?

—¡Me apostaría la cabeza, señor! —dijo el operador, mientras asentía.

—¿Qué más? —siguió preguntando Drummond.

—Se parece mucho a la señal que vimos el otro día, la del submarino que hundimos.

—¡¡Otro submarino alemán!! —gritó Drummond—. ¡Zafarrancho de combate con torpedos!

El estridente ruido del claxon de alarma llegó a todos los rincones de la nave, despertando a los hombres que estaban fuera de guardia. Todos se levantaron, saliendo despedidos hacia sus puestos de combate. Las interferencias en el radar eran debidas, sin duda, a la presencia de otro sumergible en las cercanías.

Las emanaciones del submarino enemigo provenían de la demora 350, casi del norte. El Sickle hizo todo avante y se dirigió con un rumbo calculado para situarse en la trayectoria del buque que se acercaba, viró hacia el enemigo y comenzó a aproximarse, manteniendo tras de sí la parte oscura del horizonte, para no ser descubierto. La distancia continuó disminuyendo, mientras el operador de radar suministraba sin cesar, la información.

—¡Cinco millas, señor!

Drummond subió al puente a acompañar a los serviolas, escudriñando el horizonte. Entonces, los penetrantes ojos de uno de los oficiales de cubierta comenzaron a distinguir una sombra. A cuatro millas se definía de pronto en la oscuridad la siniestra silueta de un U-Boot de la clase VIIC. A aquella distancia el alemán ofrecía todo su costado al Sickle. Los planes de Drummond habían dado sus frutos. Su proa apuntaba al enemigo y tenía además, la ventaja de verlo sin ser visto.

Hubert despertó sobresaltado y recordó que había tenido un sueño en el que su padre, vestido de uniforme, le abrazaba con fuerza. Recordó que Anton nunca le abrazó así, con aquella intensidad. Cuando despertó, recordó el sueño y sintió miedo. Hasta él llegaron los gritos del segundo oficial llamando al comandante. Oyó el ruido de las suelas de sus botas de cuero moviéndose por el piso metálico de la nave. Se inclinó sobre la barandilla de la litera para ver que ocurría.

Los hombres discutían acaloradamente, mientras decían que el operador se había vuelto loco, y le ordenaban que lo volviera a comprobar.

Hubert saltó de la cama y se acercó al puesto de mando. El operador del hidrófono había escuchado algo. Todos los buques producían sonidos al navegar, bien por las hélices, los motores, o cualquier maquinaria a bordo, y el hidrófono se encargaba de descubrirlas.

—¡Son ruidos de hélices! —dijo el oficial de sonar—. Están lejos, pero estoy

completamente seguro, señor.

—¡De nuevo!, ¡contacto hidrófono! —gritó el operador—. Marcación, nueve, cinco. ¡Leve ruido de hélices a tres millas náuticas!

—¡Ha parado motores, señor! —volvió a decir. Göing asomó por la escotilla de acceso a la torre y preguntó al personal de guardia.

—¿Se ve algo?

—No, comandante, y eso que lo tenemos muy cerca —respondió Dietrich Krebs, de guardia en el puente.

Todo el mundo en la sala de control del U-755 se puso en movimiento. El nerviosismo entre los oficiales era palpable.

Göing dictó un mensaje a la sala de radio y Helmut Kollwitz lo envió al Alto Mando:

FT 2248/20/526 de Göing

21-5... 12:34... CH 3622 Dfl. localizado Submarino enemigo
radio-localización horizontal.

De pronto, Göing ordenó desalojar la torre y preparar inmersión. Estando tan cerca del buque que producía aquel sonido sin tener un contacto visual, solo podía significar que la silueta del atacante fuera muy baja, o lo que era lo mismo, que fuera un submarino y estuviera a cota de periscopio.

Si estaba situado en marcación, nueve cinco, lo tenían a estribor, y le estaban mostrando todo su costado, y si además estaba detenido, era lógico pensar que preparaba un ataque.

—¡¿Distancia?! —rugió Göing.

—¡Dos millas náuticas, y sigue parado, señor! —gritó en voz alta el operador.

—¿Si disparara sus peces a esa distancia, cuanto tardarían en llegar a nosotros?

—Unos..., dos minutos, señor —contestó el operador tras hacer los cálculos con rapidez.

—¡Avísame si se abren las escotillas de torpedos! —volvió a gritar Wálter Göing—. ¡¡Gente a proa, gente a proa!!

La sirena de alarma comenzó a sonar por toda la nave. Todos los que no eran precisos en sus puestos echaron a correr a toda prisa por el pasillo, hacia la proa, junto a los tubos lanzatorpedos.

—¡¡Ha abierto escotillas, señor!! —gritó el operador, presa de los nervios—. ¡¡Torpedos!!, ¡torpedos en el agua!

Silenciosamente, el Sickle expulsó cinco torpedos al mar que emprendieron su camino hacia el blanco. El personal del puente se frotaba las manos, observando con nerviosismo. El Sickle, como todos los de su clase, estaba provisto de seis tubos lanzatorpedos a proa, por lo que Drummond se guardaba uno de reserva, por si era necesario.

—¡Inmersión!!, ¡inmersión!! —gritó, Wálter Göing, mientras pulsaba su cronómetro Hanhart.

El pez de acero se inclinó de proa estrepitosamente, acelerando la inmersión, ayudado por el peso extra del personal de proa. La superestructura comenzaba a desaparecer de la superficie, cuando desde el Sickle se percataron de que habían sido descubiertos.

—¡Veinticinco segundos! —leyó Göing en su reloj.

—Cinco metros, señor.

—¡Treinta y cinco segundos! ¡estamos bajo el agua!

Cuando se cumplió el primer minuto dieron por sentado que estaban fuera de peligro, pero era lógico que el atacante estuviera recargando los tubos de torpedos.

—Los torpedos ya deben haber pasado sobre nosotros —dijo Dietrich Krebs.

—¡Parar máquinas! —volvió a gritar Göing—. ¡Silencio absoluto!

Los hombres permanecían quietos mientras se hizo el silencio en el U-755. Nadie se atrevía a respirar. Con la mirada fija, los hombres se miraban entre sí, escuchando. Si el sumergible no emitía ningún sonido, no podría ser detectado, volviéndose invisible para el eventual cazador.

Dentro de la nave, había caído la noche, oscura y fría. Una especie de suave neblina se apoderó del espacio y una sensación húmeda se instaló en el aire. Los haces de las linternas recorrían el lugar, saliendo de entre la oscuridad. Todos los instrumentos habían enmudecido. Algunos hombres, tras veinte minutos de espera y en silencio, llegaron incluso a dormirse.

Se preparó la salida a superficie para diez minutos después y tras poner las máquinas en funcionamiento, los instrumentos empezaron a brillar en la oscuridad, entre sonidos agudos e intermitentes, mientras las luces del techo comenzaban a volver a la vida. Göing vio rostros espantados, aterrorizados.

Uno de los oficiales se enjugaba con la manga del uniforme una gota de sudor que le caía de la nariz. Otro tarareaba una melodía por lo bajo, de forma repetitiva, como si su mente estuviese a muchas millas de allí. Había un olor áspero en el ambiente, por encima de los olores normales en la nave, que les estaba provocando a los hombres un intenso dolor de cabeza. La falta de oxígeno se comenzaba a notar.

Göing suspiró, y exhaló el aire de sus pulmones con lentitud.

—Bueno, señores, volvamos arriba —dijo con suavidad. No tuvo que repetirlo dos veces.

El hidrofonia escuchó al Sickle alejándose. Drummond no estaba dispuesto a quedarse quieto con un U-Boot en inmersión bajo él. El U-755 salió a la superficie en otra noche sin luna, y preparado para la batalla, continuó su camino.

26 de mayo de 1943

Desde el aire, el Mediterráneo semejaba realmente infinito, remoto. Así se lo pareció la mañana del 26 de mayo al teniente de Vuelo L. H. G. Holmes mientras sobrevolaba la costa de Marruecos a bordo de un Hudson MkV del 500 escuadrón de la R.A.F.

Habían despegado desde el aeropuerto de Tafaroui, a donde les habían destinado desde el pasado 3 de mayo. Aquel aeródromo se encontraba en Orán, una ciudad portuaria al noroeste de Argelia. Tafaroui había sido tomado por la 34.^a División de infantería del ejército de los Estados Unidos durante la Operación Antorcha, el 8 de noviembre de 1942.

Holmes, de 27 años, fue almacenista en Rangiora, su pueblo natal y se había alistado en la R.A.F. en el 39, por lo que era un veterano piloto, y un buen conocedor del Mediterráneo. El bimotor se deslizaba suavemente a 1.640 pies sobre la superficie del agua. Volaron hacia el oeste durante una hora, observando con atención, con la cara pegada al cristal, pero disfrutando al mismo tiempo de un estado de serenidad inducido por el balanceo del bombardero y por la visión del agua extendiéndose hasta el infinito.

A continuación viraron al noreste en dirección a una estela que se adivinaba en la distancia, a 7.000 millas al norte de la isla de Alborán. Pronto descubrieron la procedencia de aquella estela, un U-Boot.

La atenta observación de los oficiales había tenido su recompensa. Holmes elevó el potente bimotor a gran altura para no ser detectado, y dejó caer a la aeronave, prácticamente en picado, quería sorprender al sumergible antes de que le avistara y se hundiera.

Werner Düsing se encontraba de guardia de puente a las 06:26 horas, cuando oyó aquel rugido ensordecedor que se mezclaba con el sonido del viento. Los cuatro serviolas no hacían más que otear el horizonte en todas direcciones, intentando localizar la fuente de aquel estruendo que se les acercaba. En aquel momento el oficial levantó la vista y lo vio, cerniéndose sobre ellos a una velocidad endiablada. El chorro de luz del proyector a proa del Hudson comenzó a pasearse por el costado del sumergible.

—¡Inmersión, rápido, inmersión!, —gritó al tiempo que se acercaba a la escotilla.

Comenzó a sonar el timbre de alarma, cuando la guardia de puente se dio cuenta de que lo tenían encima.

—¡A los antiaéreos, rápido, rápido! —volvió a rugir Düsing.

Los hombres cargaban el arma de 20 mm, cuando llegó hasta ellos la primera lluvia desde las ametralladoras de 7.7 mm del bombardero británico.

El cabo de marina Helmut Zwaka, el serviola que estaba junto a Düsing, se desplomó como una marioneta sin vida mientras los proyectiles barrían la cubierta

del U-755. Su piel se había vuelto amarilla y la cabeza le colgaba inmóvil en el borde de la torreta. Düsing tomó el puesto del hombre caído cuando el Hudson pasó como una exhalación dejando caer tres torpedos que se hundieron a varios metros de la nave sin causar daños. Los tres hombres comenzaron a disparar mientras sus gargantas dejaban escapar gritos de rabia.

—¡Está virando!, ¡está virando!, ¡vamos, acabemos con ese hijo de perra!

El cañón del antiaéreo escupía fuego en dirección al bombardero que se acercaba para lanzar otra estocada. Los proyectiles de 20 mm alcanzaron por fin al Hudson que comenzó a mostrar un rastro de humo en su motor de babor. Pero a pesar de recibir un golpe por el fuego antiaéreo, Holmes siguió con dos ataques en picado, mientras la ametralladora del vientre del aparato se había unido a la cacería.

En aquella segunda pasada, dos de los artilleros, el teniente Eichler y el marinero Örtel fueron alcanzados por los proyectiles, siendo sustituidos rápidamente. Otro torpedo salió de la panza de aquel pájaro, sin mayores consecuencias, hasta que salieron otros dos.

Düsing consiguió alcanzar de nuevo al bombardero, cuando de pronto una enorme explosión sacudió al U-755 en el costado de babor, a varios metros de popa. El impacto había sido directo, haciendo que la nave se estremeciera como un monstruo herido. Grandes llamaradas asomaban desde el interior del sumergible y varias columnas de humo se elevaban en lo alto. En el interior de la nave, la formidable explosión fue acompañada de una blanca llamarada, que envolvió con lenguas de fuego toda la zona de popa. Puntales y largueros metálicos caían como hojas muertas en otoño. La rotura de varios tirantes había desplazado una sección del casco de presión, proyectando en todas direcciones tuercas y varios tornillos, provistos de una temible potencia de choque. Era un verdadero milagro que nadie hubiera resultado muerto en el interior de la nave.

Holmes acababa de dejar al sumergible tras él, cuando el segundo de a bordo le indicó que perdían altura. El humo llenó la cabina del bombardero con el desagradable olor del aceite quemado. Las chispas golpeaban contra los cristales del parabrisas, salpicándolo de lo que pareció líquido refrigerante. Holmes observó aquel motor, a su izquierda, envuelto en humo negro, mientras su hélice se detenía entre estertores.

Durante un momento se le ocurrió avisar por radio a los guardacostas basados en Gibraltar, pero el avión volvió a recuperar la estabilidad y pensó que podrían llegar. El bombardero se alejaba renqueando pero a salvo, gracias a su otro motor de 1.200 cv, que rugía y resollaba. Mientras tanto, en el sumergible se hacía inventario de daños: un muerto y dos heridos por el Hudson. Inmediatamente se procedió a dominar el incendio con ayuda de los extintores.

El casco de presión había sufrido el impacto directo de aquella bomba, por debajo de la línea de flotación, por lo que el agua entraba estrepitosamente por las juntas del escape de uno de los diésel. Las bombas de achique cumplían su función,

manteniendo la inundación a raya, mientras con un soplete se intentaba taponar la vía. Los hombres pasaron la noche intentando reparar la entrada de agua, pero fue imposible.

—El agua entra muy deprisa, señor —comentó el mecánico jefe Brumme. Wálter Göing tenía el semblante serio mientras escuchaba. Las posibilidades de poder taponar la vía con unas mínimas condiciones de seguridad eran realmente muy escasas.

Tras dos horas de deliberación, Göing envió un mensaje a la base:

Entrada FT 2250/26/557 para Göing

27-5...06:18...CH7518...Graves averías.

Entrada agua escape posterior.

Inmersión profunda insegura.

Caído Corporal armas cubierta Zwaka,

heridos levemente marinero Örtel y Corporal de cubierta Eichler.

Comenzamos regreso a Toulon.

Probable cambio salida escape posterior.

Aquella noche, al amparo de las estrellas, la tripulación del U-755 subió a cubierta y se realizó un breve funeral por el Matrosengefreiter Helmut Zwaka. Su cuerpo fue envuelto en un sudario y tras unas palabras se le dio sepultura en las aguas del Mediterráneo, muy lejos de casa.

27 de mayo de 1943

I

Un gran neón verde azulado presidía la barra, sobre una voluminosa cristalera. Varios oficiales se reunían alrededor de la máquina de discos Jukebox, y tras ellos se podía ver un cooler de la marca Coca-Cola. Llamaba la atención el mobiliario de aquel local de la recóndita base de la R.A.F., en el aeródromo de Blida, una ciudad de Argelia a unos 45 km al suroeste de la capital.

El 8 de noviembre de 1942, el aeropuerto fue tomado por la 11.^a Brigada de infantería británica. La toma de aquel remoto enclave fue primordial para el inicio de la Operación Antorcha, con el desembarco de tropas Américo Británicas en el norte del África Francesa. El objetivo de la operación era movilizar las fuerzas aliadas hacia Túnez, donde se encontraba la retaguardia de los alemanes. En aquella época el 608 escuadrón se encargaba de la cobertura antisubmarina para los convoys procedentes de Gibraltar.

Cuando llegaron los americanos se trajeron consigo varios muebles para acondicionar la cafetería de la base. Querían que se asemejara a los típicos bares de Manhattan, para así no sentirse tan lejos de casa. Incluso habían traído una máquina de granizados. Aprovechaban cualquier vuelo de suministros para añadir una nueva adquisición al local. La última incorporación era aquella preciosa máquina de discos de color rojo chillón.

Los británicos siguieron con la tradición, aportando una preciosa pizarra donde se podía leer el menú del día, escrito en tiza. Al fondo se había colgado un enorme póster publicitario donde se veía a la actriz estadounidense Myrna Loy sirviendo café a un grupo de marinos. En el Jukebox comenzó a sonar “Shoo shoo shoo baby”, el nuevo éxito de las Andrews Sisters.

Ogilvie llevaba seis meses en aquel recóndito agujero, a donde había llegado el 13 de noviembre desde Gibraltar. El contacto con su familia se había visto reducido a esporádicas cartas que en ocasiones, ni siquiera llegaban. Una llamada telefónica en condiciones, desde allí hasta Inglaterra, era lo más semejante a una quimera.

—¿Café o *Whisky*? —preguntó el camarero.

—El *whisky* y el café casan muy bien. Así que prepárame los dos.

El piloto extrajo la pitillera del bolsillo superior de la chaqueta, cogió un cigarrillo y se lo llevó a la boca. Encendió la cerilla con la cajetilla de fósforos en la mano, mientras protegía la llama con el hueco de los dedos para darse fuego. Los

cubitos de hielo tintineaban en el vaso mientras Ogilvie le daba un movimiento circular y cadencioso.

En aquel momento se abrió la puerta del local, dando paso a un joven corpulento con un chubasquero militar. Rezongando, se sacudió el agua que resbalaba por el impermeable. En aquel lugar solía llover pocos días al año, pero cuando lo hacía era con intensidad.

—¡Condenado tiempo! mierda de clima, puñetera lluvia —maldecía desde la puerta, mientras se acercaba a Ogilvie.

—El comandante le anda buscando, señor —dijo el cabo.

—¿Y tiene que ser ahora? —preguntó Ogilvie con mirada interrogante.

Sorbió un poco de café ya enfriado, y volvió a observar a aquel joven que se había empeñado en fastidiarle la tarde.

—Dime, muchacho, ¿crees que cambiará el destino de la guerra si el jefe espera un poco?

—Pues... no sé, señor —contestó el joven, al que estaba poniendo en aprietos. La música había cesado, cuando Ogilvie vació el vaso y lo inclinó distraído, con movimientos circulares, mientras el cigarrillo yacía marchito en el cenicero.

—¡Bueno, vamos a ver al comandante!

Fuera había dejado de llover, no quedaba más que un resto de neblina en el aire, de modo que se levantó el cuello de la guerrera, volvió la esquina y anduvo por la calle paralela a los barracones.

Al llegar a otro edificio, cruzaron una puerta en la que se podía leer “Comandante de Escuadrilla”. Bajo el letrero había una placa deslizable que rezaba “Cap. Clair Mansell Maybury Grece R.A.F.” El cabo se hizo a un lado y Ogilvie entró en un despacho sencillo y luminoso. El interior de la oficina ofrecía un curioso contraste con el caos que reinaba en el exterior. Todo estaba ordenado y limpio, como si se fuera a pasar revista de un momento a otro. Una cafetera eléctrica borboteaba tras el escritorio, desprendiendo un delicioso aroma sobre la estancia, donde había otra mesa repleta de mapas y unos archivadores. A Ogilvie le pareció, en definitiva, un lugar aséptico.

El capitán Maybury rondaba los 29 años y a pesar de su juventud, había hecho más que suficientes méritos para estar al frente de la 608 Escuadrilla. Aquel delgado y apuesto joven era comandante de vuelo cuando Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania y formó parte del pequeño destacamento que se quedó en Francia cuando fue invadida por los alemanes. Más tarde se convirtió en oficial en jefe a cargo del 59 Escuadrón y en abril de 1942 se hizo cargo del 405 Escuadrón de las Fuerzas Aéreas Canadienses, con base en Greenwood, Nueva Escocia.

—¡Pase Ogilvie! —dijo el capitán, recibéndole con un firme apretón de manos.

—¿Cómo va el permiso?

—Bien, señor. Me levanto tarde, paseo y tengo tiempo para escribir a la familia. No me puedo quejar.

—¿Le apetece un café? —preguntó Maybury. A lo que Ogilvie asintió.

Cuando se dirigía a la cafetera eléctrica, dijo:

—Bueno, se que tenía unos días de permiso, pero necesito que mañana haga un vuelo. No se lo pediría si no fuera urgente, y aunque disponemos de buenos pilotos, prefiero que sea usted. Después de esto le dejaré tranquilo unos días, ¡prometido!

—¡Maldición! —exclamó Maybury, mientras revolvió sobre su mesa, como si buscara algún orden en aquellos *dossiers*—. ¿Dónde demonios están los dichosos papeles?, ¡Johnson!, ¡Johnson!

El cabo que había traído a Ogilvie asomó por la puerta.

—¡Si, señor! Disculpe, aquí lo tiene, capitán.

—¿Dijo usted que quería azúcar? —volvió a preguntar Maybury.

—Sin azúcar, por favor.

Maybury le sirvió una taza, mientras extraía una hoja de todo el expediente y se la pasaba a Ogilvie.

—Bueno, el caso es que, como podrá ver aquí, al parecer uno de los nuestros tuvo en encontronazo con un U-Boot ayer, en el Canal de Alborán. Y según el informe del piloto, les dio la impresión de que el pez sufrió averías de consideración. Incluso se vieron varias columnas de humo.

—¿Y por qué no terminaron el trabajo, señor?

—Porque, al parecer sufrieron un impacto directo y volvieron a la base de Tafaroui con un solo motor.

—¡Caramba! —exclamó Ogilvie cerrando el expediente y apartando su taza de café, ya vacía—. Eso es lo que yo llamo un paseo divertido, ¡si señor!

—Bueno, mi opinión es que si no se interna en España, y de momento no ha sido así, intentará llegar a su base —dijo Maybury—, y todo nos hace pensar que salió de Toulon. ¿Sabe?, estaría bien que nos apuntáramos este tanto. Sería bueno para la moral de los muchachos. Además, me han dicho que va diciendo por ahí que se muere de ganas por probar los nuevos cohetes ASW.

—Eso es lo que les dije a los muchachos, señor Maybury le dirigió una amplia sonrisa.

—¿El incidente tuvo lugar aquí? —pregunto Ogilvie, señalando en un mapa sobre la mesa.

—Sí. Por lo que yo creo, si se dirige a Francia, y suponiendo que tendrá prisa por llegar, yo que usted sobrevolaría la costa española manteniendo una prudencial distancia. No queremos que el general Franco se vaya a enfadar, ¿verdad?

—¡No, por supuesto que no! —contestó Ogilvie, mientras abría la puerta y salía. Fuera, la lluvia volvía a arremeter contra el edificio y se oía el gorgoteo del agua bajando por los canalones.

Muy lejos de allí, el U-755 navegaba gran parte del día en inmersión, a cota

periscópica, con la entrada de una gran cantidad de agua que hacía temer por las vidas de los tripulantes. Cuando la situación se volvía insostenible, se tomaba la decisión de emerger para evacuar el agua. La humedad hacía que la atmósfera en el interior de la nave se hubiera vuelto irrespirable.

A las 22:00 horas volvieron a superficie para efectuar una radiolocalización de varias aeronaves en las cercanías. Göing ordenó una nueva inmersión, buscando distanciarse de sus perseguidores. Las caras en tensión de los hombres mostraban su preocupación. Penosamente, el U-Boot avanzaba a tres cuartos de máquina, intentando llegar a casa a salvo.

II

28 de mayo de 1943

Durante la madrugada, antes de las 04:30, el U-755 navegaba en superficie, cuando volvió a realizar una radiolocalización de varias aeronaves. Inmediatamente se volvió a sumergir. Se mantendría bajo el agua hasta agotar las baterías de los motores eléctricos.

A las 06:00 asomó a la superficie para comprobar que el cielo estaba cubierto por nubes bajas y alisadas. Un fuerte oleaje convirtió el resto del viaje en un infierno.

A 1.698 pies de altura sobre el Mediterráneo, un Hudson Mk VI del 608 escuadrón de la R.A.F., atravesó una pequeña zona de turbulencias. Posiblemente se desprendía alguna corriente térmica directamente desde la superficie del mar. Bill Patchet, el copiloto, se revolvió inquieto en su asiento. En la época en que estaban era normal que se desprendieran algunas ascendencias que fácilmente podrían llegar a sacudir el aparato.

El ensordecedor ruido de los motores no turbaba a los seis tripulantes, que estaban entrenados para abstraerse de él y concentrarse en otear el horizonte.

Ogilvie se dejó llevar por su intuición, y supuso que si el comandante Maybury tenía razón y aquel sumergible tenía su base en Toulon, él debía bordear la costa española en su busca. A estribor de la aeronave se divisaron las islas de Ibiza y, más a su derecha, Mallorca.

—¡Allí, allí, contacto visual a las once! —gritó el artillero—. Es un sumergible en superficie, y se desplaza a gran velocidad.

El Hudson se encaró en picado hacia el objetivo, mientras los motores aceleraban, produciendo rabiosos zumbidos. El bombardero lanzó dos cohetes sobre el sumergible, que quedaron cortos. Tras la primera pasada, volvió a encararse al objetivo, mientras recibía fuego antiaéreo desde el U-Boot.

—¡No se pueden hundir! —gritó Patchet—. ¡Deben tener alguna vía de agua en el casco!

El fuego antiaéreo desvió al avión de su objetivo, mientras Ogilvie preparaba una segunda pasada. Esta vez el segundo cohete cayó a varios metros del submarino, pero con el primer cohete se había confirmado un impacto en la parte de popa, a estribor. En la cubierta del U-Boot, la dotación de los cañones antiaéreos seguía disparando.

Tras unos momentos de lucha encarnizada el sumergible comenzó a mostrar una columna de humo.

Eran las 13:53 cuando el torpedo golpeó directamente al U-755. El impacto en la parte de babor abolló varias porciones de las planchas de acero del casco, entre el mamparo de los depósitos diésel. Aquello provocó que comenzaran a inundarse varios compartimentos estancos con vertiginosa rapidez.

El marinero Gerard Pröhl yacía muerto en el suelo. El torpedo había causado una avería en los engranajes de acoplamiento y los colectores de los diésel, haciendo que el U-Boot fuera ingobernable.

Los mecánicos, con el agua hasta la cintura y en una frenética carrera contra el tiempo, fueron incapaces de arreglar el daño. Entonces comenzó el incendio. El fueloil comenzó a arder mientras el marinero Georg Dimper y el cabo 1.º Günter Semmler intentaban hacerle frente con los extintores. Las bombas de drenaje no podían contener la entrada de agua. A partir de aquel momento la suerte estaba echada.

Göing ordenó detener los diésel y arrancar los motores eléctricos. El telégrafo de la sala de mando envió la orden pero el mensaje no llegó a máquinas. En aquel momento, Göing dio la orden, y toda la tripulación comenzó a abandonar la nave.

Hubert vio como un espeso humo negro con ocasionales llamaradas anaranjadas salía de la sala de máquinas. Sasse no necesitó que nadie le diera la orden. Accionó el emisor FuMO 61 y comenzó a enviar repetidamente el mensaje de SOS a través del pulsador morse. Una gran ola se adueñó de la parte trasera del buque avanzando hacia la parte central con una velocidad endiablada, arrastrando todo tipo de objetos con ella, mantas, cajas de alimentos, o cualquier otra cosa que encontraba en su camino.

En el armario sobre la litera de Hubert, con cada golpe de mar, la pequeña peonza giraba sobre sí misma, golpeando contra la pared. Entonces, otro golpe de mar sacudía al U-755 en dirección contraria y la peonza volvía a rodar en sentido opuesto, en un movimiento interminable.

La tripulación corría hacia la escalerilla de la sala de mando. Hubert y su compañero cortaron la electricidad en la sala de radio antes de abandonar sus puestos, cuando el agua ya inundaba el pasillo central. Uno tras otro, los hombres trepaban con rapidez hasta la torre, y sin pensarlo, saltaban al mar.

—¡¡Vamooooos!! ¡¡Vamooooos!! ¡¡Todos fueraaaa!! —gritaba Wálter Göing al pie de la escalerilla. Él saldría el último, no abandonaría la nave hasta que el último de sus hombres estuviera a salvo.

Bernhard Adeneuer salió y tras él lo hizo Christians Rudolf. Luego el comandante inició la ascensión, llegó a la torreta y saltó al mar. Entonces un descomunal torrente de agua invadió la sala de mando con fuerza, inundándolo todo. Tras escasos tres minutos de inundación constante la popa comenzó a hundirse.

Mientras los hombres saltaban al mar, llegó la primera ráfaga proveniente del Hudson, que barrió nuevamente la cubierta. Algunos hombres tuvieron tiempo de saltar al agua pero otros abandonaron el suelo de madera de la cubierta para salir despedidos varios metros más lejos en el agua, y ya sin vida. A Hubert solo le dio tiempo a lanzar una mirada cargada de miedo y frustración antes de zambullirse entre las negras y frías aguas del Mediterráneo. Entonces vio a Josef Bauriedl saltar y aterrizar a su lado.

—¡¡Apartaooooos del U-Boot!! ¡Nada Sasse, nada, ese cabrón viene a por nosotros! —dijo Bauriedl, mientras braceaba con todas sus fuerzas.

La imponente proa del U-Boot se estaba elevando varios metros sobre la superficie del agua, intentando apuntar al cielo, como clamando por una ayuda que no llegaría. La tensión producida por el peso del agua en la inundada popa provocó que el casco de la nave se fracturara con un concierto de increíbles crujidos, mientras gemía en un último estertor de muerte.

Los hombres sabían que tenían que alejarse del submarino que se elevaba sobre ellos, o serían arrastrados hasta las profundidades por la poderosa fuerza de succión que originaría al hundirse. Varios oficiales estaban cubiertos del aceite del buque que cubría la superficie del agua, y su olor impregnaba el ambiente.

Mientras la popa tiraba hacia el fondo, la proa se inclinó hasta quedar casi vertical, generando una montaña de agua, formada por vapor y espuma. Dominando la escena, una gran nube de humo blanco se elevaba en lo alto.

—¡¡Apartaooooos de él!! ¡¡Apartaooooos de él!! ¡¡Os arrastrará al fondo!! —gritaba Göing.

Pero los náufragos no reaccionaban, como si estuvieran hipnotizados. En aquel momento, Wálter fue consciente de lo frágiles que eran él y sus hombres. Todos los ojos estaban puestos en aquel gigante que se hundía con lentitud.

La proa permaneció un instante más en posición vertical, mostrando su roda fuera del agua, con una de las escotillas de torpedos abierta, como esperando a algún enemigo invisible para, al fin, desaparecer de la superficie. Todos los que no se apartaron a tiempo fueron tragados por la fuerza de succión generada por el navío al hundirse. Entonces, mientras la nave desaparecía de la superficie, Göing ordenó tres hurras por el honor del U-755. Los hombres corearon los vítores como una sola voz.

El U-755 descendía al fondo marino acompañado de un larga estela de burbujas de aire. Al ganar velocidad durante el tortuoso descenso, el sumergible se alabeó, desgarrándose; hasta que tras una caída de pocos minutos, varios de los torpedos de los tubos de proa estallaron, decapitando a la nave. Al fin se estrelló con un fuerte estrépito contra el fondo, formando una inmensa nube de polvo.

Con el timón hincado en la arena y dos aspas de una de las hélices asomando entre el fango, la maltrecha popa del U-755 yacía a 1.605 metros, en el fondo del Mediterráneo. En la torre, la escotilla estaba abierta. Ya no resonaría con el alegre tamborileo de las pisadas de sus tripulantes, ansiosos ante la posibilidad de un permiso en tierra.

El pecio dormiría para siempre en la oscuridad, convertido en un amasijo de metal retorcido, tachonado de remaches y mostrando sus costillas de acero a través de las tripas abiertas, como el espantoso cadáver de un extinto monstruo. Como un sarcófago marino. Con el paso del tiempo todo él quedaría cubierto de carámbanos de óxido, mientras los hongos se alimentarían de sus pútridos restos.

Pero aún no estaba todo visto. Los momentos finales de la tripulación del U-755 serían de una violencia espantosa. Los hombres acababan de ver como su nave desaparecía de la superficie llevándose consigo a los que estaban demasiado cerca de él, cuando en el aire sonó un silbido familiar.

El Hudson iniciaba una nueva embestida a ras de agua. De sus dos ametralladoras alojadas en el interior del fuselaje del morro, salían con centelleante rabia los proyectiles, atravesando el aire. Las dos ráfagas pasaron junto a los jóvenes levantando columnas de agua a su paso.

—¡A pasado cerca! —gritó Hubert mientras seguía al bombardero con la mirada. No hubo respuesta.

Josef Bauriedl yacía boca arriba con el cuello destrozado. Sus ojos, entreabiertos y fijos, observaban la nada, mientras parecía que intentaba abrir la boca para emitir algún sonido, pero solo salía un pequeño torrente de sangre oscura, que caía al agua en una siniestra cascada. Entonces el avión volvió a hacer otra pasada disparando sus armas.

Sasse no tuvo tiempo de reaccionar, ni de poder despedir a su amigo. Sintió un dolor punzante y vio la sangre aparecer junto a él, a su alrededor. Entonces, como un pensamiento olvidado, la figura de su amigo se desvaneció y Hubert Sasse ya no vio ni oyó nada más, y la negrura se cernió sobre el marino.

III

El fuerte oleaje y las corrientes hacían muy difícil mantener la cohesión entre los tres grupos de naufragos. El comandante Göing dio la orden de nadar hacia el este, en dirección a Mallorca. Bernhard Adeneuer calculó que la isla se encontraba a 30 o 40 millas.

Los hombres en mejor estado nadaban en el primer grupo, mientras los más débiles lo hacían 100 metros más atrás, intentando mantener la marcha. Sobre las 14:30, los hombres heridos llamaban pidiendo ayuda. Algunos de aquellos infelices

no tenían chaleco.

Fritz Bögner se encontraba en el grupo de cabeza cuando oyó los ruegos. El joven seguía nadando, intentando concentrarse en sobrevivir, pero no pudo seguir así por mucho tiempo. Al fin retrocedió, nadando hacia los hombres del último grupo para prestarles auxilio. Al pasar junto a un cadáver, se detuvo, le quitó el chaleco salvavidas y continuó. Adeneuer le vio pasar a su lado y tras un momento de dudas, se unió a él. Al alférez Adeneuer y a Bögner no se les vería nunca más, aquel gesto les costaría la vida.

En el centro del grupo se encontraban el comandante Wálter Göing, el primer oficial Werner Düsing y el segundo oficial Christians Rudolf. Tras ellos nadaban el oficial ingeniero Ernst-Adolf Hartmann y los dos mecánicos principales Günter Semmler y Heinz Wuwer.

Göing observaba como los hombres iban desapareciendo en la distancia sin saber qué hacer. La corriente se volvió más fuerte y se hizo muy difícil mantenerse cerca los unos de los otros. A lo lejos, los hombres gritaban pidiendo socorro, luego los gritos cesaban, dando paso a otro cadáver más.

Ernst Oertl miró al cielo. No se veía ningún ave. Si divisara alguna señalaría la proximidad de tierra firme, pero no había nada, solo el mar, inmenso. Había perdido de vista a muchos de sus compañeros desde que saltaron de la torreta del U-Boot: Bauriedl, Sasse, Eichler, Krips... A la mayoría de ellos no los había vuelto a ver.

Oertl era un gran nadador y se posicionó entre los primeros del grupo de cabeza. Nadaba pausadamente, intentando dosificar sus fuerzas y respirar del modo adecuado. Realizaba movimientos sincronizados, alternando un brazo en el aire con la palma hacia abajo, entrando en el agua con el codo relajado, mientras el otro brazo avanzaba bajo el agua y moviendo las piernas con patadas oscilantes. Cuando se fatigaba, cambiaba el estilo, nadando de espaldas, siempre adelante, como un autómata. A lo lejos escuchaba los gritos de los que se quedaban rezagados, pero haciendo frente a aquella sensación de culpa, continuaba adelante. Sabía que si se detenía, su cuerpo se enfriaría, y estaría muerto.

IV

Media tarde del 28 de mayo de 1943

Hubert despertó de su inconsciencia, aturdido y desorientado. No sabía dónde estaba, mirando en todas direcciones, en la inmensidad del mar. A lo lejos, cinco cuerpos flotaban inmóviles. Entonces lo recordó, el ataque, el U-755 hundiéndose, el ensordecedor ruido del avión dirigiéndose hacia ellos mientras disparaba sus

ametralladoras. Los gritos, la confusión, los momentos de pánico. En aquel instante recordó a Bauriedl, muerto junto a él, y a los demás. El dolor le hizo recordar que también él había sido alcanzado.

El marino se palpó la herida, a juzgar por el orificio de salida, el proyectil había entrado por su abdomen y había salido por el costado. Aún sangraba levemente y el dolor era insoportable, pero debía sobreponerse. No sabía cuánto llevaba inconsciente, pero por lo alto que se encontraba el Sol en el horizonte, calculó que debían ser entre las tres y las cuatro de la tarde.

Observó que el chaleco salvavidas aún estaba en buenas condiciones; la bombona de aire presurizado estaba vacía, pero siempre podría rellenarlo con la boquilla si notaba falta de aire.

Se acercó pesadamente a los cuerpos que tenía más cerca, para reconocer a Walter Klima, el cabo 1.º de marina, y junto a él, al teniente Dietrich Krebs. Un poco más alejado se encontraba el cabo de marina Willi Krips y junto a él flotaba sin vida el marinero Hermann Rakow. Había recibido varios disparos directos, y donde debía estar la parte derecha de su rostro, no había nada.

Hubert quiso vomitar, mientras las lágrimas afloraban a sus ojos, luego pensó en los demás y los llamó gritando, pero solo le contestó el batir y el rugido de las olas, y comenzó a sollozar desesperado, llamando en su interior a Dios.

A lo lejos, el cielo estaba azul, pero junto a él solo había agua, agua oscura y poderosamente aterradora. Pero había recibido un duro entrenamiento durante años y no le habían preparado para perder el control al primer revés. En aquel momento recordó que le quedaba un último cuerpo por ver, pero se encontraba bastante lejos de él y pensó que no valía la pena gastar energías en llegar hasta allí. Entonces oyó los gemidos y se acercó nadando, para comprobar que su compañero Werner Eichler, el cabo 1.º de transmisiones, estaba con vida. El cuerpo del marino mostraba varios impactos, de los que brotaba sangre.

—¡Eh, Sasse! ¿dónde están los demás? —preguntó Eichler, con un hilo de voz.

Hubert volvió la mirada hacia los cuerpos que flotaban ante ellos y respondió:

—¡No hay nadie más!

—¡Joder!, que cabrones, no nos han esperado.

—Bueno, camarada, parece que esto es el fin, —siguió diciendo Eichler—. ¡Ha sido un honor servir junto a ti!

—¡No digas eso! —habló Hubert—. Saldremos de esta. ¡Ya verás!

El marino pasó uno de sus brazos por debajo de una de las axilas de Eichler y cogió la axila contraria, utilizando el otro brazo para la propulsión en coordinación con las piernas. Pronto comenzó a nadar arrastrando a su compañero.

Hubert utilizó el Sol para orientarse y recordó que en el momento del ataque estaban frente a las costas de España. Tomó la decisión de nadar de espaldas, manteniendo en todo momento el Sol frente a ellos. Pronto comenzaron a alejarse de los cuerpos de sus compañeros, que se mecían arrastrados por la corriente,

perdiéndose en la distancia.

Las corrientes del Mediterráneo y el viento de noreste que soplaba en aquel momento les ayudaban a nadar hacia la costa, pero Hubert sabía que estaban muy lejos.

Habían pasado unos pocos minutos, cuando Eichler le oprimió el brazo a su amigo. Hubert se detuvo para mirarle. Él le habló, pero su contestación fue un susurro apenas audible. La respiración del joven sonaba como un silbido ocupado ya por la muerte. Un líquido rojizo y oscuro resbaló por la comisura de sus labios, mientras oprimía con sus manos las de su compañero. Luego la presión desapareció, Werner Eichler había muerto.

Sasse dejó ir el cuerpo de su amigo. Las lágrimas volvieron a asomar, mientras le perdía de vista.

El marino cerró los ojos y comenzó a brucear, en una secuencia de movimientos alternativa: un brazo en el aire con la mano hacia afuera saliendo de debajo de la pierna, mientras el otro impulsaba el cuerpo en el agua. La herida del costado le producía un intenso dolor y sabía que aquel sufrimiento podría ir acompañado de pérdidas de consciencia, sobre todo, teniendo en cuenta que había perdido mucha sangre. Se concentró en los movimientos mientras nadaba lentamente; aquella concentración le mantendría ocupado, para no dejarse llevar por el miedo.

A lo lejos distinguió una columna de humo que se elevaba en el horizonte. Pensó que era imposible que aquel barco le viera. Él no podía saber que aquel buque era el destructor de la Armada Española, Velasco. En aquel instante el joven perdió el sentido.

A las 18:34 horas un Junkers Ju 88 despegaba de la base de Toulon para unirse a las labores de búsqueda. Otro aparato, salía a las 19:52.

Anochecer del 28 mayo de 1943

I

El Velasco navegaba dando fuertes machetazos contra las olas, que estallaban con estrépito sobre la cubierta. El viejo destructor surcaba el Mediterráneo a la máxima velocidad a la que podían llevarle sus achacosas máquinas. La silueta de la costa española se había borrado. Solo el mar negro y el cielo oscuro se extendían en torno al buque. La noche era clara y la luna se mostraba en lo alto.

Aquel buque era un viejo destructor de la Clase Alsedo, botado en 1922, que al terminar la Guerra Civil Española fue sometido a una importante modernización. Se había mejorado su artillería antiaérea y había vuelto al servicio hacía tres meses.

Sobre sus costados, pintadas ante el castillo, mostraba dos grandes banderas españolas identificando a la nación neutral ante los buques en conflicto. Ligeramente retrasadas de estas se podían ver sus marcas de identificación, dos grandes letras V en color blanco.

Había ocurrido a mediodía. La primera persona en recibir la señal de socorro del U-755 fue un marinero aprendiz de radio que estaba de guardia. La primera señal que se escuchó a las 13:53 fue el código estándar de emergencia telegráfica, CQD; pero un instante después se captó un nuevo mensaje radiotelegrafiado en código morse: SOS. El segundo de a bordo salió del puente como una exhalación, en busca del comandante. Lo encontró en seguida, paseando a lo largo de la borda, y se detuvo ante él.

—¡Comandante, un aviso de naufragio!

El capitán de corbeta Eugenio Valero Manuel de Céspedes efectuó una llamada telefónica a la Base Naval de Cartagena, alertando sobre el posible naufragio de un submarino de la Armada Alemana y manteniéndose a la espera de nuevas órdenes. A los pocos minutos el teléfono sonó en el puente de mando, ordenando acudir al rescate por una situación de emergencia en el mar, en las proximidades de la isla de Mallorca.

Desde entonces el destructor llevaba patrullando la zona en busca de supervivientes y a media tarde se había unido a la búsqueda el destructor Churruca. Continuamente los dos buques eran sobrevolados por los grandes Ju 88 de la 2.^a División de Vuelo de la Luftwaffe que participaban en las labores.

A popa del castillo de proa, a cada banda de la cubierta del puente superior, cuatro cañones antiaéreos de 20mm estaban preparados para hacer frente a cualquier

imprevisto.

Los salvavidas de guardia, estaban atentos, con los auriculares puestos. La tablazón de teca de la cubierta transmitía a sus botas la vibración de las máquinas en las entrañas del buque, mientras los hombres oteaban el horizonte con los prismáticos.

A media tarde hicieron acto de presencia dos aeronaves italianas basadas en Toulon. Una de aquellas máquinas voló entre las cuadrículas, realizando varias pasadas de este a oeste. El segundo avión realizó la misma operación, revisando múltiples franjas de norte a sur en trayectoria baja, observando diferentes objetos flotando en el agua, pero ningún hombre.

II

Al llegar la noche, de los cuarenta y siete hombres que se habían lanzado al mar desde el U-755, solo quedaban veinte. La temperatura del agua era de 16.º y la hipotermia llegaba pronto, paralizando los cuerpos y llevándolos a la muerte. Antes de caer inconscientes por falta de riego cerebral, algunos eran presa de alucinaciones, mientras gritaban en la oscuridad. Después de horas de lucha, algunos acababan exhaustos y se abandonaban a la fuerza de la corriente.

Eran alrededor de las 20:30, cuando los hombres divisaron a los dos Ju 88. Los naufragos supusieron que el amplio cerco de búsqueda se había puesto en marcha, oteando la gran extensión del mar. Sin embargo, aquellos aviones volaban bajo sobre las coordenadas del hundimiento, y ellos estaban lejos, y no les veían.

Los hombres gritaban, malgastando las energías inútilmente. El ruido de los motores se escuchó durante toda la noche. El primero de los Junkers regresaba a Toulon a las 23:00 horas: “Informe de Submarino no encontrado. Derrame de petróleo de 200 metros de largo, 50 metros de ancho en cuadrícula 1189-1104 oeste. (CH 5315).28-5”. El segundo aparato regresaba a las 23:54 horas sin ninguna observación especial.

A las 03:30, apareció a lo lejos un potente haz de luz barriendo la superficie del mar. La luz de la luna les permitió ver la silueta de un viejo destructor. Göing supuso que debía pertenecer a la Armada Española. De pronto, las luces se apagaron, había cesado la búsqueda.

En aquel instante, el comandante tomó conciencia del tiempo, llevaban catorce horas en el agua y probablemente nadie aguantaría toda la noche en aquellas

condiciones.

A lo lejos vio a cinco hombres nadando. Eran sus hombres. La luz de la luna llena se reflejaba en el agua, mientras él los miraba satisfecho. Uno de ellos arrastraba a un compañero tendido boca arriba.

Göing se quitó las botas, no servían para nada y llenas de agua eran un lastre incómodo. Apoyó la cabeza en el chaleco salvavidas y volvió la mirada al luminoso halo que les observaba desde lo alto de la bóveda celeste. Tal vez aquella noche moriría, y lo tenía asumido. Después de todo, para ello les habían entrenado.

III

Hubert volvió en sí para ver que había anochecido, viéndose rodeado por una impenetrable oscuridad. El joven supuso que debía haber perdido la consciencia. A duras penas podía mover los brazos, y el frío era intenso. Su cuerpo era presa de fuertes y prolongados espasmos musculares. Temblaba como la hoja de un imaginario árbol, mientras le castañeteaban los dientes. Supuso que la temperatura de su cuerpo habría bajado ya de los 34.º, y recordó por los cursos de supervivencia realizados en Gotenhafen, que se estaba produciendo la hipotermia y su cuerpo sería incapaz ya, de producir el calor que habría perdido. Sabía que debía mantenerse despierto.

Comenzó a sentir fuertes temblores y torpeza de movimientos. Los brazos no le respondían, y le era imposible nadar. Sus manos estaban agarrotadas y era incapaz de cerrarlas o de tocarse los pulgares con sus otros dedos. La intensidad de los latidos de su corazón había disminuido.

—¿Esto es el final? —se preguntó, desesperado. Trató en vano de encontrar algo más que decir.

De pronto, en medio de aquel silencio, en un esfuerzo cercano a la desesperación resonó el grito ensordecedor y desgarrado del marino. Meditó sobre la decisión de acabar con su sufrimiento allí mismo; solo tendría que desabrocharse el chaleco salvavidas y lanzarlo lejos. En su estado le sería imposible recuperarlo, y acabaría ahogándose, por lo que solo tendría que abandonarse y dejarse morir.

Le pareció que el mar vacilaba, que aquella bóveda plagada de infinidad de estrellas iba a desplomarse, aplastándole. El miedo le atenazó al imaginar la negrura del inmenso mar que se habría bajo sus pies.

Comenzó a invadirle el miedo a la muerte, un miedo sordo y tenebroso. Con los ojos entornados, los labios temblando en una muda oración y las mejillas humedecidas en lágrimas, comprendió que con casi total certeza, aquel día, él moriría.

Sintió un dolor infinito, y la amargura hizo presa en él al saber que su vida estaba llegando a su fin. Fue un descubrimiento no exento de dolor.

Hubert comenzó a hablar con Dios, y a pedir por él, pero en aquel preciso instante se dio cuenta de su hipocresía, de su equivocación. Entonces pidió por los suyos, por sus padres, porque no lloraran por él. Recordó a sus hermanas, y la pureza del amor que experimentó en aquel momento por ellas fue lo más duro y a la vez hermoso que había sentido nunca por nadie. Recordó a los marinos de los buques que habían hundido, y a todos los que habían muerto antes que él, y a las familias de estos, y pidió perdón. Incluso le pareció ver los rostros de aquellos hombres desfilar ante él.

En aquel instante, el niño que fue afloró al exterior, y comprendió que en aquel mundo de caos descontrolado, en aquel mundo que se distinguía por la confusión, el odio y la injusticia, los hombres no serían hombres hasta que aprendieran a amar. Se les había dado la vida sin pedir nada a cambio, y ellos la estaban destruyendo; ¡cuán equivocados estaban! El amor no necesitaba de ejércitos ni legiones.

Abrió los brazos, y murmurando las últimas palabras con voz apenas perceptible, volvió a rogar por sus seres queridos. Ya no sentía dolor, ni temor, ni rabia. Tampoco sentía rencor.

Sus párpados estaban bajos, vencidos por el sueño, las manos agarrotadas, dócilmente abiertas, con las palmas hacia arriba. Su cuerpo se encogió, metiendo la cabeza entre los hombros. Y por fin, cerrando los ojos con una sonrisa inerte, la plegaria expiró en sus labios, mientras le abandonaba lentamente la vida.

IV

29 de mayo de 1943

La silueta roja del sol recortaba la línea del mar. Hacía mucho frío. Su reloj marcaba las 06:00 de la mañana cuando Ernst Oertl lo consultó.

El marino nadaba junto a Helmut Kollwitz. Otearon la superficie del mar para ver que quedaban muy pocos hombres a la vista. Se dieron la vuelta cuando escucharon a lo lejos la voz del comandante; Göing, seguía con vida. Cerca de ellos, Fritz Orf y Karl Müncher se mantenían a flote y a su derecha se podía ver a varios hombres más, entre ellos al segundo oficial Rudolf y al ingeniero Ernst-Adolf Hartmann. Estaban débiles, pero con vida.

A las 10:00 un hidroavión que no pudieron identificar sobrevoló la zona, sin verles.

Sobre las 11:00, Oertl busco a Hartmann con la vista, ya no estaba. La tarde pasó lentamente mientras los hombres intentaban mantenerse cerca unos de otros, entre gritos de ánimo, mientras avistaban un gran número de aviones, muy lejos de ellos.

El chaleco salvavidas se rasgó durante el abandono de la nave, pero su chaqueta de cuero le proporcionaba calor y capacidad de flotación.

Eran las 19:00 cuando Werner Duwe comenzó a temblar de forma incontrolable. Sus fuerzas y su capacidad de coordinación le abandonaban lentamente; lloraba mientras su cerebro se desconectaba. Tenía los labios morados y su vista ya no enfocaba apenas. La sangre de la herida del brazo salía con menos fuerza. Sus movimientos eran muy lentos, y estaba asustado. Creyó que estaba solo en la inmensidad, pero pronto vio a lo lejos a tres de sus compañeros. Aquella visión le devolvió una vitalidad que creía ya perdida. Se acercó nadando pesadamente, debido a la herida en el antebrazo.

De repente, los demás lanzaron un grito y señalaron en el horizonte la silueta de un barco. No sabían si les habría visto, entonces fijaron la vista en aquel buque, que estaba aproando en su dirección.

A la llegada del Velasco a la escena se observó a cinco hombres ateridos de frío. Oertl vio una escala a babor, pero los hombres estaban exhaustos y conmocionados. Era imposible para ellos recorrer aquellos cincuenta metros que les separaban y trepar a bordo.

Rápidamente se arrió al agua una balsa salvavidas. Los tripulantes del U-755 fueron rescatados, y con la ayuda de redes de carga fueron izados a bordo. Una vez en cubierta fueron despojados de los chalecos salvavidas y la ropa mojada, y se les proporcionaron mantas.

Entonces, desde el Churruca se recibió un aviso, habían encontrado a cuatro supervivientes más.

Media hora después el viejo Velasco se acercaba al Churruca y los naufragos eran traspasados al primero. Wálter Göing no se encontraba entre ellos. Todos tenían alguna herida de consideración, pero parecían estar en buenas condiciones a pesar de haber permanecido en el agua durante aproximadamente veintiséis horas. Los más graves fueron tratados por el oficial médico, viendo que uno de ellos tenía una herida de importancia en el muslo. Los hombres fueron alojados en un compartimento y se les dio sopa caliente y café.

Werner Duwe sostenía la taza, mientras soplaba para enfriarla. El calor se transmitió a través de la porcelana, hasta sus dedos. Entonces supo que aquello no era un sueño, era real y había sobrevivido. Sus dedos dejaron negras huellas por toda la superficie de la taza. Entonces se fijó en sus manos y en su rostro, y en las manos y los rostros de los demás, y se dio cuenta de la suciedad que los cubría a todos. Se percató del olor, aquel penetrante olor a diésel o aceite, o Dios sabía qué.

En la intimidad de aquella camareta, sentados en bancos alrededor de la mesa, los hombres discutían entre ellos, levantando la voz. La actuación del bombardero de la R.A.F. no tenía lógica.

Duwe tenía la espalda apoyada en el mamparo, mientras parecía meditar en silencio.

—¿Qué haces? —preguntó Kollwitz.

—Rezar por los demás —contestó. Duwe bajó la cabeza sobre la mesa y el silencio volvió a reinar por unos segundos. Una sola mirada fue suficiente para hacer que los demás le acompañaron en la plegaria, y la atmósfera volvió a la normalidad. De los cuarenta y nueve hombres del U-755 solo quedaban ellos, Oertl, Wollwitz, Hagenbücher, Brumme, Grabert, Duwe, Orf, Müncher y Pempe, solo nueve hombres.

El comandante del navío les interrogó durante unos minutos. Luego les metieron en literas secas y calientes y les dejaron dormir. Pero Duwe, acostado en un rincón, no podía conciliar el sueño, ni olvidar.

El Velasco inició la maniobra para ver si habían más supervivientes con vida. Tras un par de horas, no encontrando ningún rastro, se decidió poner rumbo al puerto más cercano, el de Valencia.

V

30 de mayo de 1943

El reloj de pared señaló las cuatro y media de la tarde en Casa Calabuig, el café del puerto, cuando Balthasar Lawler encendió un cigarrillo con la colilla del otro. Lawler pasaba los días pintando las idas y venidas de los viejos paquebotes, que tenían lugar en los muelles, junto a los barcos de pesca.

La cafetería estaba situada en los bajos de un edificio modernista con la fachada en carpintería de madera. El mobiliario lo formaban mesas y bancos distribuidos en batería, con estructura de madera y tapizados estos últimos en cuero negro junto con los altos taburetes de hierro forjado que daban servicio a la barra. Al lado de la misma, un pequeño quiosco, funcionaba como estanco. En los techos, se exhibían elegantes artesonados de escayola propios de la época, pintados en dos colores para resaltar las molduras, escocias y rosetones que lo formaban. Un zócalo de madera oscura, revestía las paredes, y el resto de la superficie estaba pintada en rojo caldera. Insertadas entre los paneles, algunas vitrinas, mostraban, como si de una colección se tratara, infinidad de botellas de licor, y junto a ellas, aquel antiguo reloj que marcaba las horas en un local donde el tiempo parecía haberse detenido.

El artista británico de 58 años había llegado a Valencia hacía tres o cuatro años, y había alquilado un ático junto al barrio antiguo donde tenía su estudio de pintura. Su melena alborotada y la barba de varios días, junto a aquel desgastado chaleco negro, le daban un toque a pintor bohemio. Para sus conocidos era la viva imagen de un artista con un punto romántico y desaliñado. El pintor tomaba un té en la estancia de la planta baja, cerca de una mesa donde se hacinaban su utensilios de pintor.

Era indudable, a juzgar por su aspecto, que Lawler era un artista de apariencia despreocupada, poco cuidada, desordenada incluso.

Estaba totalmente en contra de la fijación que gran parte de la sociedad tenía por la ostentación estética y material, aspectos estos que él solía considerar superfluos o de muy poca importancia. Él prefería dedicar su tiempo al conocimiento, a la creación artística y al enriquecimiento intelectual.

Lawler se asomó a través de la cristalera, cogió del respaldo de la silla el sombrero y el bastón, empujó la puerta y salió fuera, cojeando a la luz del puerto. Permaneció un momento bajo los voluminosos toldos, protegido del sol, mientras dejaba caer al suelo la colilla del cigarro y la aplastaba con la punta del zapato. Cruzó la Avenida del Puerto, junto al edificio de la Estación Marítima. Anduvo unos pasos hacia los tinglados para almacenaje de mercancías y situó el taburete y su caballete junto al andén del puerto, a pocos metros del agua. Abrió un pequeño estuche de madera y extrajo una paleta y pinceles. El pintor se arremangó y pasó su pulgar a través de la paleta, salpicada de diversos colores e infinitas tonalidades. Los arrugados tubos de óleos se amontonaban sin orden en aquella descolorida caja, de la que extrajo un precioso bermellón carmín.

El cuadro mostraba un pequeño paisaje portuario, junto al muelle, tras el cual, al fondo se difuminaba el puerto. El resplandor de la tarde brilló entre los edificios junto al muelle, tiñendo de colores ocres aquella estampa.

El inglés mojaba la punta del pincel en las diferentes masas de colores, cuya gama entera recorría con pasión. Lawler paseaba la vista con alternancia, entre el cuadro y el barco que entraba en aquel momento en el puerto, con inquieta curiosidad. Cargaba el pincel de color mientras observaba al buque realizando la maniobra de atraque.

Aquel viejo destructor se aproximaba lentamente a la dársena del puerto por su amura de babor, mostrando su marca de neutralidad.

A bordo del Velasco, la tripulación corría sobre la cubierta, preparando las amarras a proa y a popa. Al llegar al muelle, se lanzaron las adujas a varios marineros en tierra, que tiraron de los cabos para aproximar el barco al muelle. Una vez fijados los largos de proa y popa a las bitas, se procedió a tensar los esprines.

Pronto se colocó la pasarela y parte de la tripulación inició el desembarco, acompañados por los náufragos del U-755. Dos de ellos eran transportados en camillas, mientras los demás llevaban al hombro voluminosos sacos con sus pertenencias. Werner Duwe llevaba el brazo en cabestrillo.

Balthasar Lawler contempló su cuadro durante un instante, y con el extremo de su brocha dio una última pincelada. Se limpió las manos con un sucio trapo y extrajo del bolsillo de su chaqueta una pequeña libreta con las tapas de cuero, y seguidamente una estilográfica. Oprimió el pulsador y anotó una cifra, mientras murmuraba entre dientes: 30-5-43, 5:05 hours, Destroyer V, 9 Shipwrecked.

Ya en tierra, la tripulación fue recogida por una unidad del Ejército de Tierra Español, siendo transportados a un hospital. Allí permanecieron varios días, y una

vez restablecidos de sus heridas, recibieron vestimenta y documentación civil para pasear, escoltados, por la capital. En los días siguientes, el capitán Kurt Meyer Döhner, agregado naval de la Embajada de Alemania en España, se encargó de estudiar las posibilidades para su repatriación en secreto, mientras ellos pasaban aquellos días de incertidumbre, entre largos paseos, y clases de español.

Los días siguientes, Duwe, ante la exasperación de su escolta, visitaba una iglesia cercana y pasaba largas tardes en compañía del padre Andrés. Aquel sencillo cura escuchaba con atención al soldado, mientras este le hacía partícipe de sus dudas. Le había hablado de la muerte de sus compañeros, a bordo de una nave increíble que viajaba bajo el mar. El párroco creyó que aquel joven deliraba.

Como consecuencia del hundimiento del U-755, el espacio aéreo español fue impunemente violado por el avión aliado. Días después, el Gobierno español dirigió un escrito al embajador de Inglaterra, pidiendo que cesaran por completo los vuelos de aviones sobre el territorio y aguas jurisdiccionales españolas. A lo que el gobierno británico contestó que tenía noticias de la recogida de nueve naufragos del sumergible hundido frente a las costas de Mallorca por el destructor de la Armada Española, Velasco. Y de que fueron desembarcados en el puerto de Valencia, sin ser internados. Se solicitaba saber cuál había sido su destino después del salvamento, pues les había llegado información de su posterior ingreso en un hospital, pero a partir de aquel momento se les había perdido el rastro.

I

Sucedió una mañana de los primeros días del mes de junio. La primavera estaba siendo especialmente cálida. Elizabeth pelaba patatas en un pequeño cuenco de madera, cuando sonó el timbre de la puerta. En el rostro de su madre se dibujó, primero la confusión, y después la alarma.

Aquel día se presentó el cartero en la granja de los Sasse. Llevaba la cartera de cuero sujeta al manillar, mientras pedaleaba hasta el porche. El anciano apoyó la bicicleta en la pared y llamó dos veces.

Elizabeth dejó lo que estaba haciendo, se secó las manos con un paño y fue a abrir. El viejo olía a tabaco y la miraba a través de sus lentes cuando le entregó la notificación, la saludó brevemente y siguió su camino. La joven se lo quedó observando mientras descendía hacia la carretera, con el cabello ralo y entrecano asomando bajo la gorra. El uniforme del servicio postal había visto mejores tiempos. Los pantalones azul oscuro sin planchar, incluso raídos. Elizabeth siguió observando, como queriendo demorar en la medida de lo posible su entrada en casa, como si la llegada de aquella carta le produjera cierto pesar.

Desde el día en que recibieron la noticia del cautiverio de Hermann, la tristeza se había adueñado del hogar de los Sasse. Theresa no había vuelto a ser la misma mujer alegre y vital; se había encerrado en sí misma y pasaba los días en silencio. Su cansado rostro denotaba el paso del tiempo, o tal vez se debiera al sufrimiento por sus hijos. En la última carta que envió a Hubert al frente no le dijo nada sobre su hermano, prefería hacerlo en persona cuando volviera en el próximo permiso. Aunque aún no sabía cómo le daría la noticia.

Theresa observó el sobre que su hija acababa de dejar sobre el banco de la cocina, cogió sus gafas de leer y echó un vistazo al remitente. Con dedos temblorosos, comenzó a abrir el sobre, mientras su hija permanecía junto a ella. Observó que se trataba de un telegrama y comenzó a leer.

Una serie de sollozos inundaron la estancia mientras la madre entregó la carta a su hija. Elizabeth permaneció inmóvil, allí de pie, aferrando aquel fino papel mientras leía, al tiempo que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Su madre la abrazó y metió la mano entre su pelo, rubio y largo hasta los hombros. Apretó a su hija contra su pecho, la dejó llorar en sus brazos y entonces besó sus lágrimas, mientras las dos se convertían en una plegaria silenciosa.

El Deutsche Reichspost se ocupaba de hacer llegar a las familias de los soldados las notificaciones de fallecimiento en el frente. Aquel día, los Sasse recibieron la notificación de la muerte en servicio de su hijo Hubert. El documento era escueto y no hacía mención al paradero de su hijo, ni a las circunstancias de su muerte.

II

5 de junio de 1943

La salida del vuelo de Deutsche LuftHansa, Madrid-Hamburgo debía de llevar retraso. Desde la mesa del restaurante del aeropuerto de Madrid podían escuchar las llamadas para su vuelo.

Erich Weber compartía la mesa con ocho hombres más, todos alemanes, y dos acompañantes del ministerio español. Había una continua corriente de entradas y salidas. Cientos de pasajeros iban y venían, corriendo de un lado a otro con prisas, a punto ya de partir.

Weber estaba de pie, mirando por la gran cristalera empañada en vaho. Observaba a los viajeros que se despedían de sus familiares y amigos, con besos y sacudidas de manos. Sacó su documentación de un bolsillo interior y la revisó por enésima vez, línea por línea, lanzando miradas ocasionales al panel de anuncios de los vuelos.

Automáticamente, alargó la mano para coger un cigarrillo y lo golpeó ligeramente varias veces contra la esfera del reloj de pulsera, consultando la hora al mismo tiempo: eran las 09:30. Se puso el cigarrillo en la comisura de los labios y luego lo encendió, ocultando la cerilla en el hueco de la mano.

Al cabo de unos minutos salió del restaurante y preguntó si el avión llevaba retraso. Hacía casi dos horas que estaban allí.

A su llegada se habían dirigido directamente a la terminal de pasajeros y se acercaron con nerviosismo al área de facturación. El hombre del mostrador había examinado sus documentos y se había quedado observando a Weber. Él se había esforzado por sostener su mirada.

Entonces, como salido de la nada, un hombre carraspeó fuertemente tras ellos mientras se acercaba al mostrador. Enseñó algún tipo de documentación y el empleado asintió. El resto del grupo no tuvo que mostrar sus documentos. El extraño se presentó, mientras se disculpaba por su retraso y maldecía el tráfico de la capital. Era el capitán Kurt Meyer Döhner, el Agregado Naval de la Embajada de Alemania en Madrid. El hombre que se había encargado de la documentación que llevaban todos ellos y de su vuelta a Alemania. Meyer estuvo cerca de media hora con ellos, mientras se interesaba por el trato que habían recibido de las autoridades españolas. Después de conversar con aquellos jóvenes y sus dos acompañantes, les deseó buen viaje de regreso a la patria y se despidió de ellos.

Abrumado e indeciso, Weber comenzó a pasear por el *hall* del aeropuerto. Luego volvió a la mesa y permaneció allí, postrado, con la mirada perdida en el vacío. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo, el pelo rubio caído sobre la frente y los ojos casi cerrados. Trataba de reflexionar, llorando en su interior, inventando mil planes ingeniosos para el futuro, para su futuro inmediato, y odiando al mundo entero.

Entonces sonó por megafonía:

—¡Vuelo Madrid-Hamburgo! ¡señores pasajeros del vuelo Madrid-Hamburgo, pasen por la puerta tres!

Sus dedos aplastaron el cigarrillo que sostenía y que le quemó la mano. Los nueve pasajeros se despidieron de sus dos acompañantes con un cortés apretón de manos.

Werner Duwe hizo un gran esfuerzo por ocultar las lágrimas que le vinieron a los ojos, mientras guardaba sus documentos falsos a nombre de Erich Weber en el bolsillo interior de la americana. Le producía un gran pesar dejar todo aquello atrás, al resto de la tripulación, a los cuarenta hombres a los que ya no volvería a ver nunca más. Pensó en Josef Bauriedl, en Hubert Sasse, en Wálter Göing y tantos y tantos otros.

El cuatrimotor Focke-Wulf Fw 200 Cóndor era una máquina brillante, compacta y de elegante diseño. El interior se apareció cubierto de paneles de madera y asientos de cuero. El avión despegó, rugiendo con sus motores BMW 132G-1, como deseando agarrarse al aire.

Tras describir una gran curva se situó a cuarenta mil pies y se estabilizó, mientras Duwe miraba hacia abajo, a la curva del horizonte. Unas cuantas nubes dispersas y la curvatura de la tierra dispuesta frente a él. Se podía ver la costa mediterránea y el mar, allí donde todo había ocurrido. Sus compañeros volvieron a su mente mientras observaba aquel mar, hasta que la aeronave cambió el rumbo y el cielo pasó del naranja a una fina línea roja que acabó quedando fuera de su campo visual. Los nueve supervivientes del U-755 volvían a la patria.

III

14 de septiembre de 2013

Siempre había sido reacio a dejarme atraer por el nuevo mundo de las redes sociales. Se me antojaban demasiado adictivas, como queriendo sustituir a nuestras relaciones personales de la vida real, y también a nuestra identidad verdadera. Pero sabía que no me quedaba más remedio que asomarme a aquel raro universo si quería tomar contacto con algún familiar del maestro Piqueres.

Por aquel entonces ya había dado forma al personaje como tal. Incluso la abundante información que circulaba por la red sobre la reconstrucción de la torre campanario me habían ayudado a realizar una aceptable narración de aquella parte de la novela. Pero no me parecía correcto poder llegar a ofender o molestar a alguno de

sus descendientes. No deseaba que se sintieran mal por la forma en que yo hubiera dado vida al personaje en sí, con sus posibles virtudes y defectos.

Una nieta del maestro se había casado con un catalán y residía en Barcelona. No era nada fácil abordar a alguien por teléfono para decirle que su abuelo se había convertido en un personaje de mi novela. Sin embargo a María José le hizo mucha ilusión y se ofreció a ayudarme en lo que pudiera. Le expuse mis dudas ante los múltiples aspectos técnicos que envolvían a la reconstrucción del campanario, y entonces ella se decantó por brindarme una mejor fuente para aclarar todos mis dilemas: su padre, el que en aquella época era el hijo seminarista del maestro Piqueres.

Recuerdo que me preguntó sobre la novela. Quiso saber de qué trataba, en torno a que hecho principal giraba la historia. Entonces le hablé de Josef Kaufer y de la vida del marino Hubert Sasse. Recordó haber oído hablar del marino alemán en muchas ocasiones y, tras una pausa, contestó que su padre era la persona con la que debía hablar. Insistió en que su padre me podría ser de gran ayuda en mi tarea.

Intentando no parecer pesado, ni demasiado insistente, le pregunté si se refería a que la ayuda que su padre me podría aportar era relativa al campanario. Su respuesta me descolocó, cuando dijo que también me podría ser de gran utilidad en cuanto a la historia de Hubert Sasse.

Yo no pude reprimir mi sorpresa y le contesté que no entendía que relación podía tener su padre con el oficial de radio del U-755. Me encontraba en el salón de casa y mientras conversaba decidí tomar asiento. Entonces tuve que sujetarme contra la mesa, cuando aquella joven me reveló el motivo.

Aquella misma mañana pude hablar con el antiguo seminarista. Vicente Piqueres Monzonís tenía ya 86 años. Sin embargo, aquel amable anciano me relató con sorprendente nitidez su relación con el hijo de Anton y Theresa Sasse. Yo me limité simplemente, a escuchar.

Tras la larga conversación me vinieron a la memoria muchas cosas.

Recordé el viaje en el que conocí a Marta y me vino a la memoria el día en que tomé contacto con la familia Erner. Pasé el resto de la mañana absorto, contemplando el viejo retrato de Hubert. En el dorso de la imagen había una inscripción escrita en la esbelta caligrafía gótica, propia del boato del III Reich. A duras penas se podía leer:

Photogr Ateber Wengenroth, Plettenberg I. W. Bahnhofetr. 01.

Mi imaginación me ayudó a viajar a Alemania, a una fría mañana de octubre de 1942, durante su primer permiso en casa. Hubert debió tomar un viejo autocar que le llevaría a Plettenberg, una ciudad a casi 9 Kilómetros de Affeln. En el número 1 de la calle Bahnhofetr se encontraba el estudio del fotógrafo Ateber Wengenroth, donde Hubert se hizo aquella fotografía. Llevaba su flamante uniforme de la Kriegsmarine y se había peinado con la raya a la izquierda. Su piel mostraba el tono tostado propio de

los hombres de mar. Se sentó en un alto taburete y tras él tenía por decorado una oscura cortina. Aquel viejo retrato acompañó al marino hasta el año siguiente, hasta el fatídico día de su muerte, y entonces descansó en un sobre durante 70 largos años, hasta el día en que Marta me lo mostró.

IV

10 de julio de 1943

El mar estaba tranquilo, terso como un espejo, cuando sacaron la barca a la orilla, en la playa de la Malvarosa, frente al poblado marítimo del Grao de Burriana. El muchacho trepó por la orilla donde habían dejado varado el bote. Sus ojos tenían el color mismo del mar y eran alegres y risueños.

Andrés Monfort tenía el cabello rojizo, al igual que su piel, que el Sol iluminaba con sus reflejos. Infinitas pecas corrían por los lados de sus mejillas. Era flaco y desgarrado, aunque le sobraba coraje para sacar él solo el bote del agua. Andrés tenía un perro tan delgado y desgachado como él mismo. Cada día, el animal les seguía a la playa y los acompañaba en la barca.

—Vamos a llevar las cosas a la casa —dijo su padre—. Luego iremos al pueblo a por madre.

Andrés Monfort padre debía haber sido muy guapo en otros tiempos, pero los ojos verdemar parecían ya, empañados por las fatigas de la edad. Su mentón era corto, prominente y guarnecido por una barba gris y descuidada. Su enjuto y débil cuerpo estaba socavado por el duro trabajo en el mar. Su camisa había sido remendada tantas veces, que se asemejaba al velamen de un viejo bergantín.

Aquel hombre se dio la vuelta y miró al mar, aquel mar en el que había pasado la vida, conduciendo las barcas repletas de naranjas hasta los vapores que esperaban mar adentro. Hasta la llegada del nuevo puerto, aquel 11 de diciembre de 1928. Aquel día ya zarpó desde el puerto el primer barco con naranjas en sus bodegas. Desde entonces tuvo que ingeniárselas para traer el sustento al hogar. Había adquirido aquella vieja barca para dedicarse a la pesca, y con ella se dedicó a pasear por el puerto a los primeros turistas que llegaban de países lejanos.

Padre e hijo recogieron el aparejo del bote. El viejo Monfort se echó los remos al hombro y el muchacho cargó la apretada malla de pesca. Marcharon juntos camino arriba hasta la vieja casa, abrieron el portón y entraron. El viejo inclinó los remos contra la pared y el joven puso la red junto a ellos.

La luz del sol no alcanzaba a llegar a los rincones de aquella vasta estancia, pero algunos rayos extraviados encendían su interior, atravesando el viejo tejado. La vieja casucha del barrio de pescadores era usada por los Monfort para guardar sus aparejos, donde exiguos retales de tela suspendidos de los pequeños ventanucos, hacían las

veces de cortinas. El suelo de tierra batida estaba desnudo. El revoque encalado de las paredes se había desconchado por el efecto de los años y en ciertas partes se entreveían las piedras de las paredes.

Elegantes y coquetas viviendas habían ido apareciendo junto al Grao, mientras la de los Monfort no había sufrido ningún cambio en todos aquellos años.

—¿Quieres comer un poco? —preguntó el padre.

—No. Comeré en casa.

Su padre se caló fuertemente el sombrero de paja en la cabeza y atravesaron la puerta. Descendieron por el camino tallado en la roca y se encaminaron al auto.

A pesar de ser sábado por la mañana y de que fuera un día radiante, en la playa no había mucha gente. Solo unos pocos afortunados disfrutaban del sol. Las olas batían con fuerza contra la playa del Grao mientras varios jóvenes caminaban junto a la orilla, hundiendo sus pies en los cantos rodados que tapizaban partes de la playa mientras lanzaban piedras al agua.

Vicente Piqueres hijo se sentó en la arena junto a su amigo Isaac y cerró los ojos, intentando absorber la radiación del Sol de aquel plácido día de sus merecidas vacaciones.

—¿Dónde está José? —preguntó Manuel Isaac.

—Por allí andan —contestó Piqueres—. ¡Jugando como si tuvieran cinco años! Siguen tirando piedras al mar.

José María Ribes jugaba junto a Vicente Cherta. Piqueres miró a sus dos amigos, que elegían piedras planas que lanzaban al mar, haciéndolas rebotar.

Lo más importante para que una piedra diera saltos en el agua era el ángulo de choque respecto a la superficie y la posición de la misma en el momento del choque, además de la velocidad de giro de la piedra. Aquellos muchachos eran un poco más jóvenes que él, que ya había cumplido los 16 años. Cherta e Isaac eran de pueblos cercanos y no los conocía tanto. Pero Ribes era de Burriana, como él, y sobrino de José Kaufer, un amigo de su padre.

Cerca de ellos, un joven ayudaba a su padre a sacar la barca del mar, arrastrándola por la orilla. Un poco más allá, dos policías descansaban junto al viejo puesto de carabineros.

Vicente volvió a cerrar los ojos. El hijo mayor del maestro Piqueres pasaba largos periodos en el seminario de Tortosa, cursando sus estudios y alejado de la familia. Aprovechaba las vacaciones estivales para pasar aquellos días con los suyos, en Burriana. Había quedado para disfrutar de la mañana en la playa del Grao, con algunos de sus compañeros de promoción con los que había establecido verdaderos lazos de amistad.

El seminario era un auténtico vivero donde se formaban la mayoría de los sacerdotes que acabarían ocupando las numerosas parroquias de la comarca. En

aquella década de los años cuarenta, la casi totalidad de los alumnos del seminario procedían de las comarcas de Castellón.

En Tortosa, el joven llevaba una vida espartana, dura y exigente. Sabía los sacrificios que tenían que hacer sus padres para que él pudiera tener acceso a una vida de estudio y tenía claro que no estaba allí para perder el tiempo.

Al mayor de los hijos del maestro Piqueres le esperaban cuatro largos años de Humanidades, tres de Filosofía y tres de Teología en latín, y también con textos en alemán. En aquellos primeros años de la España franquista, toda la parte afectiva del individuo quedaba en la penumbra, mientras en Europa la filosofía ya estaba dando la merecida importancia a esta cuestión, aunque en el seminario no se podían quejar, pues tenían acceso a los grandes autores existencialistas y a la mejor literatura del momento.

Piqueres no era amante de alardes ni ostentaciones, sino que trataba de pasar inadvertido. Decían que había heredado el carácter sencillo de su padre. Dentro de la vida del seminario, los días transcurrían al ritmo que marcaba el horario, sin muchas oportunidades para disfrutar de tiempo para uno mismo.

El ruido de las circas junto a él, lo despertó de sus pensamientos. Cherta llegó con los pies mojados y los pantalones arremangados sobre los tobillos, se arrodilló a su lado y dijo:

—¡Venga chicos!, no iréis a pasaros el tiempo ahí tumbados, ¿verdad?

—¿Qué os parece si nos damos un baño? —terció Manuel.

Piqueres supuso que el agua aún debía estar fría. Levantó la cabeza y comenzó a decir:

—Chicos...

No había terminado la primera palabra, cuando vio algo que llamó su atención. Piqueres se levantó de un salto y se acercó al agua. Siguió andando junto a la orilla, cuidando que las olas no mojaran sus zapatos. Aquel bulto se acercaba a la orilla, llevado hacia la playa por las olas. Se preguntó que podría ser. Siguió mirando, pero al rato se dio cuenta de que no tenía respuesta a aquella pregunta. Entonces decidió llamar la atención de los demás.

—¡Eh chicos!, hay algo en el agua, allí.

Los demás acudieron junto a Piqueres, mientras las olas acercaban aquello hacia la orilla. Entonces supieron lo que era. Dos de los chicos corrieron hacia el puesto de los carabineros para pedir ayuda. Piqueres observaba el bulto que había llamado su atención, llegando a la playa.

Andrés Monfort hijo abrió ligeramente su ventanilla y cerró los ojos al sentarse en el viejo auto. El joven se mantuvo hundido en su asiento, con el perro en brazos.

Su padre arrancó el motor, encendió un cigarrillo y apoyó el codo en la ventanilla, mientras agarraba el volante con una mano y se llevaba la otra a la boca. La estrecha

carretera discurría junto a la orilla, recorriendo el camino hacia el pueblo. El joven masajeaba el hocico del animal, hasta que por la ventanilla posterior, vio algo en la playa.

—¿Has visto aquello?

—¿El qué? —preguntó su padre, extrañado—. No sé a qué te refieres.

—Aquellos niños nos levantan los brazos —insistió, señalando hacia atrás.

El padre miró durante un instante por el espejo retrovisor y confirmó:

—¡Si, parece que hay algo en la playa!

Monfort movió el volante hasta salirse del asfalto. Detuvo el coche en una explanada de hierba y descendieron. Desde que se apearon del coche hasta que llegaron a la playa, el perro les acompañó brincando alrededor de ellos. Ladraba, saltaba y salía disparado en cualquier dirección para girar en redondo a los pocos metros y regresar al galope, mientras movía el rabo con frenesí.

Los dos policías corrieron hasta la playa, para quedar impresionados por aquel cuerpo flotando cerca de la orilla. Uno de los agentes se metió en el agua sin pensarlo, pero las olas batían con fuerza.

Andrés Monfort hizo un gesto a su hijo y este se adentró para ayudar al agente a arrastrar el cadáver hasta la orilla.

Fue el joven Piqueres quién llamó de nuevo la atención de los demás:

—¡Allí!, ¡ay algo más! —El seminarista señaló a lo lejos, en la orilla, pero los demás no le atendieron. Algún objeto flotaba mecido por las olas. Piqueres se acercó a la carrera para ver que aquel bulto llegaba a tierra.

Era un maltrecho chaleco salvavidas. Lo tomó con la mano y con cuidado lo entregó al policía que se acercaba.

Con sumo interés, el agente abrió lo que parecía un bolsillo en forma de cartuchera donde había una especie de tubo con un envoltorio impermeable. Entonces extrajo lo que había dentro, intentando averiguar de qué se trataba. Varios documentos mostraban un idioma extraño. Trató de leer lo que decía, pero no pudo entender demasiado.

Al joven Piqueres le bastó un vistazo para ver que aquellos documentos estaban en alemán.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el agente.

—Estudio en el seminario, y lo usamos con frecuencia.

—¡Mi tío es alemán! —dijo José María, que había llegado junto a ellos.

Josef Kaufer estaba sentado frente a la mesa del despacho, cuando oyó el timbre de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—¡Es Bautista, el alcalde! —contestó Asunción desde la puerta.

Kaufer bajó la escalera que comunicaba con la planta de arriba. Cuando lo vio entrar, se acercó a él y lo abrazó. Bautista Vernia había tomado posesión del cargo hacía dos meses escasos.

—¡Alcalde!, ¿a que debemos esta grata visita?

—Hace media hora que nos han llamado desde la Malvarrosa —contestó Vernia—. Han encontrado el cadáver de un hombre flotando en el agua.

—¿Un marinero?

—No, al parecer se trata de un soldado.

—¿Y qué quieres de mí?

—La documentación que llevaba encima está en Alemán, y habíamos pensado si tú...

Aún no había terminado de hablar, cuando se dio cuenta de que Kaufer había descolgado el viejo teléfono de pared.

—¿Operadora?, póngame con el Consulado de Alemania en Valencia, por favor.

—Un momento, señor —se escuchó al otro lado.

—Consulado de Alemania, dígame —se oyó de nuevo.

—Buenos días —dijo Kaufer—. Necesito hablar urgentemente con el señor cónsul Schellert.

—No sé si podrá recibirle, señor.

—Dígale que soy Josef Kaufer Zeller, y que es muy urgente.

Pasaron unos angustiosos minutos, y al fin, Kaufer pudo poner al corriente de la situación al cónsul. Tras la conversación telefónica, Kaufer dejó caer el auricular del teléfono sobre la horquilla, se despidió de su esposa y salieron a la calle.

El alcalde aparcó en el arcén, junto al auto de los policías, y se apearon del coche. Con paso apresurado descendieron por el camino que serpenteaba, atravesando la playa en dirección a la orilla.

Cuando llegaron vieron el cuerpo a varios metros del agua. La policía lo había cubierto con una descolorida sábana. Los agentes, se tapaban la boca con pañuelos, cuando se aproximaron a ellos, saludando.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó uno de los agentes.

—Soy el alcalde. Y este señor es José Kaufer.

Josef preguntó por el cuerpo que yacía a varios metros de ellos.

—Lo han encontrado aquellos chavales, uno de ellos dice que es sobrino de usted —dijo uno de los agentes—. Los muchachos se han llevado una buena impresión.

—El cadáver fue arrastrado por la marea hasta la orilla de la playa —añadió el otro—. El oleaje nos dificultó el sacarlo del agua, pero con la ayuda de unos pescadores, no ha habido demasiados problemas.

—Aquel muchacho de allí encontró la cartera —volvió a comentar uno de los agentes—. Es posible que pertenezca al cadáver.

Piqueres vio acercarse a Kaufer. Siempre le había parecido un hombre serio y de rostro grave. Acostumbrado a dar órdenes y a que fueran obedecidas. Por algo había sido militar y entrenador de fútbol.

—Hola, señor Kaufer

—Hola muchacho. Pero, ¿qué es lo que ha ocurrido?

—Hola tío, lo ha encontrado él —contestó José María que llegaba junto a ellos.

Tras una breve charla, Kaufer explicó a los jóvenes que aquel no era el mejor lugar para estar y que deberían marcharse a casa. A los muchachos les sonó a orden que no permitía réplica y se fueron, maldiciendo mientras echaban la vista atrás.

Al rato apareció en el camino otro auto. Kaufer reconoció a uno de los ocupantes, era el cónsul. Al otro hombre no lo conoció. Se acercaron y Kaufer saludó a Schellert, quién le contó que en cuanto le avisó, salió rápidamente desde Valencia. Seguidamente el cónsul les presentó a su acompañante.

—Señores, el doctor Barrios, el forense.

Cuando se colocó los guantes, el forense apartó la sábana de un tirón y la dejó caer hacia el lado, descubriendo el cuerpo del marino. A pesar de llevar un pañuelo, Bautista Vernia se volvió en un primer momento, tratando de protegerse del mal olor, entre un arranque de náuseas que lo dejaron sin aliento.

—¿Cuánto tiempo cree que llevaba en el agua? —preguntó Kaufer.

El forense contestó que, basándose en el estado del cadáver, entre uno y dos meses. El doctor Barrios se acercó y se puso en cuclillas para observarlo más de cerca. Al inclinarse, advirtió el olor del cuerpo que tenía ante él: humedad y olor de aceite sobre la piel.

Los agentes les tendieron la documentación, que se encontraba en el tubo estanco. Había una fotografía, junto a tres pequeñas monedas de cinco francos franceses y un pequeño libro en cuyas tapas se podía ver un águila sosteniendo entre sus garras la esvástica del partido Nazi alemán. Kaufer explicó que el Soldbuch era como una especie de libro de identificación que todo militar debía llevar encima y en él constaban sus datos de identidad y todas sus pagas y servicios.

El comerciante lo abrió y ojeó la documentación, leyendo en voz alta: Hubert Sasse 28/07/21 Oberfunkmaat U-755. Entonces, el alcalde le pasó aquella fotografía que él cogió entre las manos, delicadamente. La imagen color sepia mostraba a un joven de piel bronceada, aterciopelada, de rostro alto y estrecho, y con fina barbilla. Nariz recta y ligeramente alargada que acababa en unos labios finos. El cabello, lacio, era corto y de una tonalidad dorada, peinado ligeramente al costado izquierdo. Pero lo más llamativo eran sus ojos, ligeramente rasgados. Había una gran dulzura en su

semblante.

El marino de la imagen era increíblemente joven, y en aquel tiempo no parecía imaginar lo que el futuro le depararía. No podía suponer que la nave en la que pasaría los últimos años de su vida acabaría en el fondo del mar. El joven de la foto ignoraba que su cuerpo llegaría a una playa olvidada, convertido en un despojo, en un sombra de lo que fue, lejos, muy lejos de casa. En la foto no había ningún atisbo de todo aquello.

Durante un rato, Josef permaneció inmóvil, observando aquella fotografía, y a continuación desvió la mirada al cadáver. El cuerpo del joven seguía allí. El sol de la mañana lo iluminaba.

—¡Bueno, señores! —habló Schellert—. Soy de la opinión de que esto hay que solucionarlo a la mayor brevedad posible. Yo podría volver a Valencia y comenzar las gestiones, pero...

Kaufer volvió a observar los restos del marino, suponiendo que estaría viéndolos hasta el fin de sus días..., y habló.

—No se preocupe, señor Schellert. Si usted me lo permite, con la ayuda del señor alcalde, me gustaría hacerme cargo.

VI

Kaufer y el alcalde entraron en la sacristía y al no hallar a Mossén Elías, supusieron que se encontraría en las obras de la torre. Encontraron al cura sentado en un pequeño taburete, tallando un sillar junto al maestro Piqueres.

El párroco llevaba la sotana arremangada y sucia de polvo, mientras daba forma al bloque con una piqueta. Josef puso a los dos hombres al tanto de lo sucedido y les expuso la necesidad de que le prestaran la camioneta del ayuntamiento. Piqueres utilizaba aquel pequeño camión para desplazarse a las canteras cuando era necesario.

El alcalde llamó a Pachón, que se encontraba barriendo la acera y le pidió que acudiera con ellos.

Vicente Piqueres observaba a su amigo Kaufer, con el semblante triste, y se ofreció a acompañarle. Dejaría a José Lleó al cuidado de las obras y marcharía con ellos, pero Josef pensó que no era necesario.

Kaufer conducía, el alcalde y el párroco tomaron asiento a su lado y Pachón subió atrás. Los cuatro hombres se acercaron a la funeraria, recogieron un sencillo ataúd y se dirigieron juntos a la playa. Ninguno de ellos abrió la boca durante el camino.

Los acompañantes de Kaufer quedaron impresionados ante la visión que tuvieron a su llegada a la playa. El padre Elías siempre había tenido la sensación de que la guerra que estaba teniendo lugar en Europa era algo muy lejano, algo que no parecía incumbirles a ellos, pero ante el cuerpo de aquel joven, pensó que no era así. El

párroco se arrodilló junto al marino y rezó.

Ante la mirada de los demás, Josef extendió una vieja manta contra el cuerpo de Hubert, haciendo varios dobladillos contra él. Los dos policías les ayudaron a voltear el cuerpo, hasta quedar boca abajo sobre la manta. Entonces observaron como Kaufer tiraba de los pliegues que había realizado anteriormente, y tras volver a dar la vuelta al cadáver, este había quedado boca arriba, pero en el centro de la manta.

El alcalde y el cura se miraron mutuamente; saltaba a la vista que Kaufer había estado en el frente, durante la guerra civil, y que no era la primera vez que realizaba aquella operación con un cadáver. Los hombres cogieron de los extremos de la manta y levantaron el cuerpo empapado del marino hasta depositarlo en el interior de la caja, y Josef acomodó los sobrantes de la tela a los lados. Durante un instante, observó a quien un día había sido Hubert Sasse y luego cerró la caja.

Aquella misma tarde, el cadáver de Hubert era transportado al cementerio. Era una sala muy clara, amueblada con sillas, blanqueada a la cal y con una vidriera en la ventana. El féretro fue colocado sobre dos caballetes, en el centro de la habitación. La tapa estaba cerrada y solo se veían los tornillos relucientes, hundidos apenas, destacando sobre la portezuela pintada de nogalina.

Josef se sentó junto a la ventana a través de la cual el Sol de poniente entraba en la habitación. Pachón tomó asiento junto a él y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Entonces sacó una hoja de papel y la dobló por la mitad en ambos sentidos. Desplegó y dobló cada vértice hacia el punto central, como si quisiera formar un sobre. A continuación rotó la figura y la plegó por la mitad en ambos sentidos.

La volvió a desdoblar y a plegar cada vértice hacia el punto central, y al finalizar tenía una bonita papiroleta sobre la palma de la mano. Miró a Kaufer, como pidiéndole permiso y la dejó sobre la tapa del ataúd.

Josef observó aquella figura. En una ocasión paseaba por la acera con su hija Berta, cuando se cruzaron con Pachón y él le entregó una figura igual que aquella. Berta le vino a la memoria, enterrada allí cerca, y decidió ir a verla. Imaginó a los padres de aquel muchacho, tan lejos de allí. Las lágrimas anegaron sus ojos mientras abandonaba el cementerio. Anochece y supuso que el día de mañana sería largo.

VII

Aquella mañana de verano amaneció cálida y perfumada, y la ciudad de Burriana estaba de luto obligado. Kaufer, impaciente, se paseaba por el salón de la casa. En aquel momento Asunción bajó vestida elegantemente. Llevaba a Marta en brazos y entonces Josef recordó que se repetía la escena del día del entierro de Berta.

Salieron a la calle, caminando de la mano en dirección a la iglesia, entonces divisaron el coche fúnebre que el Consulado había puesto a disposición, llegando a la plaza. La gente se apiñaba en las aceras y el tañido de las campanas de la iglesia de San Blas sonaban a lo lejos. Las obras del campanario se detuvieron el día anterior y se procedió a limpiar la plaza en lo posible. Se retiraron los cascotes y escombros que rodeaban la zona donde los canteros trabajaban y se cubrieron con lonas los bloques de piedra amontonados a pie de obra.

Una multitud se agolpaba ante la puerta del ayuntamiento, en la acera frente a la iglesia. Entre la muchedumbre, tres jovencitas observaban, emocionadas. Incluso una de ellas mostraba algunas lágrimas en la mirada.

La más alta de aquellas jóvenes vestía elegantemente y llevaba las uñas bien cuidadas y largas, pintadas del mismo tono que sus labios. Sostenía en su muñeca un bello y elegante bolso Delvaux de piel de napa.

La historia de aquella firma comenzó cuando Charles Delvaux creó la casa de marroquinería en Bruselas en 1829, lo que la convirtió en la más antigua del mundo. A partir de 1883 se afianzó como proveedor oficial de la Casa Real belga, lo que demostraba el terreno aristocrático y solemne en el que se movía la firma, además de dejar patente el nivel social de aquella joven.

Su amiga le pidió un pañuelo y ella abrió el bolso, sacando uno de seda que la otra joven utilizó para secarse las lágrimas.

Varios militares descargaron el féretro y comenzaron a avanzar a paso lento por el centro de la plaza, hacia la iglesia. Tras ellos, una banda de músicos tocaba el himno nacional de Alemania, mientras avanzaban a paso marcial. A Josef le pareció algo irreal, escuchar el himno de su país allí, en aquella plaza.

Dos lujosos automóviles aparcaron junto a la acera. Del primero de los vehículos, un precioso Hispano-Suiza K6, descendió el cónsul Schellert junto a dos altos cargos a los que Kaufer no reconoció. Del otro automóvil se apeó un hombre de edad madura, de uniforme. Josef supuso que se trataría del ministro de marina español. Junto a él apareció don Juan Granell, vestido con un uniforme militar blanco.

Granell se acercó a saludar a Josef y a su esposa, cuando el ataúd entró en el templo y fue colocado ante el altar. Dos de los militares desplegaron ceremoniosamente una enorme bandera donde lucía una gran esvástica. Avanzaron hacia el féretro y lo cubrieron con ella, mientras era rodeado con un decena de coronas y ramos de flores. Josef observó aquella gran bandera que tapaba el ataúd. Se trataba de la Reichskriegsflagge, la bandera de guerra de la Kriegsmarine. Llevaba una cruz escandinava con la esvástica en el centro de esta. En una esquina se encontraba la cruz de hierro.

La familia Kaufer se adentró en el templo y tomó asiento. Asunción cogió a la niña en brazos y la sentó sobre sus rodillas. Impresionada por ver tanta gente a su alrededor, la niña se abrazó con fuerza al cuello de su madre, pegando el rostro contra su hombro.

La ceremonia terminó pronto y se introdujo el féretro en el auto. La comitiva emprendió el camino hacia el cementerio, mientras la muchedumbre comenzaba a dispersarse.

El cortejo hizo el recorrido despacio, hasta llegar a la entrada del cementerio, flanqueada por dos hileras de majestuosos cipreses. Ya había varios coches aparcados, todos con la matrícula del consulado alemán. En una de las calles, a espaldas de los panteones, había una tumba abierta y un grupo de hombres de pie a su alrededor.

Josef reconoció a unos de ellos, era el capitán Kurt Meyer Döhner. El agregado naval de la embajada de Alemania en Madrid, tenía su misma edad y lucía el uniforme de gala. Ostentaba en la solapa una cruz de hierro, rodeada por otras condecoraciones, y su prestancia le hacía destacar entre los demás. Su porte le otorgaba un aire distante y regio que rozaba la arrogancia. Cuando se volvió a mirar a Kaufer, vio que sus ojos eran de un profundo color turquesa.

Aquellos ojos le recorrieron, y al fin el hombre se acercó.

—¡Sehr geehrter Herr Kaufer! —dijo Kurt Meyer, saludando en alemán.

El agregado naval estuvo conversando con Josef, mientras sonriendo, le recordaba que en una ocasión le ofreció trabajar para él, y Kaufer se negó. De aquello hacía ya, cuatro largos años.

Durante el verano de 1939, en vísperas de la II Guerra Mundial, Meyer Döhner, desde la agregaduría naval de San Sebastián comenzó a organizar la Etappendienst, la organización secreta que, en la guerra que se preparaba contra Inglaterra y Francia, se encargaría del avituallamiento clandestino de los buques de superficie y los submarinos alemanes en territorio neutral.

El 11 de agosto del mismo año, cuando faltaban tres semanas para la invasión de Polonia, Meyer comunicó a Berlín que la Ettape Spanien estaba preparada para actuar. La libre disponibilidad de la valija diplomática le permitía campar a sus anchas por España y aquella libertad de acción le había servido para encargarse de que una flota formada por los petroleros Nord Atlantic, Max Albrecht, Rudolf Albrecht, Antarktis, Emmi Friedrich, Rekum y Charlotte Schliemann fondearan en diversos puertos de la península y Canarias, preparados para abastecer a los U-Boots.

Meyer Döhner contaba en su equipo con antiguos intérpretes de la Legión Cóndor y algunos auxiliares españoles, a los que Josef conocía. Era un secreto a voces que Meyer organizó un servicio de espionaje que terminó con el hundimiento del mercante egipcio Angela Mabro, al zarpar desde Bilbao a Cardiff, a manos del U-30.

Josef aprovechó la ocasión y comentó a Meyer su intención de colocar una lápida en el nicho del marino. Quería que mostrara un submarino al fondo, y deseaba que se pareciera a la nave en la que había servido el joven. Meyer le prometió enviarle algún dibujo o fotografía donde se viera claramente la estructura y forma de la nave.

Hubert Sasse fue enterrado en aquel nicho que Josef había adquirido el día anterior. Se encontraba en una calle cercana a donde se hallaba su hija Berta.

Kaufer ayudó a los peones del ayuntamiento y colocaron la caja con los restos del marino en el nicho, mientras dos de los oficiales retiraron la bandera del féretro. La plegaron por la mitad longitudinalmente, llevando su parte inferior hacia el borde superior. Unieron las esquinas de la derecha hacia la izquierda, a lo largo del borde del paño, haciendo de la forma de la bandera plegada un rectángulo nuevamente. Continuaron plegando la bandera hasta obtener un triángulo, de forma que quedaba la Cruz de Hierro en el centro del mismo. Uno de los oficiales la tomó en sus manos y se acercó a Kaufer. Entonces dio un golpe de tacón, saludando, y se la ofreció. Josef no sabía que decir.

Los asistentes del consulado levantaron el brazo con el saludo hitleriano. Luego se cantó el himno nacional. Entonces depositaron las coronas de flores junto a la tumba, y comenzaron a salir.

Josef encontró la mirada de su hija. Se acercó a ella y se inclinó para darle un beso. Luego la cogió en brazos mientras recordaba todo lo que había pasado en su vida: una horrible guerra civil, la muerte de su primera esposa y de su hija Berta, y otra guerra que estaba en marcha y que a buen seguro llevaría a su patria a la desolación, y deseó que ella no tuviera que pasar por algo semejante.

Dos semanas más tarde, el cuerpo de otro soldado apareció en la playa de Sagunto, muy cerca de allí. El maltrecho cadáver pertenecía al cabo 1.º de transmisiones Werner Eichler.

Octubre de 1943

I

Asunción arregló las flores en la jardinera y limpió con un paño la lápida de Berta. Recordó los pocos años que disfrutó de la compañía de la niña. Aquella pequeña no había tenido tiempo de conocer los dolores humanos, ni de llegar a experimentar el amor por un joven.

Salió de allí con resignación y cruzó ante los panteones. Dos muchachas la estaban contemplando con atención; sus ojos siempre fijos en ella, hasta que las perdió de vista al volver un recodo.

Se acercó calle abajo para dejar las flores que guardó para Hubert y al doblar la esquina vio los pequeños ramos, de nuevo.

Comenzó a suceder las siguientes semanas al entierro del marino; casi cada semana, alguien dejaba unas flores sobre la tumba. Normalmente claveles rojos, o con menos frecuencia, rosas del mismo color. En aquel momento le vinieron a la memoria las dos jóvenes que la habían mirado con interés a la entrada del cementerio, y volvió tras sus pasos, pero habían desaparecido.

Decidió conceder entonces más atención a la vigilancia de aquel hecho. Que un desconocido dejara flores en la tumba de un soldado a quien nadie debía conocer, resultaba cuanto menos infrecuente. Tal vez fuera curiosidad, o que le sorprendiera un hecho como aquel, pero quería averiguar el misterio que encerraba aquella bonita acción.

Las semanas posteriores preguntó a sus vecinas, ya que en las ocasiones en que ella no podía acercarse al cementerio, alguna de ellas se encargaba de poner flores a Berta, y siempre tenían algunas para el “soldadito”, como se le conocía en el pueblo.

Todas a cuantas les preguntaba por las flores misteriosas se mostraban tan sorprendidas como ella misma, pero también coincidían en que el guapo marino era digno de despertar tal admiración.

El mes anterior, el cadáver del Obergefreiter Walter Klima aparecía en la playa de Sitges, una localidad de las costas de Cataluña. Cerca de allí, dos días más tarde, llegaba a una alejada playa de Barcelona el maltrecho cuerpo del Leutenant Dietrich Krebs. El cuerpo del Gefreiter Willi Krips tocaba tierra en una apartada cala del Prat de Llobregat y Hermann Rakow lo hacía en la localidad de Viladecans. Los cuatro aparecieron a 220 kilómetros de donde lo hicieron Hubert Sasse y Werner Eichler.

II

Aquella mañana del lunes 25 de octubre se había levantado más tarde de lo que era habitual en él. Heinz Blischke se apoyó sobre la lustrosa barra de madera y pidió la especialidad de la casa. Un anciano camarero, flaco, bronceado y con una amplia sonrisa desdentada, comenzó a mezclar ceremoniosamente el ron con el azúcar y el limón.

El ambiente dentro del bar era agobiante, enrarecido por la humedad y el olor a muebles viejos. Pensó que sería más agradable estar al aire libre y decidió salir a la terraza de fuera. El oficial se sentó en una de las pequeñas mesas, que en algún tiempo habían estado pintadas de color verde. El suelo era de oscura tierra batida y la brisa del puerto de Kiel levantaba polvo, pero a Heinz Blischke le encantaba el lugar.

Aquella posada se llenaba de extraños individuos que relataban historias propias de una novela de corsarios. Uno se podía encontrar allí los más variopintos personajes jugando a naipes, o simplemente viendo pasar los barcos. Capitanes que llevaban un lustro en el dique seco, y marineros, soldados, o mercenarios del mar, esperando clientes que no llegaban nunca.

La pequeña terraza miraba hacia una ensenada, y al otro extremo, entre grúas, se divisaban los vetustos edificios de la vieja factoría.

El barrio de pescadores en sí no era más que una sucesión de casas humildes, casi todas de madera e incluso algunas destartaladas, llenas de salitre, recibiendo los vientos de la bahía.

Al este del puerto, la mole del *búnker* “Kilian” mostraba un avanzado estado de construcción. Blischke recordó la última vez que lo había tenido delante, en julio del 42, con los muchachos del U-755.

Al fondo se divisaba un cementerio de barcos. Viejos vapores eran remolcados hasta allí en el que era su último viaje, esperando a ser desguazados y vendidos como chatarra. Aquel desolado paisaje estaba plagado de cascos varados en la playa, de chimeneas silenciadas, ya sin humo, y mástiles desnudos y sin banderas. Algunos permanecían arrumbados muy cerca del agua, como si en un último hálito de vida, hubieran intentado en vano, regresar al mar. El día era gris, caluroso, pegajoso por la humedad del ambiente. Blischke se desabrochó varios botones, lio un cigarrillo, lo encendió y entornando los ojos miró con tristeza hacia los barcos muertos.

—Es preferible hundirse en la mar —dijo en voz baja.

A lo lejos, junto al malecón oeste, su submarino, el U-744, se mecía abarloado junto a otros. Su nave había sido comisionada el pasado 5 de junio en Dánzig y estaría de maniobras hasta noviembre, en que zarparía hacia Brest con la 9.^a Flotilla. Varios U-Boots entraban y salían del puerto, desfilando ante él. La tripulación de una de aquellas naves desembarcaba, abandonando el extenso cautiverio tras un largo periodo de crucero. Los marinos cruzaban ante la terraza, en una larga fila, cargados

con sus bultos, somnolientos y abotargados. Se movían como autómatas, con serias dificultades para andar correctamente sobre tierra firme. Entonces le pareció reconocer a uno de aquellos marinos, que avanzaba en silencio, mirando al suelo.

—¿Duwe?!, ¡eh! ¡Duwe! —gritó al fin Blischke.

Werner Duwe andaba pesadamente con su macuto al hombro, cuando escucho su nombre. Aquel oficial sentado en una de las mesas le llamaba. En un primer momento no le reconoció.

—¿Blischke?!, ¿qué demonios hace por aquí?

Los dos hombres se saludaron mientras el oficial dejaba su gorra de campaña sobre la mesa y le invitaba a sentarse.

—¿Ya no está con Göing? —preguntó—. ¿Le han reasignado a otro submarino?

El joven sentado frente a Blischke parecía estar reflexionando sobre si entablar aquella conversación, o dando un excusa, levantarse e irse. Buscó en su bolsillo y sacó los cigarrillos. Blischke prendió fuego al pitillo de Duwe y luego encendió el suyo. Se percató de que el marino se revolvía en su silla.

—¿No lo ha sabido? —dijo Duwe al fin—. Fuimos atacados por un avión de la R.A.F. frente a la isla de Alborán, cerca de Gibraltar. Recibimos un impacto que abrió un agujero a popa. No se pudo taponar la vía y embarcábamos mucha agua, por lo que se tomó la decisión de volver a Toulon. A la altura de la isla de Mallorca, frente a las costas españolas, nos volvió a sorprender otro pájaro. No podíamos sumergirnos, y nos cazó como ratas en una cloaca.

Blischke enmudeció, no había oído nada del hundimiento del U-755. Duwe le relató el abandono de la nave, mientras se hundía y los hombres eran acribillados por el Hudson.

—¿Y Göing?, ¿qué fue de él?

—Peció también.

Las lágrimas asomaron a sus ojos, mientras Duwe recordaba los momentos vividos en el agua. Los terribles gritos en la noche, mientras los compañeros morían uno tras otro. La desesperación de la mañana del día siguiente, al ver que apenas quedaban unos pocos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Blischke.

—Sí, señor. Es solo que me está costando más de la cuenta olvidar a los muchachos.

—La semana pasada estábamos de maniobras con la UAK —siguió contando Duwe—. Ayudé a extraer uno de los torpedos bajo el piso de la sala de oficiales. Mi compañero me dijo que tuviera cuidado, y entonces respondí que estuviera tranquilo. Recuerdo que se me quedó mirando y me preguntó quién era Bauriedl. Yo no entendí a que se refería.

—¿Bauriedl?, le pregunté. Y él respondió:

—¡Si, me acabas de llamar Bauriedl!

—¿Recuerda a Bauriedl?, ¿señor? Estaba en los tubos lanzatorpedos de proa.

Blischke asintió, y Duwe prosiguió.

—¿Y a Bögner? Cuando estábamos en el agua se separó del grupo para prestar ayuda a varios compañeros y se ahogó.

—¿Recuerda a Sasse, el oficial de radio?, en ocasiones nos turnábamos la litera, aún me parece recordar su olor en las literas de esta nave.

Con la mirada perdida en el U-Boot que se mecía en el puerto, continuó pensando en sus antiguos compañeros, hasta que el oficial Blischke volvió a hablar y lo devolvió a la realidad.

—¿Y qué piensa hacer?

—El comandante me ha aconsejado que lo piense, y cuando volvamos de las maniobras podría pedir el traslado a algún buque de superficie.

—¡Todo en esta nave me recuerda al U-755! —siguió diciendo—. Cada rincón, el rumor de los motores, hasta el sonido del piso al caminar.

Duwe encendió otro cigarrillo y exhaló el humo. El joven volvió la mirada hacia el U-311, su nave estaría de maniobras hasta noviembre, en que zarparía hacia Dánzig con la 8.^a Flotilla.

—Dígame, teniente, ¿es usted un hombre religioso?

—Pues sí, no voy a la iglesia tanto como debería, pero sí.

—Por más que lo pienso, no encuentro una explicación del porqué ellos murieron y yo sobreviví.

—¿Qué motivo tuvo Dios para dejarme con vida? —siguió preguntándose Duwe—. ¿Por qué razón?

A Blischke le pareció estar ante un hombre atormentado, aquel no era el Duwe risueño y parlanchín que conoció durante su estancia en el U-755.

Duwe se sintió bien al compartir lo que llevaba dentro. Hablaron del malestar que se respiraba entre las tropas y del generalizado descontento entre la población civil; mucha gente había dejado de creer en Hitler. No había una varita mágica que pudiera hacer que todo se detuviera, y el mundo se venía abajo como un frágil castillo de naipes. Incluso se comenzaba a barajar la posibilidad de que Alemania perdiera la guerra.

El 2 de febrero, los últimos dos batallones de la Wehrmacht se rendían en la ciudad de Stalingrado. Además, Italia había capitulado el 3 de septiembre. Comentaron el fallido atentado contra el Führer, perpetrado el pasado 17 de marzo por Fabian von Schlabrendorff en el Cónдор, el avión personal de Hitler. Los dos hombres charlaron hasta bien entrada la tarde, ajenos a lo que les pudiera deparar el destino.

Werner Duwe tomaría la decisión de no solicitar el traslado a un buque de superficie y encontraría la muerte solo cinco meses más tarde, con apenas 23 años recién cumplidos. El 7 de marzo de 1944, el U-311 sería hundido al oeste de Irlanda por cargas de profundidad de las fragatas HMCS Swanse y HMCS Matane. Morirían los 51 tripulantes.

Casi el mismo día, el 6 de marzo de 1944, el U-744 se encontraría operando al oeste de las islas británicas, cuando sería descubierto por tres destructores y varias fragatas británicas. El sumergible se sumergiría y sería atacado durante treinta y una interminables horas. Debido a la falta de aire y el agotamiento de las baterías, Blischke decidiría emerger, creyendo que solo habría dos destructores en superficie y teniendo la esperanza de poder torpedear a uno y mantener al otro a distancia con el cañón.

El U-744 saldría a la superficie balanceándose como un corcho y el jefe de máquinas intentaría arrancar los diésel, sin conseguirlo. Mientras tanto Blischke saldría a través de la escotilla de la torre y se sorprendería al descubrir que eran cinco y no dos, los barcos enemigos. En aquel momento descubriría a un grupo de asalto acercándose en una lancha para tomar la nave. Antes de que pudiera dar la alarma, los destructores abrirían fuego y Blischke caería muerto en el interior del carenado de la torre.

En aquel momento los atacantes conseguirían acceder al interior, tomando el control de parte del sumergible, matando a otros doce hombres más y logrando capturar varios libros e importantes documentos y equipos. La tripulación tomaría la decisión de abandonar la nave y rendirse, y a causa del lamentable estado del sumergible, sería imposible remolcarlo y finalmente sería torpedeado, hundiéndose rápidamente. Cuarenta tripulantes sobrevivirían.

Quedaron para verse otro día, Blischke pensó que aquel hombre estaba sufriendo, y tras el periodo que pasaron juntos a bordo del U-755, le consideraba un amigo. El oficial siguió pasando algunas tardes en aquella terraza, pero Duwe no volvió.

14 abril 2013

I

Aquella mañana del 14 de abril, Marta nos acompañó al cementerio. Le expresé mi interés en visitar a sus padres y a su hermana Berta. Tras cruzar la calle de los panteones nos adentramos en otra más estrecha, a la sombra de los Sauces.

Al llegar se asomó a nosotros el rostro de Josef Kaufer, un hombre de rostro noble, de unos setenta y tantos años, con gruesas gafas, y traje y corbata de color negro. En aquellas fechas desconocía hasta que punto en los meses siguientes, y gracias a su diario, llegaría a conocerle. A su lado, María Asunción Granell nos regalaba una sonrisa. Sobre ellos, una sonriente niña llamada Berta parecía observarnos con rostro feliz, a través de una antigua fotografía, ausente a lo que el futuro le reservaría poco tiempo después.

Permanecemos allí, mientras Marta rememoraba viejas historias de su familia, y tras aquella pausa giramos la esquina para visitar a Hubert. Mientras caminábamos le pregunté si recordaba quién encontró el cuerpo del marino en la playa. Ella respondió que aquel detalle se había perdido con el tiempo, que si su padre se lo había mencionado en alguna ocasión, ella no lo recordaba. Decidí hacerme a la idea de que aquella parte de la historia se habría perdido irremediablemente. Como el lector ya habrá comprobado, aún habrían de transcurrir varios meses para que el destino me mostrara cuán equivocado estaba.

Nos adentramos en un largo pasillo donde se mostró a nosotros una larga sucesión de lápidas al lado derecho. El denso dosel de árboles se extendía a la izquierda del camino, mientras mi hijo andaba sobre el bordillo de la jardinera. El pequeño mantenía el equilibrio apoyado en mi mano, mientras me hablaba, pero yo me encontraba ausente, como si en realidad estuviera muy lejos de allí.

Hay momentos en la vida de cualquier persona en los que siente que aquel momento que está viviendo es especial. Lo mismo me ocurrió al acercarme por aquella calle; sentí que la atmósfera sufría una transformación, que atravesaba una puerta invisible hacia otro tiempo, entre susurros lejanos y apagados. Aquella lápida me impresionó, con la vaga sensación de que al observar aquel rostro, el tiempo parecía volver atrás, a 1943, en plena Segunda Guerra Mundial.

Me agaché y dejé que mis dedos pasearan por el perímetro de aquella fotografía a la que el tiempo había prestado un tono ocre que le otorgaba un halo de misterio. Entonces vi el submarino, aquel antiguo artefacto de guerra, y surgió en mí una

extraña sensación. Me encontraba por fin, ante la tumba del marino, el lugar donde había comenzado todo.

Me impresionó el pensar que tras aquella delgada pared de ladrillo descansaba el maltrecho y cansado cuerpo de Hubert Sasse, a quien Josef Kaufer dio descanso y protección. Aquella mañana poyé la mano en el U-755 y suspiré con satisfacción.

II

Marzo de 1944

Era a principios de marzo y hacía buen tiempo. Las tumbas no tenían ya el aspecto triste y desolado que les daba el invierno. Josef y Asunción se dirigían al cementerio a visitar a los suyos, y aprovecharían para ver la lápida de Hubert. El día anterior, el maestro escultor José Pérez les había avisado de que ya estaba colocada.

Cruzaron la puerta y echaron a andar a paso lento por la calle solitaria, cuyo silencio solo era roto por el canto de algunos pájaros. A su derecha se encontraba la calle de suntuosos panteones familiares, con elegantes columnas. De pronto sus ojos cayeron sobre la lápida, a lo lejos. Allí estaban nuevamente, los pequeños ramos de flores rojas.

Josef observó la sencilla lápida de mármol rojo con satisfacción. Su amigo Piqueres había hecho unos preciosos bocetos con ayuda de las fotografías que le envió el agregado naval Meyer. Con aquellos dibujos, Pérez había realizado un gran trabajo.

En primer término se mostraba el muro de cualquier puerto, y apoyado sobre él aparecía un ancla de la que pendía una gruesa maroma que descansaba inerte. A su lado, grabado sobre el muro podía leerse: HUBERT SASSE GEFALLEN FUER'S VATERLAND + 10-7-1943 RUHE IN FRIEDEN.

En el vértice izquierdo el joven les miraba con mirada melancólica desde una fotografía en esmalte abrazada por ramas de olivo. Bajo ella una esvástica en relieve y en la otra esquina una cruz de hierro. Al fondo, el mar, con encrespadas olas batiendo un submarino primorosamente tallado en la piedra. Se podía ver con detalle la típica torreta de los U-Boots Tipo VIIC, con la barandilla, y el cañón sobre la cubierta.

Sentada en la jardinera con las piernas cruzadas, la pequeña Marta comía una galleta de centeno, mientras con la mano apartaba las migas que le caían sobre la falda. Varios gorriones se acercaron a comer, dando saltitos y disputándose la comida. La pequeña desmenuzó la galleta y arrojó varios trozos a las aves. Peinaba su mata de pelo castaño en un recogido que le despejaba el rostro, mientras se le iluminaba la cara cuando alguno de los pajarillos se acercaba a por las migas con descaro.

Josef se acercó a la caseta del conserje y le preguntó si sabía de quién eran

aquellas flores que había en la tumba del soldado. El hombre le explicó que en algunas ocasiones le había parecido ver a un par de jovencitas, o incluso tres, dejando alguno de aquellos pequeños ramos junto a la tumba. Pasados algunos meses, las flores siguieron llegando puntualmente a la sepultura, ante el asombro de la pareja, pero decidieron no darle demasiada importancia.

III

El monstruo, inmóvil, miraba fijamente a aquel niño. El animal tenía un aspecto temible, con las patas gruesas como columnas y largas orejas puntiagudas, una barba tiesa en la mandíbula inferior y el pelaje remarcado sobre el cuello. Como presto a un ataque, las fauces permanecían abiertas, capaces de desgarrar la carne de cualquier adversario.

Juanito Piqueres pensó que debía pertenecer a una especie terrible, semejante a un león. A su lado, sobre el banco en que trabajaba su padre, había dos más de aquellos monstruos. Uno de ellos parecía un águila, con un afilado pico abierto y poderosas garras. Observó aquel ser con más detenimiento. La parte posterior tenía cuerpo de león, con pelaje, musculosas patas y rabo.

—¿Qué es, padre? —preguntó el niño, intrigado.

—Es un grifo.

Su padre le explicó que el origen de las gárgolas se remontaba a la Edad Media y se relacionaba con los tormentos del infierno. Aunque la imaginación de los artistas medievales estaba adornada por mitos aún más antiguos. De hecho, las primeras gárgolas fueron bautizadas con el nombre de “grifos”, aunque además se solían plasmar otros seres fabulosos que podían tomar la forma de animales, seres humanos o una mezcla de ambos; pero siempre representados de forma más o menos monstruosa.

—¿Y por qué se colocan en lo alto del campanario?

—Los que se harán en piedra llevarán un canal en el lomo y servirán para desaguar el tejado.

Vicente Piqueres daba forma en un pequeño bloque de madera a otro de aquellos monstruos, basándose en un boceto dibujado sobre una hoja de papel. Con ayuda de una gubia, tallaba la madera dando volumen al dibujo. Llevaba tres días trabajando en aquellas figuras, aprovechando sus escasos momentos de asueto para esculpirlas. Poco a poco, la pieza que serviría de modelo para los canteros iba tomando forma gracias a la buena ejecución del artesano. Se realizarían ocho de aquellas gárgolas para la parte superior del campanario.

Pasó toda la mañana trabajando en aquella talla, labor que solo interrumpió a la hora de comer. Después, regresó al taller y se puso de nuevo a esculpir otra de las

bestias, con sus alas abiertas. Las horas de la tarde pasaron con la ligereza de un suspiro, y pronto llegó el atardecer.

IV

Octubre de 1944

Desde muy temprano se escuchaba el suave arrastrar del escobón sobre los adoquines. En las calles comenzaba el movimiento, entre las conversaciones de los parroquianos. Las mujeres cruzaban las aceras con paso ligero portando sus cestas, y Pachón recogía las hojas muertas de las aceras. Empujaba su viejo carretón entre el desigual empedrado de la calle.

Las puertas de las tiendas se abrían, y era día de mercado. El afilador deambulaba por las estrechas callejuelas que daban a la plaza. Montaba en una bicicleta, cuyos pedales accionaban la rueda de amolar. Hacía girar su rueda y llevando el silbato a los labios, lo hacía sonar, con sus tonalidades consecutivas, de graves a agudas.

—¡Se afilan tijeras y navajas! ¡Se las dejaré brillantes como la plata!

Al salir de casa, una vecina la saludó, pero Asunción no le prestó apenas atención. Estaba demasiado ocupada intentando que su hija de tres años se abrochara el abrigo.

—Ponte también el gorro, Marta. Hace un frío que pela.

La niña hizo una mueca de disgusto mientras se abotonaba el cuello.

—Así me agobio. ¡Además, me gusta más el otro!

—¿Te agobias? ¡Vaya, eso es nuevo! Asunción se echó a reír y le encasquetó el gorro de lana sobre el rizado cabello rubio.

—Bueno, de todos modos es mejor agobiarse que pasar frío.

—No pareces nada agobiada, Marta —intervino Josef volviéndose hacia su hija. Se agachó y la examinó. Luego se encogió de hombros y sonrió.

—Bueno, tal vez un poco.

Marta soltó una risita y su padre la cogió de la mano para avanzar por la calle. Entonces, la niña comenzó a oír el tintineo, en la plaza.

—¡Vamos!, ¡vamos! —comenzó a pedir la niña, mientras tiraba de su padre—. ¡Quiero ver a Mossén!

Los tres se encaminaron hacia la plaza, en dirección al mercado. A Josef le encantaba pasar la mañana de los días de mercado con sus dos mujeres, aunque por la tarde tuviera que correr para adelantar el trabajo. Al llegar a la plaza, se encontraron apretujados de tal modo entre la muchedumbre, que Josef tuvo que coger a Marta en brazos.

Asunción se sorprendió al ver a tanta gente allí agolpada. Al mirar a lo alto lo

comprendió.

—¡Mira José!, ¡están levantando los arcos!

Varios albañiles se asomaban peligrosamente en el vacío. Una gran cimbra de madera descansaba sobre las impostas de las jambas donde se colocaban los salmeres, las primeras dovelas del arco. Se repartía la argamasa sobre las superficies de contacto y se procedía a colocar las siguientes piedras, corrigiendo su aplomado con un nivel y ligeros golpes de mazo. Una de las dos contraclaves del arco esperaba suspendida en el aire, colgando de la cadena del cabrestante.

Al lado de los albañiles, otra cimbra esperaba en solitario a la llegada de las dovelas que descansarían sobre ella para dar forma al siguiente arco.

Marta, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, intentaba colocarse delante, con la intención de ver mejor.

—Mamá, ¿dónde está Mossén? —preguntó la pequeña. La niña no alcanzaba a ver al cura. Se había convertido en costumbre saludar al párroco siempre que pasaban cerca de la plaza.

Asunción señaló hacia la derecha.

—Está ahí, junto a Piqueres.

Don Elías notó que alguien tiraba de la manga de su hábito. Al volver la vista se encontró con la pequeña. La niña sonrió y él cura la rodeó con su brazo libre. Josef solía decir que se parecía mucho a su abuela paterna, era impetuosamente independiente.

—¡Pareces una verdadera monja, toda de negro! —bromeó entre risas el cura.

Los oficiales bajo las órdenes de Joaquín Nebot preparaban las dovelas de los restantes arcos. Elegían las piedras de un grupo de ellas que ya habían sido formateadas previamente. Tras elegir la cara que serviría para el frente del paramento, aplicaban sobre ella la plantilla correspondiente, y tras marcar las líneas, comenzaban la talla.

La pequeña de los Granell observaba embelesada a aquellos fornidos hombres golpeando interminablemente, mientras daban forma a las dovelas que formarían los arcos. La superficie cóncava del intradós de las curvas se desbastaba con un puntero, mientras se comprobaba con ayuda de una escuadra. Otro de los oficiales estaba implantando y labrando las grandes molduras que decoraban el frente de las dovelas.

Josef observó en una zona apartada a Joaquín Nebot, ayudado por uno de sus sobrinos. Habían extendido sobre el pavimento de la calle las cinco grandes piedras que formarían un arco completo. Las alineaban entre sí, para comprobar la correcta concurrencia de las juntas y la perfección del trabajo, antes de ser izadas a la parte alta de la obra para su colocación.

La gente contemplaba desde abajo, mientras en lo alto, el albañil dejaba la dovela

central, la clave, en su sitio. El arco quedaba perfecto. En un par de días, cuando la argamasa hubiera fraguado, los albañiles retirarían las cuñas que sujetaban la cimbra y esta sería bajada al suelo. Ante el asombro de todos, el arco seguiría en pie.

Los toldos todavía goteaban la lluvia de la noche anterior, y las vendedoras vaciaban sus mercancías sobre los bancos de mármol. El mercado, pese a las cartillas de racionamiento, estaba abarrotado de gente.

Las criadas que servían en las casas de la gente adinerada llevaban las cestas a rebosar de comida, y en algunos puestos se divisaban a lo lejos interminables colas. Los puestos de pescado intentaban vender su mercancía y la humedad del aliento se condensaba al tocar el aire frío.

Los braseros repartidos por uno de los pasillos centrales humeaban constantemente, mientras la gente se detenía ante ellos un momento, para inmediatamente, continuar con su rutina. Josef llevaba a su hija de la mano, cuando se detuvo ante un gran anafre con una lumbre en medio, mientras Asunción se había detenido a hablar con las mujeres y a escuchar algún que otro chismorreo, algo muy normal en un mercado.

Pachón llegó por una callejuela con su carretón, para ayudar a quien se lo pidiera a llevar sus bolsas y sacarse algunas perras. Después, por la tarde, se quedaría él solo para barrer y dejarlo todo limpio.

V

Noviembre de 1944

Vicente Piqueres llegó aquella mañana llevando un arcón de tamaño mediano bajo el brazo. Al principio los demás le ignoraron, absortos en su trabajo, hasta que al fin se fueron acercando con miradas de sorpresa.

El carpintero sacó una de las tallas del arcón y desenvolvió la vieja tela que las cubría; el monstruoso rostro de un pequeño ser con cabeza de águila pareció saludar a los allí congregados, al surgir de entre los pliegues de la tela. Joaquín, el maestro cantero, se detuvo unos segundos para examinar la imagen con mirada apreciativa: medía un palmo de altura y representaba a un grifo, mitad león, mitad ave.

El cantero depositó la talla sobre el banco de trabajo y la siguió observando en silencio. Comenzó a pasear entre un grupo de grandes bloques sin desbastar que se amontonaban unos sobre otros, y pidiendo ayuda apartó uno de ellos. Lo inspeccionó en calma y se dio la vuelta para lanzar una sonrisa al carpintero.

Su sobrino José eligió otro gran bloque y se dispuso a comenzar el trabajo. A su lado Vicente Saláis, el Carlista, ya había empezado con la talla de la gárgola que

había elegido.

La primera parte del trabajo era la más pesada y tediosa, ya que consistía en eliminar la piedra sobrante del bloque de piedra, hasta conseguir las líneas generales de la forma. Para ello utilizaban un pesado martillo de desbastar.

A media mañana, los enormes bloques comenzaron a mostrar lo que escondían en su interior. Saláis cambió las herramientas por otras más acordes con la segunda parte de la talla.

Descargó el mazo y la punta del cincel, levantando una blanca lluvia de esquirlas. La piedra era blanda y fácil de labrar.

A su lado, Joaquín se concentró tanto en su tarea que pronto quedó abstraído, olvidándose de todo, salvo de la imagen que estaba esculpiendo. Y esculpió, durante horas, sin descanso, con el sudor bajándole por la espalda. Los labios apretados con fuerza. Con frecuencia, mientras trabajaban en la gárgola, el maestro Piqueres les visitaba. Por lo general se limitaba a observarles en silencio, pero en ocasiones charlaba con ellos y les asesoraba en el trabajo.

—Aquí te sobra piedra —aconsejaba, mientras realizaba algún trazo en la escultura con un carboncillo.

Apenas había despuntado el alba, cuando Joaquín llegó a la plaza al día siguiente. Hizo una pequeña hoguera para entrar en calor, y tomando de entre las herramientas una gubia y un pequeño mazo de madera, comenzó a perfilar las plumas de las alas del monstruo. Llevaba tres días trabajando en aquella imagen. Comprobaba medidas sobre el modelo que había tallado Piqueres y volvía a la piedra. Pasó toda la mañana trabajando en la talla.

La vida en el pueblo seguía su curso y el maestro Piqueres dirigía las obras con mano firme, afanándose en cumplir los plazos. Muchas tardes, mientras él estaba en la plaza tallando sillares, le visitaba Juanito y se quedaba unos minutos a su lado, viéndole trabajar.

Al cabo de un rato solía decir:

—¡Piqueres, dame un cigarro!

Entre tanto, las obras de la torre se aproximaban a su fin. El principio del invierno estaba siendo inusualmente frío y pronto tendrían que posponer las obras hasta el año siguiente. Piqueres tendría más tiempo para atender la carpintería, pero de momento la ausencia de lluvia permitía que las labores de construcción se desarrollaran a buen ritmo.

Entonces ocurrió lo que más temían. El padre Elías había recibido muy malas noticias desde Madrid, Juan Granell le comunicaba en una carta que no les habían concedido la subvención pedida para la terminación de las obras del campanario. Como administrador de los fondos y pagador de todos los gastos que conllevaban las obras de la torre, el párroco sabía que el dinero que les quedaba se acabaría pronto.

Se convocó una reunión para intentar encontrar una solución, pero entre deliberaciones, pasaron los días y la obra se paralizó.

Transcurrieron algunos meses con la plaza desierta. Ya no se oía el monótono tintineo de los canteros, ni las voces de los albañiles en lo alto de la obra. Entonces el cura hizo lo que mejor sabía, pedir. Las puertas de los comercios amanecieron con folletos donde se pedía a los feligreses una aportación para la terminación de la torre. La gente humilde se volcó con ilusión en la medida de sus posibilidades, y aunque no se podía decir lo mismo de los ricos, el dinero de los donativos comenzó a fluir y se reinició la obra. Pero al igual que Piqueres, el párroco sabía que con la ayuda de la población no sería suficiente. Piqueres vendió varios huertos que su esposa había heredado y Don Elías hizo lo propio con una vivienda. Con aquel dinero Piqueres consiguió terminar la torre.

Julio de 1945

I

Y por fin, el mundo se libró de Adolf Hitler. Ocurrió un 30 de abril de 1945 en su residencia del Führerbunker.

Al amanecer, Hitler reunió a todo el cuerpo médico y expresó su intención de suicidarse. Preguntó a su médico, Werner Haase, para que le recomendara un método fiable. Haase le aconsejó combinar una dosis de cianuro con un disparo en la cabeza.

Tras despedirse de Albert Speer, su ministro de armamento. Hitler contempló pensativo un cuadro de Federico el Grande en su despacho, y a continuación ordenó que el personal que no fuese necesario abandonara el *búnker*. Antes, dictó su testamento. En él, Joseph Goebbels era nombrado canciller del Reich y el gran almirante Karl Dönitz era nombrado presidente. Hizo llamar a Otto Günsche y a Heinz Linge, sus ayudas de cámara, y les dio estrictas instrucciones de cómo debían actuar en el momento del suicidio y qué hacer con su cuerpo y el de Eva Braun.

Günsche inició los preparativos y llamó a Erich Kempka, el chófer de Hitler, para que de inmediato subiera varios bidones de gasolina hacia la salida del jardín de la cancillería.

Hacia el mediodía, el dictador almorzó en silencio un plato de espaguetis y posteriormente se despidió de la familia Goebbels, y a las 15:30 horas, él y Eva Braun se reunieron frente a la sala de mapas contigua al despacho privado y se despidieron de sus ayudantes, Linge y Günsche, quienes cerraron la puerta tras ellos.

Un par de minutos después se escuchó un solo disparo. Los ayudantes esperaron unos 15 minutos y al abrir la puerta encontraron a Hitler y Eva sentados en un sofá. A la izquierda estaba él, muerto. A su lado ella, también sin vida. En la sien derecha de Hitler se podía observar una herida del tamaño de una pequeña moneda y por su mejilla corrían dos hilos de sangre. Las paredes y el sofá estaban salpicados del rojo líquido, que en la alfombra, junto al sofá, formaba un pequeño charco. La mano derecha del dictador descansaba sobre su rodilla, con la palma mirando hacia arriba. La mano izquierda colgaba inerte.

Junto al pie derecho de Hitler, había una pistola del tipo Walther PPK calibre 7,65 mm. Al lado del pie izquierdo, otra del mismo modelo, pero de calibre 6,35 mm. Hitler vestía su uniforme militar gris y llevaba puestas la insignia de oro del Partido Nazi, la Cruz de Hierro de Primera Clase y la medalla de los heridos de la Primera Guerra Mundial. Vestía una camisa blanca con corbata negra, un pantalón de color

negro, calcetines y zapatos negros de cuero.

Días antes de su muerte, el 20 de abril, Hitler cumplía 56 años, y la artillería rusa alcanzaba Berlín. Aquella capital que antes amanecía encendida con el rojo de los estandartes nazis, cuyas largas telas acariciaban los adoquines de las anchas avenidas, aquella metrópoli ostentosa y conservadora que palpitaba por la emoción de lo peligrosamente nuevo, ahora sucumbía ante el ejército rojo.

El día 24 la ciudad estaba totalmente sitiada, imposibilitando la salida para cualquier soldado o civil alemán. Ya solo quedaba ocuparla. La capital era defendida por hombres, mujeres y niños, desde las juventudes hitlerianas, hasta veteranos de la I Guerra Mundial, pasando por policías y divisiones aisladas de la Wehrmacht. Muchos de ellos, habían asimilado los lemas de aquel “Flautista de Hamelín” llamado Adolf Hitler, al que todos habían seguido ciegamente. Pero al sentir a los aliados llamando a las puertas de Berlín, supieron que habían sido engañados.

La invasión rusa de Alemania pasó por violaciones masivas contra mujeres como castigo por la guerra, pese a no ser ellas las responsables. En Berlín serían violadas durante aquellos días más de 100.000, y hacia 1946 nacerían al menos 200.000 niños fruto de aquellas violaciones.

El día 27 los alemanes solo conservaban el centro de la ciudad y un día más tarde los rusos llegaban hasta las cercanías del Reichstag, cerca ya del *búnker* de Hitler. Él por su parte, había mostrado su voluntad de no abandonar Berlín, algo ya imposible, y se casaba con Eva Braun. Después, el suicidio. El telón cayó pesadamente sobre la escena de la guerra. Muerto el artífice de aquella barbarie, que Alemania cayera, era solo cuestión de pocas horas.

La noche del 1 al 2 de mayo, Dönitz hizo un anuncio oficial por Radio Hamburgo, anunciando la muerte del Führer. La noticia dio la vuelta al mundo como un reguero de pólvora.

En España las portadas de los periódicos, controladas por la dictadura, promulgaban su heroica muerte, “luchando hasta el último momento”.

El 4 de mayo las tropas alemanas se rendían en toda Europa. Aquel mismo día Karl Dönitz ordenaba a todos los U-Boots que cesaran sus operaciones. A las 2:41 de la madrugada del día 7, los alemanes firmaron el documento de rendición total e incondicional de Alemania.

Josef Kaufer se enteró por los periódicos. Preocupado por sus familiares, llamó al consulado alemán, preguntando por la posibilidad de viajar a Alemania. Nadie podía entrar ni salir, e intentar comunicarse por vía telefónica era simplemente, imposible.

El día 23 se disolvía el Gobierno del III Reich y Karl Dönitz era arrestado como prisionero de guerra. Más de 3.000.000 de alemanes morirían después de haber acabado oficialmente la guerra; 16.500.000 civiles serían expulsados de sus hogares y aún perderían la vida 1.000.000 de soldados, antes de poder regresar a sus hogares.

Miles y miles de civiles serían víctimas de enfermedades, frío, hambre, suicidios o asesinatos. En los próximos meses, en los Sudetes, 250.000 alemanes serían masacrados por sus compatriotas checos, y hechos similares tendrían lugar en Polonia y al este de Prusia. Todo el pueblo alemán pagaría las consecuencias por el sueño loco de aquel demente al que llamaron Führer.

Pero aquello no era nada en comparación con los cerca de 60.000.000 de personas que habían perdido la vida durante la contienda. Solo en los campos de concentración nazis morirían más de 3.000.000 de seres humanos durante la contienda.

En toda Alemania comenzaban las detenciones a gran escala. La gran mayoría de los altos jefes del III Reich estaban siendo cazados. Apenas pasaba un día en que no fuera arrestado uno de los futuros acusados del Proceso de Nuremberg.

A finales de julio, Josef pudo llamar a Alemania. Sus familiares estaban pasando hambre y penurias. Había comenzado el reparto de cartillas de racionamiento y la comida llegaba a los puntos de reparto cada diez días. Las mujeres empujaban carretillas por las destruidas calles en busca de madera para hacer fuego y poder cocinar, entre miles de cadáveres pudriéndose bajo los escombros. La gente vivía entre sótanos y casas semiderruidas y sin paredes. Cualquier cosa era aprovechada o cambiada por otra, las botas de un soldado muerto por algunas tejas, o un raído chaquetón por cajas de cartón para cubrir cualquier ventana, o incluso por un poco de agua que no estuviera contaminada. La vida intentaba cobrar un mínimo de normalidad, como había ocurrido en España tras la Guerra Civil.

II

Octubre de 1945

Comenzó con una fiebre alta, acompañada de sudores. Hermann trabajó durante todo el día junto a los demás, pesadamente. Al volver a su barracón, se dejó caer en la litera, estaba tan fatigado que se durmió al instante.

Eichler le contempló allí tumbado. Su amigo había perdido alrededor de 20 kilos en aquellos dos años. Simplemente, se había ido consumiendo poco a poco. Y entonces le sucedió lo peor que le podía suceder a un prisionero, caer enfermo.

Hermann estuvo tosiendo parte de la noche, y al día siguiente no se levantó. Aquella mañana Eichler se acercó a su camastro y le levantó la camisa, pues se temía lo peor. Una erupción de sonrosados granos comenzaban en el pecho y se extendían al resto del cuerpo. Tenía un dolor de cabeza intenso y un ardiente sudor le perlaba la frente. Hermann Sasse había contraído el tifus.

Eichler consiguió que el guarda le dejara pasar unos días cuidando al enfermo,

secándole la frente con paños fríos. Sasse era un gran carpintero y el comandante del campo no quería prescindir de él. No era un procedimiento nada común el cuidar a un enfermo, pero en aquel caso se hizo una excepción. Al día siguiente su cuerpo presentaba pequeñas áreas de sangrado bajo la piel amoratada y la fiebre era muy alta.

Dos días después se abrieron de repente los labios del moribundo y, con una voz susurrante, habló.

—Eichler, amigo. Tienes que prometerme una cosa.

Eichler fue hacia el lecho con una vela en la mano y se inclinó sobre el enfermo. Hermann había abierto los ojos y los clavaba en él con la misma expresión vigilante con que le había mirado el día que le cargó a sus espaldas, el día que le salvó la vida.

—¿Cuál es? —preguntó. Eichler hizo un gran esfuerzo, no quería negar su última voluntad a un moribundo, y escuchó.

—Tienes que prometerme que entregarás estas cartas a mi familia.

El joven alargó la mano temblorosa bajo su pequeña almohada y extrajo unas amarillentas cartas. Estaban enrolladas en un pequeño fajo y anudadas con un descolorido cordón.

—¡No digas tonterías!, se las darás tu mismo, cuando salgamos de aquí.

—Promételo —susurró Sasse, esbozando una inapreciable sonrisa.

Hermann le habló de sus padres y de sus hermanas. Y después mencionó a su hermano menor, Hubert, mientras su vida se apagaba. Le contó algunos recuerdos de cuando era niño, mientras Eichler escuchaba en silencio. Cuando todo hubo terminado, Hermann Sasse se quedó mirando al techo, pero su mirada ya no tenía vida.

Eichler alargó la mano hacia el rostro de su amigo y le cerró los ojos. Se incorporó con lentitud, mientras las lágrimas le recorrían las mejillas. Recogió las cartas, las escondió bajo su chaqueta y apagó la vela de un soplo. Fuera ya amanecía. El Sol de la mañana caía sobre las fachadas de los barracones de enfrente. Entonces hizo con la mano diestra una rápida señal de la cruz y salió de la caseta.

Eichler pidió que le dejaran enterrar a su amigo, pero el comandante del campo se negó. El cuerpo de Hermann Sasse fue lanzado al fondo de la fosa común, junto a otras decenas de cadáveres, congelados y desnudos, amontonados unos sobre otros. Tantos eran los cuerpos retorcidos y entrelazados entre sí, que eran imposibles de contar.

Permaneció al borde de la fosa, contemplando los cadáveres esparcidos en posturas imposibles. Semejaban marionetas rotas a las que les hubieran cortado los hilos, para quedar allí, caídos en posturas que dolían a la vista. Eichler sintió una arcada cuando, en medio de la pila de cadáveres, vio el delgadísimo brazo de un muchacho que como una caña rota se erguía dibujando un macabro ángulo recto, antes de volver a caer.

El prisionero observó aquel mar de cadáveres, mirando a los ojos de los muertos,

para no olvidarlo nunca. Y siguió allí largo rato, intacto por fuera, pero con el corazón inmóvil, casi parado. Intentando que las lágrimas no afloraran como la escarcha. Luego recorrió el sendero que le devolvía al campo con un nudo en la garganta. Entonces, tras un árbol vomitó, mientras los cadáveres eran sepultados bajo una capa de tierra húmeda, como ocurría día tras día.

III

10 de noviembre de 1945

Desde el mes de febrero, en que se dieron por terminadas las obras, los albañiles y canteros se habían dispersado hacia otros destinos, pero la torre no se pudo inaugurar hasta que don Juan Granell tuviera un hueco en su apretada agenda.

Según se acercaba la fecha de la consagración, Piqueres había advertido que el padre Elías era un gran organizador. Había invitado a importantes personalidades de la vida pública, entre las que se encontraba su íntimo amigo, el obispo Vicente Enrique Tarancón.

El obispo de Solsona se había convertido, con tan solo treinta y ocho años, en el obispo más joven de España. Había nacido allí, en Burriana, el 14 de mayo de 1907. Era hijo de una familia de labradores y había estudiado en el seminario de Tortosa, donde fue ordenado sacerdote el 1 de noviembre de 1929. El padre Elías le conoció siendo coadjutor y organista en la parroquia de Vinaroz en 1931.

Durante la Guerra Civil, había creído en la sublevación del franquismo contra la legitimidad del anticlericalismo republicano. Más tarde, sin embargo, el propio Tarancón llegaría a padecer un anticlericalismo diferente: el de derechas. Era un hombre que decía lo que pensaba, lo cual le granjeó, no pocos enemigos. Tenían merecida fama sus disputas con Francisco Franco, quien decía de él que tenía la lengua demasiado larga. En 1938 volvió a Vinaroz como párroco y arcipreste y de allí pasó al arciprestazgo de Villarreal en julio de 1943, para posteriormente, ser nombrado obispo de la pequeña diócesis de Solsona.

Don Elías tenía la esperanza de que la ceremonia de inauguración del campanario fuera un símbolo de la esperanza en el futuro del pueblo, sin rencores ni odios. Olvidando de una vez por todas la maldita guerra civil. La consagración de la torre suponía para la comunidad local el coronamiento de una larga empresa de esfuerzos compartidos por todos.

El cónsul de Alemania Schellert y su esposa llegaron el día anterior y se instalaron en casa de la familia Kaufer Granell. Aquella noche hubo bailes en la plaza. La gente rio y cantó, mientras algunos levantaban la vista para admirar la obra, quedando maravillados ante la belleza de la nueva construcción. La calle se hallaba atestada de gente que levantaba la mirada a lo alto.

A la mañana siguiente, los adoquines de la plaza relucían al sol. En el parque, la sombra de los olmos se alargaba, presa de la luz difusa de aquella mañana invernal. La iglesia estaba llena para el oficio, mientras las autoridades tomaban asiento en los primeros bancos.

Estaban presentes varios sacerdotes de las localidades vecinas, así como numerosos alcaldes y personalidades. Se alzó un gran murmullo con la entrada del obispo Tarancón, que las voces de los monjes que se alzaron en un canto, se encargaron de apagar. Sentado junto a Granell, el maestro Piqueres sonreía, satisfecho de sí mismo. La consagración de la torre había sido el gran sueño que había perseguido durante aquellos tres largos años.

El oficio en el interior de la iglesia concluyó, y mossén Elías hizo un gesto a algunos de los presentes. José Nebot Aymerich, el nuevo alcalde, junto a Juan Granell y al maestro Piqueres siguieron al obispo.

La pequeña comitiva salió de la iglesia y se dirigió en procesión hacia la torre. El padre Elías llevaba una escudilla con agua bendita. Cuando llegó a la entrada y se escenificó la entrega simbólica del campanario al obispo, el párroco bendijo el agua y roció con ella los muros. A continuación, tras una oración, se dio paso a la Liturgia de la Palabra, y una vez terminada, se dio comienzo a los ritos de la dedicación. Una vez que el ritual llegó a su fin, la pequeña comitiva cruzó con lentitud la entrada y subieron por los peldaños que conducían hasta arriba, al piso de campanas. Tras un momento de calma se rezó una oración.

El carpintero se asomó a la plaza. El gentío se agitaba con inquietud allá abajo, mossén Elías introdujo el hisopo en el agua y procedió a salpicar con ella las campanas, primero la mayor, luego las siguientes.

Piqueres se acercó al último remate que esperaba en un rincón a ser colocado. Ante los presentes preparó un poco de argamasa y la vertió sobre la base de la pirámide. En ese instante volvió el rostro hacia Don Juan Granell, y luego hacia el padre Elías, esbozó una leve sonrisa y con ayuda del maestro José Lleó, dejó el remate en su sitio, le dio unos golpes y retiró el material sobrante. En la base de aquel remate podía leerse una inscripción: Última piedra. Granell Pascual. 10 Nov. 1945. El campanario estaba terminado.

17 de enero de 1946

I

La amplia curva de la entrada al cementerio estaba tapizada por un grueso manto de nieve y el cubierto ramaje de los majestuosos cipreses rebosaba entre destellos azulados. Algunas de las ramas sucumbían ante el peso y su carga caía al suelo con un sonido dócil y sordo.

Asunción había sucumbido a las insistentes súplicas de su hija. Al día siguiente a la gran nevada quería salir y pisar la nieve. Le puso el abrigo de piel, le envolvió la cara con una larga bufanda de algodón y le colocó el gorro de lana hasta cubrirle las orejas. Después, salieron de casa cerrando con llave. Madre e hija pasearon hasta la salida del pueblo y llegaron al cementerio; quería comprobar que la tumba de sus padres y la de Berta no habían sufrido ningún desperfecto por la nevada.

El día anterior amaneció gris y nublado, y aunque la temperatura no era demasiado fría, a partir de las diez comenzaron a caer los primeros copos de nieve, que apenas llegaron a cubrir las calles de un tenue manto blanco. Entonces, la tormenta se alejó adentrándose en el mar.

A las dos de la tarde volvió a nevar de forma suave, hasta que hacia las cuatro el viento de levante retornó la tormenta desde el Mediterráneo hacia tierra firme. La nevada se intensificó y se prolongó durante toda la noche. La madrugada del día siguiente despertó con un grueso manto de nieve que en algunos puntos superó el medio metro de espesor. Pronto, las consecuencias de la nevada comenzaron a ser evidentes, pueblos incomunicados, interrupción del servicio ferroviario y averías en las líneas telefónicas, además de la paralización del tránsito rodado.

Los operarios del cementerio estaban limpiando la nieve acumulada, cuando madre e hija cruzaron la entrada. Asunción intercambió un saludo con un empleado que estaba esparciendo sal por los peldaños, luego giraron a la izquierda y enfilaron la calle que corría a espaldas de los panteones.

Asunción miró al cielo; estaba nublado, pero si al anochecer descendían las temperaturas, toda aquella nieve se convertiría en hielo. Una helada sería nefasta para los cultivos y la cosecha quedaría arruinada. Aquello supondría el desastre económico para el sector agrícola. Cientos de familias quedarían arruinadas.

Mientras aquella idea estaba adquiriendo forma, divisó por el rabillo del ojo varios bultos que se movían al final del pasillo donde se encontraba la tumba del “soldadito”. Giró la vista y vio a tres jóvenes que parecían estar frente a la lápida de

Hubert.

Dos de aquellas chicas se encontraban ligeramente retrasadas y la tercera estaba arrodillada, mientras depositaba un ramillete de flores sobre la repisa. Llevaba del brazo un bolso Delvaux del que extrajo un pañuelo que utilizó para limpiar la fotografía del difunto. Entonces las jóvenes vieron a aquella mujer que se aproximaba desde el principio de la calle con una niña de la mano. Al verse descubiertas huyeron precipitadamente, mientras ella no creyó reconocerlas.

Asunción llegó junto a la lápida del soldado para observar aquellos dos pequeños arreglos florales sobre la repisa, y lo entendió todo en aquel instante. El bello rostro de Hubert era sobradamente capaz de enamorar, después de muerto, a cualquier jovencita del pueblo. A partir de aquel suceso, y con el paso del tiempo los pequeños ramos de flores rojas solo aparecieron de tarde en tarde.

II

Estaba solo en la inmensidad del mar y la oscuridad se cernía sobre él. La luna llena permanecía estática, a su izquierda, sobre la línea del horizonte. Se mantenía medio oculta a través de un tupido banco de nubes, mientras su estela se reflejaba sobre la superficie.

Josef Kaufer se sentía perdido sin remedio, flotando en el mar, empapado y muerto de frío, cansado y con el cuerpo dolorido. Entonces sintió su presencia.

Hubert Sasse se encontraba junto a él, a su derecha, manteniéndose a flote con el chaleco salvavidas. El marino le miró y Josef se percató de que sus ojos brillaban en la oscuridad. Aquellos ojos emanaban paz. El marino no le habló nunca, aunque parecía hacerlo con la mirada. Señaló tras él, y Josef se percató de las luces, que titilaban en la costa, a lo lejos.

Desde el entierro del marino, no había soñado con aquel suceso ni una sola vez. Ahora, mientras se agitaba en aquel sueño, la imagen del marino le asaltó de repente, nítida y real, como si hubiera esperado todo aquel tiempo en las entrañas de su mente a salir al exterior.

En el sueño, oía los ruidos del mar que le envolvían mientras se sumía en la desesperación. Aquel mar se volvía cada vez más oscuro y tenebroso, como si quisiera arrastrarle al fondo. Entonces, el joven le cogió de las manos, y Josef experimentó una paz que no había sentido nunca.

El frío comenzó a calarle los huesos, robándole el aliento, mientras la suave luz de la luna dejaba entrever las lágrimas que brotaban de los ojos del marino. Aquellos ojos claros, parecían nadar en agua con brillos dorados. No acertaba a adivinar lo que pasaba por la mente del soldado, pero tenía la sensación de que necesitaba averiguarlo.

La claridad de la luna dejaba ver la silueta de un navío recortándose en el horizonte. Josef levantó los brazos y gritó, una y otra vez, esperando que el barco les viera. Y luego, el grito se convirtió en un chillido. Pero el buque estaba muy lejos, demasiado lejos.

Josef despertó antes del amanecer, empapado en sudor, pero con una viva sensación de frío, de estar calado hasta los huesos. Entonces recordó, había tenido un sueño. Un sueño horrible. Se encontraba en el agua, con el marino, y estaba aterrado.

Asunción dormía a su lado. Josef llevaba muchos años sin soñar, desde la guerra, desde aquellas pesadillas en las que aparecían Asunción y su hija Berta.

Recordó cuando de pequeño podía soñar casi con los ojos abiertos. Siempre había tenido una imaginación febril, que le llevaba a imaginar que volaba, al tomar un pequeño avión de hojalata entre sus manos mientras corría de un lado a otro de su casa, en Alemania. Por las noches los sueños podían llegar a parecerle casi reales, pero con el paso de los años había dejado de visitar aquel mundo de fantasía. Tras la guerra no volvió a soñar nunca más y en ocasiones lo había comentado con su esposa, lamentando que las preocupaciones de la vida le hubieran llevado a perder aquella facultad que le devolvía a la niñez.

Pero aquella noche había sido lo suficientemente afortunado como para volver a soñar. Pero no entendía el significado del sueño, ni si era un posible mensaje, ¿y si lo era?, ¿de quién?, ¿del marino? El simple hecho de no saber la respuesta, le producía frustración. Había sido tan real, que aún le parecía sentir el frío atroz que le paralizaba el cuerpo. Entonces vinieron a su imaginación los últimos momentos de la vida del soldado, que debieron ser horribles. Si los sueños eran como una herramienta, si eran como cartas con un mensaje, ¿qué quería decirle Hubert Sasse en aquel sueño?

Josef se incorporó y se sentó en su lado de la cama, cuando dirigió la vista hacia su esposa; aún dormía de espaldas a él. Estuvo diez minutos inmóvil, con la mirada perdida en un punto infinito, a medida que su mente vagaba por todas las experiencias vividas en aquel extraño sueño. Comenzaba a vestirse cuando la cama chirrió y notó los dedos de ella sobre su hombro. Asunción le notó algo diferente en la mirada. Preguntó y obtuvo como respuesta:

—Esta noche he tenido un sueño.

Se acercó a la cocina dispuesto a desayunar, o para estar un rato solo y reflexionar. Sabía que aquel sueño tan real debía contener una especie de mensaje, aunque no tenía demasiado claro de que se trataba, pero parecía estar fuera de toda duda que debía ser un mensaje enviado por el marino. O eso o, simplemente, estaba perdiendo el juicio.

Mientras preparaba el desayuno, se dirigió a su despacho. Abrió un cajón y extrajo un sobre, sacó la fotografía del marino y la llevó consigo a la cocina. La cafetera estaba sobre el fogón y mientras esperaba, volvió a mirar la foto, y le preguntó en silencio:

—¿Qué quieres de mí?

Asunción apareció en camisón y se acercó hacia la mesa donde Josef estaba sirviendo el café humeante en una taza. Su marido le preguntó si le apetecía desayunar, mientras ella le daba un beso de buenos días. Entonces se percató de la fotografía del marino sobre la mesa, y preguntó. Estuvieron hablando largo rato, mientras Josef intentaba explicarle su sueño, nítido y casi real.

Desde que enterraron al marino, hacía ya tres años, siempre lo tuvo en la mente, siempre tuvo algún recuerdo para él cuando visitaba el cementerio. Pero aquel sueño era diferente.

Josef le habló del viaje que tendría que hacer en unos meses a Alemania. La posguerra conllevaba una tremenda intensificación de las penurias cotidianas y sus familiares estaban pasando hambre. Además, estaba volviendo a retomar el contacto con sus antiguos clientes, perdido durante la guerra. Quería hacer un par de visitas, en las que reanudaría viejos lazos comerciales. Aprovecharía aquel viaje para llevar dos grandes maletas con ropa y alimentos para su familia, como había estado haciendo durante la guerra. Era además, la excusa perfecta para intentar encontrar a la familia de Hubert en Alemania, aunque sabía que podía llevarse una decepción. Podía no dar con ellos.

La Alemania de la posguerra estaba literalmente destruida y millones de personas habían sido desplazadas desde sus ciudades de origen. Poco después de la rendición incondicional de la Alemania Nazi, el 8 de mayo de 1945, los aliados habían dividido el país en cuatro zonas de ocupación militar, con Francia al suroeste, Gran Bretaña al noroeste, Estados Unidos al sur y la Unión Soviética al este. No era nada improbable que hubieran muerto todos.

Josef estaba ocupado con la cafetera, sin mirar a su esposa. Luego se volvió y comenzó a poner varias cucharadas de azúcar en las tazas, mientras pensaba que quizás había sido ingenuo por su parte suponer que su esposa podría entender su tortuoso deseo de saber, de conocer.

Cuando se volvió hacia ella con las dos tazas, Asunción lucía una sonrisa. Le despeinó los cabellos con la mano, como solía hacer cuando eran novios.

—¡Ay, mi loco maravilloso! Está bien, supongo necesitas conocerles —oyó que Asunción le decía.

—¿Crees que su familia sabrá que Hubert está enterrado aquí? —preguntó su esposa.

—No lo creo. A los pocos días del naufragio debieron informar a los familiares de los fallecidos, pero como él estuvo tantos días en el mar, es probable que el gobierno no informara a su familia de que su cuerpo había aparecido y había sido enterrado.

—Le diré al Cónsul que intente averiguar la dirección de sus familiares, si es que tras la guerra queda alguien.

III

Febrero de 1946

Había pasado un año del fin de la guerra, los alemanes que aún estaban prisioneros en Rusia, esperaban con impaciencia el momento de volver a su patria.

Después de las atrocidades cometidas por los alemanes en la Unión Soviética, los rusos solo querían venganza. Por supuesto que había culpables, pero no todos lo eran. En septiembre del año 45, algunos cientos de prisioneros comenzaron a volver a su patria, la gran mayoría eran enfermos, tullidos, o mutilados, y no eran útiles en los campos de trabajo.

Dietrich Eichler fue conducido en presencia del comandante del campo de Ufaley. Aquel despacho tenía algo que Eichler no había visto en tres largos años, lápices. Preciosos lápices de colores se ofrecían a él sobre la mesa del despacho, junto a varias estilográficas.

El comandante le miró por encima de sus anteojos y le acercó bruscamente una hoja de papel. Sus nudillos mostraban un tono blanco, mientras se aferraba con fuerza al borde de la mesa.

—¡Firmará aquí que siempre ha recibido un buen trato! —habló aquel hombre—. Que nunca ha padecido hambre o sed, y que durante su estancia en este campo no ha tenido ningún motivo para quejarse de las buenas condiciones de vida.

Dietrich Eichler firmó. ¿Qué más daba?, iba a ser liberado. Empujó hacia él un nuevo documento repleto de redondos y negros sellos y firmas al pie del mismo.

—Y aquí firmará que siempre ha sido tratado de acuerdo a las estipulaciones del derecho internacional.

Le acompañaron a una sala junto a varios presos más, donde le esperaba un uniforme limpio y gris, sin ninguna insignia, que le ordenaron vestir. Se desnudó y se puso el pantalón, realizando varios dobletes en una de las perneras hasta llegar a la rodilla, entonces colocó el imperdible y recogió la muleta. Eichler había sufrido una herida que acabó infectándose, y la gangrena resultante obligó a los cirujanos del campo a amputarle la pierna izquierda a la altura de la rodilla.

Luego le acompañaron a otro departamento donde un guardia con un enorme bigote aulló:

—¡Recluso 552328U! En proceso de liberación.

A él le siguieron varios tullidos y enfermos más. Todos seguían la misma rutina, la firma de los documentos y la recogida del nuevo uniforme.

¡Volvían a casa! Durante el resto del día, recogieron sus pertenencias y algunos guardas pasaron por el barracón a despedirse de ellos. Entonces lo creyeron, era verdad. Los preparativos comenzaron y los liberados se dispusieron a partir por fin a Alemania.

Las grandes puertas del campo se abrieron para ellos, por última vez, para quedar

cerradas detrás suyo. Los grandes muros de hormigón se desvanecieron en la distancia. Entonces fueron llevados a la estación. Regresaban al anhelado hogar.

Estuvieron tres largas semanas de viaje, en las que el tren se detenía en angostas estaciones junto a otros campos. Allí recogía a otros ex reclusos y continuaba viaje. A su llegada a la ciudad de Frankfurt Oder, la salud de la mayoría era bastante precaria y debieron permanecer tres días en una especie de campo, hasta reponer fuerzas. Para evitar que los más enfermos aparecieran en público en aquel estado, las autoridades de Alemania solo permitieron a los más sanos regresar a sus hogares. Los demás fueron transferidos a hospitales militares.

En la estación de Herleshausen se recibió a los soldados y la Cruz Roja les proporcionó un paquete de bienvenida y té caliente, esperando al último viaje que harían en autobús hasta la cercana aldea de Friedland. Allí, un gigantesco campo de refugiados recibía a los evacuados de las zonas de ocupación y a los soldados que regresan del cautiverio. Durante las dos horas que duró el viaje, los soldados no pronunciaron ni una sola palabra y todos viajaron en silencio sumidos en sus pensamientos y sentimientos, a la espera de la anhelada llegada al hogar.

Al llegar a Friedland, los vehículos se abrieron paso por las calles abarrotadas de gente, mientras las campanas del pueblo repicaban. Friedland era el final de todas las esperanzas, y la gran decepción para la mayoría. Miles de personas gritaban y aplaudían. Una multitud los esperaba, y les dio la bienvenida entre abrazos y flores. Las mujeres sostenían sus pancartas con los nombres y fotos de sus seres queridos, a la espera de que las puertas se abrieran y el milagro se hiciera realidad, después de un año del final de la guerra.

Dietrich Eichler descendió de su autobús a aquella plaza de adoquines de piedra oscura. Aún no había puesto su pie en el suelo, cuando oyó gritar su nombre, pero no vio a nadie conocido. Siguió mirando en todas direcciones mientras la multitud pasaba junto a él sin detenerse, apretada, fluyendo uniformemente. Trajes y sombreros negros, y algunas mujeres con vestidos largos y paraguas. Durante cuatro largos años no había visto vestidos como aquellos, tan elegantes. Inspiró aquel olor que impregnaba la plaza como intentando que no escapara. Le embargó la fragancia de los árboles, el olor del humo de los autos, y los perfumes de la multitud.

Ya no olía al estiércol del campo de Ufaley, ni a los barracones que apestaban a orina y a madera podrida. Ni tampoco a los excrementos de rata ni a las sábanas grasientas y húmedas. Ni al penetrante olor dulzón a matadero, a sangre coagulada. Entonces vio a sus padres, tan cambiados que apenas les reconoció. Y como un niño corrió hacia ellos, llorando. Eichler no habló, solo quería abrazarles.

La gente preguntaba por los suyos. Muchos prisioneros miraban las fotos y negaban con la cabeza, pero no se atrevían a hablar con los huérfanos o las viudas. Era demasiado duro. Un simple movimiento de cabeza acababa con las ilusiones de

muchos años. Pero las mujeres seguían allí, sosteniendo las fotos de sus maridos e hijos. Aunque sabían que no se encontraban entre ellos, no querían acabar de aceptarlo. Aquel día, muy pocos se reunieron con sus familias.

La multitud comenzó a dispersarse saliendo de la plaza. Eichler miró al cielo por encima de los árboles, y volvió por última vez la vista hacia aquellas madres y esposas que regresaban a casa de vacío.

Entonces, Hermann Sasse le miró, y Eichler creyó soñar. Aunque tal vez se debiera a que había perdido la razón, y quizá todo aquello no era más que un sueño, y seguía prisionero allí, en Ufaley. Pero entonces sintió el fuerte abrazo de su madre y volvió a la realidad.

Volvió a mirar atrás, y allí seguía. Hermann Sasse le observaba desde la fotografía sujeta a un cartel que portaba una mujer de avanzada edad. Y sobre la parte superior pudo leer con dificultad su nombre: Hermann Sasse.

Theresa y Anton habían dado la espalda a la multitud para volver a casa, con las manos vacías. Ya habían viajado a Friedland el 20 de septiembre del 45, cuando los primeros soldados llegaron desde Rusia. Y volverían todas las veces que fuera necesario.

Theresa se había convertido en una anciana de tez blanca y ojos empequeñecidos por años de llanto. Su voz se había vuelto áspera, se había endurecido con los años de memoria dedicada a sus hijos.

La pareja enfilaba la salida de la plaza, cuando alguien les llamó.

—¡¡Señora Sasse!!

Theresa vio acercarse a un joven apoyado en una muleta. Era uno de los prisioneros liberados. Aquel joven mostraba unos preciosos ojos verdes anegados por las lágrimas. El soldado miró detenidamente la fotografía que ella apretaba contra su pecho.

—¡Conocí a su hijo Hermann! —soltó de golpe con un hilo de voz—. Su hijo me salvó la vida en dos ocasiones.

—¡Si estoy aquí, es gracias a él! —dijo Eichler, abrazado a sus padres.

Theresa Sasse creyó desvanecerse y se apoyó en su marido. La familia Eichler les acompañó a un banco de la plaza y allí Eichler les contó lo que su hijo había hecho por él. La larga marcha en la nieve, el viaje en el tren de la muerte, los duros años trabajando en la carpintería del campo, y la enfermedad de Hermann.

Dietrich metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño fajo de cartas que entregó a aquella desconsolada pareja. Recordó que su amigo les mencionaba continuamente, a sus hermanas, y a su hermano menor. En aquel momento, Eichler se enteró de la muerte de Hubert Sasse, y se alegró de que Hermann muriera feliz, sin tener noticia de ello.

IV

Era la última semana de febrero, el sol brillaba en el cielo. Sin embargo era un día frío. Elizabeth estaba colocando los cubiertos en la mesa, mientras Mathilde fregaba y secaba los vasos con un trapo y los colocaba en su lugar en el estante.

La joven sonrió al oír que alguien llegaba. Corrió en dirección a la puerta que daba a la calle y salió. A pesar de apresurarse todo lo que pudo, cuando Mathilde consiguió llegar a la salida, su hermana ya estaba fuera. Entonces se asomó justo a tiempo de ver a sus padres en el camino de entrada, hablando con su hermana. Hacía muchos días que habían marchado a Friedland en busca de noticias de Hermann. Pero nadie venía con ellos, otra vez volvían con las manos vacías, como en los anteriores viajes.

Mathilde oyó la voz de su padre pero no distinguió lo que decía. En aquel momento su hermana se abrazó a su padre, llorando. Entonces supo que su hermano no volvería.

La muerte de Hermann fue una sorpresa, aunque la hubieran estado esperando, pero siempre confiaron en su liberación.

Aquel día la familia Sasse se refugió en casa para leer sus cartas. Algunas tenían remitente desde Stalingrado y la última la había escrito durante su cautiverio en Ufaley.

Anton dejó aquel correo sobre la mesa, mientras observaba a sus hijas. Al fin, Mathilde se acercó, abrió uno de los sobres y examinó el contenido como si no fuesen palabras escritas lo que allí había. Y no lo eran, eran la voz de su hermano llegando hasta ellos a través del tiempo.

Stalingrado 20 enero 1942

Queridos padres y hermanas.

“Tú fuiste militar, querido papá. Tú sabes lo que significa todo esto y me ahorrarás así explicaciones que podrían sonar a sentimentalismo. Es el fin. No creo que podamos durar unos ocho días más. Luego el anillo se cerrará.

Me asusté mucho cuando vi los mapas de Stalingrado. Estamos completamente aislados, sin ayuda desde fuera. Hitler nos ha dejado. Esta carta saldrá si el aeródromo está todavía en nuestras manos. Estamos al norte de la ciudad. También los hombres de las baterías lo sospechan, pero no lo saben tan claramente y de modo tan cierto como yo. Y así es como se espera el fin. Ayer vi a cuatro hombres que cayeron prisioneros de los rusos, después de que nuestra infantería recuperara el puesto avanzado. Cuando caiga Stalingrado, lo oirás y lo leeréis, y entonces sabréis que no volveré.

No entiendo mucho de lo que sucede aquí, pero lo poco en lo que tomo parte es ya tan grande que no lo puedo tragar. No me pueden hacer creer que los camaradas mueren con las palabras “Deutschland” o “Heil Hitler” en los labios. La última palabra es para la madre o para la persona más querida, y acaso es solo un grito de auxilio. He visto ya caer y morir a centenares, y muchos eran tan arrogantes como yo, pero todos pedían ayuda o invocaban el nombre de quien ya no podía socorrerlos. Caen como moscas y nadie piensa en ellos, nadie los entierra. Yacen por todas partes, sin brazos, sin piernas, sin ojos, con el vientre desgarrado. Recordad que siempre estaréis en mi corazón y que nunca os olvidaré. Vuestro hijo que os quiere, Hermann.

Ufaley 12 octubre 1945

Querida familia.

“No sé si podré escribiros alguna vez más, por eso intentaré que esta carta llegue a vuestras manos. Supongo que tendréis noticias nuestras y sabréis que sigo vivo, pero en realidad no lo estoy. El día en que llegamos a este campo de prisioneros perdí la vida. Todo aquí es muerte y desolación y algunos compañeros han llegado a perder lo único que les quedaba, su humanidad. Dietrich Eichler ha sido como un hermano para mí, y sé que hará lo imposible por que estas cartas lleguen a vosotros. Ayer enfermé y me siento muy débil. Solo cuando a uno le falta la salud se da cuenta de su importancia. Un tiempo fui confiado y fuerte, ahora soy pequeño e insignificante. Así que ya sabéis que no volveré. Dadle la noticia con cuidado a Hubert y recordad que vaya a donde vaya, siempre os recordaré. Vuestro hijo que os quiere, Hermann”.

9 de octubre de 1946

I

El edificio de techo inclinado era de dos plantas y se encontraba en medio de unos campos de trigo. La planta baja tenía aspecto de granero. Era una casa muy sencilla, de madera clara, rodeada de altas ventanas. Josef se acercó. Más adelante se adivinaba el tejado de otra granja, pero prefirió ceñirse a las explicaciones que le había dado el joven panadero, al decirle que era la primera granja, a la derecha.

Una lánguida columna de humo gris se elevaba desde una de las chimeneas del tejado, impregnando el aire de la mañana con una fragancia a humo de pino, lo que podía significar que había alguien en la casa.

Mientras avanzaba por el sendero en dirección a la entrada, su corazón latía, acelerado y desbocado. Llamó a la puerta, sin obtener respuesta y rodeó la propiedad hasta que una valla de madera le impidió seguir. En la parte trasera del cobertizo, entre los matorrales, se apoyaba contra la pared una oxidada bicicleta a la que le faltaba una rueda. Debía haber sido bonita en otro tiempo. Ahora su chasis formaba un ángulo quebrado, inclinada contra el suelo, como haciendo penitencia por alguna pesada culpa.

Volvía sobre sus pasos cuando al otro lado del camino pudo observar a un campesino, arando el campo sobre un viejo tractor.

—¡Holaaaa, disculpee! —gritó Josef Kaufer mientras el sol de la mañana le deslumbraba.

El comerciante alzó la mano a la altura de la sien para protegerse los ojos. El agricultor, a lo lejos, se percató de la presencia de aquel extraño que le gritaba en el camino. Detuvo el tractor y se apeó. Kaufer seguía deslumbrándose y no podía ver bien a aquel hombre que, a contrasol, se le acercaba desde el campo.

—¿Qué desea? —grito el agricultor, mientras se aproximaba a Kaufer.

—Busco a la familia Sasse —se apresuró a contestar—. ¿Sabe dónde viven?

—¿Qué desea de los Sasse? —siguió hablando aquel hombre.

—Esto... Soy amigo de la familia —dijo al fin Kaufer, sin saber realmente que responder y mientras el Sol le seguía cegando.

—Perdone, pero no le conozco —dijo el hombre ya cerca del comerciante.

Entonces, Josef pudo ver por fin el rostro de aquel hombre que estaba a escasos metros de él. Se quedó pálido, aquel rostro, aunque castigado por la avanzada edad era alto y estrecho, con una fina barbilla. La nariz era ligeramente alargada y los

labios finos. Su frente era despejada, terminada en unas cejas rectas. El cabello de aquel hombre, aunque blanco, era lacio. Y, aquellos ojos. Aquella mirada triste. ¡Oh, dios mío, aquella mirada! ¡Aquel hombre!..., era el joven de la foto, aquel hombre era Hubert Sasse, con cuarenta años más.

—Yo soy Sasse, Anton Sasse, pero no le conozco señor —dijo al fin el agricultor, ya junto a él.

—Lo sé, señor Sasse, lo sé —contestó el comerciante mientras, un poco mareado, se sentaba en una gran piedra junto a él, en el camino.

—No entiendo —respondió Anton, sin comprender porque aquel desconocido sabía quién era él.

—Porque... —empezó a contestar Kaufer—. Su hijo Hubert se parece... se parecía mucho a usted.

El padre del marino Hubert Sasse no habló. Se quedó fijamente observando a Kaufer, al tiempo que de sus ojos color miel brotaban lágrimas que corrían por sus mejillas. Entonces se desplomó. Literalmente cayó de rodillas como si sus piernas hubieran dejado de existir, como si ya no estuvieran allí donde debían, para sostenerle.

Theresa Sasse tendía la ropa, cuando se percató de que no oía el sonido del tractor de su marido. Volvió la vista para ver que en medio del campo, el tractor estaba detenido. Extrañada, porque Anton le dijo por la mañana que quería terminar de arar antes de comer, recorrió con la mirada el huerto en su busca. Al fin lo vio, acercándose a un desconocido que se encontraba al lado del camino.

El último año, tras el fin de la guerra, había sido muy difícil. Los ingleses ocupaban el territorio y no era normal ver a ningún extraño por allí, en aquel lugar tan apartado del pueblo. Theresa vio a su marido llegar junto a aquel hombre, y tras una breve conversación le vio caer de rodillas junto a él, cogiéndole con fuerza las manos mientras le gritaba. Theresa Sasse vio que su marido lloraba, hundiendo la cabeza entre las piernas de aquel hombre que seguía allí, sentado.

La cesta donde la mujer llevaba la colada cayó al suelo con un fuerte estrépito. La ropa limpia se desparramó por el suelo, mientras echaba a correr hacia donde su esposo y aquel desconocido se encontraban.

Anton Sasse gritaba mientras apretaba con fuerza aquellas manos que habían sostenido el cuerpo sin vida de su hijo en aquella playa, mientras toda aquella rabia que sentía por no haber podido proteger a su hijo de la barbarie de la guerra, salía de golpe, quemándole por dentro. Entonces llegaron hasta él los gritos de su esposa, que corría hacia ellos. Anton salió disparado como una exhalación en busca de su mujer.

—¡¡Theresa, Theresa!! —gritó Sasse. Aquel hombre resbaló, cayendo al suelo de rodillas.

Pero aún no había terminado de caer cuando, con lágrimas en los ojos, gritó a su mujer:

—¡¡Hubert, es Hubert!!

Theresa Sasse se dejó caer junto a su marido, mientras se fundían en un abrazo. Pero en realidad aquello era más que un abrazo. Aquellos dos seres se apretaban con fuerza el uno al otro como si quisieran dejar de respirar. Josef Kaufer observaba desde el camino a aquella pareja que lloraba, como creía que nadie fuera capaz de llorar.

Estaba anocheciendo sobre Affeln, y la familia le pidió que pasara allí la noche. El sol se despedía sonrosando las cimas, a lo lejos, para dar paso a la fría noche.

De la chimenea de la granja de los Sasse se elevaba una columna de humo que se perdía en lo alto. Desde la ventana que daba al pequeño comedor de la casa se podía ver, sentados a la mesa, al matrimonio Sasse. Frente a ellos estaba Josef Kaufer, con quien conversaban, mientras Theresa le cogía ambas manos. Le hablaron de su hijo y de su hermano Hermann. Le contaron su reciente viaje a Friedland, para volver con las manos vacías. Él les habló de la llegada de Hubert a la playa, del funeral, y de su sueño.

Helfriede y Mathilde ocupaban el otro extremo de la mesa, mientras Elizabeth preparaba café. Pasaron la velada ojeando viejas fotografías de la familia, donde se podía ver a los dos hermanos, sonrientes, ausentes a lo que en aquel tiempo el destino les reservaba.

II

El día le sorprendió con un amanecer triste y plomizo. El límite del bosque se mostraba cubierto de helechos, mientras Josef caminaba por la pequeña carretera en dirección a Affeln. A la derecha se apreciaba un grupo de hayas rojas.

La arboleda, era tan frondosa que la luz del sol atravesaba sus ramas a duras penas. Los árboles caídos, dejaban claros por los que penetraba la luz. Sobre los restos de un tronco en putrefacción habían comenzado a crecer árboles jóvenes y el aire estaba perfumado con la esencia de los abetos. Por una fracción de segundo, le pareció ver una silueta en la penumbra, junto a los árboles. Un hombre con una especie de macuto a la espalda, incluso se atrevería a jurar que iba de uniforme.

Pero duró solo un suspiro. Cuando parpadeó, ya no estaba. Lo buscó con la vista, pero allí solo quedaba la luz que se derramaba desde un rayo de sol.

No era la primera ocasión que le sucedía. En el tren en que llegó le pareció verlo, sentado junto a los demás pasajeros. Incluso en la estación, apareció durante un lapso de tiempo, para dar paso al reflejo del sol en las blancas paredes del andén.

Debía ser su imaginación, pero Josef era feliz pensando que quizá allí podía haber algo más. Que hubo un tiempo en que un joven paseaba por allí donde él lo hacía

ahora, por aquella arboleda, junto a la vieja carretera, por aquella aldea que le recibía con sus anchas calles de adoquines.

Josef subió por la calle mientras pasaba ante la panadería de Strauss, los antiguos locales y el café. A su derecha quedaba la Iglesia. El comerciante pensaba en los padres de Hubert mientras seguía subiendo por la calle. Y entonces los vio.

Un pequeño grupo de niños jugaban ante la portada de la pequeña iglesia, mientras dos de ellos frotaban fuertemente las puntas de sus peonzas sobre el muro.

Le llamaron la atención las piedras, llenas de grabados y acanaladuras en forma de uso. Reconoció aquellas marcas porque recordaba que cuando él era niño, también sacaba punta a una bonita peonza en el portal de la iglesia de su pueblo. Observó una de ellas, especialmente larga y profunda, un poco más apartada de las demás.

“Tal vez Hubert jugaba a la peonza en esta misma acera, como estos niños tanto tiempo después” —pensó. Josef se detuvo a observar a los mocosos, por lo que la presencia del adulto y la posibilidad de una regañina por su parte provocó que los chavales salieran corriendo. Todos menos uno.

El niño estaba en cuclillas mientras rozaba la punta de su peonza en la acanaladura más apartada de las demás, la que a él antes le había llamado la atención. Era un poco más pequeño que los demás y sus cabellos..., sus cabellos eran rubescentes, ligeramente acaramelados.

—¡Hola señor! —dijo el niño, mirando a Josef mientras seguía con su frenético vaivén arriba y abajo.

—¡Hola! —respondió Kaufer—. ¡Bonita peonza!

—¡Gracias! —contestó el pequeño al tiempo que se incorporaba para, sin perder tiempo, salir en busca de los demás.

Josef Kaufer se quedó a solas ante aquellas marcas. Acarició algunas suavemente, fijando su atención en la que acaba de abandonar el niño. La recorrió suavemente con el dedo.

Pensó que tal vez Hubert se parecía a alguno de aquellos niños y que como ellos afilaría en aquella canal la punta de su peonza.

El autobús se detuvo en la parada, mientras comenzaba a lloviznar suavemente. Josef subió y tomó asiento junto a la ventana. Miró su reloj, y en medio de la densa atmósfera de la mañana observó la aldea mientras se alejaba, mientras volvía a casa.

Al final de la calle, le pareció volver a ver al joven de uniforme, con el macuto a la espalda. Incluso le pareció que le sonreía, o tal vez lo soñó..., solo tal vez.

Epílogo

Como es de suponer, la historia no termina con la vuelta a casa de Josef Kaufer tras conocer a los padres de Hubert. Pasado el tiempo, un año después de aquel viaje que hizo a Alemania, envió a la familia Sasse varias fotografías del día del funeral y de la bonita lápida. Ellos, debido a su origen humilde, nunca pudieron viajar a España para visitar la tumba de su hijo.

Tras la muerte de Theresa y Anton Sasse, la familia quedó reducida a las tres hermanas. La mayor, Elizabeth, murió en 2003, y la pequeña de las tres, Elfriede, falleció en Dusseldorf en septiembre, mientras yo construía esta historia. En cuanto a Matilde, siguió viviendo en la granja de sus padres en Affeln. Se casó con Francis Erner y adquirió el apellido de su esposo. Tuvieron dos hijos, Helga y Andreas, que contrajo matrimonio con María-Luise. Francis falleció también en septiembre de 2013.

Josef Kaufer siguió viviendo en su querida Burriana, su hogar de adopción, junto a sus seres queridos, dedicándose al comercio de cítricos. En 1952 obtuvo la nacionalidad española y siguió siendo un enamorado del mundo del fútbol, del cual recibió varios homenajes. Aquella vida de paz y tranquilidad llegó a su fin un 17 de julio de 1977, a los 78 años de edad.

El año en que Hubert llegó a Gotenhafen, debió conocer a la mayor parte de sus compañeros. Jóvenes con los que debió compartir infinidad de situaciones, buenas y malas, que debieron afianzar entre ellos una sólida amistad.

Entre ellos me gustaría hacer especial mención a Josef Bauriedl, nacido en Schnaittach, una ciudad del estado de Baviera. En la actualidad, en un hermoso bosque cercano a la piscina municipal, en una zona de jardines, se levanta un monumento a los hombres nacidos allí y caídos en las dos grandes guerras. Entre los cientos de nombres grabados en el monumento se encuentra el de Josef, nacido el 05-06-1923.

Sobre August Giltrop, otro de los compañeros de Hubert, hay poco que añadir, excepto que encontraría la muerte un año más tarde, con 23 años recién cumplidos. El 6 de mayo de 1944, el U-765 sería hundido en el Atlántico Norte por cargas de profundidad de dos aviones Swordfish del 825 Escuadrón Aéreo Naval del portaaviones de escolta británico HMS Vindex. El ataque dejaría 11 supervivientes y 37 muertos.

Su nombre se encuentra en una de las lápidas conmemorativas del “Laboe Naval Memorial”, un monumento situado en Laboe, cerca de Kiel, Alemania.

Iniciado en 1927 y terminado en 1936, en un principio, el monumento conmemoraba a los marinos muertos en la Primera Gran Guerra, pero al finalizar la

Segunda Guerra Mundial, se añadieron los nombres de los marinos fallecidos durante la contienda. En 1954, se dedicó de nuevo para recordar a los marinos de todas las nacionalidades que murieron durante las guerras mundiales.

El monumento consiste en una torre de 72 metros de altura, diseñada por el arquitecto Gustav Munzer. En una de los cientos de inscripciones se encuentra la que hace referencia a la tripulación del U-765.

En la fila novena se puede leer: M. T. August Giltrop 06-02-1921. Muy cerca de él se puede leer el nombre de Werner Duwe, en la placa que hace mención a los hombres del U-311.

De entre los nueve supervivientes del U-755 quiero recordar a Helmut Pempe, el único de los muchachos de Göing que sobrevivió a la guerra. Pempe murió el 27 de octubre de 2008 a la edad de 99 años.

Cuando el 4 de mayo de 1945, Karl Dönitz dio la orden de cese de las operaciones a todos los submarinos. Cincuenta y nueve U-Boots se encontraban de patrulla por los mares del teatro de la guerra. Todos cumplieron la orden, y regresaron, o se entregaron a los aliados. Durante la guerra fueron comisionados un total de 1192 U-Boots, de los que alrededor de 700 se perdieron, el último fue el U-320, un tipo VIIC/41 hundido el 8 de mayo frente a las costas de Noruega por las cargas de profundidad lanzadas desde un avión Catalina del 210 Escuadrón de la R.A.F.

En cuanto al U-755, el lector habrá percibido que durante la consecución de esta historia he intentado tratarlo como a un personaje más, acompañándolo en su construcción, pasando por su botadura, e incluso sus campañas de guerra y su posterior hundimiento. Quiero creer que el U-755 continúa allí abajo, a 1.605 metros de profundidad, en la tenebrosa oscuridad del Mediterráneo. Y allí seguirá, esperando eternamente a concluir su misión.

A finales de los años setenta y bajo el patrocinio de la Asociación Alemana de Cementerios de Guerra, se inició la construcción de un cementerio en la población cacereña de Cuacos de Yuste, con la intención de reunir allí a todos los soldados alemanes fallecidos en territorio español. En 1979, una joven de origen alemán afincada en Mallorca, Gabriele Poppelreuter, recibió el encargo de iniciar la búsqueda de todos los soldados alemanes enterrados en España. Una ardua labor de más de tres años de exhaustiva investigación y documentación, en la que colaboraron estrechamente tanto la Embajada de la entonces República Federal de Alemania, como las Comunidades autónomas.

En el año 1943, los restos de los cinco compañeros de Hubert que llegaron a las costas de España, fueron sepultados en cementerios de varias localidades de Barcelona y Tarragona, siendo trasladados en 1982 a Cuacos de Yuste. Allí recibieron

sepultura, El cabo 1.º de Marina Walter Klima, el teniente Dietrich Krebs, el cabo de Marina Willi Krips, el marinero Hermann Rakow, y el cabo 1.º de transmisiones Werner Eichler.

En aquel mismo año, Gabriele Poppelreuter se puso en contacto con los Kaufer con el fin de trasladar los restos del militar al cementerio de Cuacos de Yuste, trasladándose hasta en tres ocasiones a Burriana.

Pero Marta Kaufer, siempre respetando el deseo de su padre, ya fallecido, se negó a que Hubert les abandonara. Al fin, tras un largo tira y afloja entre la familia Kaufer y la Asociación Alemana de Cementerios de Guerra, una carta enviada por Mathilde Erner en 1982 zanjó la cuestión. En aquella carta dio su negativa al traslado de los restos de su hermano al Cementerio Alemán, expresando su deseo de que Hubert continuara en el pueblo que le acogió.

Aquella carta fue la que me permitió encontrar a Mathilde, treinta y un años después. Desde entonces, Marta Kaufer, ha seguido cuidado de la lápida, acogiendo los restos del marino como si se tratase de su propio.

El 14 de noviembre de 1982, día Nacional de los Caídos en Alemania, se inauguró oficialmente el cementerio, con asistencia de representantes de la Embajada Alemana, de la asociación de cementerios alemanes y cientos de familiares de los caídos, venidos expresamente desde Alemania para participar en el acto.

Cualquier persona ajena a toda esta aventura que me ha ocupado estos meses atrás, puede llegar a creer que Hubert me debe algo, por contar su historia. Pero soy yo el que le debo mucho a él, por haberme elegido, por haberme dejado conocerle y por haber cambiado mi existencia, para siempre.

¿Mi deseo para Hubert? Que algún día terminara el largo viaje que inició en 1941, al salir de su aldea para servir a su país y que pudiera volver a casa, y descansar junto a los suyos.



Dedicado a la memoria de Hubert Sasse, 28 / 07 / 1921 - 28 / 05 / 1943 y dedicado también a la memoria de toda la tripulación del U-755, y dedicado, porqué no, a los sesenta millones de hombres, mujeres y niños, que perdieron la vida en una guerra sin sentido.



JOSÉ BARCELÓ es un escritor español que reside en Gata de Gorgos, Alicante.